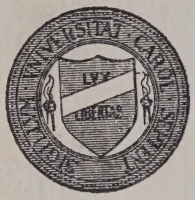
CALVARIO Y TABOR

Vicente Riva Palacio

EDICIONES LEON SANCHEZ

The Library
of the
University of North Carolina



This book was presented
by
Rockefeller Foundation

897.2
R616c
v.1

BARCODE
ON BACK

897.2 Riva Palacio
R616
v.1

DATE

This Book may be kept out **TWO WEEKS ONLY**, and is subject to a fine of **FIVE CENTS** a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Library Bureau

LUNC 10M-AP 40

2 vols. 1.er

CALVARIO Y TABOR

VICENTE RIVA PALACIO

CALVARIO Y TABOR

NOVELA HISTORICA Y DE COSTUMBRES

TOMO I.

Ediciones León Sánchez.
México, D. F.
MCMXXIII

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

Impreso en los talleres de Manuel León Sánchez, en papel de las Fábricas de San Rafael y Anexas, S. A.

DOS PALABRAS

Cuatro años de espantosa agonía, en que la víctima ha acabado por humillar al verdugo: hé aquí el "Gólgota" del pueblo mexicano, de éste pueblo mártir sobre ¡cuya cabeza han dejado caer los farisaicos reyes de Europa, su anatema y el poder de su fuerza brutal.

¡La Victoria! hé aquí el "Tabor" desde cuya altura, México, el atleta de las libertades americanas, se ha transfigurado delante del mundo, y muestra a sus enemigos su rostro que resplandece como el sol.

Este libro encierra la historia de esos dolores y de ese glorioso triunfo, revestida con las galas que la imaginación de un poeta ha sabido prestar a sus heroicos recuerdos, que son también los de la Patria.

¡Soldado de la República, valiente hijo del pueblo, que luchaste sin descanso defendiendo la tierra de tus paders! Tú que ahora ves flamear tu orgullosa bandera mecida por el viento de la gloria, y quitas de ella la corona de laureles para colocarla como ofrenda votiva en la tumba sagrada de los que mu-

rieron por la libertad; tú hombre de corazón que conoces la grandeza de los sacrificios de la Patria: abre y lee.

Ahí está tu propia historia; ahí está el libro de tu alma; ahí están las hojas dispersas que escribiera el dolor con sus lágrimas de fuego, y que ha recogido el tiempo en sus arcas de bronce para hacerlas leer a las generaciones futuras.

Abre y lee..... y cuando en las calladas horas de la noche, sentado junto al hogar, las recites a los hijos de tu amor..... orgullosos de tener tal padre, diles que ésta no es una fábula inventada para entretener el ocio; sino la verdad, aunque disfrazada con el atavío de la leyenda.

Y que la guarden en su memoria para que la evoquen cuando esté próxima a extinguirse en su corazón la llama del patriotismo.

Ignacio M. Altamirano.

Libro Primero

La Flor de la Costa

I.

ALEJANDRA.

Los que no han recorrido esa hermosa tierra de promisión que se llama la costa del Pacífico, difícilmente podrán formarse idea de todo el encanto que encierra allí una tarde apacible del mes de enero, cuando en otras partes un manto de nieve se extiende como una inmensa sábana que guarda el sueño de la naturaleza, y que vela el misterio de la vida que debe aparecer en la primavera; las aves no cantan, el sol no brilla; los árboles desnudos y sin verdura, oscilan tristemente al impulso de un viento que frío y perezoso, cruza algunas veces entre el esqueleto de su ramaje, y se arrastra después, haciendo ondular la seca hierba de los prados, y barriendo en los bosques los muertos despojos de los robles o de las encinas. La floresta es un inmenso cementerio, las llanuras un páramo, y el arroyo prisionero entre sus aguas congeladas, ni quiebra entre sus hondas puras los rayos del sol, ni deja percibir entre

36041

las flores su constante murmullo; silencio, muerte, soledad, he aquí, lo que deja el invierno en donde alcanza con su mano seca y cubierta de escarcha, he aquí cómo conocen a enero los que no han visitado la tierra caliente, la verdadera zona tórrida.

Era una tarde de enero: el sol se hundía lentamente tras esa inmensa masa de aguas que se llama el Pacífico, sus rayos habían perdido su fuerza, y entre la bruma trasparente se levantaba de las ondas el astro que no permite ni la mirada del hombre, semejante a un globo de metal candente, parecía flotar sobre la superficie de los mares, ondulando a merced de las olas que se levantaban soberbias y gigantes en alta mar, para llegar a morir humildes y dulces en la playa, besando tristemente el muro de arena, convertidas en raudales de espuma blanca como los pétalos de una azucena y brillantes como las estrellas del cielo tropical.

La brisa acariciaba las altas y graciosas copas de las palmeras, y los mangles se inclinaban voluptuosamente hasta tocar las aguas tranquilas y puras del estero, que reflejaba como un espejo sus mil y mil arcos, formando infinitos y confusos laberintos, y entre los cuales pasaban de cuando en cuando tardos e indiferentes verdinegros caimanes.

Algunas chozas formadas de madera y cubiertas con hojas de cayaco, se miraban a la entrada del bosque en donde venía a terminar la faja de arena que rodea al mar: pequeñas columnas de humo se escapaban de sus techos y se percibían algunas veces voces y cantos mezclados confusamente con las notas de una arpa.

En la costa todo el mundo canta: los tumbos del mar despiertan en el alma el deseo de la armonía: es imposible caminar en la playa, mirando ese eterno movimiento de las aguas, y escuchando ese eterno rumor de las olas, sin sentirse inclinado a mezclar su voz en aquel concierto que la inmensidad ofrece a Dios; es imposible descansar sobre una roca en la orilla del mar sin producir un canto, y el alma ofrece siempre algún recuerdo del pasado que saborear o que llorar, mezclado con las notas de alguna música que ha tomado ya cuerpo o alma en aquel mismo recuerdo, en aquel acontecimiento, que se ha identificado con él, que es ya el mismo, como la canción que cantaba nuestra madre en nuestro lecho de niño para llamar el sueño sobre nuestros ojos, y las tiernas notas del aire favorito de la primera mujer que amamos en el mundo.

Por eso, sin duda, alegre y ligera, caminaba cantando por uno de los senderos del bosque y con dirección a una vertiente de agua purísima que se deslizaba entre la hierba, una joven como de quince años. Era una morena esbelta

y garbosa pero con ese garbo que es propio solo de las mujeres de las costas; sus ojos grandes, negros y brillantes, velados por largas y rizadas pestañas; sus dientes blanquísimos, y sus encías encarnadas y frescas, hacían el contraste más delicioso con el óvalo perfecto de su rostro, al que sombreaba la más encantadora mata de pelo negro que haya podido imaginar el alma reflexiva de un pintor, o el calenturiento cerebro de un poeta.

Una camisa blanca y cuyas mangas y cuello estaban literalmente formados de encajes, de holanes y de esas mil curiosidades que inventa el sexo bello para soplar el fuego del amor o del deseo, y una sencilla enagua azul, formaban todo su traje; pero en su garganta lucían hermosos collares de oro y de coral, y sus manos ostentaban con profusión sortijas y anillos de oro, con perlas, conchas y corales. Era sin duda la hija de una familia acomodada, rica tal vez; pero todas las mujeres en la costa trabajan; y por eso ésta caminaba ligera, llevando sobre su cabeza un cántaro que por un efecto de las leyes del equilibrio, se mantenía allí sin auxilio de las manos de la joven. Si un pintor hubiera podido verla, Rebeca hubiera nacido de su pincel, porque nada hay más gracioso y pudiera decirse más bíblico, que esas niñas de la costa que van y vienen al arroyo, llevando, sin sujetarlos y en equilibrio sobre sus cabezas, grandes cántaros de agua, sin doblar la cerviz y sin perder por esto tampoco la gracia y la ligereza de sus movimientos.

La joven seguía el camino del río cantando alegremente una de esas lánguidas y melancólicas "malagueñas" que forman el encanto de aquellas gentes, y deteniéndose apenas, para contestar al respetuoso saludo de algunos jóvenes que volvían contentos de su trabajo, cubiertos con grandes sombreros de palma, y vestidos con un ancho calzón, y una camisa que flota a merced del viento del mar, pero llevando siempre pendiente del hombro izquierdo, con una correa de venado, el cortante machete cubierto con una vaina de cuero negro, y con una sencilla empuñadura de cuerno.

—Buenas tardes, Alejandra.

—Adiós, Pedro—contestaba la joven graciosamente; y seguía cantando:

Corazón, pues tú quisiste
Querer a quien no te amó,
Que vivas o mueras triste
¿Tengo yo la culpa? no,
Corazón, pues tú quisiste.

Alejandra, con su sencillo vestido de la clase pobre de la costa, parecía una princesa; de seguro que sobre aquellos hombros, descubiertos, tan torneados y mórbidos, hubiera podido sin rubor flotar una mantilla blonda o un schal de cachemira y los más aristocráticos borceguíes se hubieran encontrado dichosos aprisionando aquellos libres y desnudos pies que se iban dibujando sobre la tibia arena del arroyo.

Una mujer ya anciana y que vestida con un traje semejante al de Alejandra, aunque sin llevar alhajas, llenaba su cántaro en el río. La joven se acercó familiarmente a ella y se inclinó a su lado para tomar también agua.

—Buenas tardes, tía Ursula; qué temprano ha venido usted hoy por agua.

—Estamos a seis de enero, hija y necesito retirarme temprano para rezar mis oraciones a los Santos Reyes; además, debes recordar, Alejandra, que hoy hace seis años que murió Andrés mi marido, y el pobre viejo me encargó que nunca dejara de rezar por él.

La vieja se limpió con sus pobres enaguas, dos lágrimas que rodaban sobre sus secas y arrugadas mejillas.

—No llore usted, tía Ursula, o me va usted a hacer llorar a mí también—dijo la joven conteniéndose apenas.

—Vamos, no hay que afligirse; ello es, que ya pasó hace tanto tiempo, y Andrés estará gozando de Dios, ¡era tan bueno!

—Sí, tan bueno, como que me acuerdo el día que aquel boga se cayó privado al mar cerca del morro Grande, cómo se arrojó a salvarle; era yo tan niña y parece que lo estoy mirando.

Las dos mujeres pusieron los cántaros sobre sus cabezas, y comenzaron a caminar hacia el grupo de casas que se divisaba a lo lejos.

—¡Ay, Alejandra! yo ya estoy muy vieja, pronto me llamará la tierra, pero antes, en un día de estos, tengo que contarte mil cosas, hija mía, cosas que te interesan mucho.....

—Pues ¿por qué no va usted a la casa, tía Ursula?

—Lo que tengo que referirte es a tí sola, y no debes decir nada a don Plácido.

—¿A mi padre?

—Sí, tu padre don Plácido debe ignorar todo, como lo has ignorado tú hasta hoy en que creo que ya me reclama el cementerio, y que no puedo morir sin decírtelo: mañana, cuando salgas a traer tu agua, me llamas al pasar por mi casa, y en nuestros viajes yo te contaré; ahora vete, estamos ya cerca de tu casa y yo en la mía.

—Adiós, tía Ursula, hasta mañana.
—Adiós, hija mía, hasta mañana.

II.

DON PLACIDO.

Casi a la entrada de aquella pequeña población, se descubría la casa de Don Plácido el padre de Alejandra; era una especie de galera techada con esas magníficas hojas de la gigante palma que produce el cayaco llamado vulgarmente coco de aceite. Esta galera dividida por delgados tabiques, formados como las paredes de la casa, de tejidos de ramas llenos de lodo, construcción muy general que los costeños llaman de "bajareque," contenía tres piezas destinadas para los diversos usos de la familia, graneros, cocina y recámara de las mujeres, porque los hombres dormían en un gran corredor que se extendía delante de la casa, sostenido por delgados troncos de árbol y con un cobertizo igual al de la casa. En este corredor que los naturales de allí llaman "toro," se veían suspendidas cuatro o cinco elegantes hamacas, que es lo que constituye el gran lujo de las habitaciones de la costa.

En una de estas hamacas se mecía perezosamente un hombre viejo, de elevada estatura, flaco, con una nariz aguileña como el pico de una ave de rapiña, y unos ojos pardos, redondos, chispeantes y vivos a pesar de la edad avanzada del individuo. Era una fisonomía que indicaba resolución y astucia, pero había algo de noble y de benévolo en aquella frente limpia, sobre la que caían algunos desordenados aunque escasos mechones de pelo blanco.

Aquel hombre vestía calzón ancho y la camisa de los naturales de la costa; pero no podía vérsele por un momento sin reconocer en él al viejo soldado, bien por su aire resuelto, o por el arco atrevido de sus blancos bigotes; al través de los sencillos vestidos del pescador, se adivinaba el uniforme del veterano. El que ha comido el pan de la campaña por algunos años, y sentido el fuego enemigo, nunca puede ocultar demasiado bien el continente militar; la vida de la guerra se adivina entre las costumbres de la paz, y entre la tranquila conversación del hogar; sus hábitos y sus recuerdos son demasiado profundos para perderse, y si durante el día se olvidan, los sueños de la noche llevan al espíritu las memorias de sus goces y de sus dolores, de sus esperanzas y de sus decepciones.

Don Plácido, pues era él, fumaba un enorme puro, y

sumergido en una profunda meditación, se mecía en la hamaca contemplando los blancos y azulados grupos de humo que se desprendían de su tabaco, y que se alejaban y acercaban en los vaivenes de su flotante lecho. Mucho tiempo había permanecido así indiferente, sin mirar siquiera a una vieja criada que hilaba sentada en el suelo a poca distancia, ni al magnífico mastín de pelo leonado que al pié de la hamaca seguía con su mirada inteligente los movimientos de su amo.

Nada interrumpía allí el silencio, sino la discorde voz de dos magníficas guacamayas, que se acariciaban en una percha horizontal colocada entre dos de los troncos que sostenían el cobertizo.

La voz de la joven que se acercaba cantando, animó la escena; el viejo levantó pesadamente la cabeza, la anciana criada dejó caer con negligencia sus manos sobre su regazo para contemplar a la doncella, y el mastín se adelantó moviendo alegremente la cola, al encuentro de la muchacha.

Aquella niña era el alma y la vida de aquella familia; aquellas miradas tranquilas, eran la prueba de que ni una nube turbaba el cielo tranquilo de aquel hogar.

Alejandra llegó hasta el "toro," acarició al perro y llenó de agua una tinaja encarnada que estaba en la puerta de la casa, colocada sobre una rama de árbol que se clavaba en la tierra por el extremo grueso, y que recibía la tinaja sobre el otro extremo en que se dividía en tres brazos cortados a la misma altura; esta especie de mueble se llama por allí "churingo."

Cuando cesó el ruido del agua que caía de una a otra vasija, don Plácido volvió la cabeza y dijo:

—Alejandra, ¿has concluído?

—Sí, padre, contestó la joven.

—Bueno, ven a sentarte aquí que quiero hablarte; Juana irá por allá dentro a preparar la cena.

La vieja criada comprendió que aquello era una orden, recogió el algodón que estaba hilando, y se retiró sin decirle una palabra.

—Aquí, Alejandra,—dijo don Plácido mostrándole una hamaca que estaba inmediata a la suya; siéntate aquí, y óyeme con atención, porque voy a contarte una historia triste para los dos, pero no me interrumpas, porque tal vez no tendría valor para concluir.

La joven con una alegría infantil, besó la mano del viejo que se había incorporado en su hamaca, y se sentó.

III.

EL DELITO DE UN VETERANO.

Por algunos minutos reinó el mayor silencio: el viejo había apoyado la frente sobre sus manos como para reunir sus lejanos recuerdos, o para meditar sobre lo que iba a decir a la joven, que por su parte, le miraba con extrañeza y sin atreverse a interrumpirle.

La tarde iba muriendo, y el cielo había tomado un color de naranja con bellos cambiantes rojos y de oro; las brisas seguían soplando suaves, cargadas con el perfume de los azahares que se desprenden más vivos al morir el día y un mar apenas rizado se extendía a lo lejos.

El viejo alzó por fin la cabeza, Alejandra redobló su atención.

—Hace catorce años—dijo don Plácido,—vivía yo en Acapulco. Acababa de pedir mi separación del servicio, y como aún no me había fijado en el nuevo género de vida que debía adoptar, pasaba el día conversando con los amigos; y la noche jugando con alguno a las cartas, o en los fandangos que se formaban en los barrios del puerto.

Desde muy niño había yo seguido la carrera de las armas; la guerra de independencia me entusiasmó, seguí al señor Morelos, a Galeana, y después a Guerrero, hasta que por fin, cansado y con unas divisas de comandante, cuando había comenzado en la clase de soldado, volví después de cuarenta años de aventuras a Acapulco, mi tierra natal, a buscar la tranquilidad y a esperar la muerte que no había salido a encontrarme en la campaña.

A pesar de mi edad, a mi regreso al puerto de Acapulco, aún conservaba yo el genio de mi juventud, alegre, chancista, amigo de bromas y de juguetes; los hombres y las mujeres buscaban mi compañía, y los jóvenes se deleitaban oyéndome contar, ya los peligros de un combate, ya las travesuras de mi vida de campamento o de guarnición.

Mi existencia, pues, se pasaba tranquila, y para matar el tiempo, como decíamos, ya inventaba yo un viaje a una feria, ya un baile, ya un chasco o una travesura.

Había en Acapulco en aquel tiempo, un pobre hombre a quien nosotros llamábamos Juan de Jarras, apodo que nunca pude averiguar qué origen tenía; era un hombre como de treinta años que vivía pacíficamente con el producto de una pequeña huerta, y que jamás se mezclaba en nuestros grupos ni en nuestras diversiones, a pesar de que mil veces le hicimos víctima de nuestras burlas.

Juan de Jarras era casado con una mulatita muy traba-

jadora, que no asomaba la cara por el pueblo para nada; vivía en la casita de su huerta, dedicada a sus trabajos domésticos y a la educación de una niña de cerca de dos años de edad, fruto de este honrado matrimonio.

Juan venía cada tercer día al mercado, pero se retiraba temprano, y nunca le habíamos visto embriagarse.

Una noche que volvía de un fandango, llegando cerca de mi casa, descubrí, al incierto resplandor de la luna a un hombre que caminaba vacilando y en un estado completo de embriaguez, hasta que vino a caer precisamente en la puerta por donde yo tenía que pasar.

Inclinéme para verle y conocí a Juan de Jarras.

Era la noche del cumpleaños de uno de sus amigos: Juan, seducido, arrastrado por ese amigo, se había detenido en su casa al volver del mercado, y el resultado era aquel.

Juan estaba borracho por primera vez.

Entonces me asaltó una idea que me hizo sonreir; era lo que llamábamos un chasco.

Llamé a la puerta.

Andrés, el marido de la tía Ursula, era el asistente que me había acompañado durante algunos años, y que estaba aún a mi lado.

Andrés abrió la puerta.

—Andrés,—le dije,—¿hay alguien despierto?

—Nadie,—me contestó,—todo el mundo duerme.

—Ayúdame a poner este cristiano en mi cuarto.

Andrés, acostumbrado a obedecerme, sin preguntar, dejó en el suelo la luz y tomó de los piés a Juan, mientras yo le levantaba por debajo de los brazos.

Al colocarle en el pavimento del cuarto, Andrés le conoció.

—¡Calla! el bueno de Juan, pues es curioso, nunca.....

—Silencio,—le dije—¿dónde encontraremos una poca de sangre?

—¡Sangre!

—Sí, sangre de toro, de borrego, de pollo.

—¿Sangre?..... ¿sangre? pues no hay de dónde.

—Pues es preciso encontrarla.

—Sólo que matemos un corderito de los que hay en el corral.

—Bien dicho, trae un cuchillo.

Andrés trajo el cuchillo, dejamos a Juan durmiendo, y armados con una gran bandeja, nos dirigimos al corral.

Matar al cordero fué obra de un momento, y poco tiempo después, volvimos a donde estaba Juan, trayendo Andrés la vasija llena de sangre.

—Andrés,—le dije,—vierte esa sangre sobre Juan, principalmente en su brazo derecho.

Andrés comprendió que se trataba de una burla y obedeció.

—Muy bien, ahora ponle ese cuchillo con que hemos dado muerte al corderito, en la mano derecha.

—Bueno, dejémoslo.

Juan seguía durmiendo sin comprender lo que le pasaba, yo estaba alegre como un chico que logra hacer una diablura, Andrés se sonreía, como quien entiende poco, pero no preguntaba por no pasar por tonto.

Encerramos a Juan, y yo y Andrés nos retiramos a descansar.

IV.

EL DELITO DE UN VETERANO.

(Continúa.)

Me fué imposible dormir aquella noche: el deseo de ver el resultado de aquella, para mí tan inocente chanza, no me dejó conciliar el sueño.

Muy temprano me levanté, tomé una luz y fuí a ver a Juan.

Dormía el pobre hombre profundamente, pero ya no era el sueño pesado de la embriaguez: su respiración tranquila y su aire de felicidad en el sueño, estaban ya muy lejos de indicar el sopor estúpido del borracho.

Me acerqué a él y le llamé.

—¡Juan! ¡Juan!

—Margarita, ¿eres tú?—dijo volviendo en sí y figurándose que estaba en su casa:—¿ya despertó la niña?

—No, Juan, soy yo.

—¡Ah, don Plácido, ¿pues adónde estoy? ¿yo no dormí en mi casa? ¡ay Dios mío! ¿qué dirá mi pobre Margarita? es la primera vez que me pasa esto.

—Juan, levántate con cuidado, pero pronto: ¡desdichado! ¿no sabes lo que ha sucedido? ¿sabes tú lo que has hecho anoche?

—No, don Plácido, me he dormido, me he emborrachado, no sé lo que ha sido de mí.

—¡Infeliz, mira tu ropa, tus manos!

El desgraciado lanzó un grito de terror, su vestido estaba lleno de sangre, y aun tenía en la mano el cuchillo que yo le había puesto.

—Pero ¡qué es esto, Dios mío! ¿me han herido, me han muerto?

—Peor que eso, Juan, peor que eso; anoche has tomado más de lo regular, has comenzado a escandalizar al pueblo, el prefecto en persona te ha reconvenido; tú, ciego con los humos del licor, has desconocido su autoridad, la cuestión se hizo acalorada, él ha querido llevarte preso, y tú con ese cuchillo, que tenías no sé dónde, le has clavado en el corazón, tendiéndole muerto a tus pies.

Juan exhaló un gemido y se cubrió el rostro con ambas manos; había seguido la relación que yo le hacía, procurando tomar un aire compungido, con la mayor ansiedad; sus ojos parecían querer salir de sus órbitas; pálido, temblando, murmuraba por lo bajo mis mismas palabras, y gruesas gotas de sudor se desprendían del nacimiento de sus cabellos y rodaban sobre su desencajado rostro.

Cualquiera se habría compadecido de él, pero el demonio había soplado en mi cerebro, y yo deseaba llevar hasta su fin aquella infernal comedia.

—El prefecto murió en el momento, continué yo, y tú, cubierto de sangre, echaste a huir hasta la puerta de esta casa, en donde casi falto de fuerzas y privado de conocimiento, en los momentos que yo llegaba, y sabiendo lo que había pasado, mientras que te buscaba la justicia, yo te he ocultado en este cuarto.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuraba el desgraciado retorciéndose con desesperación: ¡Dios mío, qué va a ser de mí! ¡qué va a ser de mí!.... pero no, yo diré que lo hice sin saber lo que hacía..... yo lo negaré.

—Nada te valdrá; ¿crees que podrás negarlo, cuando más de cien personas atraídas por el escándalo, han presenciado el hecho? ¿crees que será disculpa el que hayas estado ebrio, cuando saben todos que tú jamás bebes? Además, eso de embriagarse, más es delito que disculpa.

—Cierto, cierto, señor don Plácido.... pero usted, usted que sabe tanto del mundo, dígame, qué haré; aconséjeme, ilumíneme, solo usted podrá salvarme.

—Bien, escúchame, porque no me ocurre más que un solo medio, pero lo creo seguro, eficaz.

—¡Dígamelo usted! ¡dígamelo usted!

—Mira, es preciso que te vayas de aquí siquiera por algunos días, pero lejos.....

—Señor, ¿y mi familia, y Margarita y mi hija?....

—No te apures, yo diré a tu mujer que fuiste a un viaje imprevisto, y mientras tanto, nada les faltará, yo me encargo de ello.

—¡Ah, señor don Plácido! ¡qué bueno es usted, qué bueno!

Y el pobre hombre me besaba las manos.

Tentado estuve de descubrirle todo, decirle que era solo una burla, pero el deseo de que mi aventura se supiese y se celebrase al otro día, me contuvo; además, yo no temía ningún mal resultado para Juan, y estaba dispuesto a dar lo necesario y aún más a su familia, en los pocos días que durara su ausencia, que yo suponía muy corta.

—¿Y cuándo deberé salir?—me preguntó.

—Ahora mismo, y antes que acabe de amanecer.

—Pero, ¿y esta sangre? me dijo horrorizado, y esta sangre me venderá, me descubrirá, llamaré la atención por todas partes, me haré sospechoso.....

—Cálmate, yo te daré otra ropa.

Me dirigí a mi caja, saqué unos calzones y una camisa, Juan se lavó la mano y el brazo que estaban cubiertos de sangre, se mudó la ropa, tomó su sarape, una manta y un machete que yo le ofrecí, y luego lleno de resignación me dijo:

—Ya estoy listo.

—Pues sígueme,—le contesté.

Salimos a la calle sin hacer ruido: la luz de la mañana como un vapor luminoso y blanco se tendía ya por el cielo como una gasa; comenzaban a dibujarse las cumbres de los montes, y la mar como un espejo de plata líquida y movediza comenzaba a distinguirse en el horizonte.

Yo caminaba por delante, Juan cabizbajo y pensativo me seguía, pero no revelaba su continente la inquietud del criminal, sino el decaimiento profundo del desgraciado.

Pocas gentes encontramos a nuestro paso, algunas mujeres que iban por agua a los arroyos, algunos pescadores cargados con sus redes y sus arpones que volvían de su paseo nocturno en el mar, llevando grandes sartas de pescados, pero todos apenas fijaban su atención en nosotros: ni tenían por qué; dos hombres caminando a la madrugada, nada tienen por qué ser notables.

Llegamos hasta la salida del pueblo por el lado del camino de México; allí no había quien nos viera.

—Ya estás en puerto de salvación,—dije a Juan,—toma el camino que quieras, ¿para dónde vas?

—No sé, Dios me guiará. Adiós, don Plácido, nunca olvidaré lo que hace usted por mí: adiós.

Me estrechó contra su corazón, besó mi mano, y comenzó a trepar ligero como un gamo por la montaña.

Mi primer impulso fue reirme del susto que llevaba el desgraciado, pero después comencé a reflexionar sobre lo

que había hecho; alcé la cara, y allá a lo lejos, ya encumbrando la montaña, miré a Juan; se había detenido, llevó la mano izquierda a su sombrero y se lo quitó; después con el rostro vuelto a su casa, bendijo desde allí su pobre hogar, llevó la mano a la boca, le envió un beso, y volvió a cubrirse con su sombrero.

Le ví entonces limpiarse los ojos con la manga de su camisa, lloraba, y seguía caminando.

En ese momento, no sé lo que pasó por mí, el puñal de los remordimientos hirió mi corazón; me sentí un monstruo y lloré también, grité a Juan con todas mis fuerzas, habría dado la mitad de mi vida porque nada de aquello hubiera pasado; como un loco, como un insensato, eché a correr en seguimiento de Juan, llamándole, buscándole desde las alturas, registrando todos los senderos, siguiendo todas las huellas; pero nada, la fatalidad me perseguía, Dios castigaba mi delito, no me fué posible encontrarle ni alcanzarle.

Toda la mañana caminé: apenas veía a lo lejos un hombre, me parecía Juan; corría, le alcanzaba, le veía, y no era.

El sol señalaba ya el medio día, cuando ya rendido por la fatiga, y devorado por la sed, caía en la orilla de un arroyo; calmé en sus aguas el ardor de mi garganta, y me puse a llorar; la figura dulce y resignada de Juan aparecía en mi mente a cada momento, y yo, en mi remordimiento, no podía sino llorar.

La carne venció al espíritu y el cansancio al dolor, y me quedé dormido a la margen del arroyo.

V.

EL DELITO DE UN VETERANO.

(Concluye.)

Don Plácido inclinó el rostro y quedó sumergido por algunos instantes en una profunda meditación.

Alejandra había seguido llena de ansiedad la relación del viejo, y más de una vez había tenido que limpiar sus ojos empañados de lágrimas; aquella historia la afectaba profundamente.

—El viento de la sierra, continuó don Plácido, refrescó mi frente y volví en mí. El día había avanzado, y eran ya las dos de la tarde; un sol ardiente derramaba torrentes de fuego sobre la costa, y solo de cuando en cuando, una ráfaga del terrero refrescaba la sofocante atmósfera que

me rodeaba; tú sabes, hija mía, que a esa hora ni las aves se atreven a volar, y se adormecen entre las ramas de los ceibos o de los cocoteros.

Al despertar, nada recordaba; miré a mi alrededor para coordinar mis ideas ofuscadas por el sueño, y entonces la melancólica figura de Juan, destacándose sobre nuestro cielo sereno y azul y saludando por vez postrera a su casa, volvió a dibujarse en mi alma por la mano del remordimiento.

Me levanté violentamente y me dirigí, sin pasar por la población, hacia la huerta de Juan, situada en el extremo contrario al en que yo me hallaba.

Más de dos horas tardé en llegar y encontrarla; por fin, dí con ella.

En medio de un bosque de adelfas, de naranjos, y de plataneros, y rodeado de flores y de verdura, se levantaba el pobre jacal en que vivía la familia de Juan.

Era una casita pobre y pequeña, pero sumamente aseada.

La mujer de Juan, Margarita, recargada en uno de los troncos que sostenían el "toro" de la casa, miraba triste y desolada para el camino; dos perritos blancos jugaban indiferentes a sus pies entre la yerba, y pendiente del techo de la casita, se mecía una cuna en donde dormía tranquila la hija de Juan.

Aquel espectáculo, lastimó mi corazón: Margarita era una mujer graciosa y bonita; era además entre las muchachas pobres de Acapulco, el modelo de las esposas.

Casi temblando me acerqué a ella.

—Margarita,—la dije,—vengo a traerla un recado de Juan.

—¿De mi hombre?—me preguntó.

—Sí; dice que va a hacer un viaje inesperado, pero que pronto dará la vuelta.

—¡Un viaje! y así, sin despedirse, sin llevar su bastimento, sin ver a su hijita? No, don Plácido, usted me engaña; a Juan le ha sucedido algo, de otra manera no me tendría con tanto cuidado.

Y la muchacha se puso a sollozar.

—Margarita, Margarita,—la dije,—no llore usted; Juan está bueno, nada le ha sucedido; un amigo le ha proporcionado un quehacer, y esto es todo; de allí tomó lo que necesitaba para el viaje; además, yo estoy encargado por él, de dar a usted lo que necesiten mientras vuelve.... créame usted.

La hablaba yo con tanta firmeza, que la pobre comenzó a serenarse: me invitó a sentarme; la sed me devoraba,

Margarita me dió una gran taza de coco llena de "tuba" que apuré con delicia.

Calmé por fin su ansiedad, y después de haber acariciado a la niña y dejado algún dinero a Margarita, me retiré algo más tranquilo.

Pasaban los días, y ni la menor noticia de Juan; nadie le había visto, nadie sabía tampoco la causa de su desaparición, sino Andrés, y yo, que nos guardamos bien de decirla.

Las más absurdas concejas se formaron en el pueblo sobre esto: unos decían que Juan al bañarse en el mar, había sido devorado por las tintoreras; otros, que había caído en un precipicio.

La autoridad me interrogó: le conté lo mismo que a Margarita, y poco después todo se había olvidado.

—¿Pero nunca se ha vuelto a saber de él?—preguntó Alejandra.

—Nunca, hija mía, nunca.

—¿Y Margarita, y su hija?

—Margarita desapareció también poco tiempo después, dejándome una carta, en que me decía, que iba en busca de su esposo, y confiando a mi honor y mi amistad a su tierna hija que no vacilé en recoger.

—Y en dónde está, ¿en dónde está? preguntó casi espantada Alejandra.

—Hija mía, hija mía, esa niña eres tú.

La joven dió un grito y cayó desvanecida en los brazos del veterano.

VI.

TIO LALO.

Tío Lalo era el herrero más trabajador y más inteligente del pueblo, no había memoria de cuándo había comenzado a ejercer su oficio, pero de seguro, que ningún vecino podría decir tampoco que algún día, no siendo feriado, había visto sola la fragua, o había dejado de escuchar el ruido del yunque.

Al salir el sol, ya tío Lalo estaba en su obrador; cuatro columnas de madera sosteniendo un techo de palma, una fragua y un yunque, este era el taller.

Tío Lalo era como un retrato; jamás se notaba un cambio en su traje; calzones de pana azul, zapatos de vaqueta amarilla, una camisa siempre limpia y llena de randas y de labrados, pero siempre desabrochada del cuello y un gran paliacate de cuadros colorados atado en la cabeza, consti-

tuían el vestido del tío Lalo, y si tenía que salir a la calle, un ancho sombrero negro de lana.

En otro país se hubiera llamado armero, porque no hacía más que esos anchos machetes de exquisito temple, que no faltan jamás a los costeños, pero allí se llamaba sencillamente herrero y nadie como él sacaba una hoja limpia y sin pelo, y nadie como él daba ese filo con el que puede un hombre rasurarse; era una notabilidad, lo conocía, y con orgullo ponía en las hojas brillantes de los machetes, **Ladislao Pamplona,** y luego dos estrellas.

Desde muy lejos recibía cartas de marchantes solicitando sus artefactos, y el viajero costeño que hubiera pasado por su casa sin hacer una compra, se habría tenido por desgraciado.

La fragua del tío Lalo era además, el lugar de reunión de los ociosos del pueblo.

Hay una tendencia marcada en todos los ociosos de la tierra de ir a perder su tiempo contemplando a los que trabajan.

La ley de los contrastes.

En las grandes ciudades, los que nada hacen, se pasan los días enteros en las puertas de las tiendas y de los almacenes más concurridos, contemplando esa muchedumbre inquieta y trabajadora que circula en su derredor, como una colonia de abejas o de hormigas.

En los pueblos más cortos, la botica es el punto de reunión.

En las rancherías o en los barrios, siempre hay un taller que se convierte en lonja, y mientras suda y trabaja el artesano, los tertulianos fuman y discuten, sin meterse quizá nunca a comparar su vida con la del hombre que los recibe en su casa.

Tal vez el artesano envidiaría la vida del perezoso, pero lo que sí es seguro, es que el perezoso envidia la del artesano.

Es un axioma, nadie tiene más gana de trabajar que el flojo.

Cuando digo gana, se entiende deseo ardiente algunas veces, deseo que atormenta, que punza, pero nada más deseo: nada más.

¿Pues por qué no trabaja?

La contestación es natural, pero nos encierra en un círculo vicioso; no trabaja, porque le sobra el deseo y le falta la resolución, la fuerza de voluntad, la acción; en fin, porque es perezoso.

Tío Lalo golpeaba de lo lindo: su cara chata y cubierta con las cicatrices de las viruelas, estaba roja por la fatiga

y por el reflejo del activo fogón, que soplaba en la fragua un muchacho como de catorce años, ahijado del herrero, criado y casi nacido entre el carbón y el fuego del obrador.

El ruido del martillo y los bufidos del viento de los fuelles que moría sobre los hornillos, mezclados con la jadeante respiración del tío Lalo, formaban un desapacible concierto, pero que no impedía seguir la alegre conversación de tres o cuatro hombres que fumaban sentados sobre las piedras o los haces de leña y a la sombra del pequeño techo de la fragua.

—Tío Lalo,—dijo uno de ellos,—anoche hubo función en casa de don Plácido.

—¿Qué función, Perucho?—preguntó el herrero.

—Yo no sé lo que sería, pero Colasa mi mujer dice que hasta muy noche oyó que lloraba Alejandra, y que su padre la consolaba.

—Andará ya en amorcillos la "Flor de la costa,"—dijo otro de los ociosos,—y a fé que ya es tiempo, la muchacha está linda como una perla, y antojadiza como una mantequilla: si a mí.... .

—Vaya, Epitacio, ni digas eso, tú tienes una mujer tan buena y tan bonita.....

—No, tío Lalo, pero si no es más que un buen deseo.

—¿Buen deseo? ¡llamas a eso buen deseo! si te oyera tu mujer, a quien tú no mereces.....

—Sí, tío Lalo, pero.....

—No hay pero que valga, no la mereces tú, tan haragán, tan.....

—Más de cuatro conozco yo,—interrumpió Perucho,—que darían algo porque los quisiera la Florecita.

—¿Qué sabes tú, hablador?—dijo el herrero poniendo en la fragua un gran trozo de metal.

—¿Qué sé yo? mucho que sé: mire usted tío Lalo, que no todo se puede decir, ni todo se puede callar, pero el españolito de la tienda de Santander, está que se las pela por ella.

—Bueno, pero para eso, ni caso.....

—Ni caso, pero él, erre que erre, y luego, luego.... ya usted me entiende, tío Lalo,—dijo Perucho haciendo sobre su cabeza una seña como de cerquillo o tonsura.

—¿Qué, qué?

—¿Cómo qué? el padre Bernal, que diera, como quien dice, los diezmos y primicias de todo este año, y que han estado buenas las cosechas, por darla siquiera un abrazo a Florecita.

—Cállate, hablador.

—Bueno, callaré, pero eso nada tiene de malo, porque al fin, aquí que estamos en confianza, tanto tiene don Bernal

de padre como yo de obispo; nomás que como el señor cura es tan bueno, le ha protegido, pero así me coma un caimán, primero que yo me confesara con él.

En mentando al ruin de Roma, luego asoma, dijo otro, mostrando a los demás un hombre que se acercaba por el camino en una magnífica mula prieta con cabezadas y arreos adornados de plata.

No era un joven, pero aún estaba en la fuerza de la edad viril, grueso, más blanco que moreno, completamente rasurado, su rostro; merced a su mirada incierta, tenía algo de repulsivo, vestía chaleco y pantalón negros, chaquetón blanco de lino, y llevaba un cuello de cuentas de chaquira blanca y azul, como distintivo de la clase sacerdotal; un ancho sombrero de lana amarilla, con adornos y ribete dorado completaba su equipo.

A todo el trote de su mula llegó aquel hombre, a quien habían designado los tertulianos de la herrería con el nombre de Padre Bernal, hasta la puerta de la casa, y haciendo detener violentamente su cabalgadura, se apeó sin hacer ninguna clase de saludo, y entregó las riendas en manos de un hijo del tío Lalo que había salido de la casa.

El muchacho se puso a pasear la mula, y mientras el recién llegado se quitaba las espuelas, el tío Lalo, dejando su trabajo, acudió en su auxilio con las mayores muestras de consideración hasta que concluyó, y los dos se metieron a la casa sin que entre ellos hubiera mediado ni una palabra.

—Oye Cacomixtle,—le dijo Perucho al muchacho que jalaba los fuelles,—¿qué negocio tiene tu patrón con ese místico?

—Yo no sé,—contestó el muchacho saliendo de la fragua,—serán cosas de la misa.

—Oye, taimado, oye, ¿a dónde vas?—gritó Perucho.

—A descansar un rato a la huerta, para eso que he jalado los fuelles desde que Dios amaneció, y son ya las horas de almuerzo.

—Buen pícaro eres tú,—dijo otro.

Pero el Cacomixtle, como ellos le llamaban, ya no les oyó.

Apenas llegó al pequeño huerto que estaba a la espalda de la casa del tío Lalo, su fisonomía adquirió una viveza increíble, y ligero como el animal cuyo nombre le daban las visitas de su patrón, comenzó a trepar por un montón de escombros que estaba a la espalda de la casa, cubierto por un grupo de plátanos y entre los cuales la exuberante vegetación de los trópicos había hecho brotar plantas y arbustos de diversas clases.

Apoyándose ya en una rama, ya en una piedra, pero trepando con increíble ligereza, el muchacho llegó hasta la al-

tura del desván de la casa, y allí, como una serpiente, se deslizó debajo del cobertizo y se introdujo en el espacio que dejan esas casas de tejado entre las tablas que forman el techo de la habitación y el techo de la casa: allí comenzó a caminar con tal precaución, que ni una sola de las tablas crugió con su peso: paróse de repente y escuchó:

Las voces de dos hombres que hablaban bajo y como con reserva, subían de la habitación del herrero.

El Cacomixtle se tendió sobre las tablas y aplicó primero un ojo por uno de los intersticios de la madera.

Tío Lalo y Bernal estaban literalmente debajo de él, y sostenían en voz baja una conversación acalorada.

Cacomixtle se sonrió con satisfacción, cambió la postura de la cabeza aplicando el oído al entarimado, y quedó sin moverse como si la vida le hubiera abandonado.

VII.

EL TESTIGO OCULTO.

—Ese plan, decía el tío Lalo, es completamente irrealizable: robarse a Alejandra de su casa, no conviene. Alejandra, a pesar de que como le tengo a usted dicho, no se la conoce más amor que Jorge, y ese anda ahora con la chinaca, es una muchacha muy querida y respetada de todos los mozos del pueblo, que serían capaces de armar un "mitote" por defenderla.

—Entonces ¿qué debemos hacer? yo estoy fastidiado, cansado de tener esperanzas hoy, para perderlas mañana.

—Un poco más de paciencia, padre,—dijo socarronamente Lalo,—que al fin se trata de llevarse nada menos que a la Flor de la Costa, y esto sin haber contado con su voluntad.

—No he venido aquí para oir tus sermones: necesito tener en mi poder a esa muchacha, y tú te has comprometido a entregármela; pues bien, ¿qué te detiene? ¿qué te falta? ¿dinero? cuanto me pidas tendrás, y con el dinero todo se consigue.

—Sí, se consigue, pero no inmediatamente; vamos, no se impaciente usted, voy a mandar un explorador, como si dijéramos a la casa de don Plácido, y según lo que nos digan, veremos, porque Perucho me dijo que anoche había habido allí trifulca.

—Bueno, pero que sea pronto—dijo el padre Bernal sacando un magnífico reloj de oro—son las once, y a la una tengo que salir para San Gerónimo.

—De aquí a la una tiempo hay, pero voy a mandar.....

Cacomixtle oyó el ruido que hacía tío Lalo al levantarse, y se preparó a saltar a la huerta, por si el viejo se dirigía a la fragua, pero la voz entera del herrero se dejó oir, gritándole a su mujer:

—Ramona, Ramona.

—Voy, hombre—contestó desde el otro cuarto una voz cascada y hueca.—¿Qué quieres?

—El Padre desea saludarte—y añadió en voz baja dirigiéndose al padre—es preciso que todo se haga con disimulo.

Cacomixtle había recobrado su tranquilidad, y volvió a aplicar el ojo y luego el oído a las tablas del techo.

El herrero había vuelto a sentarse. Ramona se había presentado en escena. De tanta edad, como su marido, casi negra, con un paliacate de cuadros en la cabeza y unas enaguas formadas también de paliacates, la mujer del herrero era una figura verdaderamente repugnante.

Saludó humildemente al padre y le besó la mano.

—Oye, Ramona,—le dijo tío Lalo,—vas a hacer este empeño, pero cuidado con una tontera, porque es cosa del padre y si lo echas a perder, ya verás—y acompañó estas palabras, con un movimiento de mano que indicaba nada menos que una paliza si la vieja salía mal de su comisión.

—Pues bonita soy yo para quedar mal en lo que me encargan—contestó la vieja—acuérdate que siempre....

—Cállate, "navolena," y pon cuidado a lo que te voy a decir: te vas ahora mismo a la casa de don Plácido y te haces aparecida, pero cuidado, que no vayan a maliciar que llevas plan.

—No, yo diré que voy a pedir un cántaro prestado a la chica, porque ayer Cacomixtle rompió el de acá.

—¡Cómo! ¿rompió el cántaro ese pícaro?—dijo el herrero;—ahora verá usted qué tal le va.

—No hombre, si no es más que el pretexto que voy a ponerles—contestó la vieja.

Cacomixtle, se sonrió socarronamente desde su observatorio.

—Pues bien,—continuó el tío Lalo,—me vas a averiguar qué es lo que ha pasado en la casa de don Plácido, por qué regañó anoche a la muchacha; en fin, todo, todo cuanto puedas averiguar, pero con cautela y pronto, porque el padre quiere irse.

—Está muy bien, ya verás qué razón te traigo.

La vieja salió de la habitación y los dos interlocutores quedaron en silencio: el padre Bernal con los codos sobre las rodillas, apoyando la frente en sus anchas manos, y el herrero formando un gran cigarro de una hoja de tabaco

que tomó de encima de una mesa en donde había una imagen de la virgen de los Dolores, y delante de la cual, en una copa de cristal rota ardía una mechita que nadaba en un lago de turbio aceite.

El Cacomixtle pudo desde su escondite, ver a Ramona que, fingiéndose más vieja y más vacilante en su andar, se dirigía para la casa de Alejandra; el muchacho la observó por un momento y volvió después a su posición anterior.

El silencio se prolongaba todavía; el tío Lalo y el padre Bernal permanecían como absortos en sus meditaciones.

Por fin, el segundo se atrevió a hablar.

—Tío Lalo,—le dijo,—es preciso que esa muchacha venga a dar a mi poder, cien veces te lo he repetido, cueste lo que costare.

—Y yo le he dicho a usted que aunque la cosa no es tan sencilla como parece, yo me comprometo, Dios mediante, a entregarle a usted esa criatura.

—Hace mucho tiempo que me prometes lo mismo, y hasta ahora nada hemos avanzado, y ya sabes que este negocio puede hacerte feliz si se logra.

—Yo no le sirvo a usted solo por interés, sino porque me ha confrontado su persona y me causa lástima verle tan apasionado de esa muchacha que se hace la remilgosa. Vaya, pues qué más podía esperar; solo que quiera que venga por ella el Emperador; y luego, padre, que usted no sabe quién es don Plácido, pues bonito él para que se la peguen; es más avisado que un cuervo, y belicoso, que es capaz de armar campaña con su misma sombra. Pero usted no me hace caso, distraído, distraído siempre: tomaremos una copita de mezcal.

El tío Lalo se levantó, llenó de mezcal dos pequeños vasos aclarinados, y tomando uno presentó el otro al padre Bernal que no salía de su meditabundo silencio. Apuraron los dos hasta la última gota, y el padre, sin decir una palabra, se reclinó negligentemente en una cama formada con delgados otates y que había en uno de los rincones del cuarto.

—Bueno,—dijo el tío Lalo,—repose usted un momento mientras vuelve Ramona; entretanto, voy a la fragua a continuar mi trabajo.

Al decir esto, cubrió la cama con el limpio pabellón de indiana, y se retiró entornando cuidadosamente la puerta.

Quizá no había acabado esta operación, cuando el Cacomixtle, ligero como un relámpago, estaba ya en la fragua dando vida al ya casi extinguido fuego.

VIII.

LA VUELTA DEL EXPLORADOR.

Por más de media hora los fuelles gimieron al impulso del Cacomixtle, los carbones encendidos recibieron su aliento, y el tío Lalo preludió, por decirlo así, la hoja de un curvo machete destinado tal vez a hacer un papel importante en alguno de esos escándalos que brotan casi siempre de los fandangos de Tierra Caliente.

La fragua estaba sola, los tertulianos habían ya desaparecido, y el herrero y el muchacho trabajaban sin cruzar una palabra.

Entre los dos formaban una máquina; el ciego motor de los fuelles, y el motor inteligente del martillo y de las tenazas.

Y, sin embargo, en aquellas dos cabezas germinaba el mismo pensamiento; la misma ansiedad devoraba aquellos dos corazones.

De cuando en cuando el tío Lalo abandonaba el martillo y cubría con su mano derecha, como con una visera, sus penetrantes ojos, dirigiendo inquietas miradas por el camino que debía traer su mujer.

El Cacomixtle entonces, apoyándose en el cable que movía los fuelles, se empinaba sobre las puntas de los pies, y por encima de la cabeza del herrero, que le interceptaba la vista, exploraba curiosamente el horizonte.

Así se pasó un largo rato, y ya el tío Lalo comenzaba a dar algunas muestras de impaciencia, cuando se dejó ver a lo lejos la figura de Ramona, que caminaba más aprisa que lo de costumbre.

Tío Lalo suspendió su trabajo, y pocos momentos después la vieja había llegado hasta la fragua.

—Mucho te has tardado,—le dijo el herrero.

—Mucho, pero en cambio traigo noticias muy importantes: ¿ya se fue el padre?

—Qué se ha de ir, esperándote está; pero creo que se ha dormido. Vamos entrando y nada me digas hasta que estemos delante de él. Cacomixtle, vengo, y no me quemes mucho carbón mientras te quedas solo.

Cacomixtle no contestó.

La vieja y el herrero entraron en la casa, cerrando tras sí la puerta, y el Cacomixtle volvió rápidamente a su observatorio, abandonando la fragua.

El Estado de Guerrero es en nuestra República un país verdaderamente original.

Allí no se conocen los ladrones: lo mismo puede dejar abandonados en una plaza o en un camino el artesano los instrumentos de su trabajo, que el caminante su maleta de viaje o un costal de polvo de oro. Nadie se atreverá a tocarlo.

El instinto del robo no entra para nada en el gran compuesto que forman las pasiones en el corazón de los hombres de aquellas tierras.

Impetuosos y ardientes en sus amores, belicosos y susceptibles en sus relaciones sociales, son capaces de hacerse matar por la mirada de una mujer, o por la picante sátira de un verso de la Malagueña; pero para ellos el respeto a la propiedad no es ni una virtud ni un sacrificio.

La policía no tiene parte en esto; y la razón es muy sencilla: la policía no ha existido ni existe en el Estado de Guerrero.

Sujeto, dominado por solo la voluntad de los Alvarez, durante muchos años, el Estado de Guerrero ha sido un cacicazgo, un patriarcado, en donde la única ley ha sido siempre la voluntad absoluta de los miembros de una familia a la cual el Gobierno General de la República, al través de leyendas y tradiciones fantásticas, ha visto con proporciones tan gigantescas, que no se ha atrevido nunca a destruir con una sola plumada, como hubiera podido hacerlo, aquella República de Andorra, aquel Paraguay que puede ser con el tiempo, y libre de los lazos que la oprimen, la perla de los Estados, la joya preciosa de la República, y el emporio de la agricultura, del comercio y de la minería.

Cubierto por magníficos bosques de maderas preciosas y de construcción, regado por caudalosos ríos, cruzado doquiera por gruesas y robustas venas de todos los ricos metales; sembrado de criaderos, de esmeraldas, de granates, de ágatas, de rubíes, de topacios y de diamantes; poblados sus bosques por tigres y águilas; feraces sus tierras, con esa exuberante vegetación del mundo en los tiempos del Génesis, y teniendo en sus costas los más hermosos puertos del Pacífico, el Estado de Guerrero solo espera la llegada de un Mesías que le diga como Cristo al paralítico: **levántate y anda....**

Pero los años pasan, y los cedros caen de vejez en los bosques, y los ríos profundizan sus cauces, y los vientos de la mar arrojan sobre las azucenas de las playas desiertas, las arenas ardientes que sepultan, y las palabras divinas no resuenan aun sobre aquella tierra de promisión.

IX.

EL SECRETO DE LA TIA URSULA.

Alejandra no acudió a la cita que le había dado la tía Ursula; en vano la buena vieja hizo más viajes al arroyo de los que necesitaba, y acarreó tanta agua como si tratara de apagar el incendio de su casa.

La mañana se pasó sin haber visto a la muchacha, y llegó por fin la tarde de aquel día, y la tía Ursula iba creyendo ya que no vendría Alejandra, cuando la vió cruzar delante de su casa.

La Flor de la Costa, como la llamaban los mozos del pueblo, no iba alegre y cantadora como la víspera; melancólica y distraída, caminaba como instintivamente, sin contestar un saludo, y sin volver siquiera la cara al jacal de la tía Ursula.

La vieja salió precipitadamente en su alcance, y a pocos momentos caminaba ya a su lado.

—Hija mía, toda la mañana te he esperado; te dije ayer que tenía que hablarte de una cosa importante, y anoche he soñado tanto, que antes de que saliera el sol ya no podía dormir; soñaba que me moría, que me llevaban al cementerio, y que no podía decirte este secreto que puede importarte mucho. ¿Qué te ha sucedido? ¿qué tienes? ¿por qué no viniste hoy en la mañana? No me contestas.... .estás distraída, ¿estás enferma?

—Sí, tía Ursula,—contestó Alejandra,—estoy enferma; apenas he dormido anoche; me duele la cabeza, me siento mal, muy mal.

—¡Ave María Purísima! serán las calenturas: es preciso curarte, curarte pronto; yo me iré esta noche a tu casa.

—No hay necesidad, tía Ursula, esto no ha de ser nada, nada; y creo que mañana ya estaré buena. ¿Sabe usted que mañana tenemos que salir?

—Salir, ¿y para dónde?

—Tenemos que hacer un viaje a Morelia: mi padre dice que tiene allí un negocio importante.

—¿A Morelia? Hija, Dios lo dispone todo: ahora más que nunca es necesario que yo te diga un secreto: siéntate aquí sobre este tronco.

—Pero tía Ursula, si me esperan en casa: no me puedo tardar, tal vez me regañen.

—No importa, el negocio de que tengo que hablarte, es el último encargo de Andrés; te lo diré muy pronto, y ahora mismo, porque el corazón me dice que tú te irás y no nos volveremos a ver nunca.

Alejandra se sentó maquinalmente sobre un tronco de palmera, y la vieja se colocó a su lado.

En aquel momento pasaba a corta distancia de ellas y caminando hacia el arroyo, la mujer del herrero.

—¿Tú sabes Alejandra,—comenzó a decir la tía Ursula, —quién era tu padre?

A una pregunta tan intempestiva y sobre una materia que en aquel momento tenía tan enteramente preocupado su espíritu, la joven se sintió como sorprendida en el misterio de su pensamiento, y contestó como respondiendo a sus propias reflexiones: todo lo sé.

—Pues bien,—continuó la vieja,—no hay que hablar de eso, no hay que hablar de eso ya. Andrés era un hombre de buen corazón, y la suerte de tu padre y la de Margarita y la tuya le afectaban sobremanera; no estaba en su mano remediar aquellas desgracias, pero él tenía un secreto que quiso dejarte como una herencia para remediar parte del mal, al que había contribuído tan inocentemente.

—Tú sabes que mi marido sirvió en la guerra de la Independencia: pues bien, hubo una vez en que yo no sé cómo ni por dónde, nuestras tropas fueron completamente derrotadas: Andrés andaba entonces en la escolta de la Comisaría del señor Morelos. Todo se había perdido: Andrés y otro compañero suyo lograron sacar seis u ocho mulas cargadas de dinero; eran costalillos llenos de onzas de oro, porque en aquel tiempo, el dinero no andaba tan escaso como en éstos; caminaron todo el día y toda la noche, porque los soldados del Rey hacían una persecución muy activa y era necesario ponerse en salvo.

Así llegaron hasta la orilla del río de las Balsas, pero les fué imposible pasar; el río estaba crecido, y el temor a las tropas realistas impedía a los barqueros atravesarle.

Reconocieron el lugar en que se encontraban, era precisamente el balseadero que queda en la orilla opuesta del pueblo de Zirándaro.

Andrés y su compañero se pusieron a reflexionar, atravesar el río era imposible, volver atrás era caer irremisiblemente en manos de las tropas españolas; y ¿cómo ocultarse en el monte, llevando aquellas mulas y sin tener un lugar seguro dónde permanecer? Era, pues, preciso ocultar aquel dinero y conducir a las mulas tan lejos que no por ellas se pudiese entrar en sospechas.

Así determinaron hacerlo: caminaron entonces desde allí en la misma dirección de la corriente, y sin dejar la margen derecha del río, hasta cosa de media legua: allí encontraron una ziranda inmensa, y al pié de este árbol determinaron depositar su carga. A cada uno de los lados de aquella zi-

randa crecía una palma; creeríase que la naturaleza se había empeñado en poner allí aquellas señales para volver a encontrar el depósito.

Con las espadas, con los cuchillos, con algunas estacas de árbol, Andrés y su compañero hicieron en muy poco tiempo una profunda excavación, descargaron las mulas y colocaron allí diez y siete sacos de dinero; volvieron a cubrir, y ya al retirarse, el otro soldado le dijo a mi marido:

—¿No te parece que sería bueno poner encima aquella piedra grande que está allí?

—No es necesario,—contestó Andrés;—aquí la yerba crecerá muy pronto, y esta piedra arrancada de su lugar puede llamar la atención.

—No seas flojo,—repitió el otro;—bájate del caballo y ayúdame; y acompañando la acción a las palabras, se apeó del caballo y se dirigió a la piedra.

Andrés le imitó: la piedra no pesaba gran cosa, y con pocos esfuerzos comenzaba ya a moverse en su alveo, cuando el compañero de Andrés lanzó un grito y se puso horriblemente pálido, retiró las manos de la piedra y en la izquierda se mecía prendida una terrible víbora de cascabel.

Andrés, sin perder su sangre fría, y comprendiendo lo activo de aquella ponzoña, dió muerte a la víbora y propuso inmediatamente a su compañero cortale la mano, remedio espantoso, pero el único eficaz en semejantes casos.

El hombre se resistía al principio, pero el frío glacial de la muerte comenzaba ya a apoderarse de su mano con dolores horribles y con una rapidez asombrosa; se armó entonces de resolución, y le dijo a Andrés: corta, poniendo su brazo sobre la misma piedra que habían intentado mover.

Andrés sacó el machete y descargó un golpe sobre aquel brazo; pero el trabajo de la excavación había acabado el filo del machete, y la emoción y el cansancio habían agotado las fuerzas de Andrés; una ancha herida por donde brotó un manantial de sangre, fué el resultado de aquel primer golpe.

El hombre dió un grito, pero no retiró su brazo; córtame, córtame, decía, córtame pronto; la ponzoña sube, tengo unos dolores insoportables; si no cortas pronto, me muero.

Andrés vacilaba; el soldado, pálido, iba adquiriendo en su rostro sombrío, tintes azulados, su boca comenzaba a llenarse de espuma, y con acento desesperado y con voz ronca, córtame, decía, que me muero.

Andrés entonces se sintió como trastornado, levantó el machete y dió otro golpe y otros, hasta que la mano quedó separada del brazo; pero era ya inútil, en vano el herido había soportado aquella bárbara operación; el veneno había

circulado por su sangre, y pocos momentos después expiró en medio de una espantosa agonía.

Andrés nada podía hacer, no podía tampoco perder mucho tiempo; y dejando allí el cadáver de su pobre compañero y todas las mulas, volvió a tomar tristemente por la orilla derecha del río, caminando entonces contra la corriente.

Después de esto no le fué posible volver al lugar en que había depositado el dinero: habló de ello a varios de sus jefes, pero nadie le hizo caso.

Poco antes de morir me dijo: cuando Alejandra sea ya grande, confíale este secreto y que haga ella con ese dinero su felicidad y la de sus hijos.

—Ya lo has oído, hija mía: a media legua del balseadero de Zirándaro, río abajo una ziranda, entre dos palmas; no lo olvides; y ahora adiós, abrázame, porque mañana te vas y no nos volveremos a ver.

—Adiós, tía Ursula, rece usted mucho por mí que soy muy desgraciada.

Las dos mujeres se abrazaron llorando, y cada una tomó por su camino.

Poco tiempo después la mujer del tío Lalo llegaba a su casa repitiendo en voz baja—río abajo una ziranda, dos palmas, ¿qué demonios querrá decir esto?—¿por qué no llegaría un poco antes? En fin, veremos si el padre Bernal puede entenderlo.

X.

EL VIAJE Y EL ENCUENTRO.

Muy temprano, y al amanecer el día siguiente, un movimiento inusitado se advertía en la casa de don Plácido.

Dos criados cargaban fardos de equipaje sobre robustas mulas, mientras que otros tenían del ronzal algunas ensilladas, y entre las cuales se notaban dos que indudablemente debían de ser de los amos.

La una era una poderosa mula prieta, con silla y bridas adornadas de plata, con un primoroso tapa-ojo bordado de chaquira que fingía deliciosas flores: tenía en el arzón un magnífico par de pistolas dragonas, y pendiente de la cabeza de la silla una espada con la empuñadura de plata y la vaina de cuero negro bordada de oro y plata. La otra mula era retinta, más pequeña, pero más bien formada, más viva, por decirlo así; el arnés era semejante al de la primera solo que no se veía ninguna clase de armas, y que sobre la

silla cuidadosamente cubierta por ella, se ostentaba una manta de abrigo de encendidos colores; y una banda roja formaba una especie de columpio de la cabeza a la teja de la silla, colgando por el lado de montar.

Los criados terminaron su tarea, reconocieron la carga de las mulas, y poco después don Plácido y Alejandra salieron de la casa, seguidos de la criada que lloraba amargamente.

Don Plácido llevaba chaqueta y calzoneras; su sombrero no era ya el de palma, sino un elegante fieltro con toquillas de plata; y Alejandra tenía un sombrerito semejante: un saco de indiana abrigaba su cuerpo, y su rebozo, terciado del hombre a la cintura, hacia lucir su esbelto y gracioso talle.

Acercaron las mulas, don Plácido ayudó a subir a Alejandra, que saltó ligera y luego se colocó bizarramente sobre la suya. Los criados montaron, haciendo caminar por delante a las bestias cargadas.

Todas las puertas de la vecindad estaban llenas de curiosos que salían para ver partir a los viajeros; don Plácido y Alejandra contestaron a sus adioses más o menos sinceros, y pusieron al trote sus mulas.

Al principio, el camino seguía la misma dirección que el arroyo a donde ocurría Alejandra por la mañana y por la tarde. La tía Ursula, en la puerta de su casita, bendecía a los viajeros, murmurando en voz baja una oración que se prolongaba todavía, cuando éstos habían ya desaparecido entre el espeso bosque, que comenzaba al otro lado del arroyo.

Don Plácido caminaba por delante silencioso y meditabundo, dejándose guiar casi por el instinto de su mula; Alejandra le seguía también sin despegar los labios, y contemplando unas veces la hermosura del paisaje que se extendía hasta tener la inmensidad del mar por horizonte y reflexionando otras sobre la historia lastimosa de sus padres.

El camino comenzó a hacerse más sombrío; los viajeros se internaban en el tupido bosque de mangles y de palmeras, bajo la bóveda espesa de verdura que formaba sus entrelazadas hojas; ni un débil rayo de sol penetraba nunca en aquellos desiertos senderos. El musgo cubría los troncos de los árboles; bandadas de hermosas y pintadas guacamayas lanzaban sobre la verde bóveda y entre el ramaje, alegres y destemplados gritos.

Algunas veces en medio de la yerba que se levantaba casi a la altura de un hombre, aparecían las gallardas encornaduras de los venados que huían ligeros a la aproximación de la cabalgata; a medida que avanzaban en el bos-

que, se iban debilitando los ruidos que interrumpían el silencio de la selva en la costa, las bandadas de aves eran más y más raras, y llegaron por fin a faltar enteramente.

Nada turbaba entonces el solemne silencio del bosque, sino el eco sordo de las pisadas de las bestias.

Los viajeros iban enteramente preocupados con sus pensamientos, y solo algunas veces se oía la voz de algún criado regañando a las mulas de carga o alentándolas con silbidos agudísimos.

De repente, en uno de los recodos del camino, la mula de don Plácido se detuvo y retrocedió espantada; dos detonaciones seguidas de armas de fuego atronaron los ecos del bosque; el ginete vaciló en la silla y cayó pesadamente al suelo, en el momento en que cuatro hombres, montados en soberbios caballos, armados de mosquetes y cubierto el rostro con pañuelos de seda negros se lanzaron sobre Alejandra que estaba a punto de desmayarse, y sobre los criados, que atónitos por la sorpresa, no habían pensado siquiera en hacer uso de sus armas.

Libro Segundo

El Nido de las Aguilas

I.

ZITACUARO.

La Libertad es como el sol.

Sus primeros rayos son para las montañas, sus últimos resplandores son también para ellas.

Ningún grito de libertad se ha dado en las llanuras, como en ningún paisaje se ha iluminado primero el valle.

Los últimos defensores de un pueblo libre, han buscado siempre su asilo en las montañas.

Los últimos rayos del sol, brillan sobre los montes, cuando el valle comienza a hundirse en la obscuridad.

Por no desmentir este axioma, la Convención Francesa en 93, tuvo su llanura y su montaña.

Zitácuaro está situado en una fragosa serranía del Estado de Michoacán.

Era una graciosa ciudad de ocho mil habitantes.

Sus calles, rectas; sus casas, aunque no elegantes, limpias y bonitas.

Su comercio activo, y su agricultura floreciente.

Esta es Zitácuaro en 1863.

La República de México había sido invadida por los franceses.

Los malos mexicanos se habían unido con ellos.

El gobierno legítimo abandonó la Capital después de esa gloriosa epopeya que se llamó el sitio de Puebla.

El ejército de Napoleón III ocupaba las ciudades y los pueblos sin resistencia.

Aquella era la marcha triunfal de la iniquidad.

El paseo militar de la fuerza que vence al derecho.

Pero el derecho debía tener sus representantes sobre la tierra, para protestar y combatir.

Y los mártires encontraron en las montañas su Calvario.

Debía tener sus mártires y los tuvo.

Y los representantes del derecho y de la Libertad se refugiaron en las montañas para protestar y combatir.

Las tropas fieles de Toluca buscaron un asilo en Zitácuaro.

Al principio, es decir, antes de que comenzara esa larga serie de sangrientos combates que con fuerzas tan desiguales sostuvieron los defensores de aquel heroico pueblo, la hospitalidad no fué de lo más cordial.

Después que el fuego enemigo los encontró juntos, todos fueron unos.

En las primeras invasiones, la población emigraba en masa.

Así podía llegar la noticia de la venida del enemigo a la mitad del día, como a la mitad de la noche; en una mañana serena, en una tarde tempestuosa.

La alarma corría veloz como la electricidad y todo el mundo se ponía en movimiento, y la población en masa emigraba a los bosques, llevando cada una de aquellas familias lo poco que podía de sus muebles y de sus animales.

Era un espectáculo tierno y sublime.

Las madres, cargando a sus hijos, los hombres llevando a cuestas a los enfermos, los ancianos conduciendo con los niños y pesadamente, los mansos bueyes y los corderos, las gallinas y los cerdos; todo en una inmensa confusión, pero sin gritos, sin sollozos, sin maldiciones; con la resignación de los mártires, pero con la energía de los héroes.

Y esa desgraciada muchedumbre se ponía en marcha muchas veces de noche; en medio del agua que caía a torrentes, y alumbrada apenas por hachas de brea, que la tormenta y el aire apagaban a cada momento.

Y así caminaban entre aquellos precipicios, como una procesión fantástica, resbalando en las lodosas pendientes, cayendo a cada instante, pisados, maltratados, estrujados, llenos de fango, hasta la orilla del bosque; en donde cada fa-

milia buscaba no un abrigo, sino un lugar en que esperar la salida del sol, y los acontecimientos del otro día.

Pero las invasiones y los combates se hacían más y más frecuentes.

Apenas se pasaba una semana sin que los ecos del orgulloso cerro del Cacique, en cuya falda se extendía la población, repitiesen los gritos de "viva el imperio," y con las detonaciones de la fusilería.

Las familias comenzaban a cansarse, pero no transigían con el enemigo.

Poco a poco, fueron dejando abandonada la ciudad y retirándose a los pueblos y ranchos de Tierra Caliente, adonde el enemigo no había logrado aun penetrar.

Por fin, en la época en que vamos a tomar el hilo de nuestra novela, Zitácuaro era solo un campamento.

Es decir, estamos en enero de 1865.

II.

EL ALOJAMIENTO.

En una de las casas de aquella ciudad, de que hemos dado una idea, aunque imperfecta, y en un cuarto que tenía una puerta para la calle, alrededor de una pequeña y derrengada mesa de pino, cenaban alegremente tres personas.

Eran tres oficiales de caballería, con blusas encarnadas de fino paño, quitado en un convoy a los franceses, y calzoneras de casimir mezclilla con botonaduras de plata; los tres estaban igualmente vestidos, sin más diferencia que las hechuras y adornos de sus trajes.

Los tres cenaban sin quitarse los anchos y bordados sombreros, y sin desceñirse las espada ni el revólver.

Servía la mesa un chinaco alto y fornido, de blusa y pantalón colorado, que tenía atravesado del hombro a la cintura, el freno y las riendas del caballo de su jefe, precaución de todo chinaco para que los caballos no lo revienten, y tenerlo más listo a la hora de embridar.

El cuarto en que esto pasaba, era muy amplio, pero sin ninguna especie de muebles.

El suelo lleno de paja, de pedazos de cuero y de astillas de madera, indicaba que allí nadie se tomaba el trabajo de barrer.

En la pared había algunas estacas clavadas, y destinadas a colgar armas, arneses de montar o ropa.

Los convidados estaban sentados alrededor de la solitaria mesa, en adobes colocados unos sobre otros, y alumbra-

dos por una vela de sebo a la que servía de candelero una botella rota.

Excusdo es decir, que ni había platos, ni cubiertos ni vasos, ni manteles.

una salsa de chile colorado y un montón de tortillas en un

Una cazuela llena de carne asada, una taza inválida con viejo chiquihuite, esto era todo.

Pero cada uno de aquellos hombres comía con un apetito envidiable, partiendo la carne con el puñal que llevaba en la cintura.

En el fondo de aquel cuarto, a donde apenas alcanzaba la luz de la vela, reclinado sobre un trozo de madera y cubierto solo por su sarape, se agitaba calenturiento otro oficial herido hacía pocos días.

Los independientes heridos, sobre la marcha se aliviaban o se morían.

Algunos compañeros aficionados hacían de médicos o de sepultureros.

—Gallo,—dijo uno de los que cenaban.

—Mande usted, mi comandante,—dijo saliendo el asistente.

—Trae un jarro de agua.

El asistente salió.

—Oye, oye, ¿no tienes por ahí algo de licor?

—Nada, mi comandante; hace quince días que no hay sueldo: antes las tortillas me las fiaron.

—Bueno, trae el agua.

—¡Vaya una pobreza!—dijo otro de los oficiales,—no sé a dónde vamos a parar.

—¿A dónde?—replicó el comandante.—A un palo, colgados del pescuezo y sacando la lengua, o a México triunfantes y alegres.

—Larga veo la cosa; ¿no es verdad, Jorge?—replicó el otro, dirigiéndose al tercero que aun no había hablado.

—Larga o corta,—dijo Jorge,—para mí es igual; si no nos matan, de ganar tenemos, Murillo.

—Puede, pero esto se pone cada día peor; y si se me sube lo Murillo a la cabeza me largo a mi tierra y no vuelvo ni a ver para acá.

Jorge iba a replicar, cuando se abrió la puerta de la calle, y apareció un joven, delgado, pálido, de poca barba, vestido con un pobrísimo uniforme de infantería, llevando en el hombro un viejo pleyd.

—Buenas noches, señores.

—Hola, Carrillito,—dijo el comandante,—¿qué anda usted haciendo? Venga usted a cenar; aquí hay troncha, tortillas y chile.

—Muchas gracias, me voy porque estoy de jefe de día; al pasar oí ruido, y como somos amigos quise hablarles y pedirles un puro; la noche está muy fría y no tengo ni que fumar.

—Pues de ese cuero es mi correa,—dijo Murillo.—No tengo ni un cigarro.

—Ni yo.

—Ni yo.

—¡Qué hemos de hacer! adelante, me voy, no vayan a dormirse, ya saben que hay alarma y es fuerza vigilar.

—¿Pero hay algo de nuevo?,—preguntó Murillo.

—Acaba de llegar un correo de Huétamo,—dijo el joven Carrillo,—y trae malas nuevas; parece que se ha sublevado la división que estaba en Uruapan, desconociendo al general en jefe, y el coronel Romero tiene orden para marchar a Tacámbaro con todas las fuerzas que hay aquí.

—Eso está bueno para nosotros!—exclamó el comandante;—siquiera por allá habrá más que comer que esta maldita carne asada, y los cigarros no estarán tan escasos.

—Siquiera eso—dijo Carrillo, buscando algún tabaco disperso en sus bolsillos.

—Yo,—dijo Jorge,—pienso al llegar por Tusantla, pedir una licencia al coronel, para dar una vuelta por mi tierra.

—Sí, la muchacha te estará tocando llamada de honor: Rita, o ¿cómo nos has dicho?

—Alejandra—dijo Jorge suspirando:—¡pobrecita! ni con quien escribir: ¡va tan poca gente por allá!

—Ahí viene el coronel—dijo el asistente Gallo,—entrando al cuarto.

El ruido de algunos caballos herrados que se detenían enfrente de la casa, se escuchó en la calle.

Los oficiales se pusieron en pié; la puerta se abrió, y el célebre Nicolás Romero penetró en la estancia.

III.

NICOLAS.

El león de la montaña, como le decían los franceses, era un hombre como de treinta y seis años, de una estatura regular, con una fisonomía completamente vulgar, sin ninguna barba, el pelo cortado casi hasta la raíz, vestido de negro, sin llevar espuelas, ni espada, ni pistolas: con su andar mesurado, su cabeza inclinada siempre, y sus respuestas cortas y lentas, parecía más bien un pacífico tratante de azúcares o de maíz, que el hombre que llenaba medio mundo con rasgos fabulosos de audacia, de valor y de sagacidad.

Y sin embargo, Nicolás Romero era para sus enemigos y para sus soldados, un semi-dios, una especie de mito. Jamás preguntó de sus contrarios ¿cuántos son? sino ¿dónde están? y allí iba.

—¿Cómo les va?—dijo sencillamente, apretando una de las manos de aquellos oficiales.

—Mi coronel,—dijo Carrillo quitándose el sombrero—estoy de día y no hay novedad.

—Bueno,—siéntese usted.

El asistente había servido la cena, lo mismo que a los oficiales, carne asada.

Romero llevaba a la boca el primer bocado, cuando se oyó el galope de un caballo y la voz de un hombre que preguntaba a los soldados apresuradamente:

—¿Dónde está el coronel?

—Carrillo, vea usted qué me quieren,—dijo Romero.

Carrillo salió, y a poco volvió a entrar con una carta que entregó al coronel.

Rompió éste el sello, se acercó a la vela, y después poniendo la carta sobre la mesa, dijo a Carrillo:

—Que salgan las fuerzas a formar a la plaza.

Y siguió cenando tranquilamente.

—¿Ponemos bridas?—dijo el comandante.

—Sí.

—Mi coronel,—gimió el herido desde un rincón,—¿hay novedad?

—Sí, me escriben de Tuxpan, que una columna francesa viene por acá: tardará todavía dos horas.

—Pues voy a prepararme.

—Monta, y vete poco a poco adelantando por el camino de Laureles.

—Bueno, mi coronel.

El herido se levantó penosamente, y apoyado en la pared, salió vacilando del cuarto.

Romero siguió cenando solo, sin interrumpirse el silencio que reinaba más que por las sordas pisadas de la infantería que pasaba por la calle, o por el tropel de algunos ginetes que marchaban a incorporarse a sus cuerpos.

Así pasó un cuarto de hora.

—Todo está listo, mi Coronel,—dijo Carrillo presentándose en la puerta.

—Vamos,—contestó tranquilamente Romero, levantándose.

Montó a caballo y se dirigió a la plaza, seguido de sus ayudantes que le habían esperado en la calle.

El aspecto de la plaza era imponente: en medio de la profunda obscuridad de la noche, y a la incierta y

rojiza luz de algunos trozos de ocote que tenían encendidos varios oficiales, se adivinaba más bien que se veían, los cuerpos de la división, silenciosos e inmóviles, como un ejército de fantasmas o como algo más densamente obscuro en medio de la obscuridad.

El coronel dió algunas órdenes en voz baja, y poco después la columna, sin hacer ruido, como una serpiente que se deslizara sobre una alfombra, comenzó a desfilar perdiéndose en el fondo negro de las calles.

Romero caminaba el último, sin hablar, sin levantar siquiera la cabeza.

Media hora después Zitácuaro, era una ciudad desierta, un inmenso cementerio: ni una luz, ni un ruido, ni nada que anunciara que de allí acababa de salir una división.

La ciudad vestía el luto para esperar a sus enemigos.

IV.

LA SORPRESA.

Romero tenía orden de escaramucear y retirarse después sin pérdida de tiempo para Tacámbaro.

Pero Romero era un valiente, y no se contentó con esto, sino que se batió un día entero con los franceses y al otro emprendió su marcha.

Treinta leguas había caminado la división en cuatro días, y Romero determinó dar un día de descanso a la fuerza.

Estaban en una pequeña ranchería que se llama Papasindan.

Esta es una cañada en medio de montañas elevadas, pero montañas sin árboles, sin verdura, sin vegetación. El ardiente sol de los trópicos calcina los peñascos que las cubren; la yerba que se atreve a brotar, muere como tostada por sus rayos y apenas se descubren algunos arbustos raquíticos y sin hojas, retorciéndose a la viveza del fuego que parece circular en la atmósfera; ni aves ni cuadrúpedos, ni aun insectos.

Por eso la cañada de Papasindan forma un delicioso contraste: arroyos caudalosos, grandes y majestuosas zirandas y parotas, muchas aves, mucho ganado, y una grama verde y tupida. Es un oasis en aquel ardiente desierto.

El camino que había traído la fuerza, y que era el mismo que debía llevar el enemigo en caso de una persecución, era una vereda incómoda y en donde no cabían dos hombres de

frente; escabrosa, y costeando la montaña un ejército podía haberse descubierto desde una legua de distancia, que tardaría lo menos tres horas en atravesar, y con cien hombres podía cerrarse el paso a tres mil.

Romero, pues, podía estar tranquilo.

Pero la suerte de los hombres y de las naciones, depende de la Providencia.

Eran cerca de las diez de la mañana; la tropa descansaba bajo los árboles, los caballos desensillados pacían libremente, y los oficiales y los jefes departían alegres en grupos esparcidos acá y allá.

A la sombra de una hermosa ziranda Jorge y Murillo, acostados sobre sus sarapes, se entregaban a sus tristes recuerdos.

—No lo dudes,—decía Jorge,—sólo el cariño que tengo al coronel, me hizo no pedir licencia en Tusantla, pero estoy muy triste, no tengo ni la menor noticia de Alejandra, anoche la soñé y anteanoche, y creo que siempre la sueño.

—Pero ¿por qué no pediste aunque fueran ocho días? te veo muy preocupado.

—Mira, te voy a confesar una cosa, aunque te rías, pero al fin eres un amigo: anoche se espantó la caballada, ¿te acuerdas?

—Cómo que si me acuerdo, ¿pues no fué mi bayo el que nos hizo correr tanto para cogerle? y ¿qué con eso?

—Que siempre que la caballada da estampida, es señal de desgracia: ¿te ríes?

—No me río, que bien experimentado lo tengo.

—Hay otra cosa,—dijo más bajo Jorge, y acercándose a su amigo:—la noche que dormimos en Tusantla, una mariposa negra estuvo volando alrededor del Coronel, hasta que se le paró en el sombrero.

—¿Pero tú la viste?

—Yo, tan cierto como que deseo que no me salgan ciertos mis pronósticos, porque.....

—¿Oyes?—dijo repentinamente Murillo, levantándose precipitadamente.

—El enemigo,—dijo Jorge tomando el mosquete.

Se habían escuchado algunos tiros, luego un rumor extraño, y repentinamente los zuavos, seguidos de una caballería de imperialistas, invadió el campo republicano.

Nadie pensó en resistir; el pánico de la sorpresa se apoderó de todos, y el enemigo mataba y aprisionaba sin el menor embarazo.

La división de Nicolás Romero se deshizo como el humo.

V.

LA CAZA DEL GALLO.

Jorge y Murillo no pensaron en el momento sino en huir: el enemigo estaba sobre ellos, o más bien dicho, ellos se encontraban en medio del enemigo.

Jorge sin soltar su mosquetón, tomó uno de los senderos que tenía al frente, y que estaba desierto, pero a pocos pasos oyó detrás el galope de un caballo; un dragón con el sable levantado, estaba ya a corta distancia. Jorge quiso huir, pero no era tiempo: sintió sobre su frente un golpe formidable, y un espantoso dolor como si la montaña se hubiera desplomado sobre su cabeza; cruzó ante su vista un relámpago rojo, sangriento, vertiginoso, y luego ya no supo más.

Cuando volvió en sí, no podía recordar lo que había pasado, ni en dónde estaba; se sentía como despertando de un profundo sueño: le dolía la cabeza, llevó allí la mano y la retiró cubierta de sangre: entonces lo comprendió todo. El sable del dragón le había causado una herida profunda, y había caído privado de conocimiento entre la maleza que creía profusamente a los lados del camino, y seguramente creyéndolo muerto, no se habían ocupado ya de él.

Pero esto debía haber pasado hacía poco tiempo, porque la sangre aún estaba caliente.

El sentimiento de la propia conservación le hizo reflexionar.

Era necesario ocultarse, por si el enemigo aún no se había marchado.

Levantó cuidadosamente la cabeza, y a poca distancia oyó un toque de corneta.

Jorge había hecho bastante tiempo la campaña para no conocer que era un toque francés.

Varios zuavos pasaron entonces a su lado, pero sin parar la atención en lo que ellos creían un cadáver.

Dos dragones venían después, y al llegar en frente de él se detuvieron.

Era un momento supremo de agonía: Jorge contuvo la respiración.

—Mira,—dijo uno,—a éste yo le maté.

—Puede que esté vivo,—contestó el otro.

—Qué vivo, nadie se queda vivo cuando yo le doy un machetazo.

—Quién sabe, lo veremos.

—Déjale, yo respondo.

—¿Y si no está muerto?

—Pues tírale un tiro y vámonos.

Jorge oyó el ruido seco y nervioso que hace un arma de fuego al prepararse, apretó instintivamente los párpados y se estremeció.

Se escuchó una detonación que fué repitiéndose hasta perderse en los ecos de la cañada, y Jorge sintió el proyectil que se enterraba en el tronco de un árbol muy cerca de él.

—Vámonos, mata muertos,—dijo una voz detrás de los soldados, a su cuerpo.

—Mi capitán, si estaba vivo.

—Qué vivo: a su cuerpo, yo les enseñaré a gastar inútilmente el parque.

Jorge conoció por el ruido de las pisadas de los caballos, que los jinetes se alejaban.

Abrió los ojos: estaba solo.

Entonces arrastrándose, sufriendo atroces dolores, deteniéndose a cada instante y procurando no mover ni la maleza, comenzó a caminar entre la espesa yerba, y entre los tupidos arbustos que formaban allí un bosque, donde nadie podría penetrar si no era arrastrándose como él.

A cada momento sentía deslizarse bajo su mano, culebras, higuanas, lagartos, sabandijas de todas clases, que vivían entre los despojos de los árboles, y que por primera vez sentían turbado su reposo.

Jorge horrorizado, se detenía, pero volvía a seguir caminando después: por fin, desgarrado por las espinas, perdida su ropa y casi exánime, llegó hasta una pequeña eminencia.

No había avanzado gran cosa; casi a sus pies estaba el campamento francés.

Pero cerca, muy cerca; podía escuchar sus risas y sus cantos de triunfo: afortunadamente el bosque, aunque de arbustos, era allí muy tupido, Jorge, podía ver sin ser visto.

Los soldados preparaban su comida, y entre aquellos grupos había uno que reía y palmoteaba a cada instante.

Jorge quiso descubrir qué motivaba aquella algazara, y vió un soldado francés que perseguía, sin lograr alcanzarle, a un hermoso gallo.

El animal tomó el camino del bosquecillo, y Jorge tembló: podía llegar hasta donde él estaba, y el soldado que le perseguía le descubriría, y entonces estaba perdido.

El gallo corría más y más, estaba ya muy cerca, pero el soldado le arrojó su gorra de cuartel, y el animal, espantado, tomó otra dirección.

Jorge respiró, y sin embargo, no estaba tranquilo, seguía con interés aquella caza, se había salvado una vez, pero ¿quién

le aseguraba que no volverían por allí el perseguido y el perseguidor?

Por fin el animal, acosado, llegó al pie de un árbol, y haciendo un esfuerzo supremo, voló a colocarse en las ramas.

El soldado alzó la cabeza y lanzó un grito.

Muchos lo oyeron, y un gran círculo de tropa se reunió alrededor.

Hablaban a lo alto.

Entonces sucedió una cosa extraña, en vez del gallo un hombre descendía de lo alto de las ramas.

Jorge redobló su atención, ansiaba saber quién era aquel desgraciado que caía entre sus enemigos.

El hombre tocaba ya a la tierra.

Jorge lanzó una exclamación.

Aquel hombre era..... Nicolás Romero.

VI.

EL HERIDO.

Romero desapareció entre la turba de los franceses que le rodeaban y que se alejaban perdiéndose en el pequeño grupo de casitas de Papasindan.

Jorge permaneció inmóvil mucho tiempo; la cabeza le pesaba como si fuera de bronce; la piel de su rostro, cubierta con la sangre cuajada, había perdido su elasticidad y estaba casi insensible; solo en la herida, las picaduras de los moscos le hacían sentir nerviosos y rápidos estremecimientos.

Quiso levantarse y caminar, pero sus miembros se negaban a obedecer.

La sed le abrasaba, el sol llegaba a la mitad de su carrera, y el viento no movía ni la hoja de un árbol.

La naturaleza tenía una calma desesperante.

El herido oyó tocar llamada, vio formarse los cuerpos, y ponerse en marcha la columna por el mismo camino que había traído.

Solo que ahora llevaban entre sus filas, mártires y víctimas para el altar de la República.

Romero caminaba montado en uno de sus caballos, con la misma serenidad, con la misma indiferencia que siempre.

La columna trepó la montaña, los últimos soldados se perdieron entre las sinuosidades del camino, y volvió a reinar en la cañada un silencio profundo.

A no ser por algunos cadáveres esparcidos acá y allá, si alguien hubiera pasado en aquel momento, no habría adi-

vinado que acababa allí de representarse la primera parte de aquel sangriento drama, cuyo desenlace tendría lugar en la Plazuela de Mixcalco de México.

Jorge respiró, estaba salvado; entonces le pareció como que sus músculos recobraban la fuerza, se apoyó en un árbol y se puso en pie.

Por un momento tuvo un vértigo tan horrible, que creyó caer, sintió nublarse el sol y vacilar la tierra, pero se apoyó en el árbol y el vértigo pasó.

¿Qué camino, qué rumbo tomaría? El terreno era desconocido para él, los franceses se dirigían seguramente a Huétamo a batir las fuerzas que allí había.

Jorge salió del bosquecillo; lo primero que necesitaba era calmar su sed.

Y a poca distancia brillaba como un pedazo de sol caído en el mundo, un arroyo que asomaba saltando entre la yerba.

El herido se dirigió a él vacilando. Estaba cerca y sin embargo, le parecía eterno el camino.

Al margen del arroyo, Jorge vio un soldado con el cráneo abierto de un sablazo, adelante otro, otro más allá. ¡Cuántos muertos! exclamó; y el nombre de sus amigos vino a sus labios como una pregunta que hacía a Dios.

Se inclinó sobre el riachuelo, bebió hasta calmar su sed, después lavó su rostro con su pobre pañuelo, refrescó con agua su herida, y se cubrió con aquel mismo pañuelo empapado.

A pocos pasos había un viejo sombrero de petate, le levantó y se lo puso.

Entonces se sintió ya capaz de caminar, y apoyado en un bastón improvisado, se puso en marcha.

Poco a poco logró subir a una de las lomas que cierran la cañada, y exploró el horizonte.

Por el Poniente nada; montañas áridas y desconocidas que se perdían en lontananza, con infinitas formas, con inexplicables contornos, con sombras incomprensibles, pero desiertas, tristes, pavorosas; aquello era un océano tempestuoso, petrificado repentinamente por la voz de Dios.

Hacia el Sur, y allá a lo lejos, como una cinta negra sembrada de polvo de acero que reflejaba la luz del sol, distinguió la columna francesa que tomaba la dirección de Huétamo.

Jorge no se había engañado.

Volvió la vista hacia el Oriente.

Destacándose en el azul purísimo del cielo, y dominando sobre las crestas de los montes que los rodeaban, dos in-

mensos y esbeltos trozos de granito, semejantes a dos minaretes árabes, parecían indicarle un camino.

Eran los picos de Cucha, esos caprichos gigantescos de la naturaleza, que llaman la atención de los viajeros y que guardan los recuerdos del célebre barón de Humboldt, que los bautizó con el nombre de "Las Torres de Cucha."

Cerca de esas torres estaba Tuzantla. Zitácuaro, es decir, un país de amigos, un refugio para curarse o morir en paz.

Pero para llegar allá, ¡cuánto trabajo! y sobre todo, ¡qué precauciones para evitar el camino que recorrían entonces las tropas enemigas!

Y sin embargo, era preciso y Jorge tenía esa resolución indomable que caracterizaba a los hombres de la República, durante el paso de la patria por su época de prueba.

Procuró orientarse, cerró un momento los ojos como para fijar en su alma los detalles de los cerros y de las cañadas, y comenzó a caminar.

VII.

MISTERIOS DE LOS BOSQUES.

Quizá alguno, al leer estas relaciones de sufrimientos y abnegación, piense que son las visiones de un sueño, de un cerebro calenturiento; pero no; desgraciadamente nada hay en esto de exagerado; es quizá una sola de las espinas de esta punzante corona que ciñó el pueblo en los días de su Calvario.

Aún hay mucho que referir, aun hay mucho que saber.

Jorge se había internado resueltamente en los bosques: conservaba el revolver y el puñal, podía defenderse de las fieras; de los hombres nada tenía que temer, porque en el camino que había elegido, era casi imposible encontrar uno solo.

Profundos torrentes atravesaban por donde quiera aquel terreno, llevando en el fondo sombreado por gigantescos árboles, cristalinas corrientes.

Los troncos y las ramas se entrelazaban formando más que un muro, un sólido inmenso, y los bejucos y las lianas, de todas clases, formaban redes y laberintos que hacían más impenetrables aquellas regiones: parásitas desconocidas se alimentaban y crecían entre las ramas y en los troncos, y el musgo lo invadía todo, las peñas, la tierra, los troncos y las lianas.

Aves de todas clases volaban entre el follaje, y cantos y gritos extraños atronaban la selva.

Saltando unas veces sobre los picos de las rocas, arrastrándose otras, abriéndose paso con su puñal entre las ramas y los bejucos, trepando con el auxilio de las manos y las rodillas, Jorge avanzó hasta que el sol comenzaba a ponerse.

Estaba fatigado, quiso descansar junto a un arroyo, y se sentó.

Las chicharras levantaban un concierto triste y monótono; sus mil cantos formaban una especie de rumor, de zumbido, que desvanecía, que ensordecía.

De repente oyó Jorge el grito que lanzan en su cólera las urracas, y que anuncian siempre la aproximación de un hombre.

Las urracas vuelan de un árbol a otro, por delante de los caminantes, lanzando chillidos destemplados.

Jorge lo sabía: los gritos de los pájaros se percibían cada vez más cerca, y las chicharras habían callado; era indudable que se acercaba un hombre: entonces se ocultó detrás de una peña.

La maleza se movía y crujía al otro lado del arroyo, las ramas se abrieron, y Jorge pudo ver a su amigo Murillo, que pálido, sin sombrero y con el vestido desgarrado, se arrojó anhelante en el suelo para beber del agua que corría a sus pies.

Jorge salió de su escondite; Murillo alzó la cara, y los dos amigos se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro.

Había una ternura inmensa en aquellas lágrimas.

Quizá serían las primeras que derramaban aquellos hombres, después de sus llantos de niños.

—Jorge, tú estás herido: ¿en dónde? ¿estás muy malo? dime, siéntate, te ayudaré, ven aquí, sobre esta piedra: ¿dónde está tu herida?

—Cálmate, Murillo; estoy herido, pero aún tengo fuerzas; caminaremos hasta encontrar algún rancho, y allí me curaré.

—Pero enséñame tu herida, no te habrás curado nada; pobrecito, a ver; ¿dónde está?

—Aquí, en la cabeza—dijo Jorge quitándose el sombrero y mostrando su cabeza, a la que se había pegado el pañuelo con la sangre.

—¡Jesús! ¡pobrecito! ¡pobrecito!—decía Murillo, examinándole con la ternura de una madre—ven, acércate al arroyo, te lavaré, lavaré el pañuelo; esa sangre coagualda puede dañarte, ¡hace tanto calor! ven, hijo, agárrate. ¿te duele mucho? quéjate, quéjate, no me he de enfadar; pégame si te lastimo—y sus ojos se arrasaban de lágrimas, que lim-

piaba con su tosca mano a cada momento, porque nublaban su vista.

La operación fue larga y dolorosa; era preciso arrancar el lienzo adherido a los hinchados labios de la herida, apartar de allí los cabellos que habían formado con la sangre un cuerpo compacto y duro; Murillo lo hacía con tal cuidado, con tal ternura, que el herido no se atrevía ni a quejarse por no apenarle.

Cuando acabó de lavar el pañuelo y vendar la cabeza de Jorge, era ya de noche; los últimos resplandores del crepúsculo se habían extinguido, y la luna brillante y pura, se levantaba en un cielo sereno.

El hambre comenzaba a atormentar a los dos fugitivos, pero nada se decían.

Hay momentos en que la desgracia da a los corazones más duros, instintos sublimes de delicadeza.

Nada se decían, y sin embargo, la necesidad era urgente.

—Murillo, ¿cómo escapaste?—dijo Jorge.

—Ni yo mismo lo sé: me interné en el bosque al separarnos, y no he dejado de caminar ni de pensar en tí, hasta que nos hemos encontrado. ¿Y tú?

—Lo mismo: un dragón me hirió y me creyeron muerto: después, como Dios quiso, llegué hasta aquí, donde nos hemos encontrado.

—Y no ha sido mala fortuna: ¡qué demonio! ya juntos los dos, que vengan penas. Pero tú estarás muy cansado; duerme un rato, yo velaré. ¿Traes tu pistola?

—Sí.

—Yo también; estamos de buenas, acuéstate.

—Pero hombre.....

—No hay pero, duérmete, que yo velo: otra vez lo harás tú conmigo; con que ¡eh! ya no te contesto aunque me hables.

Jorge se reclinó y quedaron los dos en silencio.

La noche tiene en los bosques ruidos y armonías misteriosas y desconocidas.

Aves que cantan a las sombras, a las estrellas, a la luna.

Reptiles que silban entre la yerba, insectos que zumban en la obscuridad.

Fieras que salen de sus guaridas a buscar su presa o a calmar su sed.

La noche en un bosque tiene algo que revela los primeros días del mundo.

Se sienten crecer los árboles y las plantas.

Se adivina brotar la yerba.

Parece que Dios pasea entonces su mirada sobre la tierra.

El corazón siente el misterio y el alma concibe la superstición.

Los ruidos o el silencio, todo habla con Dios, todo conmueve al hombre.

El ateismo es imposible en el bosque durante la noche, como lo es en el mar.

Un movimiento fuerte entre la maleza hizo levantar la cabeza a los dos chinacos.

Un gallardo venado se acercaba confiado al agua a pocos pasos.

—¿Le tiro?—dijo Murillo muy bajo.

—Sí,—contestó Jorge—apúntale bien, es nuestra cena.

Murillo sacó la pistola, apuntó detenidamente y salió el tiro.

A la luz de la luna pudo verse al venado, que dio un salto terrible y cayó entre la yerba.

—Moro al agua—gritó Murillo corriendo hacia aquel punto.

El venado se agitaba en las últimas convulsiones, Murillo le acabó de matar con el puñal.

Después lo arrastró hasta donde estaba Jorge, y más listo que un carnicero, comenzó a quitarle la piel; a poco el animal estaba destazado, Jorge miraba silenciosamente a su compañero.

—Ahora, a la lumbre—dijo Murillo, y se levantó.

Reunió algunas varas delgadas, otras más gruesas, y trajo después un puñado de hierba seca.

Arrancó un pedazo de su camisa, que era de algodón y envolvió con ella la punta del puñal, sacó después de la bolsa un cápsul de fusil, introdujo esa punto dentro de él, y rascó un poco. El mixto del cápsul se inflamó y el pedazo de camisa quedó ardiendo como una mecha.

Colocó este fuego dentro del puñado de yerba seca que tomó en su mano, agitó el brazo violentamente varias veces, sopló con la boca, y la llama se levantó.

Un momento después ardía una gran hoguera, y un trozo de venado daba vueltas en un asador de madera.

XIII.

UNA ANTIGUA CONOCIDA

—No más espero que venga la señora para marcharme—decía un negrillo joven de veinticinco años, a una muchacha que cosía sentada a la puerta de un rancho situado en la falda occidental de los cerros de Cucha.

—Pues poco ha de tardar: aunque yo me figuro, Carmen, que te vas a volver como te fuiste.

—Nada—dijo Carmen, acabando de cargar una vieja escopeta de dos cañones—yo te aseguro, Dominga, que mañana a estas horas, si Dios es servido, ya se está secando aquí la pielecita del tigre.

—Dios lo haga, que ya se ha llevado de aquí dos borreguitos, y anoche, cuando salí a ver mis gallinas, por allí andaba pujando.

—Y además, que por el pellejo bien me dará cualesquiera dos pesos, amén de que mi compadre Diego, el que vive en el rincón de Taracatio, me ha ofrecido una gala si mato al animal que el otro día le ha desgraciado un potrillo, tan chulo que no más. Mal ajo con el animalito, y qué dañero que ha salido.

—Pero dónde le vas a topar hora.

—Allí no más—allá me voy arroyo arriba, hasta aquellos cuirindales muy altos y muy verdes que están en la barranca del Tamarindo; que allí me dijo señor Nicolás el caporal que baja el tigre al agua.

—¿Y no te llevas los cachorros?

—A la fuerza, vaya; pues cuándo no.

—Ahí viene la señora—dijo Dominga.

—Buenas tardes, señora Margarita—dijo Carmen a una mujer que se acercaba.

—Buenas tardes, ¿a dónde vas?—contestó aquélla,—¿vas ya a ver al tigre?

—Bueno, bueno; mucho cuidado, no te vaya a suceder algo.

—No se apure su mercé—vámonos Temeroso, Temeroso, —Paloma, Paloma, Paloma.

—No más a su mercé esperaba para llegar a mete sol al guaje.

Dos perros pequeños y flacos salieron del rancho, y a poco apareció moviendo la cola otro más chico.

—Ah, tú también quieres ir, Chupamirto; pues vámonos.

El negro se puso la escopeta en el hombro, y empezó a caminar entre sus perros, que saltaban alegremente.

La señora Margarita, como nuestros lectores habrán sospechado, era nuestra antigua conocida, la madre de Alejandra.

¿Cómo había venido a dar allí?

Nadie lo sabía: lo único que averiguaron los curiosos, porque también en los ranchos hay curiosos, era que un día una mulatita muy pobre y muy cansada, vino a pedir posada en aquel rancho, que era de un matrimonio de viejos; que se enfermó allí, y fue quedándose ganando el cariño de

aquella pareja, hasta que muriendo uno y después otro, y no teniendo hijos, la habían dejado de única heredera.

Margarita, pues, era propietaria.

Margarita tendría treinta y dos años, y aun conservaba la gracia de la juventud, apesar del profundo tinte de melancolía que se descubría en sus facciones.

No había una arruga en su rostro, ni una sola cana en sus cabellos.

Muchos rancheritos habían bebido por ella los vientos, pero ninguno podía gloriarse de haber obtenido ni una esperanza.

La tarde había expirado.

Carmen caminaba seguido siempre de sus perros; no más que como desde el rancho habían hecho ya una larga tirada, llevaban las orejas y la cola inclinadas.

El cazador estaba muy cerca ya del lugar del acecho.

Seguía distraído por toda la orilla del arroyo, como le había dicho a Dominga, cuando a lo lejos escuchó en medio del silencio, un grito.

Era el grito de un pasajero extraviado. Los hombres de por allí, tienen para llamarse entre la selva un grito particular, que no puede equivocarse con otro; y el que Carmen oyó, no pertenecía a esta especie; era, por decirlo así, un grito "forastero," como llaman ellos a todo el que no es de la tierra.

—¡Alabado sea Dios!—dijo Carmen;—algún forastero que se ha descaminado; le buscaremos. Vamos, Temeroso, vamos.

Los perros levantaron la cabeza, y tomaron decididamente un rumbo.

Otro grito se dejó oir.

Pues será cosa de cuidado, pensó Juan, y animó a los perros.

Pero no era necesario; los tres comenzaron a hacer su marcha más veloz, lanzando de cuando en cuando pequeños aullidos.

Carmen, acostumbrado a caminar por las montañas, los seguía, corriendo por el bosque.

De repente, al llegar a una pequeña explanada, los perros se lanzaron a la carrera, ladrando, y de unas peñas se desprendió un enorme tigre, poniéndose en fuga.

Hay en el tigre una particularidad, la excesiva delicadeza de oído.

Cualquiera que no haya visto la caza de este animal, se supondrá, fundado en esos fantásticos cuadros y grabados que nos envían los franceses, que es necesario llevar a

soberbios lebreles, arrogantes caballos, espadas, fusiles, lanzas, y en fin, sostener terribles combates.

Nada menos que eso.

La astucia ha triunfado de la fuerza.

El tigre es valiente y fuerte; con un golpe solo de su pujante garra, es capaz de derribar un caballo.

Es ligero y ágil más que un venado.

Pero en cambio, la delicadeza de su oído le pierde.

Los cazadores de tigres llevan dos y tres perros pequeños, cuyo ladrido es agudísimo.

El tigre se siente tan penosamente afectado cuando estos perros le rodean y le ladran, que huye sacudiendo la cabeza y acobardado, hasta encontrar un punto en donde treparse.

Entonces está como dicen los cazadores, encaramado; allí sería una locura atacarle; pero rodeado de los perros, no se atreve nunca a bajar, aunque viera a sus pies al hombre.

En esta situación, el cazador más torpe puede estar seguro de plantarle una bala en la cabeza o en el corazón, y es negocio terminado.

Carmen se puso en seguimiento del tigre, con esa ansiedad de todos los cazadores cuando descubren la pieza, y no advirtió el grupo que a su derecha formaban dos hombres, sentado el uno en tierra y como desmayado, y el otro sosteniéndole hincada una rodilla.

Eran Jorge y Murillo.

Jorge, casi loco, con la fiebre de la herida.

Murillo rendido: había traído a su amigo hasta aquel lugar, y habían caminado dos días en el monte.

Jorge estaba sin conocimiento: Murillo sintió entre las yerbas pujar un tigre, y se puso en guardia.

El animal apareció y comenzó a dar vueltas pujando, alrededor de los oficiales; de cuando en cuando se detenía a contemplarles, moviendo la cola, como un gato que está contento.

Murillo, en una de estas veces, le apuntó con la pistola, pero el tiro no salió; la terrible humedad del bosque había perdido la carga.

El tigre hizo un movimiento para arrojarse sobre él; pero Murillo lanzó un grito agudo, y el animal se retiró. Este fue el primer grito que oyó Carmen.

Volvió Murillo a probar la pistola, y volvió a fallarle por segunda vez; y ya se creía perdido, cuando como enviados por Dios, salieron de entre las ramas los perros, y el tigre se puso en fuga.

Estaba reflexionando en aquella casualidad, a que debía la salvación de su vida, cuando oyó un tiro, y luego otro:

el tigre debía estar muerto, y el cazador estaría pronto allí, porque cerca de ellos había dejado su sombrero, que se le cayó al comenzar la persecución del tigre.

Así sucedió: Murillo esperó poco tiempo: Jorge estaba algunas veces insensible y silencioso, y otras deliraba.

Por fin, Carmen apareció.

Los perros fueron los primeros que notaron la presencia de los oficiales, y comenzaron a ladrar, pero de una manera bien distinta de como lo habían hecho al ver al tigre.

Carmen vio a Jorge, y se dirigió a él sin alarmarse; por allí los hombres ni se desconfían ni se temen.

—Amigo, ¿qué anda haciendo por aquí a estas horas?—dijo el negro.

—Amigo, somos oficiales del Coronel Romero, que hemos sido derrotados.....

—¡Derrotados!

—Sí, en Papazindan.

—¿Y el Coronel?

—Prisionero.

—Alabado sea Dios; y ¡qué pesadumbre para la señora cuando lo sepa! Pero ¿cómo fue eso?

—Ya se lo contaré después; pero antes ayúdeme a llevar a este compañero, que le traigo muy mal herido.

—¡Mal haya! ¡pobrecito! Amigo,—dijo Carmen inclinándose.

—No puede ni hablar, observó Murillo;—casi cargando le he traído por todo el camino y sin comer; estoy rendido, no sé qué hacer.

—Pues bonito apuro: le llevaremos a la casa de la señoñora.....

—¿Está cerca?.....

—Dos o tres leguas.

—Pero él no puede andar, y yo ya no tengo fuerzas para cargarle.

—Para eso me dió Dios a mí buenos lomos: vaya, ¿le había yo de dejar así? A ver, vámonos, que quiero ir por una mulita para llevarme el tigre que de milagro no se los ha comido.

Murillo ayudó a levantar al herido; Carmen se lo cargó con ayuda de su sarape, y echaron a andar, abriendo la marcha los perros que llevaban todavía erizado el pelo del lomo; indicio de su reciente cólera con el tigre.

Libro Tercero

El Lobo y el Pastor

I.

EL FANDANGO.

Vamos a llevar a nuestro lector, al mismo pueblo de San Luis, donde comenzó a tener relaciones con los personajes de nuestra historia, o hablando en términos más cultos, donde tuvimos el honor de presentarle a Alejandra, y a quien suponemos que no habrá olvidado.

Como los acontecimientos están pasando por los mismos días, suponemos también, que al decirle que es de noche, no habrá necesidad de agregarle que hay luna, pues tantas cosas ha visto ya a su luz en los alrededores de Zitácuaro.

En un espacioso palenque, que durante la tarde servía para los combates de gallos y se convertía por las noches en salón de baile, un músico con una arpa y otros con una vihuela, preludiaban alegres malagueñas.

Poca gente había aun en aquel sitio; hombres cubiertos con sus sarapes, a pesar del calor, muchachos que jugaban y alguna que otra mujer que iba llegando poco a poco.

Los músicos tocaban alegremente, descansaban un rato para fumar un cigarro o tomar un trago, y volvían después a su tarea.

De cuando en cuando un hombre se paraba en medio del palenque, y esforzando cuanto le era posible la voz, se ponía a gritar:

—Mujeres, mujeres, mujeres, mujeres.

Método sencillo, aunque raro y descortés, de llamar a la fiesta al bello sexo.

Por fin la plaza se llenó, y comenzaron los bailadores a lucir el garbo.

Jamás baila sino una pareja: allí no hay abrazos, ni apretones de manos, ni cortesías, ni contacto alguno entre el bailador y su pareja.

Uno frente a otro, sin más espacio para mostrar su habilidad, que una tarima de dos varas de ancho, por cinco de largo, colocada sobre una excavación que cierra herméticamente para darle la sonoridad de un tambor, aquel hombre y aquella mujer zapatean y se mueven, se acercan, se separan, y cambian de colocación, sin llegar a tocarse, hasta que uno de ellos se cansa y se retira a su asiento, dejando a la pareja sin ninguna especie de ceremonia.

Entonces si hay quien le reemplace, siguen bailando; y si no, el que ha quedado continúa solo hasta que se cansa o se enfada.

Los hombres allí no sacan a bailar a la mujer; el que quiere se dirige a la tarima, se pone a zapatear; y si hay quien le acompañe, bien; si no, le será indiferente.

Exactamente hacen lo mismo las mujeres.

Basta de digresiones, y vamos a nuestro relato.

El lector nos perdonará si le hacemos retroceder un poco en el hilo de los acontecimientos; será solo un día.

Es decir, a la víspera del viaje desgraciado de don Plácido.

Perucho nuestro conocido, se hacía rajas, como se dice por allá, bailando un zumba-rumbero, con una chica como un confite, y los aplausos eran repetidos.

El tío Lalo, envuelto en un sarape, fumaba sentado en un banco al lado de su vieja Ramona, y el Cacomixtle, hecho un ovillo, estaba dormitando a sus pies.

De repente, tío Lalo sintió que le tocaban el hombro, y al volver, se encontró con la cara del padre Bernal.

—¿Puedes venir un momento?

—Sí, señor.

—Pues anda.

Tío Lalo se levantó, pasó sobre el banco y siguió al padre, atravesando el círculo de curiosos que veían el fandango.

El herrero, siguiendo a su conductor, caminó hasta un lugar apartado, desde donde no se oía el rumor de la fiesta.

Allí se detuvieron.

Entre la ondulación que causó en la gente la salida del tío Lalo, Cacomixtle se escurrió.

Un hombre seguía misteriosamente, y como recatándose, al padre y al herrero.

Cacomixtle iba más atrás.

En una de las esquinas de aquellos angostos callejones, el muchacho se adelantó hasta ver la cara al hombre.

—¿Es usted, don Roque?

—¡Ah!, ¿tú eres Cacomixtle?

—Creía que se había usted dormido.

—Quizá me duermo yo en un negocio del señor cura.

—Bueno, entonces usted sigue: y yo que no tengo aquí que hacer, voy en un brinco a ver al señor cura antes que me extrañen tío Lalo y la vieja.

—Anda.

El muchacho apretó a correr por un lado, y el D. Roque siguió la dirección que llevaban el tío Lalo y el padre Bernal.

Se habían detenido estos a la espalda de un pobre jacal que no tenía por qué infundirle sospechas: el herrero, que conocía a palmos el pueblo, sabía que era de una mendiga infeliz, casi idiota, a la que todos conocían con el apodo de "Guacha," porque hacía muchos años que había llegado del rumbo de México .

Don Roque se detuvo, y luego sin vacilar y evitando ser visto, dió un rodeo, y entró resueltamente en el jacal.

Una vieja calentaba en un fogón casi extinguido, una miserable cena.

Al ver a D. Roque, quiso hablar; él la hizo seña de que callara, llevando a sus labios el dedo índice; y sin cuidarse más de ella, se fue a colocar en un lugar correspondiente al que ocupaban fuera, Lalo y su compañero.

II.

EL BUEN PASTOR.

El curato era la casa más aseada del pueblo. La hermana del cura le tenía, al decir de todos, como una taza de China.

La señora Joaquina, era una anciana que valía la plata; tenía además tal semejanza con el cura, que ni los más maldicientes se atrevían jamás a dudar del parentesco.

La señora Joaquina era mayor que su hermano diez años.

El cura contaba cincuenta Jueves Santos; la señora contaba, y lo que es más, confesaba sesenta.

Estaban de sobremesa; la señora Joaquina en la cabecera y el cura a la derecha.

Dos golpecitos sonaron en la puerta.

—Tocan,—dijo el cura.

—Voy a ver.

—Será alguna confesión.

La señora Joaquina volvió a poco.

—Es ese muchacho que viene luego a buscarte.

—¿Cuál?

—El de la casa del herrero.

—Que entre, y ciérrame ahí para que nadie nos interrumpa.

El Cacomixtle entró, se adelantó hasta el cura, y le besó la mano.

—Dios te haga un santo—dijo el cura, pasando cariñosamente la mano sobre la cabeza del muchacho.—¿Qué hay de nuevo?

—Acabo de dejar a don Roque, al padre Bernal y al tío Lalo, porque estábamos en el fandango, y el padre fue a sacar al tío Lalo de la plaza, y se fueron yendo los dos; pero yo vine a ver si usted me mandaba algo.

—A ver, repíteme lo que supiste hoy en la tarde, por si algo nuevo has recordado.

—Nada más, señor cura, sino que la señora Ramona llevó la razón de que don Plácido salía con la muchacha Alejandra mañana muy temprano por el rumbo de Morelia, y entonces el tío le dijo al padre que era buena oportunidad de quitar a la muchacha, y que él se comprometía a dar el plan; pero que el padre buscara unos hombres que no fueran del pueblo para desempeñarlo, y no más: el padre se fue .

—¿Pero nada dijo al irse?

—Ah, sí; que en la noche se verían, y que iba a ver si comprometía a unos arribeños que habían llegado a San Jerónimo.

—Está bien, vete para que no te extrañen, y mañana a la hora que acabe la misa, me ves.

Cacomixtle volvió a besarle la mano, y poco después entraba al fandango.

La vieja Ramona conversaba con una comadre, y no había notado su ausencia.

El herrero aún no había vuelto.

—Dios sabe lo que tú traes entre manos, Antonio,—

dijo al cura la señora Joaquina, entrando en la sala—te veo tan preocupado como nunca:—perdóneme su divina Majestad, pero ese muchacho me da mala espina.

—No formes esos juicios, hermana,—contestó dulcemente el cura—óyeme, porque ya sabes que para tí nunca tengo secretos. ¿Tú conoces al padre Bernal?

—Sí; y aunque me riñas porque me formo juicios temerarios, no me parece un hombre bueno.

—En esta vez solo, pero solo en esta vez, puede que tengas razón.

—¿Qué tal? y luego dices que son locuras mías; que es pecado, que es enfermedad, que es histérico, hipocondría.

—Bien: pero un solo caso no me da motivo a pensar mal del prójimo.—Oyeme y verás: ese chico que acaba de salir, me ha avisado que el padre Bernal formaba un plan con ese herrero á quien llaman tío Lalo.

—Con razón me parece a mí que el dichoso herrero tenía cara de no hacer dos cosas buenas..... y luego dices.

—Vaya, vaya, Joaquina, volvemos a lo de siempre: óyeme hasta el fin. Pues como te iba diciendo, fraguaban un plan para robarse nada menos que a Alejandra, la hija de don Plácido, la muchacha más juiciosa de toda la feligresía.

—Sí, y la novia de nuestro Jorge: eso no dices tú, pero yo lo sé; porque si mi hijo fuera, no lo quisiera tanto: ¡pobrecito! ¡quién sabe lo que estará pasando ahora! Malvados franceses. Dios los castigue por esta guerra.

Y la señora Joaquina lloraba.

—Cálmate, cálmate y ten fe, que Dios nos le ha de traer bueno y sano. Cuando nos le dieron en Tacubaya, que yo era vicario, y tan pobre, estaba él tan enfermo, que tú creías que se moría, y no teníamos ni para el médico; y Dios le salvó. Cuando le envié a estudiar a los Estados Unidos, lloraste mucho; y Dios nos le trajo. Ahora será lo mismo. Con que no llores, y vamos a hablar de Alejandra.

—¿Se la querían robar?—dijo serenándose la señora Joaquina.

Se la quieren robar mañana que sale don Plácido para Morelia con ella; pero lo malo está en que no sé bien cómo han preparado el rapto, aunque ya tengo a Roque el sacristán siguiéndoles la pista y él sabrá algo: no tarda en traernos razón.

—Pero ¿por qué no das parte al alcalde?

—Por la simple denuncia de un muchacho, no haría caso, y además, tengo fe en evitarlo sin que demos un escándalo, y que ya sabes, porque te lo he dicho, que los cánones prohiben denunciar.....

—Tocan,—dijo la señora Joaquina.
—Abre, será Roque.
—El es.
—¿Qué hay?—preguntó el cura con inquietud.
—Que es una cosa decidida: unos hombres deben salir mañana a D. Plácido en el camino, y quitarle a la muchacha, aun cuando haya que matarle; una mujer esperará a cierta distancia, y bajo su cuidado están comprometidos esos hombres a llevarla hasta Cuernavaca.
—¿Pero por qué camino?
—Por el del manglar.
—Bien; ahora lo que importa es que veas a cuatro o seis muchachos, que salgan antes que don Plácido, y se vayan por todo el camino explorando, para evitar una desgracia. Tú que sabes el interés que tenemos por Alejandra, además de la caridad, hazlo con empeño: la noche está avanzada, y es necesario no dormirse.
Don Roque salió y algunos minutos después sacaba a Perucho disimuladamente del fandango.

III.

MALAS NOTICIAS.

A su parecer, el buen cura tomaba todas las precauciones para evitar una desgracia; pero como el lector habrá visto, de nada sirvieron, y el viejo insurgente cayó atravesado de un balazo en medio del camino, y los encubiertos se apoderaron de Alejandra.
El pobre cura no pudo dormir, y se paseó de arriba abajo en su salita, toda la noche. La señora Joaquina quiso hacerle compañía, y se sentó en una silla; resistió un poco el sueño, pero como su espíritu no estaba tan agitado, a poco tiempo se reclinó sobre la mesa y comenzó a roncar.
A cosa de las tres, llegó don Roque.
—¿Qué sucedió?—dijo con impaciencia el cura.
—Todo está dispuesto: van a ensillar ya los muchachos, y salen luego; hemos perdido mucho tiempo buscando algunas armas, porque no tenían más que sus machetes, pero ya están listos.
—¿No quedarán mal?
—Pierda usted cuidado, son de toda confianza.
—Bueno, retírate a descansar.
—Voy a dar una vuelta a casa de Perucho, para agitarle, y me voy a acostar.
El cura cerró la puerta, despertó a la señora Joaquina, la envió a su cuarto, y él se tendió sobre una hamaca.

La inquietud le devoraba, y no pudo pegar ni un instante los ojos.

La luz de la mañana comenzó a deslizarse por las hendiduras de las puertas de la calle.

El cura se levantó.

Aquel día dijo la misa más temprano que de costumbre, y los feligreses advirtieron que se olvidó, aunque era domingo, de leer las amonestaciones de los matrimonios, después del evangelio.

La señora Joaquina levantó de la mesa casi intacto el enorme pocillo de chocolate y el cerro de marquesotes del desayuno.

Cerca de las doce del día, un hombre, montado en una mula flaca, llegó a la puerta del curato, se apeó dejando su mula abandonada, y entró sin ceremonia.

El cura, en su hamaca, meditabundo pensaba: ¿qué habrá sucedido?

—Buenos días dé Dios a usted, señor cura; ya estoy aquí, me ha ido muy mal, hemos tenido una desgracia muy grande.

El cura se paró como impulsado por un resorte, pero no se atrevió ni a preguntar.

Por la puerta de la calle asomaba el rostro espantado de don Roque.

La señora Joaquina aparecía pálida por la otra entrada del interior de la casa.

—Pues señor, ello es, que como Perucho había dado sabana a los animales, y no estaban en la casa, tardamos en salir, y don Plácido se adelantó; nosotros pica que pica para alcanzarlos, hasta que oímos dos tiros, y echamos a correr para divisar qué sucedía; a poco, zás, los mozos que volvían huyendo; les hicimos volver, y llegamos al recodo: don Plácido, tirado en el suelo, herido, su perro junto a él ahullando, ¡pobre animalito y qué fiel que es! y la muchacha ¡anda vete! ni su luz.

—¡Jesús nos valga!—exclamó el cura, cubriéndose la cara con las manos.

—Pero ustedes ¿qué hicieron?—preguntó don Roque, tomando parte en la conversación.

—¡Toma! pues yo ir por unos hombres para traernos a don Plácido en un tapestle de ramas que hicimos, como que hasta cerca del estero encontré su mula, que por más señas había perdido una pistola, y no después me hagan el cargo.....

—Bien, bien, ¿y los demás?—dijo el cura.

—Los demás se fueron por todo el camino, recio, recio, por-

que todavía los otros los vimos lejos, pero Perucho dice que si no llevan muy buenas bestias, no se le escapan.

Un rumor se escuchó en la plaza.

Doña Joaquina se asomó.

—¿Qué traen ahí, que viene tanta gente?

—Ha de ser a don Plácido,—dijo el hombre que trajo la noticia, que yo les encargué a los muchachos que para acá se vinieran, porque ahora el pobre no tiene ni quien le cure, y la señora Joaquina es tan buena.....

—Has hecho bien, muy bien—dijo la señora Joaquina.

—Que entre, que entre.

Don Plácido excesivamente pálido y cubierto de polvo y de sangre, venía en una especie de camilla improvisada con ramas, casi desmayado.

La gente que le acompañaba, se detuvo respetuosamente en la puerta del curato, quitándose los hombres los sombreros: el herido entró, la puerta volvió a cerrarse, y el concurso se disolvió, haciendo cada uno diversos comentarios. Los que conducían la camilla se retiraron, y don Plácido, acostado en la misma cama del cura, quedó solo rodeado de la señora Joaquina, el cura y don Roque.

Sin embargo, otra persona se había deslizado por la puerta, y quedaba en uno de los rincones contemplando la escena con una especie de curiosidad muda.

Era la "Guacha."

Nuestros lectores conocen ya a la "Guacha," a la propietaria del jacal a donde entró don Roque para escuchar la conversación del padre Bernal con el tío Lalo; pero ahora vamos a procurar describir su persona, y lo poco que se puede saber de sus antecedentes.

La "Guacha" era una mujer alta, blanca y de una edad incierta: algunos rasgos de su fisonomía indicaban que aún no era una vieja: pero la miseria y los padecimientos habían encorvado su cuerpo, que demacrado y cubierto por harapos de indeciso color, había tomado el aspecto de la ancianidad.

Un viejísimo rebozo era el complemento de su traje; la "Guacha" era la personificación de la desgracia, de la miseria, del hambre, del abandono.

Las gentes de la costa llaman "Guachos," a los que van del interior del país: palabra despreciativa, que entre ellos significa advenedizo, como en el Diccionario la de expósito significa abandonado.

Hacía como seis años que una pordiosera había aparecido en el pueblo, y venía del rumbo de México.

Su color, sus costumbres, su modo de hablar, indicaban a

los vecinos que era de alguno de los Estados del centro; no tenía nombre, al menos ninguno lo sabía, y la bautizaron con el apodo de "Guacha."

El cura le dio por asilo un jacal abandonado, y allí le enviaba siempre algunas provisiones; la mujer no tenía ya necesidad de salir, y se pasaban dos y tres meses sin que se la viera por la calle.

No iba ni aun a misa, pero sus enfermedades la disculpaban, y ni los más timoratos se escandalizaban; por el contrario, las limosnas eran cada día más abundantes, y la pobre mujer vivía tranquila, sin salir ni ver a nadie.

Aquel día, como un cosa notable, se la veía en las calles.

Había entrado hasta la pieza en que estaba el herido; pero ni el cura ni los demás notaron su presencia; tan preocupados estaban con los acontecimientos.

La señora Joaquina y don Roque habían ya desnudado a don Plácido y le habían metido entre las sábanas.

—Ya no tardará el barbero que viene a hacerle a usted la primera curación; por ahora, estése usted muy quietecito.

—Sí, indicó el enfermo con la cabeza.

La puerta crugió, y la luz que penetraba por la ventana, iluminó de lleno la cabeza del padre Bernal, que se destacó a la entrada del aposento.

—Lobo, murmuró la hermana del cura.

—¿Puedo pasar?—dijo el padre Bernal deteniéndose en el umbral.

—Espéreme usted afuera un momento en la otra pieza, —contestó el cura notablemente emocionado.

Bernal desapareció, y la puerta volvió a cerrarse.

El cura se acercó a la cama del herido, lo miró para cerciorarse de su estado, y luego se dirigió al cuarto en que Bernal le esperaba.

En el momento que llevaba la mano al pasador, sintió que le tomaban convulsivamente del brazo, y vió a la "Guacha," que trémula, con los ojos chispeantes y más pálida que de costumbre, le decía con una voz conmovida y que no era la suya:

—Ese hombre no es sacerdote, ese hombre es un criminal, un malvado; cuídese usted, señor cura, porque es una serpiente.

—¡Pero cómo!—dijo asombrado el cura, por aquella repentina mutación de la idiota.

—Después le hablaré a usted; pero si duda, pregúntele usted a ese hombre si conoce a Celso Valdespino.

El cura vaciló un momento, y salió de la habitación.

IV.

CELSO VALDESPINO.

—Con que parece—dijo descaradamente el padre Bernal —que ha habido su desgracia en el pueblo.

—En el pueblo precisamente no,—contestó el cura, procurando dar un aire de perfecta indiferencia a sus palabras:—en el camino, a cosa de cuatro o cinco leguas.

—Dicen que está herida la muchacha, esa hija de don Plácido.

—No. Don Plácido ha sido encontrado en el camino gravemente herido.

—¿Y la muchacha?

—Nada se sabe de ella: desapareció, y no hay noticia del páradero que haya tenido.

—¿Pero qué, no hay ningunos pormenores acerca del acontecimiento? ¿nada dice el herido? ¿a los criados no les han interrogado?

—El herido está en un estado tal de postración, que no ha podido hablar una sola palabra: en cuanto a los criados, huyeron al primer tiro, y nada pueden decir.

—Es extraño: ¿y ni aun acerca de la desgracia se dice algo? tal vez haya sido una tentativa de robo.

—No es probable: tiempo tuvieron los perpetradores del crimen para haberse llevado cuanto hubieran querido, y ni aun la mula que montaba don Plácido se perdió.

—Entonces tal vez algunos trapicheos de la muchachilla: dicen que es bonita; yo apenas la conozco.

El cura sintió que la sangre le subió al rostro: aquel rasgo de impudencia le indignaba.

—Alejandra era la futura de Jorge, nuestro hijo adoptivo, y yo estoy seguro de que no tenía amores con nadie; el interés del muchacho me hacía vigilarla cuidadosamente.

—¡Ah!—dijo Bernal contrariado.

—En el pueblo se hacen mil comentarios, que no son de lo más favorables a personas que por su carácter debieran ser un modelo de virtud.....

—En los pueblos pequeños siempre hay calumnias y chismes que los hombres de juicio y de educación y pensadores, desprecian.

—Pero es que hay rumores que tienen tal gravedad....

—Señor cura, señor cura—dijo Bernal con afectada calma —la calumnia no se detiene ni en las mismas gradas del altar..... Y a propósito,—agregó ligeramente y con objeto de variar la conversación,—estoy convidado de hoy en ocho a cantar una misa en un pueblo de indios cerca de

Texca, y quería que usted me permitiera ir, porque aunque aquí no soy verdaderamente vicario de la parroquia, sin embargo el respeto que debo a usted.....

Si el cura hubiera dudado de la participación de Bernal en los atentados de la mañana, la turbación de éste le habría convencido.

—Mire usted, padre,—le dijo;—en el mundo, sobre todo para nosotros los que somos pastores de los pueblos, no basta solo ser buenos: es preciso también parecerlo.

—¿Y a qué viene eso?

—Ya lo verá usted; el pueblo ha comenzado a murmurar, y hay quien se atreve a suponer que usted. ¡Dios me libre de creerlo! es el autor del rapto de Alejandra.

—¿Y quién se atreverá a suponer tal cosa?—contestó Bernal, poniéndose densamente pálido.

—¿Quién? muchos, padre, muchos, y cualquiera que en este momento viera a usted tan pálido y descompuesto como si estuviera ante un tribunal.

—Pero eso es infame; y si yo me inmuto, es porque hay quien se atreve a lanzar esa mancha al rostro de un sacerdote, de un ministro del Señor.

—Es,—continuó lenta y gravemente el cura,—que también niegan que esté usted investido de tan sagrado carácter.

—¡Oh! eso es horrible: ¿y ustedes no los han desmentido? cuando yo les he mostrado mis licencias, cuando por su mano han llegado cartas de México dirigidas a mí.....

—Esas licencias y esas cartas son para el padre Bernal, y usted es.....

—¿Quién?—dijo Bernal con los ojos inyectados de sangre, y apretando con violencia los puños.

—Don Celso Valdespino.

Bernal lanzó un grito salvaje, un rugido de tigre; su boca se llenó de espuma; volvió rápidamente la vista por todo el curato para ver si estaban solos, y entonces con voz ronca y entrecortada, dijo al cura:

—Tú sabes mis secretos; bueno: pero yo te cortaré la lengua, yo te impediré que lo digas. Ya verás, ya verás; y sacó de debajo de su chaleco una daga, e hizo un impulso como para precipitarse sobre el cura, que pálido, pero sereno, le miraba sin perder uno solo de sus movimientos.

—Encomiéndate a Dios, miserable, porque te voy a hacer callar para siempre.

—¡Oh, no!—dijo una voz tranquila detrás del cura.

Bernal alzó la cara buscando a aquel nuevo enemigo, y el fornido don Roque se asomó en la puerta apuntando a Bernal con un fusil.

—Yo, yo soy el que voy a matarte, tigre malvado, asesi-

no, raptor, falso sacerdote; yo; pero cuidado, no te muevas, porque te despacho; a ver, llama ahora a tu tío Lalo, a tu herrero—¡Infame! ¡de rodillas!.....

—Roque, Roque, en nombre del cielo, no tires te lo suplico, te lo mando.

—¡Pero señor cura.....

—Te lo mando: salga usted de aquí, don Celso, y póngase en marcha para México inmediatamente, si no quiere ser víctima de la indignación pública.

Bernal, o más bien, don Celso, no replicó: guardó la daga, y salió lanzando feroces miradas al cura y a don Roque.

Montó en su mula, que estaba en la puerta del curato y desapareció.

—¡Ah! señor cura, la excesiva bondad de usted nos ha de perder: le hubiera yo despachado al otro.....

—Nadie tiene derecho de quitar la vida a sus semejantes,—contestó el cura, entrando al aposento del herido.

La "Guacha" se arrojó verdaderamente sobre sus manos, y las cubrió de besos, regándolas con su llanto.

—¿Sí?—dijo Roque meditando un momento—¿sí?... pues lo que es así no se queda.... ahora veremos.

Y echándose el fusil al hombro, salió ligeramente del curato.

V.

LA PERSECUCION.

Alejandra se vio rodeada por hombres; vio a don Plácido, moribundo y cubierto de sangre, y se creyó presa de una horrible pesadilla.

Quiso gritar y le faltó la voz; quiso resistir y le faltó la fuerza.

Uno de aquellos hombres tomó el ronzal de la mula, y comenzó a caminar en la misma dirección que debían llevar los viajeros, y otro por detrás arreaba al animal para hacerle trotar.

Los demás permanecieron en el lugar del atentado.

Alejandra caminó así como una hora, conducida por aquellos dos hombres mudos y sombríos.

Entonces se incorporaron los que habían quedado atrás, y uno de ellos dijo secamente a los otros:

—Es preciso avanzar, porque nos persiguen.

Toda la caravana se puso al instante al galope.

A corta distancia encontraron un rancho abandonado a la orilla del camino; una vieja con un túnico color de café,

un rebozo atravesado del hombro a la cintura, y un sombrero ancho muy maltratado, esperaba en la puerta. La marcha se detuvo un momento.

—¿Se logró el golpe?—preguntó.

—Sí, pero monte usted pronto y vámonos, porque nos vienen siguiendo.

La vieja, con una ligereza impropia de su edad y de su aspecto, desató un caballo que estaba amarrado a un árbol cerca del rancho, montó con tanta destreza como hubiera podido hacerlo el mejor jinete, y volvieron a emprender la marcha al galope.

Sólo en las subidas o en los descensos muy pendientes, caminaban al paso por no fatigar las cabalgaduras; pero apenas el terreno lo permitía, volvían a galopar.

Y sin embargo, en cada altura que dominaba el camino que dejaban atrás, uno de aquellos hombres hacía alto para explorar, y siempre volvía diciendo:

—Ahí vienen.

Alejandra sentía renacer su esperanza; eran sus salvadores los que venían. Volvían a caminar, y el desaliento se apoderó de ella: ¿quién sabe si al fin los perseguidores se cansarían? Por otra parte: ¿quién podía, herido don Plácido, interesarse por ella, pobre y desvalida huérfana?

—Ahí vienen, y muy cerca;—dijo uno.

En efecto, Alejandra volvió el rostro, y distinguió al otro lado de un pequeño barranco que acababan de atravesar, una nube de polvo, y entre el polvo el brillo de algunas armas y la figura de algunos hombres.

Entonces se le ocurrió dejarse caer de la mula; quizá por no detenerse la abandonarían, y se salvaba así de las manos de sus raptores.

La ejecución fue tan rápida como el pensamiento; pero Alejandra cayó tan mal, que su cabeza dio contra una piedra, y quedó sin sentido. Los hombres se detuvieron.

—Se ha caído esta maldita,—dijo uno.

—Y está privada,—observó la vieja,—¿qué hacemos?

—Es preciso detenerse,—dijo el que hacía como de jefe; a ver dos de ustedes conmigo a tirotear a esos que nos persiguen, para dar tiempo a que otro se eche en la silla a esa criatura, y con la señora se vayan adelantando lo más que se pueda: nosotros los alcanzaremos.

En la energía con que este hombre tomó su resolución y en la prontitud con que se puso en práctica, podía conocerse que estos personajes eran o habían sido soldados.

Ya se distinguía perfectamente a los perseguidores, y se oían sus gritos. Perucho, nuestro antiguo conocido, venía a

la cabeza del grupo, que se componía de diez hombres armados.

Los otros se adelantaron resueltamente a su encuentro, y se oyeron luego los disparos de los mosquetones.

Entonces sucedió lo que sucede siempre que el que va en fuga, vuelve sobre el que le persigue: éste vacila.

Hay en el repentino valor del que huye amedrentado, algo de terrible y de imponente, porque no es el valor el que va a luchar, es la desesperación del que quiere morir matando; y esta resolución infunde siempre algo de espanto en el que se creía ya vencedor sin resistencia y sin peligro.

Hay en esta acometida algo de más sombrío que en la ira encarnizada de la batalla.

El valor de la debilidad es más terrible: no busca la victoria que comprende imposible; anhela la venganza a costa de la propia vida.

El ejército de Perucho se detuvo, se arremolinó, y comenzó a retroceder haciendo fuego.

Los tres hombres no avanzaron, y esto animó a Perucho y a sus compañeros: si los enemigos hubieran cargado, ellos sin duda se dispersan, pero se detuvieron y el combate volvió a animarse.

Cerca de un cuarto de hora duró aquella escaramuza, y aun no había corrido la sangre.

De repente los tres hombres volvieron grupas, como dicen los soldados; apretaron las espuelas a sus caballos, y en un momento desaparecieron, dejando tras sí una espesa nube de polvo.

Cuando ésta se disipó, iban ya muy lejos.

Perucho volvió a su persecución, pero con algunas precauciones: sabía ya que eran capaces de resistir, y no quería exponerse por imprudencia; además, había conocido a su tropa.

Lo que importaba, era no perder la pista. En el primer pueblo del tránsito pediría auxilio, y el golpe era seguro.

Mirándose algunas veces, perdiéndose otras de vista, unos y otros caminaron hasta caer la tarde.

El camino, el bosque, el horizonte se hundieron entre las sombras de la noche.

Los jinetes no habían comido en todo el día; los caballos fatigados no habían tomado siquiera agua.

En medio de la obscuridad y muy cerca, se descubrieron desde una loma las luces de un pueblo, como un pedazo de firmamento que asoma entre las nubes en una noche tempestuosa.

En llegando al pueblo estamos salvados, pensaron los de adelante.

En llegando al pueblo están perdidos, dijeron para sí los de atrás.

Los ladridos de los perros llegaban ya entre los vientos de la noche; comenzaban a percibirse ya muy cerca las luces.

Un momento después, los vecinos pacíficos salían a sus ventanas atraídos por el ruido de las herraduras y los tertulianos de las tiendas, apiñados en las puertas y en los portales, hacían comentarios sobre aquel grupo de viajeros.

VI.

EL ABANDONO.

Los hombres que conducían a Alejandra, atravesaron a trote largo siguiendo a su jefe, aquel pequeño pueblo; y cuando se alejaron un poco, que ya no encontraron casas ni vecinos retardados, tomaron a la izquierda saliéndose del camino y retrocediendo con precaución hasta llegar a una de las casas de la orilla, pero casi por el mismo lado por donde habían entrado.

Echaron todos pie a tierra, bajando cuidadosamente a la muchacha, que había ya vuelto en sí, pero estaba como insensible.

Uno de los hombres, procurando no ser visto, llegó hasta muy cerca del camino y vio pasar a sus perseguidores, que también a todo trote entraron a la población preguntando por los que acababan de pasar.

Como último resultado de sus pesquisas, supieron que habían seguido de largo, y Perucho determinó hacer noche en el pueblo; los caballos estaban cansados, y él se había avanzado más de lo que pensaba.

Perucho con los suyos durmió en la misma población, pero en el extremo opuesto.

Al día siguiente, muy temprano, regresaban a dar malas cuentas de su misión al señor cura.

Nada de esto se escapó a los autores del rapto de Alejandra; y así es que con descanso, y ya bien claro el día, volvieron a emprender su marcha, montando a la joven en la mula que la vieja había cuidado de traer.

El camino se hizo con menos precipitación; hasta se permitieron detenerse un rato a comer en uno de los ranchos del tránsito.

Sin embargo, cuando pasaban por algún pueblo, notaban que la gente los miraba con mucha atención, que algunos hombres corrían, y aun les pareció notar que en uno habían tocado la campana.

Pero como nada, fuera de esto, los inquietaba, pronto volvían a tranquilizarse.

Se iba pasando el día, y en la tarde vieron venir a un hombre a pie que marchaba entretenido silbando y jugando con un perro.

—Sería bueno preguntarle a ese hombre qué hay; porque yo no sé por qué, pero estoy sobresaltada—dijo la vieja.

—Qué ha de haber, nada—contestó el jefe—los que nos seguían se han vuelto.

—Sí; pero he observado que los pueblos están alarmados.

—No hay nada, no tenga usted miedo.

—¿Pero qué se pierde en preguntar?

—Preguntaré no más por darle gusto, pero ya verá como nada hay—¡Oiga, amigo, amigo!—dijo dirigiéndose al hombre que venía ya cerca—¿me hace favor de decirme si hay algo por ahí? ¿iremos seguros?

El hombre miró fijamente al que le interrogaba, y después le contestó sonriendo:

—¿La verdad?..... no, mi sargento Capilla.

—¡Cómo!—dijo éste asombrado—¿me conoces?

Los demás se habían agrupado alrededor de los interlocutores, y todos manifestaron su asombro al ver que Capilla era reconocido en donde menos se le esperaba.

—Vaya, dijo el hombre—¿pues no se acuerda que yo era de su misma compañía y salí herido en el ataque de Ixtlahuaca que dimos ahora hace un año con mi general Pueblita?

—¿Pues cómo te llamas?

—Cásares, ¿no recuerda mi sargento?

—¡Ah! Cásares, cabal, y ¿cómo te va?

—Muy bien, mi sargento, ya no soy soldado; desde que me hirieron me vine a mi tierra, y ahora soy el auxiliar del alcalde de San Pedro.

—¿El auxiliar, eh? bueno; ¿y qué hay por acá? ¿por qué dices que no vamos seguros?

—Mi sargento, yo a usted no le he de negar nada que le perjudique, para que se cuide. Ha llegado a los pueblos una cordillera en que dicen que se persiga y se aprenda a cuatro arribeños, que creo serán sus mercedes, y a una vieja, —la vieja hizo un gesto muy feo—porque se han robado una muchacha y matado a su padre.

—¿Pero cómo puede haber llegado tan pronto la cordillera?

—Vaya, muy fácilmente; con los hombres de a pie, que saben la tierra y que van veredeando y cortando terreno; llegan a un pueblo y entregan la orden, la lee el alcalde,

y sale otro hombre de refresco; y así en la hora llega la noticia; yo vengo de vuelta de haber llevado la cordillera, usted dirá.

—¿Pero qué dice?

—Pues nada, que os prendan y los manden a San Luis, que allá debe estar preso el principal, que es un padre, o quién sabe.

—¿Qué hacemos?—dijo la vieja espantada.

—Según parece, el padre, ya no vendrá.

—Pues lo que sea que sea pronto, mi sargento,—dijo Cásares; que no tardan en comenzar a salir los auxilios al camino, y yo ya me voy, porque tengo también que salir, con que hasta más ver, y que Dios los lleve con bien.

—Adiós, Cásares, y muchas gracias,—dijo Capilla.

—Dios se lo pague,—agregó la vieja.

Cásares se alejó, y Capilla se puso a discutir con los compañeros el árbitro que debía tomarse.

Alejandra, indiferente, permanecía separada del grupo; no había escuchado a Cásares, y tenía, en consecuencia, perdida toda esperanza.

—Sería bueno dispersarnos—dijo uno.

—Dios nos libre—exclamó la vieja—así cogerían más fácilmente a alguno.

—Es verdad—agregó otro—pero unidos y con el estorbo de la chica....

La chica estorba, es verdad: además, que preso el padre Bernal ¿para qué la llevamos?—dijo la vieja—al fin ya no nos puede dar nada.

—Dices bien,—exclamó Capilla—caminaremos un poco, y por ahí la dejamos—pero será bueno llevarse la mula—¿no les parece?

—Sí,—contestaron todos.

—Pues manos a la obra, y adelante.

—Y se pusieron en marcha.

A cosa de un cuarto de legua, el camino estaba cercado de árboles, y a la derecha se divisaba una vereda que se internaba en el bosque.

Capilla se detuvo y se dirigió a Alejandra.

—Hágame usted el favor de bajarse,—la dijo.

La joven obedeció sin replicar; hacía dos días que no tenía ya voluntad propia.

Capilla tomó la mula.

—Está usted libre, niña—agregó:—puede usted irse por donde quiera, pero yo le aconsejo que tome usted por esa veredita, que ha de ir a dar a alguna parte; con que adiós; vámonos.

Y echó a andar, y todos le imitaron, dejando a Alejandra sola y abandonada en la mitad del camino.

La joven se espantó de encontrarse así en medio de un país desconocido, y ya cerca de la noche; pero la satisfacción de verse libre de aquellos malvados, le dio aliento.

Alzó los ojos al cielo, e instintivamente tomó la vereda que le indicó Capilla.

Estaba muy cansada; todo el cuerpo le dolía horriblemente, pero quería a toda costa alejarse del camino; temía que aquellos infames volviesen: las facciones repugnantes de la vieja le perseguían como una pesadilla.

Anduvo mucho tiempo; la noche había cerrado, y ni una luz que indicase una habitación, aparecía entre los tupidos árboles del bosque.

Iba desmayando, las fuerzas le faltaban, cuando oyó cerca, muy cerca, el ladrido de un perro.

Sólo el que se ha perdido de noche y en un bosque, comprende lo que se siente al escuchar la voz de ese amigo del hombre, en medio de aquella situación desesperada.

Alejandra lanzó un grito de gozo; anduvo un poco más, y al torcer un recodo del camino, se encontró en un pueblo.

Su primer impulso fue arrodillarse para dar gracias a Dios.

VII.

CORAZONES DE ORO.

A la salida del pueblo, delante de una pobre casita y debajo del portal del zacate que formaba la entrada, comían alegremente, en torno de un velón colocado en una piedra, cuatro personas, dos hombres y dos mujeres.

Las mujeres sentadas en el suelo, y los hombres sobre unos bultos de equipajes.

Procuraremos dar a conocer a estos nuevos personajes.

La primera pareja se componía de un hombre de poca estatura, ya entrado en edad, delgado, con una gesticulación rápida, y extraña, y una mujer también de bastante edad, gruesa, de cara alegre y expresiva, pelo muy negro, pero en el cual campeaban no pocos mechones de canas.

La otra se formaba de una joven morena, con unos ojos brillantes, un pelo negro y crespo que formaba graciosas ondas sobre su frente, y una boca roja y provocativa.

El hombre era joven también, alto, esbelto, con una musculación perfectamente desarrollada, el pelo negro, muy largo y rizado, y un bigote espeso pero bien atusado; parecía por su color un hércules de bronce.

Cerca de la joven dormía un niño como de dos años.

Como puede inferirse de la conversación, los viejos eran

los padres de la muchacha, el joven era su marido, y el niño era su hijo.

Toda una familia.

—Dentro de cinco días,—decía el viejo,—calculo que estaremos muy cerca de Cuernavaca.

—Caminando recio,—contestó la joven.

—Y eso sin detenernos a dar las funciones que tú quieres,—agregó la anciana:—¿es verdad, Diego?

—Es verdad, madre,—contestó el joven a quien llamaron Diego;—pero si se proporciona, es fuerza trabajar algo en el camino; ni usted ni Anita van muy bien de dinero.

—Por mí no te apures,—hijo,—contestó la muchacha; yo tengo algo, economizaré, que más quiero economía que verte trabajar en la reata; cada vez que haces el salto mortal o la dama triste, siento que me muero.

—Qué tonta eres, Anita; hace tanto tiempo que trabajo... y ¿a qué no te acuerdas que me haya caído nunca? y eso era antes; ¿pues ahora? cada vez que trabajo me pongo a pensar en tí y en mi hijito, y me siento tan seguro, tan firme sobre la reata, con tanto valor, que te respondo de que no me caería ni a empujones; ganas me dan a veces de largar el timón: ¿verdad, padre, que así se siente cuando se trabaja con gusto y por la familia?

—Es cierto,—dijo el viejo;—cuando yo me casé con Tula, estábamos muy pobres, y yo trabajaba mal; ninguno me contrataba, ni me llamaban en los pueblos; vamos, estaba perdido porque también me faltaba valor; pero nació Anita, y entonces, ¡ah! entonces sí que fué otra cosa; comencé a adelantar tanto y tejía tan bien en la reata y en el alambre.....

—Que te caiste un día,—interrumpió cariñosamente Tula, —y te quebraste una pierna, y tuviste que guardar cama cuatro meses; y si no te hubiera dado Dios tan buena memoria y tanta gracia para payaso.....

—Barbera,—dijo el viejo dándole un golpecito en la cara.

—Sí, la verdad; tanta gracia para payaso, no sé qué hubiéramos hecho: confiesa, confiesa, Rito, que es muy mala vida esta de ser maromeros.

—¿Mala? ¿por qué, hija?

—¡Toma! siempre en riesgo, ganando poco, y luego, como que nos desprecia la gente: ahí vienen los ''maromeros,'' y los ''maromeros'' por acá, y los ''maromeros'' por allá.

—¡Qué caso haces tú de eso, Tula! ganamos nuestra vida honradamente y sin perjudicar a nadie, y como dijo aquel cura en las fiestas de San Jerónimo: ''más vale que vayan los fieles a perder el tiempo en la maroma, que su dinero en el juego o su pellejo en los fandangos.''

—Dice bien mi padre, dijo Diego, yo estoy contento; la carrera da para vivir, y estamos siempre alegres.

—Menos cuando te veo haciendo esas suertes tan peligrosas; lo único que me consuela que mi padre siempre está allí pendiente.

—Como que el día que se caiga, en el aire lo cojo; parezco tan débil, pero ya sabes que soy capaz de cargar un buey.

—En fin,—dijo Tula,—acabó la cena; los hombres vayan a ver cómo están los animalitos, y mientras, alzamos nuestros trastos y disponemos las camas.

Los hombres se levantaron y salieron y la anciana comenzó a tender en el suelo las pobres camas, y Anita a recoger y guardar los trastos que habían servido en la comida.

Aquella familia viajaba con todo su menaje: podía decir como el apóstol: "Omnia mea....." Todo lo mío va conmigo.

Rito y su yerno volvieron a presentarse, conduciendo a una mujer.

—Tula, Tula,—dijo el anciano; ven, mira a esta pobre criatura que nos hemos encontrado al ir a ver a nuestros animales; anda perdida, ni es de aquí; mira, no ha comido, casi se desmaya de necesidad y de cansancio.

—¡Ave María Purísima!—dijo Tula viendo a Alejandra; —pues como es de suponerse, era ella. ¡Ave María Purísima! pobrecita muchacha, qué descolorida está! ¡Jesús! toma, Anita, toma al niño, que me está estorbando.

Anita, enternecida también, tomó a su hijo de las manos de la abuelita, y esta continuó:

—Venga usted, siéntese; ¿cómo se llama usted

—Alejandra,—balbuceó la joven.

—Pues siéntese usted, Alejandra; ya cenamos, pero yo veré qué cosa le doy a usted: aquí sobre el equipaje: Anita, ¿qué no traes nada en el itacate?

—Sí, unos bizcochitos del niño, y un pedazo de queso que le había guardado a Diego.

—Pues sácalo,hija, sácalo para esta pobrecita. Voy a traer el agua—dijo Rito—y tomando un jarro, salió precipitado.

—Tome usted, tome usted, hija—dijo Tula dando a Alejandra los bizcochos y el queso—es lo que hay ahora; ya traerá mi marido el agua; es mejor que no sea un alimento pesado, porque podría hacerle a usted mal.

Aiejandra, en vez de tomar los bizcochos, asió las manos de la anciana, recargó su frente en ellas, y se puso a sollozar de ternura y de gratitud.

—Vamos, no llore usted,—dijo Tula abrazándola;—no sea usted tonta, se va a enfermar; ya está, ya está, coma usted sus bizcochitos.

—Sí, cómalos usted—dijo Anita sentándose a su lado con el niño en los brazos—tranquilícese usted, que está con gentes de bien.

—¡Ay! señora, soy tan desgraciada y ustedes tan buenos—dijo Alejandra, besando al niño y dejándole en el rostro dos lágrimas como dos perlas, que nadie se atrevía a enjugar.

Diego miraba esta escena profundamente afectado, y sus ojos estaban preñados de llanto.

Aquella escena sencilla, quizá pueril, levantaba hasta el cielo entre el perfume de la caridad, aquellos corazones de oro.

—Pero ¿qué anda usted haciendo tan solita y a esta hora por estos caminos?—preguntó Tula, pero sin impertinencia, con interés y curiosidad.

—Si es un secreto, no nos lo diga, señorita—dijo Ana.

—No, no es secreto—contestó Alejandra—aunque sea muy brevemente, yo les contaré a ustedes lo que me ha pasado; han sido tan buenos conmigo.

Y les refirió en pocas palabras lo que le había pasado, aunque sin decir nada del padre Bernal, pues ella ignoraba su intervención en el negocio.

A cada momento interrumpían su relación, ya las frases de indignación que brotaban de los labios de los hombres, ya las de compasión o de cariño que vertían las mujeres.

—Pues Alejandra,—dijo Anita cuando ésta terminó,—nosotros no somos más que unos pobres maromeros que venimos de las fiestas de San Jerónimo, y que vamos para Cuernavaca; pero tendremos mucho gusto en servir a usted en lo que podamos.

—¿No tiene usted parientes por México, por Cuernavaca?....—preguntó Rito.

—Por ninguna parte: soy sola en el mundo; mi único amparo era mi padre y le han matado.... y Alejandra se puso a sollozar ocultando el rostro entre las manos.

—¡Pobrecita!—exclamaron aquellas buenas gentes, moviendo tristemente la cabeza y mirando a la joven.

—Vamos, niña,—dijo al fin Tula,—vamos a descansar: dormirá usted con mi hija y conmigo; los hombres se acuestan afuera cerca de los animales, para cuidarlos..... ya mañana temprano veremos lo que se hace.

Todos se levantaron: los hombres volvieron a salir, y Tula tendió las camas, y poco después todo había quedado en silencio.

VIII.

NUEVA VIDA.

Antes de amanecer, la familia estaba ya en movimiento, ensillados los caballos, que se reducían a dos, flacos y con malísimos atalajes, y listos dos burros, en los que iba el equipaje de la compañía, cuerdas, algunos lienzos de telón para los entremeses y la microscópica batería de cocina.

Quedó decidido en consejo pleno, que Alejandra seguiría con ellos, para ver en México si llegaba a encontrar un amparo en su orfandad: ¡la pobre niña había quedado tan sola sobre la tierra!

Siquiera en San Luis habría tenido la casita de la tía Ursula; pero estaba tan lejos, era tan difícil volver....

Llegó el momento de montar: los caballos de ordinario estaban destinados a Tula y a Anita; los hombres caminaban a pie, arreando a los burros; pero ese día fue imposible obligar a Tula a que montase.

—No, y mil veces no—dijo con resolución—Alejandra debe estar muy estropeada, casi enferma, es fuerza que vaya en mi caballo; iré a pie, con Rito y con Diego muy contenta.

—Pero, señora—replicó Alejandra.....

—No hay pero que valga; vaya, que porque me ven vieja, creen que no soy capaz de andar a pie; ya lo verán, ya lo verán; si no siempre hemos tenido caballos, también hemos sido muy pobres: vamos, suba usted, Alejandra, y no hablemos más, así me da usted gusto.

—Bueno, yo subiré—dijo Alejandra—pero con la condición de que más adelante, cuando la vea a usted cansada, vendrá usted a caballo.

—Está convenido, vamos.....

Montó Alejandra y comenzaron a caminar.

A la vanguardia los pollinos con las orejas agachadas y cargados con un verdadero promontorio de objetos lo más heterogéneos posible.

Después los de a pie, y luego Anita con su hijo en los brazos y Alejandra a caballo, con anchos sombreros y armadas las dos de largas varas para animar a sus cabalgaduras.

Alejandra iba más tranquila; había encontrado en medio de la tormenta que la combatía, un amparo; quizá no era bastante, pero era ya mucho.

El náufrago que lucha con la muerte brazo a brazo y ya sin esperanza, se imagina salvado, cuando siente bajo sus pies la erizada frente de una roca: ¿qué hay más allá en el

tiempo y en la tierra? no lo sabe; pero de pronto ha salvado la vida, es decir, ha tomado el primer eslabón de la cadena del porvenir en el momento de romperse.

Aquella familia era para Alejandra, no sólo el consuelo material y moral en la desgracia, sino el vínculo que la unía de nuevo a un mundo que tenía corazones tan nobles y tan hermosos.

Meditando sobre su situación, hablando de sus desgracias con Anita y distrayéndose algunas veces con los variados paisajes que se presentaban a cada paso, Alejandra caminó como cuatro horas; entonces empezó a notar que Tula no iba ya tan ligera, que se detenía de cuando en cuando y que el sudor anegaba su frente, por más que procuraba disimularlo; se conocía que la pobre mujer estaba muy cansada.

Alejandra se acercó a ella y se bajó ligera del caballo.

—Ahora le toca a usted—la dijo.

—No, siga usted, siga, si aun voy bien.....

—Está usted cansada, se le conoce; suba usted, iré a pie un rato.

—Si no estoy cansada.

—Pues bien, no monte usted, iremos las dos a pie.

—¿Pero para qué es eso?

—Anita, dígale usted a la señora que monte; voy muy mortificada.

—Monte usted, madre—dijo Anita—y después volverá a subir Alejandra; por ahora yo también le haré compañía, y mi padre se vendrá un rato en mi caballo: tenga usted al niño.

Tula montó a caballo y tomó al niño en sus brazos; el viejo payaso subió también en el caballo de su hija, y las dos jóvenes se incorporaron con Diego, que se iba adelantando con los burros.

Al medio día tomaron un ligero almuerzo, dieron agua a las bestias y siguieron adelante alternándose los hombres y las mujeres en los caballos.

A las cuatro de la tarde llegaron a un pueblo, donde se estaba celebrando una fiesta.

Las campanas repicaban a vuelo, todos los vecinos andaban por las calles muy limpios y con sus ropas del domingo; el piso estaba regado y se notaban en él flores y hojas.

La torre y la iglesia estaban engalanadas por fuera con banderillas y gallardetes de colores; había arcos de yerbas, de flores, de pañuelos, de bandas; en las ventanas y en las puertas de las casas había colgadas sobrecamas de indiana y de damasco recogidas en el centro por flores de mano, y con cuadritos y estampas de santos; además, entre la gen-

te se veían algunos hombres llevando faroles colocados sobre gruesas astas, ostentando grandes escapularios y seguidos de muchachos con largos carrizos que se habían arrancado con todo y hojas, y en los que, a guisa de banderolas, se ostentaban paliacates de colores.

Diego se informó de lo que era, y supo por un vecino, que era la fiesta titular del pueblo.

Rito dejó a la familia y se separó para conseguir posada.—En aquellos pueblos en donde no hay ni mesones, ni hoteles, ni paradores de ninguna especie, el viajero necesita siempre recurrir a la filantropía y a la hospitalidad de los vecinos para conseguir un abrigo en que guarecerse durante el tiempo que tengan que permanecer allí, y una casa en donde se le proporcionen los alimentos.

Y sea dicho para honor de aquellas gentes, que nunca se ha dado el caso de que un pasajero deje de encontrar lo que necesita: la hospitalidad es la gran virtud de los habitantes de la Tierra Caliente.

Bien fuera por el aspecto de la caravana que llegaba al pueblo, o bien porque alguien hubiera conocido a alguna de las personas que la formaban, la multitud comenzó a rodear a los viajeros, agrupándose alrededor, y formando un círculo de curiosos, compuesto en su mayor parte de mujeres y de niños, que se estrechaba y engrosaba sus filas a cada momento.

La noticia de que unos maromeros habían llegado, y más, siendo esto el día de una fiesta, conmovió a la población, corrió de boca en boca, y tomó las proporciones de un grande acontecimiento; los que podían abandonaban sus casas para ir a verlos, y los que no, se contentaban con esperar en las puertas y ventanas el paso de aquellos personajes.

Diego y su familia; acostumbrados ya a esta clase de escenas, paseaban sus miradas indiferentes por la multitud. Alejandra, por el contrario, criada en el recogimiento y casi en la soledad, se sentía avergonzada, llena de turbación, de miedo, y sin saber la postura que debía tomar, sin atreverse a mirar a ninguna parte, porque por donde quiera encontraba ojos que se fijaban en ella.

—Están bonitas las muchachas,—decía uno.

—A mí me gusta más la china,—decía el otro, refiriéndose a Anita.

—Pues yo escogería a la otra.

—¿Y el mocetón, no te gusta?—dijo una mujer.

—Ese está bueno para tí, deslenguada,—contestó el que había hablado antes.

—¿Y qué, también esa mosquita sabrá bailar en el mecate?—dijo una vieja.

—Ya lo veremos,—le contestó uno que estaba cerca; y con el vestido de la Mérica estará de chuparse los dedos.

Alejandra escuchaba estos diálogos con una especie de terror: alzó los ojos para mirar a la mujer de Diego, ésta la miró también, y se sonrió con cariñosa expresión.

Había en aquella sonrisa, ternura, frases de esperanza y de consuelo, palabras de resignación.

Anita estaba a caballo, y aunque con algún trabajo, se acercó a la huérfana.

—No se mortifique usted,—la dijo por lo bajo.—Esas pobres gentes dicen todo eso sin intención de ofendernos; para ellos, criados sin más ley de educación que la naturaleza, nosotras debemos estarles muy agradecidas; pero no hay ni la menor intención de faltarnos; y si no, mire usted a Diego, que sería capaz de lanzarse como un tigre sobre cualquiera que se atreviera a mirarnos mal siquiera, con qué tranquilidad platica con los que tiene a su lado.

En efecto, Diego contestaba festivamente a las preguntas que hombres, mujeres y niños le hacían por todas partes, y casi sin dejarlo tomar aliento.

Por una de las calles se vió aparecer un gran grupo: eran Rito y el alcalde del lugar, seguidos de una multitud de curiosos.

—Hijo, el señor alcalde nos da posada en las Casas Consistoriales, pero quiere que esta noche demos una función: es la Titular del pueblo, y el señor cura, y el Ayuntamiento y los principales vecinos, nos ruegan que demos una función: ¿qué dices?

Estas palabras de Rito, aunque pronunciadas a media voz, fueron oídas por muchos; y antes de que hubiera terminado, gritos y aplausos sonaron por todas partes, y comenzó a dispersarse el gentío para llevar cada uno a su casa la noticia de que iba a haber maroma.

Diego consultó con Anita y con Tula; se discutió el negocio un poco, y quedó acordado que se daría la función.

Después de conducidos por el alcalde, que iba a pie, con su gran bastón de puño de plata, con borlas, y seguidos por un gran concurso que marchaba casi lleno de entusiasmo, los viajeros entraron como en triunfo, a las Casas Consistoriales.

El cura y muchos de los principales de la población, los vieron llegar, los saludaron tan amables como si fueran conocidos viejos, y se les dió posesión de su alojamiento.

El pueblo estaba de gala, y desde la iglesia se podía ver arcos y portadas inmensas formadas de tule, de corazón de maguey y de esas flores amarillas que tanto gustan a

los indígenas, que se llama sempasuchil o más propiamente sempoalxochitl, que en español quiere decir veinte flores.

La estación, como llaman a la carrera de la procesión, regada de flores y con grandes buembas o vástagos de plátano, sembrados en ese día de uno y otro lado, tenía el aspecto de una alegre calzada.

Y de trecho en trecho, las posas, esto es, capillas improvisadas con lienzos o enramadas, en donde debe detenerse la procesión y en donde se quema incesantemente esa goma olorosa que se llama copal.

Las campanas aturdían con su incesante clamoreo; y para dar más animación a la fiesta, entre los gritos de los jugadores de carcamán y lotería, se dejaba escuchar el estampido de las cámaras.

La función se contrató definitivamente en doce pesos, que se prorratearon entre el Ayuntamiento, el cura y algunos vecinos; se hizo la elección del local, y Rito y Diego, ayudados por algunos hombres que proporcionó el alcalde, comenzaron a trabajar en los preparativos.

IX.

YA AL CAER.....

Desde la oración de la noche, una tambora llamaba con sus ecos sordos a todos los vecinos, al lugar destinado para la maroma.

Era éste un extenso corral, cercado por un lado por una pared de adobes, por el otro con las bardas de una casa, y por los demás con cercas de piedra amontonada, sin mezcla ni argamasa, que es lo que se llama "tecorral."

Algunas hogueras diseminadas alumbraban aquel rústico circo, en medio del cual, un cable sujeto por sus dos extremos a gruesos troncos clavados en la tierra, y elevado y templado por dos tijeras formadas de morillos, constituía el aparato en que tenían que lucir su habilidad los acróbatas.

Inútil es decir que con la escasa claridad de aquellas luminarias, era más que valor atreverse a caminar, no se diga ya en la reata, sino en una senda por poco escabrosa que fuese.

Rito y Diego se habían transfigurado en uno de los cuartos de las Casas Consistoriales, mientras en otro se vestía también Anita.

Rito tenía el rostro horriblemente pintado con harina, con bermellón y con ese negro vegetal que se llama vulgarmente "humo de ocote."

Llevaba un pantalón y una chaquetilla de remiendos de distintas colores, ajustados al cuerpo, adornados de cascabeles y lentejuelas, y cubría su cabeza un gran fieltro blanco con figura de cono, y con adornos semejantes a los del vestido.

Diego llevaba una camisa y unos calzones de punto de color de carne, y unos borceguíes y una tunicela corta, rojos, con bordados y lentejuelas. En la cabeza tenía una elegante, aunque vieja gorrita adornada con grandes plumas rojas y blancas; además, para evitar que el pelo cayese sobre los ojos, llevaba atada en la frente una cinta negra.

Diego, a pesar de lo muy deteriorado de su traje, era un buen mozo.

Anita vestía como las bailarinas de los boleros en nuestros teatros, y en cualquier parte hubiera causado sensación al presentarse en aquel traje, que dejaba ver su pie pequeño, su pierna torneada, y sus formas graciosas y mórvidas; y si a esto se agregan sus magníficos ojos negros, su pelo crespo y su boca risueña, no habrá necesidad de decir que estaba hechicera.

Alejandra veía con cierta tristeza toda aquella hermosura, que iba a ser profanada por las miradas de la multitud: su pudor se alarmaba en la persona de su graciosa protectora, y al verla entre su padre y su marido, presentarse en medio del concurso, y al escuchar los murmullos de aprobación del público hubiera querido arrojar sobre ella un manto y librarla de tantas miradas investigadoras.

La función comenzó; sonó la música, una tambora, un violín y un clarinete; y Tula y Alejandra cerraron sus cuartos, y llevando al niño de Anita, se mezclaron entre la concurrencia.

Alejandra comenzó por no atender sino a las suertes de Diego y de Anita, y a los cuentos y relaciones del payaso: el cariño de sus nuevos amigos, le daba mayor atractivo a la fiesta.

Hubo un momento en que casi llegó a olvidar sus penas, pero al volver la cara para uno de los lados del espectáculo, observó un hombre que la miraba con mucha fijeza; apartó la vista de allí pero sin querer, a poco volvió a mirar, y el hombre seguía observándola con tenacidad. Fijóse entonces ella, y reconoció al padre Bernal.

Un rayo de esperanza iluminó en aquel momento su alma.

El padre Bernal, según ella, debía haber venido a pasear; tendría que volver a San Luis, podría llevarla con seguridad a su pueblo, y allí sabría ella de don Plácido, que tal vez no habría muerto; y en último caso, podía ir a vivir con

la tía Ursula o con la señora Joaquina, que siempre le había mostrado tanto cariño.

Halagada con tan lisonjeros pensamientos, Alejandra, para comenzar a preparar el terreno, sonrió dulcemente al padre Bernal y le saludó con la cabeza.

Bernal, o don Celso, puesto que ya nosotros le conocemos, se puso encendido hasta en lo blanco de los ojos; no comprendió lo que pasaba, y buscó en su alrededor si había otro a quien fuera dirigido aquel saludo, pero no había nadie, era a él. Alejandra ignoraba, pues, la participación que había tenido en su rapto.

Don Celso quiso afrontar la situación, y aunque con dificultad, logró llegar hasta el lado de Alejandra.

—¿Pues qué haces aquí, hija mía?—la dijo—¿dónde está don Plácido?

—¡Ay padre,—contestó la muchacha llorando.—¿Qué usted no sabe lo que ha pasado? Soy muy desgraciada, y no tengo más esperanza de volver a San Luis, sino que usted me lleve.

Contóle en breves palabras cuanto sabía del rapto.

Don Celso fingió un asombro que estaba muy lejos de sentir, y Tula, miraba con desconfianza a aquel conocido de Alejandra.

—¡Pobre muchacha!—dijo don Celso.—¡Cuánto habrás sufrido! pero esperamos en Dios que todo se remediará; tal vez don Plácido no haya muerto y puedas volver a abrazarle; yo tengo aquí mi avío, porque vine solo a ver las fiestas, pero hoy mismo me vuelvo para San Luis, aprovechando la luna y el fresco de la noche para caminar; con que si tú quieres, hija mía, te llevaré: me acompañan tres criados, y no creo que los bandidos se atrevan, aun dado caso de que volvamos a encontrarlos.

—Yo me iría con mucho gusto,—dijo Alejandra;—¿qué le parece a usted, doña Tula?

—Eso es cuenta de usted, hija: con nosotros nada le faltará, pero si usted cree mejor volver a su casa y buscar a su padre, no seré yo quien se lo desapruebe.

—Entonces no perdamos tiempo,—dijo el fingido padre: —voy a prepararlo todo y cuando acabe la maroma, nos iremos: ¿dónde están ustedes posados? porque supongo que la señora será también de la compañía.

—En las Casas Consistoriales—contestó Tula.

—Pues iré allá para que montes: hasta luego.

—Hasta luego—contestaron las dos mujeres.

Don Celso se escabulló entre el gentío. No cabía en sí de gozo; sin dificultad, sin zozobra, iba a conseguir lo que ya temía haber perdido para siempre: iba a tener a Alejandra

en su poder, sola y sin defensa: aquella era mucha felicidad.

—¿Pero usted lo ha pensado bien?—preguntó Tula cuando don Celso hubo desaparecido.

—Sí señora: este señor es el padre Bernal, que sirve en mi pueblo como de vicario del señor cura: allí le he conocido.....

—No sé por qué, pero a mí no me gusta la cara de ese hombre.....

—Es verdad que no tiene una cara simpática, pero creo que no tenemos que temer de él.

—Yo le aconsejo a usted que consulte con Rito y con Diego: al fin y al cabo, ellos son hombres y tienen más mundo que nosotras, y la quieren ya a usted mucho.

—Les consultaremos; pero ya verá usted como son de mi opinión.

La maroma acabó, y todos se dispersaron, y Rito y su yerno, después de quitar el aparato del circo, se retiraron a su casa.

—¿Saben ustedes que tenemos una novedad?—les dijo Tula.

—¿Cuál, madre?—preguntó Diego.

—Que se va Alejandra.

—¡Se va!—exclamaron todos.

—Sí,—contestó Tula.

—¿Y con quién?—preguntó tristemente Anita.

—Con el vicario de mi pueblo, que encontré esta noche aquí, y que me ha prometido llevarme.

—¡Qué lástima!—dijo Anita—y yo que le había cobrado a usted tanto cariño; ¿pero es cosa decidida? ¿tiene usted suficiente confianza en ese señor? si no, no se exponga usted más: nosotros somos pobres, pero nada le faltará a usted.

—Eso mismo le dije yo—le interrumpió Tula—pero ella dice que va bien, y convenimos en que consultaríamos a mi marido y a mi hijo.

—Yo,—dijo Rito,—no sé qué confianza merecerá ese señor vicario; pero supuesto que Alejandra se arriesga, creo que tendrá mucha seguridad y muchos deseos de saber de su padre.....

Se oyó el tropel de gente a caballo que llegaba, y luego un golpe en la puerta.....

—¿Quién va?—preguntó Diego.

—Será el padre Bernal que viene por mí,—dijo Alejandra.

—¡Tan pronto!—exclamó Anita.

—Quiere aprovechar la luna y el fresco de la noche para caminar.

—Dios la saque a usted con bien—dijo Tula,—pero este viaje no me gusta: ese hombre me repugna.

—No tema usted—contestó Alejandra.

Alejandra abrazó llorando a sus amigos, y acompañada de todos ellos, se dirigió a la puerta.

Había un caballo dispuesto para la joven: Don Celso venía acompañado de dos criados.

Alejandra iba a montar; pero en el momento de poner el pie en el estribo, una tropa de paisanos armados, mandada por el alcalde, se presentó en el lugar de la escena.

Todo el mundo quedó sorprendido.

—¿Usted es el padre Bernal?—dijo el alcalde dirigiéndose a don Celso.

—Yo soy—dijo don Celso poniéndose densamente pálido.

—Pues me ha llegado una cordillera para prender a su merced.

—¿A mí? ¿y por qué?—balbuceó don Celso.

—Porque su merced dispuso en San Luis el robo de una muchacha; mató al padre y ha venido prófugo.

Alejandra dió un grito y se refugió en los brazos de Anita y Diego; se adelantó como para cubrir con su cuerpo el grupo de las mujeres.

—Maldita sea mi suerte—exclamó don Celso; y atropellando al alcalde, salió a escape de aquel lugar, entre los gritos de los curiosos y los tiros que al azarle disparaba aquella improvisada patrulla.

X.

LA LEVA.

Apenas repuesto de su sorpresa el alcalde, dio a correr tras el fugitivo, y los que le acompañaban hicieron lo mismo.

Anita y Tula condujeron a Alejandra, que aun no volvía en sí de su asombro, y Rito y Diego cerraron la puerta de la casa.

—De buena se ha escapado usted,—dijo Tula:—con razón no me hacía ninguna gracia el hombre.

—Me horrorizo de pensar qué habría sido de usted,—dijo Anita.

—Pero el alcalde llegó a tiempo,—dijo el payaso, que ya no tenemos ni que temer:—vaya, serénese usted y vamos a comer alguna cosa, porque nosotros traemos hambre: ¿es verdad, Diego?

Como que la función estuvo larga, y en Tierra Caliente el trabajo es más penoso; a poco ya se fatiga uno.

—A cenar, niñas,—dijo el payaso,—que ya lo hemos ganado.

No es posible explicar la extrañeza que causaba a la huérfana la vista de aquel hombre tan ridículamente pintado y vestido de una manera tan rara, que tenía por oficio divertir al público a costa de su persona y de su dignidad de hombre, y que era en el seno de su familia, no sólo un padre respetable, sino un hombre de corazón.

El payaso conservaba entre la harina y el bermellón que cubrían su cara, las huellas de las lágrimas que había derramado al despedirse de Alejandra. Era lo sublime del ridículo; Alejandra había sentido cólera al ver a la multitud reirse y burlar al pobre payaso, y habría llorado en la maroma, si hubiera comprendido el esfuerzo del hombre de corazón, que para buscar un pan se convierte en el ludibrio de una turba ignorante.

Cenaron todos ya más tranquilos; Alejandra se había salvado de un peligro inminente, y los maromeros tenían fondos para continuar su viaje al otro día.

—Tenemos,—dijo gravemente Rito,—doce pesos que nos han dado por la función, y seis reales de galas que yo he recogido. Hagamos nuestra división: nos debían tocar seis pesos tres reales a cada familia, pero ahora tenemos una personita más, y cada uno debe darle algo, pues la tomamos ya como nuestra hija.

Alejandra conoció que se hablaba de ella, y sintió que los ojos se le llenaban con lágrimas de gratitud.

—¡Oh! de ninguna manera,—dijo:—yo no puedo ni debo tener parte en las ganancias de ustedes: ¿en qué les ayudo? ¿de qué les sirvo? de estorbo y nada más, tal vez de comprometerlos alguna vez: no, no; bastante favor me han hecho para que quiera yo serles gravosa.

—¿De qué nos sirve usted? De mucho,—dijo Anita,—de compañía, que estamos muy contentos con usted.

—Y además, es nuestro gusto,—dijo Tula.

—¿No es usted la hermana de mi Anita?—dijo Diego.

—Y mi hija,—agregó el payaso.

—Gracias, gracias,—exclamó conmovida Alejandra;—teniendo ustedes dinero, ¿para qué lo necesito yo?

—¡Vaya! para muchas cosas,—dijo Diego.

—Para cigarros.

—Si no sé fumar.

—Pues no le hace,—insistió Tula.

—Daremos un peso cada familia,—agregó Rito,—y así

irá ahorrando para un vestido que estrenará al llegar a México.

—Sí, sí—dijeron todos.

—No,—replicó Alejandra;—yo les suplico que no me den nada más que los seis reales de las galas; que será lo único que reciba por no parecerles ingrata.

—Es muy poco, hija,—dijo el payaso.

—Con eso estoy contenta, denme ustedes gusto.

—Sea como quieras:—y le entregó aquellos sèis reales, que Alejandra recibió casi temblando de ternura.

Aquel era el dinero santo de la virtud, ese dinero que se da con la sonrisa de la bienaventuranza y se recibe con el llanto de la gratitud, sonrisa y llanto que son el perfume de las almas buenas; episodios de una tierra cubierta de sangre, que deben contemplar los ángeles, y que son una hoja más en el laurel que ciñe la reina de las virtudes, la caridad.

Bendito sea el dinero, que puede llegar a servir de expresión de la caridad: unas cuantas monedas empleadas así, santifican todas las riquezas de la tierra, como siete justos bastaban para salvar del fuego a las ciudades malditas.

La caridad es la estela luminosa que dejó Jesucristo a su paso por los mares tempestuosos de la humanidad.

Es el signo de las almas predestinadas.

Es la aurora del día de luz que debe brillar en el mundo, cuando la sociedad sea la madre y no la enemiga del hombre.

Es el vínculo y la palabra de reconocimiento para los soldados de la verdadera democracia.

El ciprés de las tumbas de los mártires verdaderos del Evangelio.

Pero aun no llega el reinado de la caridad.

Se anhela, se presiente, se adivina, pero aun no llega.

La doctrina y el corazón luchan siempre y siempre ganando terreno.

El egoísmo les sale siempre al paso, como aquella hidra de Lerna a la cual le nacía una cabeza cada vez que otra se le cortaba.

Pero el egoísmo será vencido, y las doctrinas del Evangelio, que son las doctrinas de la caridad, brillarán.

Y entonces, el hombre, libre, emancipado de todas las tiranías, podrá decir a Cristo, como los antiguos inquisidores:

Exurje, Domine, et judica causam tuam.

Preséntate, Señor, y juzga tu causa .....

.....

.....

Después de ocho días de camino, Alejandra y sus protectores estaban cerca de Cuernavaca.

Ya se descubría a lo lejos la ciudad y entre los naranjos y los plataneros se alzaban sus torres y se percibían sus tejados.

Allí esperaban gozar unos días de descanso nuestros viajeros, antes de emprender su viaje a México.

Pero por el mismo camino que ellos llevaban, una pequeña nube de polvo comenzó a levantarse.

Por allí se sentía ya el aliento de fuego de la guerra, y aunque aquellos distritos estaban realmente en paz, el eco de los cañones de Zitácuaro llegaba sin ser oído, apesar de la distancia, como el presagio de la tormenta.

—Esa es tropa,—dijo algo contrariado Rito.

—Tropa es, y viene para acá,—agregó Diego. En tiempo de guerra, el encuentro con la fuerza armada envuelve siempre un peligro, aun para los hombres más indiferentes.

—¡Dios nos saque con bien!—exclamó Tula.

Alejandra no había visto nunca soldados uniformados: en su país, la tropa se forma de paisanos, armados con un fusil y provistos de una cartuchera; pero su traje no cambia en manera alguna.

Alejandra casi deseaba la llegada de la fuerza para conocer soldados.

Muy pronto se realizó su deseo, y se encontraron nuestros viajeros con un piquete como de cien infantes, vestidos de azul y conducidos por un capitán.

Al principio comenzó a desfilar la columna, sin que el jefe ni los soldados pararan la atención en la caravana que por su parte, seguía avanzando lo más aprisa que podía.

Pero a poco otro capitán se quedó mirando a Diego y les mandó hacer alto.

—Zigüenza—gritó.

—Mande usted, mi capitán,—dijo un sargento separándose de las filas y cuadrándose delante del oficial.

—Deténgame usted a estos hombres mientras hablo con el capitán Martínez.

—Está bien, mi capitán.

Y el sargento, descansando su arma, se paró con desenfado delante de nuestros asombrados viajeros.

El capitán picó su caballo y alcanzó al jefe de la columna.

—¿Le parece a usted, compañero, que tome a esos hombres que van ahí?

—Creo que son viejos—contestó el otro.

—No: ¡qué viejos! Están buenos, y los burros nos servirán para dos soldados que traigo enfermos.

—Como usted quiera.

El oficial se dirigía entonces hacia donde habían quedado los maromeros con el sargento, cuando oyó que el jefe de la columna le gritaba.

—Capitán Márquez, capitán Márquez.

—¿Qué decía usted?—contestó volviendo.

—Me parece que traían dos caballos: ¿qué va usted a hacer con ellos?

—Uno será para la mujer del sargento Zigüenza, que se lo había prometido. Si usted quiere el otro.....

—Sí, mándemele usted para mi asistente.....

—Está bien,—contestó Márquez, y salió al galope.

Temblando esperaban los viajeros la vuelta del capitán: el indiferente y silencioso sargento los espantaba más que una amenaza.

—Zigüenza—dijo el capitán Márquez llegando—esas dos altas para la cuarta.

—¿Y los caballos?

—Escoge uno para tu mujer, y lleva el otro al capitán Martínez.

—¿Y los burros?

—Para dos enfermos de la compañía.

—¿Y qué hacemos de esto?—dijo mostrando el equipaje.

—Que lo recojan sus dueños.

—Vamos, buenos mozos,—dijo Zigüenza, terciando su fusil: a las filas: van ustedes a servirle al emperador en su batallón de policía; ya verán la viva miel.

Nada será capaz de pintar el asombro y el dolor de aquellas tres pobres mujeres, ni la desesperación de aquellos dos hombres.

Las mujeres lloraron, gritaron, se arrodillaron delante del oficial y del sargento; pero nada valió, aquellos hombres tenían el corazón de roca.

Cuatro soldados más, llamados por el sargento, se apoderaron de Rito y de Diego; y en un momento, con un cuchillo, les cortaron las anchas alas de los sombreros, dándoles la figura de una ridícula cachucha.

Los caballos fueron entregados a las personas a quienes estaban destinados; los burros desaparecieron, y los bultos del equipaje fueron abandonados sobre el camino.

Las mujeres lloraban que era una compasión.

Rito y Diego, conducidos por los soldados, se habían incorporado en las filas.

—Sacaremos de los equipajes lo más necesario y lo que podamos llevar, para seguir a estos pobrecitos,—dijo Tula sollozando.

Y sin hablar más, las tres mujeres se pusieron a trabajar

haciendo tres líos de ropa, de los que cada una tomó el suyo.

Anita lloraba y besaba a su hijo: para ella era doble el trabajo y más negro el porvenir.

No pensaba en lo que ella tendría que padecer.

Todas las madres comprenderán que pensaba en su hijo, y nada más que en su hijo.

La columna seguía su marcha, y las tres mujeres, siempre llorando, se pusieron a caminar tras ella.

Casi todo el pobre equipaje quedó en el camino abandonado, perdido.

El fruto de tanto trabajo, de tanto peligro, de tanta economía.

La esperanza del porvenir de dos familias: unos trapos viejos, unos cuantos arambeles, unas lentejuelas y algunos cascabeles.

¿Qué valor representaban en el mundo?

Casi nada.

Y sin embargo, para aquellas pobres gentes, era todo: representaba un tesoro, una mina.

Porque representaban la industria, el trabajo, el patrimonio.

Es decir, el presente y el porvenir.

XI.

DE LA ZECA A LA MECA.

Así dice el vulgo, de una persona que anda de aquí para allá, y así diremos nosotros de nuestros lectores, a quienes hacemos caminar y retroceder, ir y venir; pero esto, además de que es "cosa guisada" en las novelas, suponemos fundadamente que ni los cansa ni los expone a los riesgos del camino; cuando más, los fastidiará; pero ¿qué hemos de hacer? paciencia y barajar.

Llegamos otra vez a la costa, y estamos en San Luis, en la casa cural, y en la recámara del herido.

Se había hecho la primera curación, y el práctico o aficionado había solemnemente declarado que se comprometía a levantar a don Plácido, Dios mediante, y con tal que éste no hiciese alguna locura; la cual, atendidas su edad y práctica en heridas, no era posible que hiciera.

La ventana del cuarto estaba casi cerrada: una débil luz alumbraba el aposento, se escuchaba la tranquila respiración del herido que dormitaba: la señora Joaquina estaba sentada en una silla al lado de la cama; en el otro extremo de la pieza el cura en un viejo sillón de baqueta,

hablaba inclinándose y en voz muy baja con la "Guacha," que en un petate estaba sentada en el suelo y a sus pies.

—Bien, hija,—decía el cura, cuéntame todo; yo te prometo tener paciencia, y ahora no tengo que hacer, y puedes hablar cuanto quieras.

—Yo le contaré a usted todo, señor cura, pero no se vaya usted a enfadar, porque la historia es larga.

—No tengas cuidado, no me enfadaré: ¡qué! ¿no ves cómo escucho esas largas confesiones generales que duran tres y cuatro horas, por espacio de varios días? Comienza, hija mía, y no temas.

—Pues bueno, comenzaré; pero tendré que valerme para que nada se me olvide, de algunos apuntes que estaba yo haciendo para entregárselos a usted cuando estuviera yo en peligro de muerte.

La "Guacha" sacó del seno un bulto de papeles envueltos en un pedazo de trapo viejo; y unas veces hablando, y leyendo otras, hizo al cura esta relación:

—"Nací en México: mi padre era un empleado del gobierno que ganaba un sueldo muy módico, y pasaba la vida con mucha economía.

No necesito deciros nada de mis primeros años, porque durante mi infancia nada pasó digno de referirse.

Nuestra vida era tranquila y casi monótona: ocupábamos una vivienda en una casa de vecindad de la calle del Aguila, en donde vivían también unas señoras que tenían una amiga de niñas: allí aprendí a leer y a escribir; de tal manera, que no salía yo a la calle sino a misa los domingos a la iglesia de Santo Domingo, y algunas tardes al teatro con mi padre.

Teníamos tan pocas relaciones, que una visita era un acontecimiento grave en mi casa.

Por las noches, mi padre leía en voz alta, mi madre escuchaba cosiendo alguna pieza de ropa, yo, dormitaba sentada en una silla y recostada en su regazo.

Así pasó mi niñez hasta que llegué a cumplir quince años.

Mi padre tenía una edad desproporcionada con respecto de la de mi madre; de modo que al cumplir yo quince años, mi madre tenía treinta, y sesenta y uno mi padre.

Ella era hermosa y tan bien conservada, que algunos nos tenían en la calle por hermanas.

Mi padre estaba robusto, y gozaba de una salud admirable.

—Un día, al volver de misa, observé que me seguía un hombre elegantemente vestido, y que había estado en la iglesia cerca de mí. Creí que sería una casualidad: entré

a mi casa, y no volví a pensar más en él en todo el resto de la semana.

Llegó el domingo, y al entrar a la iglesia el mismo hombre volvió a presentarse a mi vista.

Le puse entonces un poco más de cuidado.

No era joven, pero tampoco viejo, y en su figura se revelaba la honradez.

Pasó la misa, durante la cual no dejó de mirarme: volvimos a la casa, y nos vino siguiendo como en el domingo anterior.

Después de esto, todos los días de fiesta sucedió lo mismo.

Yo comencé a pensar más en él.

No estaba enamorada, pero sí preocupada: aquel hombre no me causaba lo que se llama una ilusión; mas para mí era ya simpático, como un conocido, tal vez como un amigo.

Una noche, mi padre leía como de costumbre, y mi madre y yo escuchábamos: llamaron al portón, y la criada anunció que un señor buscaba a mi padre.

Cerró mi padre el libro, la puerta se abrió, y el hombre de la iglesia penetró en la sala.

No sé por qué, pero me causó esto tal espanto, que no pude ni moverme para contestar a su saludo: me creía culpable de un gran crimen, por no haber contado todo a mi madre, temía yo que mi padre conociese algo, y como conocía su carácter irritable, esperaba entonces un terrible drama de familia.

Mi padre le ofreció asiento, y nos hizo señas de que nos retiráramos.

Así lo hicimos, pero a poco tiempo mi padre llegó a la recámara en donde nosotras habíamos entrado, y nos hizo salir.

—Matilde,—me dijo—el señor viene a pedirme tu mano.

Yo quedé como si un rayo hubiera caído a mis pies.

—Le he dicho,—continuó mi padre que yo nunca contrariaré tu voluntad; que tú eres libre para escoger el esposo que te convenga, y que tú serás la que resuelvas en este caso.

Yo no hablaba palabra.

—Señorita,—dijo entonces aquel hombre,—he dicho a su padre de usted, que aun no cuento con el cariño de usted, que tal vez haya conocido el mío; pero que he querido, pues mis intenciones son leales, dar antes este paso. Me llamo Felipe Mondragón, soy rico, comerciante, tengo treinta y dos años, sin padres ni parientes, y la quiero a usted mucho: usted me conviene para esposa, y será mi mayor felicidad el poderla llevar al altar.

La actitud benévola de mi padre me dió aliento.

—Señor,—le contesté—usted no me antipatiza, pero yo necesito pensar: si usted quiere, pida permiso a mis padres para visitarnos, y le trataré y le conoceré, y prometo dar a usted una respuesta.

—¿Pero cuándo?

—Dentro de quince días.

—Es demasiado.

—Dentro de ocho.

—Pues bien, si usted me permite—dijo dirigiéndose a mi padre—visitar su casa.....

—Sí, señor; puede usted venir cuando guste.

—¿Y a qué hora no seré molesto?

—A ninguna lo será usted,—contestó mi padre,—pero mi familia puede recibirle a las dos de la tarde.

—Yo conocí que mi padre, por delicadeza y por dejarnos más libertad, había escogido una hora en que él tenía siempre, por la oficina, necesidad de estar fuera de casa.

—Gracias, señor,—contestó Mondragón:—usaré del permiso que usted me concede; y sea cual fuere el éxito que obtenga en mis pretensiones, me será grato que usted vea en mí siempre un amigo leal.

—Lo mismo digo a usted,—contestó mi padre.

Mondragón se despidió, mi padre le acompañó hasta la escalera, y volvió después a donde había yo quedado con mi madre, sin haber despegado nuestros labios.

—Conque ¿qué te parece, hija mía?—me dijo.

—Yo haré lo que ustedes quieran,—contesté yo.

—No, Matilde,—me dijo mi madre;—tú eres la que debes resolver; es tu porvenir el que va a decidirse, y yo no te daré mi opinión hasta no haber oído la tuya; pero es necesario que trates a ese señor, y que lo pienses; hasta entonces no hablaremos de esto.

—Muy bien dicho, muy bien dicho,—exclamó mi padre,—entonces hablaremos; por ahora, sólo te advierto que no tienes necesidad de casarte; tienes a tus padres y nada te falta: si fuera tu gusto, lo harías, pero si no, no te corre prisa; aun eres muy joven.

Era la hora de retirarnos: me despedí de mi padre, y me fuí a acostar.

El asunto era grave, y no pude conciliar el sueño.

Mondragón fué a visitarnos todos los días. Conocí que era un hombre honrado, que me quería, que mis padres estaban contentos, y a los dos meses estábamos casados.

Mi marido era bastante rico, y muy bien recibido en la buena sociedad de México.

Tenía coche, palco, lujo; asistía a bailes, a tertulias, a

teatros, a paseos, en fin, vivía yo dichosa, y Mondragón era cada día mejor conmigo.

Mi padre y mi madre me visitaban diariamente, y yo también a ellos; pero su método de vida no se alteró en nada.

En aquellos días, vino de Querétaro un sobrino lejano de mi padre, que era huérfano: se había educado en el Convento de la Cruz con los padres de la Comunidad, y se había separado de ellos según decía, por buscar en México su destino para poder subsistir.

Era un joven de veintitrés años, robusto, pero con un aspecto de humildad y de dulzura, que causaba hasta respeto.

Se llamaba don Celso Valdespino.

Mi padre se compadeció de él, le hizo ir a vivir en su casa y le consiguió un destino de escribiente.

Don Celso hacía una vida ejemplar, no visitaba a nadie, no salía de su casa, y era ya para mi padre como un hijo.

Mi madre tenía con él siempre un poco de más desvío.

Así pasaron tres años, y yo había tenido un niño y una niña en mi matrimonio.

Una mañana mi marido había salido, y estaba yo sola en mi casa, cuando mi madre se presentó un poco más temprano que de costumbre. Había una sombra de dolor en su rostro y parecía que había llorado mucho.

Una hija conoce estas cosas en el momento.

—¡Ay, Madre!—la dije espantada—¿qué tiene usted? Usted está enferma.....

—Silencio—me dijo—poniéndome la mano en la boca—silencio, hija mía.

—Madre, me causa usted miedo. ¿Qué tiene usted? Por Dios, dígamelo usted.

—Mi madre me miró con los ojos extraviados: yo temblé; creí que iba a volverse loca.

Tomó mi mano, me la estrechó nerviosamente; y luego, acercándose casi hasta tocar mi rostro, sopló casi en mis oídos estas palabras:

—Estoy perdida.

Me extremecí: no sé qué de horroroso entreveía en sus palabras:

—¡Perdida! ¿y por qué?—la dije.

—Porque..... no, no tendré valor para decírtelo; y se cubrió el rostro.

—Yo la abracé y besé su frente: ella lloraba y ahogaba sus sollozos.

—Dígame usted qué tiene, en nombre del cielo, madre

mía. Si no a mí, ¿a quién podrá usted decírselo? Se lo pido a usted de rodillas, llorando.

Me volvió a mirar: y luego de repente exclamó:—cierra esa puerta.

Cerré la puerta y volví a su lado.

Entonces ella se acercó a mí; y como haciendo un supremo esfuerzo, me dijo muy quedo:

—Estoy perdida..... Don Celso es un infame.

No necesité más para comprender lo que pasaba.

Mi madre, como agobiada por el esfuerzo de la revelación, cayó en mis brazos sin sentido.

No quise llamar a nadie; esperé que volviera de su desmayo; y sin preguntarle nada absolutamente, comencé a consolarla.

—Madre,—la dije,—es preciso a toda costa evitar que mi padre sospeche algo: el dolor le haría morir. Dentro de dos o tres meses pretextaré un viaje a una de las haciendas de mi marido, por los llanos de Apam: llevaré a usted en mi compañía, estaremos allí el tiempo necesario, y ni mi padre ni Mondragón sabrán nada.

Mi madre accedió a todo.

Yo comprendía cuán terrible debía ser su situación, cuando se había decidido a confiar a su hija el secreto de su falta, y esta consideración me hacía pedazos el alma.

Pasaron tres meses, y fácilmente persuadí a mi marido, con el pretexto de la salud de los niños a que me llevara a una hacienda. Mi madre fué conmigo, con el objeto de hacerme compañía, porque Mondragón tenía que regresar a México por sus negocios.

Seis meses estuvimos en la hacienda, al cabo de los cuales, volvimos a la capital.

Durante este tiempo, mi madre dió a luz una hermosa niña, que dejamos encomendada a una buena ranchera.

VII.

LA VIBORA EN EL SENO.

Al llegar a México, mi padre se espantó de la palidez de mi pobre madre: le dijimos que había estado muy enferma, y quedó convencido.

Me parecía una iniquidad engañar a mi padre; pero ¿qué había de hacer?

Era necesario, indispensable, que don Celso no siguiera viviendo bajo el mismo techo que mi madre: yo lo conocía y ella también. A pesar de todo, mi madre le amaba, le amaba con delirio: jamás me lo había confesado, pero yo lo

había descubierto en sus palabras, en su turbación, en frases que había escuchado, sin querer, durante su sueño.

No podía ya dudarlo: le amaba mi madre: se había casado sin amar a mi padre: no había estado enamorada jamás; y aquel hombre que había entrado en nuestra familia como una maldición, era su primer amor; y este primer amor, en la edad madura, debía ser una pasión terrible, y lo fué.

Despedir yo a don Celso de la casa, era imposible; avisar a mi padre también. Mi madre, volviendo a su lado había vuelto a caer en aquella fascinación, y el peligro de que acababa de salvarse, se repetiría, y entonces cualquiera ayuda que yo la prestara, sería una complicidad culpable en aquellos amores que yo maldecía.

Me ocurrió un medio.

Hice a mi marido que le diera a don Celso una colocación en el almacén, con un buen sueldo, pero con la obligación de vivir en nuestra casa: Don Celso admitió.

De esta manera logré sacarle de la casa de mi padre, y traerle a donde por consideración a mí, no podría mi madre verle. Ella lo comprendió: conocí que me lo agradecía y la creía salvada.

Don Celso entró al servicio de mi marido: se le destinó una pieza en nuestra casa, y por consideración a mi padre, de quien aparecía como el protegido, comía en la mesa con nosotros.

En poco tiempo, con su exactitud, su dedicación al trabajo y sus maneras respetuosas, ganó completamente el cariño y la confianza de Mondragón.

También yo, por mi parte, comenzaba a no verle con tanta repugnancia; y a encontrar disculpable su conducta. La hermosura de mi madre, la ocasión de encontrarse siempre reunidos y casi siempre solos; en fin, su juventud y la fuerza de una pasión que no había podido dominar, le hacían ya a mis ojos menos culpable y más bien digno de lástima.

Yo nunca había tenido una pasión.

¡Debían ser tan terribles las pasiones!

Las relaciones con mi madre se habían cortado. Muy raras veces se veían, y casi siempre delante de mí: comprendía yo que evitaban las ocasiones de hablarse a solas: tenían el propósito sin duda de apagar aquel fuego mal extinguido, y yo procuraba ayudarlos en aquella honrada determinación.

Sin embargo, alguna vez observé que la vieja criada de mi casa venía como a excusas y hablaba con don Celso; traía y llevaba cartas o recados: eran los restos de aquel

amor, y habría sido mucho exigir el haber querido extinguirlo de un golpe, y por eso no me alarmé.

Un asunto importante de minas llevó por aquellos días a mi marido a Guanajuato, y dejó sus negocios y su familia encomendados a don Celso.

Al otro día de su salida, en la tarde, don Celso entró a mi recámara: jamás había entrado allí, y extrañé su visita.

—Buenas tardes, Matilde—me dijo.

—Buenas tardes,—le contesté con sequedad:—¿qué quería usted?

—Venía a hablar con ustedes de un negocio que nos interesa.

—Bien,—le dije—hable usted.

—Matilde, estoy cansado, fastidiado de los amores de su madre de usted.

Dí un salto como si hubiera pisado una víbora. Aquel cinismo me espantó, aquella era una falta de respeto infame.

—¡Don Celso!—dije irritada.

—No, no hay que alarmarse,—contestó fríamente—escúcheme usted hasta el fin.

—No quiero, salga usted de aquí.

—¡Oh! eso no es tan fácil: tenemos que hablar.

—Salga usted, se lo mando.

—¡Hola! usted se enfurece: no tenga usted prisa, yo saldré, pero será cuando usted esté más mansa que un cordero.

La sangre me ahogaba. El se paró, cerró con llave las puertas, y luego se sentó a mi lado: yo le miraba, asombrada de su audacia.

—Matilde—me dijo con una voz cavernosa—yo te amo.

Creí morirme de espanto y de indignación. Quise levantarme, salir, pero él me detuvo violentamente.

—Don Celso,—contesté,—¿y se atreve usted a decírmelo? Es usted un infame.

—Te amo, y es fuerza que seas mía. Mira—continuó con creciente excitación y oprimiendo mi mano hasta causarme dolor—mira, por poseer tu amor, porque seas mía, soy capaz de todo: ¿lo oyes? ¡de todo! Dime, ¿me amarás? ¿serás mía?

—Nunca, monstruo, nunca: sal de aquí, te abomino, te detesto.—Y hacía yo esfuerzos por levantarme.

—Pues óyeme, óyeme bien: ¿ves estos papeles? Son las cartas de tu madre en que me dice que me ama, en que me recuerda nuestros días de placer, nuestros juramentos; en que me habla de nuestra hija, ¿lo entiendes? de nuestra hija, de esa hija cuyo nacimiento conoces tú y en que has ayudado a engañar a tu mismo padre.

—¿Y bien?—pregunté, comprendiendo casi lo que me iba a decir.

—Que todas estas cartas las enviaré a tu padre, si tú no consientes en ser mía; que tu padre morirá del dolor y de la vergüenza, y que tú deshonrarás a tu familia.

—Pero mi madre comprenderá que no podía yo hacer otra cosa.....

—Te engañas, porque yo tengo en mi poder otra carta tuya que le escribiste a tu padre, enviándole un reloj para que regalase a su esposa. Mira, dice así. "Querido padre. Envío a usted eso para que pueda dar una grata sorpresa a mi madre. MATILDE." Se te olvidó la fecha, bueno; pues esta carta irá con las otras al autor de tus días; verás qué divertido: creerán todos que has denunciado a tu misma madre, a la que yo tendré cuidado de escribir hoy mismo, previniéndole que tú, despechada, furiosa, porque tienes amores conmigo, has descubierto que nuestras relaciones no habían cesado, como yo te prometí, robado sus cartas y se las mandas a su marido.

—Pero esto es espantoso.

—Además, tendré cuidado de escribir a tu esposo, pidiéndole perdón por haber condescendido contigo, entrando a esta casa a donde me trajiste engañándole, para vivir a mi lado con más libertad, y contándole lo de las cartas de tu madre, como prueba de todo: y al otro día me largo fuera de México y buenas noches.

—¡Dios mío! esto es horroroso, horroroso— decía yo llorando.

—Conque, tortolita amorosa, ¿te decides a ser mía? Mira qué cuadro: tu padre muere de dolor; tu marido te lanza ignominiosamente de su casa; tu madre te maldice: ¿qué te parece?

—¡Oh, don Celso!—dije cayendo de rodillas a sus pies: usted no hará eso, ¿no es verdad? usted no lo hará; eso sería infame. ¡Por Dios! ¿usted no tuvo madre? ¿no la tiene aún? Por ella, por su memoria, por lo que más ame en todo el mundo, no hará usted eso.

Y besaba sus manos y abrazaba sus rodillas, y lloraba y me revolcaba en el suelo.

—Si usted me ama, no querrá hacerme desgraciada. Matar a mi padre, deshonrar a mi marido y a mi madre.... no... usted no lo hará, ¿es verdad?

—Matilde, no creas que me conmueva tu llanto, como no me conmovieron tus amenazas. ¿No te dije que pronto estarías mansa como un cordero? ¿consientes en ser mía?

—Don Celso, don Celso, ¿no teme usted que un rayo caiga sobre su cabeza?.... ¿No teme usted a Dios?... ¿No teme usted a una mujer desesperada?..... ¡Oh! jamás, jamás.

—Pues oye: aun quiero ser generoso contigo, y te doy

de plazo seis horas. A las diez de la noche todo el mundo duerme en esta casa: vendré aquí a tu recámara, si la puerta se abre, nada tendrás ya que temer; pero si insistes en no acceder a mi amor, si te niegas a ser mía, si esta puerta está cerrada esta noche a las diez para mí, mañana México tiene por alimento de conversación, uno de los mayores escándalos del siglo, y yo iré muy lejos de la capital: conque hasta la noche.

—¡Ah!—dijo:—por si algún mal pensamiento surge en tu cerebro, te advierto, que voy a depositar en este momento todas las cartas de que te he hablado; y si algo me sucediere, serán remitidas a sus títulos. Hasta la noche.

Don Celso salió y yo quedé como anonadada.....

.....

.....

Al día siguiente, cuando llamaron para el almuerzo, don Celso subió radiante de alegría; yo, pálida y demudada, ni me atreví a alzar los ojos para mirarle.

Las cartas no fueron a su destino.

La víbora había mordido por segunda vez el seno de su bienhechor.

XIII.

HASTA EL ABISMO.

Don Celso siguió abusando de la posición en que me había colocado la desgracia, y pronto conocí que iba a ser madre.

Era un nuevo eslabón en la infernal cadena que me unía con aquel hombre.

La ausencia de mi marido se prolongaba: hacía seis meses que había salido de México, y yo no sabía qué hacer; apenas podía ya ocultar mi estado, y no tenía con quien comunicarme sino con don Celso.

A mi madre jamás le habría dicho nada: su pasión por aquel hombre era cada vez más vehemente, y conocí que había llegado a tener celos de mí, pero celos horribles, celos de madre a hija, en una pasión tan criminal.

Llegó por fin una carta de mi marido, en que me anunciaba que llegaría al día siguiente.

Mandé a llamar a Don Celso, que estaba en el almacén.

—Mire usted,—le dije.

—Tu marido viene mañana,—me contestó:—ya lo sabía: me lo escribe a mí también: ¿y qué?

—¡Cómo! ¿y qué? ¿Pues qué hacemos? ¿usted no vé el estado en que estoy?

—Ya lo veo, y no sé cómo vas a componerte con él.

—¿Cómo voy a componerme? Es decir que usted me abandona. ¡Qué! ¿no comprende usted que está tan expuesto como yo o más?

—¿Yo expuesto, hija mía? te engañas: si no hay otro remedio, mañana tomaré la diligencia de Veracruz, y cuando él llegue aquí, estaré en Puebla: la caja de tu marido me ha provisto de recursos suficientes.

Si yo no hubiera estado tan preocupada con mi situación, estas palabras me habrían horrorizado; eran el colmo del cinismo.

—¿Pero usted, después de haberme hundido en el abismo, me abandona?

—No, si quieres seguir un plan que te propondré....

—¿Cuál, cuál?

—Esperaremos a tu marido.

—Pero ¿y conocerá mi estado?

—No: te finjes enferma, guardas cama uno o dos días, y al tercero te sales una noche con mucha precaución: hoy mismo te llevaré a enseñar una casita que he tomado para este caso, en la plazuela de Loreto.

—¿Pero cómo? ¡abandonar a mis hijos..... a mi marido..... dar ese escándalo!

—¿Tus hijos? nadie se opone a que los lleves..... Por lo demás, si a tí te ocurre otro medio, dímelo, te ayudaré.

—¡Oh! ninguno. ¡Dios mío! ninguno, estoy perdida.

—Porque matar a Mondragón.....

—¡Matarle!....—dije espantada.

—No matarle verdaderamente, pero que muera pronto. Ya sabes que hay muchos medios: tendría siempre el inconveniente de ese niño que va a nacer pronto, y que traería sobre tí las sospechas....

—No, no, no; primero huiré, seguiré a usted.....

—Entonces es cosa convenida: ponte un abrigo, y vamos a ver la casita.

Me puse un abrigo, me cubrí el rostro con un velo, y salí con don Celso.

En la retirada y casi desierta plazuela de Loreto, había tomado don Celso una casita sola: estaba amueblada pobremente, y una vieja servía de portera.

—Aquí,—me dijo,—no tendrás lujo, ni coche, ni nada de eso; pero podrás estar tranquila y cuidar de nuestro hijo.

Esta palabra me causó escalofrío.

Volvimos a mi casa, escribí a mi marido que estaba enferma y me metí en la cama.

Al otro día llegó Mondragón.

Me halló en un estado tal de postración, que quiso hacer

venir un médico: yo le impedí, asegurándole que estaba mejor, y que muy pronto me vería buena.

Sus cuidados, sus atenciones, su pena, me hacían sufrir horriblemente.

Pasaron así tres días, y comencé a restablecerme aparentemente.

Don Celso entró a verme una tarde, y me dijo:

—Esta noche hay un gran concierto en el teatro: tu marido gusta mucho de la música; oblígale a que vaya, y aprovecharemos su ausencia: esta es la ocasión.....

—Mondragón,—dije a mi marido, que llegó a poco rato—dicen que esta noche hay un concierto en el teatro.

—Sí, y es una lástima, mi vida, que no puedas ir; dicen que estará soberbio.

—Pero tú irás, ¿es verdad?

—¿Cómo había de ir sin tí? Estando tú enferma....

—¿Por qué no? ¿Crees que soy egoísta? No; vé, hijo, vé; trabajas mucho, y es fuerza que te diviertas.

—No, Matilde, no podría dejarte.

—Pues yo estaría mortificada de que te privaras por mi causa de una diversión que tanto te gusta. Anda, y me contarás todo lo que veas; y para mí será tanto placer oírlo de tu boca, como si lo hubiera presenciado.

—Ya que tanto te empeñas, iré por darte gusto, y para contarte después.

—Pero pon mucho cuidado de quiénes están, cómo van vestidas las señoras; en fin, de todo; ya sabes cómo somos las mujeres para que nos cuenten.

Mondragón me besó la frente, y se fué a vestir.

Yo caí en mi almohada, sofocando mis sollozos.

A las ocho y cuarto de la noche salió mi marido, y yo escuché el ruido del coche hasta que se perdió a lo lejos.

Una hora después llamaron a mi puerta: era don Celso. Había llegado el momento supremo.

Me vestí precipitadamente, y me puse un abrigo obscuro.

Don Celso me miraba con una risa satánica.

Dormían mis hijos; el mayor tenía cerca de tres años y la niña dos.

Los envolví en unos mantos.

—¿También esos van?—me dijo don Celso.

Volví el rostro furiosa.

—También,—contesté.

—Que vayan.

Cargué a la niña; y al ir a tomar al otro, don Celso me detuvo.

—Llevaré a éste;—y le levantó.

Salimos al corredor: el corazón me latía con una violencia

espantosa. Nadie nos vió; Don Celso me llevó por el almacén, y salimos a la calle.

El viento frío de la noche azotó mi frente; sentí que iba a desmayarme, y vacilé.

—Cuidado con la niña,—me dijo don Celso.

Estreché a mi hija contra mi corazón, y recobré el ánimo.

A corta distancia encontramos un coche con los faroles apagados: don Celso abrió la portezuela: la vieja de la plazuela nos esperaba adentro.

—Tenga usted a ese niño,—la dijo.

La vieja, sin hablar, recibió a mi hijo.

—Ahora entra tú,—agregó ofreciéndome la mano.

A pesar de lo terrible de aquel lance, sentí subírseme la sangre al rostro de vergüenza: era la primera vez que don Celso me hablaba con tanta familiaridad delante de personas extrañas. El último paso que me separaba del abismo, estaba salvado.

Don Celso cerró la portezuela, y dijo al cochero:—Plazuela de Loreto; ya sabes.

El coche echó a andar, y yo sentí que rompía para siempre todos los lazos que me unían a la sociedad.

Llegamos a la casa, abrió la vieja, se despidió el cochero, y entré en mi nueva habitación.

Una cama estaba destinada en un cuarto para mis hijos. Los acostamos. Aquellos angelitos no habían despertado; no sabían ni podían comprender el abismo a que los había arrojado su misma madre.

Yo me retiré a la recámara que me indicó la vieja: me arrojé en la cama, pero ya no contuve mi llanto, ni mis sollozos; nadie podía oírme, era quizá el único consuelo que me quedaba.

Lloré, grité como una loca, como una mujer desesperada: la vieja, respetando mi dolor, se retiró a descansar, y yo, sin dormir un solo instante, ví despuntar la luz entre las puertas de un balcón.

XIV.

LA CASA DEL CRIMEN.

El día lo pasé en la mayor desesperación; mis hijos lloraban extrañando a su casa, a su padre, y yo no me atrevía ni a salir de mi cuarto; allí me hice servir la comida. La vieja me obedecía y callaba.

Cerca de la oración llegó don Celso, y yo corrí a su en-

cuentro, por el deseo de saber lo que había pasado en casa de mi marido, durante mi ausencia.

—Por fin,—le dije—ha venido usted: ¡Ah, qué noche! ¡qué día he pasado!

—Ya me tienes aquí, aunque será por poco tiempo.

—¿Qué hay por allá?—No me atreví ya a decir por mi casa.

—Nada, un escándalo terrible. Mondragón llegó anoche muy tarde, te creyó dormida, y no entró a tu recámara. Hoy en la mañana esperó hasta las diez pero viendo que no se abría la puerta, que ninguno de los niños salía, entró a tu habitación. Ya puedes suponer su espanto: llamó a todos los criados, nos preguntó a todos, lloró, se enfureció regañó; en fin, estaba como loco. Mandó a llamar a tus padres que estaban tan ignorantes como él de lo que había pasado. Ha puesto en movimiento a toda la policía, con el objeto de averiguar tu paradero y el de sus hijos; pero nada conseguirá.

—¿Usted cree que no conseguirá nada?

—Sí lo creo, porque como de mí nada absolutamente sospecha, yo he sido encargado de dar parte al gobernador y datos a la policía, y por supuesto, que los he desorientado completamente, y no te encontrarán.

—¡Dios lo quiera! yo lo que deseo es que me olviden, que me tengan por muerta, que no vuelvan a saber de mí jamás. Será mi mayor suplicio encontrarme alguna vez delante de Mondragón.

—Pero no debemos descuidar por eso las precauciones. Es necesario por ahora que te separes de los niños.

—¿De mis hijos? ¡Oh! ¡imposible!

—¿Imposible? Y si llegas a verte en la necesidad de huir de noche, por un camino largo, extraviado, ¿no serán para tí un gran estorbo esas criaturas?.....

—Preferiría caer en manos de la policía, a separarme de mis hijos.

—Sin contar con que además del bochorno de ser presentada a tu marido y a la sociedad, te separarían inmediatamente de ellos, y para siempre; al paso que ahora será por algunos días, y mientras se cansa la policía y las cosas se calman. Vas tal vez a tener que mudar de habitación muchas veces, y repentinamente a cambiar de nombre, a ocultarte en casas ajenas: ¿qué harás con estos niños?

—Tiene usted razón, pero es un sacrificio inmenso.

—Será por pocos días, yo te lo aseguro. Pilar la vieja, que te cuida, los llevará a la casa de una amiga suya que vive por el barrio de Nonoalco; y dentro de quince días a lo más, volverás a tenerlos a tu lado.

Estaba yo de tal modo atemorizada y había llegado a tener don Celso tal dominio sobre mí, que cedí a sus razones, y consentí en separarme de mis hijos.

Aquella noche, la vieja llevó dos mujeres que se apoderaron de los niños, y en medio de mi llanto y de mi desesperación, los arrancaron de mis brazos. Los besé por última vez; no debía yo volverlos a ver nunca.

Quedé sola, enteramente sola sobre la tierra y sujeta enteramente a la voluntad de hierro de aquel hombre, que me había arrastrado hasta aquel abismo sin fondo.....

.....

.....

Pasaron cinco o seis meses, yo dí a luz a un niño, que felizmente murió al nacer.

Lloré su pérdida, como una nueva esperanza deshecha; pero la idea del porvenir que a él y a mí nos esperaba, templó mi dolor.

Don Celso me contaba cuando venía a verme, todo lo que ocurría por la casa de Mondragón.

La policía había desesperado de encontrarme, y mi marido, en la mayor postración, se había retirado del comercio, cerrando su almacén.

En México se habló mucho del lance por ocho días, y luego ya nadie se ocupó de él.

Don Celso quedó sin destino, y se hizo corredor.

Su aire humilde, su afectada seriedad, su asídua asistencia a los templos y a las procesiones, le hicieron el favorito de los ricos de la Capital; y muy pronto su crédito había subido como la espuma.

Entonces fué a vivir conmigo en la casa de la plazuela de Loreto.

Durante el día, frecuentaban nuestra casa abogados y negociantes.

Yo nunca salía de una pieza interior y en ella comía siempre sola; y nadie me veía, ni yo veía tampoco a nadie.

No teníamos más criados que la vieja Pilar, y en el día la casa era un modelo de sosiego y de honradez.

Pero en la noche la escena cambiaba terriblemente: Don Celso se entregaba a toda clase de prostituciones y excesos; mujeres de mala vida, hombres de aspecto extraño y patibulario, viejas que comerciaban con la honra de las jóvenes, esta era la sociedad que frecuentaba don Celso.

Yo no tenía voluntad propia, y veía, o más bien, adivinaba todo aquello, sin atreverme a decir una palabra.

Don Celso me trataba de una manera brutal, y con tanto desprecio, que llegó a obligarme a ir a abrir la puerta a

aquellas mujeres o hacerles compañía mientras él hablaba con otras.

Yo estaba atada con aquel hombre por una cadena inflexible. Me había causado tanto mal, le había yo llegado a aborrecer tanto, que llegó el caso en que se desarrolló en mi corazón un sentimiento terrible, desconocido, inexplicable.

Cuando estaba a mi lado, cuando se acercaba a mí, cuando me acariciaba, sentía yo hacia él un odio profundo, reconcentrado, sangriento; pero cuando se alejaba, cuando alguna de aquellas mujeres llegaba a verle, cuando oía yo sus alegres carcajadas, en medio de sus orgías nocturnas, entonces el veneno de los celos abrasaba mi corazón; entonces, sentía yo que le adoraba; me parecía grande, hermoso en sus excesos, en sus desórdenes, en sus crímenes.

Y en esta alternativa, entre el amor más ardiente y el odio más profundo, entre el desdén más frío y los devoradores celos, pasaba yo mi vida, sin pensar siquiera en separarme de aquel hombre, sin acordarme ya del mundo ni de mis hijos, ni de nada, encenagada en aquella sentina del

Una noche había estado don Celso impaciente, violento, vicio, viviendo en la vida de mi verdugo.
como quien espera a alguien que tarda demasiado: se había negado la entrada a todo el mundo y me había hecho preparar una cena para dos personas, con una extraordinaria abundancia de vinos y de licores.

El tiempo se iba pasando, y don Celso daba cada vez mayores muestras de impaciencia.

Por fin la vieja Pilar subió y dijo a don Celso.

—Ya está ahí.

—Que suba luego luego. Retírate a tu cuarto—me dijo,—y no salgas para nada. Obedecí, pero con la firme intención de expiarlos, para saber quién era aquel esperado personaje.

Quedéme oculta detrás de la puerta, y ví entrar a una mujer enteramente cubierta con un velo: Don Celso la llevaba de la mano. La encubierta llegó frente a la luz, se arrancó el velo y se arrojó en los brazos de don Celso.

El corazón se me oprimió: quise gritar y me desmayé....
Era mi madre.....
.....
.....

Cuando volví en mí, había formado una resolución irrevocable.

Don Celso y mi madre estaban aún cenando, y yo escuchaba sus voces alegres y el chocar de sus copas.

Yo me había precipitado en aquel abismo por ella, y ella venía a arrebatarme hasta el fondo mismo de aquel abismo, el único vínculo que me unía al mundo, mi último amparo.

Tal vez no sabía que estuviera yo allí, pero yo estaba conforme con mi suerte, mientras creí salvarla; cuando la ví en aquella casa, comprendí que yo no debía permanecer más en ella.

Mi sacrificio había sido estéril.

Me vestí un traje obscuro, me envolví con un manto semejante al que había yo visto a mi madre, y bajé resuelta la escalera.

Mi cuerpo y el de mi madre eran semejantes, y la vieja me abrió el zaguán tomándome por la persona que había entrado, y me encontré en la calle.

La noche estaba obscura y lluviosa, la plazuela desierta.

Comencé a caminar a la ventura, atravesé la plazuela sin detenerme y llegué a la calle de Chavarría. ¿A dónde iba? no lo sabía, pero marchaba siempre, y siempre alejándome de aquella casa maldita.

Serían las diez de la noche.

Las casas de comercio estaban cerradas: comencé a tener miedo y frío.

Llegué al callejón de Santa Clara, y de una fondita de mal aspecto salía un hombre, que, a la luz que se desprendía de la puerta, me pareció extranjero.

El me vió también y le llamé la atención; se acercó y me habló: era un inglés o un americano, según el acento de su pronunciación; me propuso que le acompañara y no vacilé en aceptar; no tenía donde quedarme aquella noche, y además, ¿qué podía acontecerme? ¿no era yo para el mundo un cadáver y para la religión una alma perdida?

Me dió el brazo, me apoyé en él, y caminamos hasta su casa.

Entramos en ella: tomó asiento en un sillón y yo en otro.

Pocos momentos después llamaron a la puerta.

—¿Quién?—preguntó en español.

—Abre, Ralph,—dijo una voz con acento también extranjero.

—Otro día, Henry, otro día, estoy acostado.

—Abre—insistió el de afuera.

—No,—dijo resueltamente Ralph.

—Abriré yo—contestó el otro—y dos terribles golpes hicieron ceder la puerta, que se abrió, presentándose un americano en estado completo de embriaguez.

Ralph se lanzó sobre él como tigre, y se trabó entre ambos un reñido combate a puñetazos.

El escándalo era terrible: caían las mesas, las sillas, y al ruido, acudieron los vecinos de la casa, entre ellos varios paisanos de los que reñían, y una gran multitud invadió el cuarto.

Los amigos lograron restablecer la calma, la gente salió; pero quedó aplazado para el día siguiente un duelo a pistola.

Yo me había refugiado en un rincón, y desde allí, temblando, presencié todo: si hubiera tenido donde ir, me habría salido en el momento, pero no tenía.

Ralph y yo quedamos solos. Entonces sacó de un armario unas botellas de cognac, y comenzó a tomar hasta que cayó en su cama sin conocimiento.

Yo no me atreví a acostarme, y sentada en un sillón pasé todo el resto de la noche.

Ya no lloraba: mi corazón se había endurecido y solo atendía ya a las necesidades materiales.

También yo dormí en el sillón.

A la mañana siguiente, los padrinos de Ralph vinieron a buscarle.

El quiso que yo asistiese al duelo, y condescendí con aquella excentricidad. Los padrinos no se opusieron, y montamos todos en un coche.

Al llegar al lugar de la cita, cerca de Tacubaya, encontramos a los otros que ya nos esperaban.

Sin hablar palabra, se saludaron ceremoniosamente: se midió el terreno; se colocó a los dos adversarios y entregó a cada uno sus armas cargadas.

Veinticinco pasos y avanzando, tirar a discreción, estas eran las condiciones.

Se dió la señal, y comenzaron a avanzar el uno sobre el otro con una sangre fría admirable. El contrario de Ralph hizo fuego, pero no debió tocar a su contrario, porque seguía avanzando; volvió a hacer fuego por segunda vez, y sucedió lo mismo.

Estaba desarmado, porque cada uno tenía solo dos pistolas, de un solo tiro cada una.

Ralph no había disparado las suyas, y podía caminar hasta tener a su enemigo a boca de jarro.

Era una cosa terrible ver a un hombre inerme caminar tan sereno a la muerte, y a otro tan apacible acercarse a él para matarle con más seguridad.

Los testigos estaban pálidos, y yo creía que me iba a dar un accidente.

Entonces uno de los testigos de Henry se dirigió a Ralph, y le dijo con voz firme:

—Ralph, ¿cuánto valen los dos tiros de tus pistolas? Los compro.

Ralph se detuvo y reflexionó un momento: tres mil pesos —contestó después.

—¿Estás conforme en darlos—preguntó el padrino a Henry.

—Me parece mucho—si no rebaja, que tire.

—Creo que olvidas,—dijo el padrino,—el negocio de los algodones que te propuse: haz tu cuenta.

Henry llevó su mano a la frente y comenzó a contar entre dientes.

—Dos, tres..... cuatro mil quinientos, cinco mil.—Luego sacó su cartera, y con puño firme hizo algunos apuntes.

Entre tanto Ralph impasible, estaba, sin cambiar de postura, mirándole y con las pistolas preparadas.

—Bien,—dijo al fin Henry:—me conviene; dando tres, aun me quedan dos mil.

—Aceptado,—dijo el padrino a Ralph.—Ralph disparó al aire las pistolas y estrechó la mano de Henry.

Volvimos a montar en los coches y regresamos a México.

Al otro día Ralph salió para Puebla, y me llevó en su compañía presentándome como su esposa.

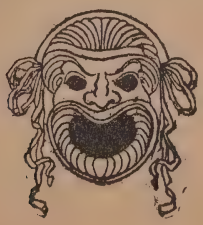
Había ya perdido por completo la vergüenza y el respeto a la sociedad.

Desde entonces mi vida no fué sino una cadena de escándalos no interrumpida, hasta que enferma y despreciada de todo el mundo, mendingando de puerta en puerta, llegué a este pueblo, en donde Dios, sin duda, condolido de mí, me deparó un abrigo para reposar y una mano caritativa para alimentarme.''

La ''Guacha,'' fatigada, inclinó la cabeza, y dos lágrimas rodaron por su mejilla.

El buen cura, lloraba también: puso su mano sobre la cabeza de la pobre mujer, y le dijo con una voz conmovida:

—Matilde, ten esperanza y fe en Aquel que nos ha enseñado a que todo pecador alcanza su misericordia.



Libro Cuarto

PENAS

I.

LA VOZ DE LA HISTORIA.

Casi dos meses habían pasado desde la prisión de Nicolás Romero, y el viento del infortunio seguía azotando las banderas de la república.

Oaxaca había caído en poder del enemigo; Porfirio Díaz estaba prisionero.

El desaliento cundía entre los partidarios de la República: casi se había perdido toda esperanza.

La caída de Oaxaca, ha sido el último canto de la epopeya republicana, decía en México la "Sombra," periódico que pasaba por el órgano del partido de la Independencia.

Pero la fe batió sus alas, y en el sur de Michoacán encontró sus templos y sus altares.

La situación del ejército republicano era angustiosa. El general Echegaray, derrotado en Zapotlán, había disuelto sus fuerzas, había entregado el armamento al enemigo, y se retiraba para México.

Carlos Salazar expedicionaba por los pueblos de las fronteras de Jalisco y Michoacán.

Pueblita descansaba con una pequeña brigada en el pue-

blo de Churumuco, en la orilla del río de las Balsas; y el resto del ejército republicano, reducido a doscientos infantes y otros tantos ginetes, se escalonaba entre Huétamo y Tusantla.

Todo esto vendría a formar un total de dos mil quinientos hombres.

¡Pero en qué situación!

Faltos de parque, desnudos, con todo el armamento descompuesto por la acción del clima y por el mucho uso; sin maestranzas, sin depósitos, sin artillería; no recibiendo más sueldo que un pedazo de carne y algunas tortillas de maíz con que se hacía contribuir a los pueblos, los soldados republicanos, haciendo la guerra sin descanso y sin elementos, en un clima tan mortífero, eran más bien mártires resignados al sacrificio, que guerreros alentados por la esperanza del triunfo.

Casi todos aquellos hombres estaban pálidos y enfermizos, casi todos los días, de los pobres cuarteles se sacaban cadáveres de los soldados espantosamente flacos, que morían de miseria.

En las marchas pudiera seguirse su camino, por los cadáveres de hombres y de animales que morían de hambre, de sed o de fatiga.

Porque en aquellos países desiertos, cuando aquella columna en marcha caminaba así para dar un asalto o evitar una sorpresa, y la muerte arrebataba algún soldado, algún oficial o algún jefe, no se podía darle sepultura, porque ni había tiempo ni instrumentos con que cavar una fosa; no se podía tampoco dejar abandonado el cadáver a que sirviese de pasto al lobo o al puerco espín, y los compañeros, con las lágrimas en los ojos, amarraban aquel cuerpo con sus propios harapos, al brazo de algún árbol, y le cubrían con ramas secas, para evitar que las aves carnívoras vinieran a saciarse en sus restos.

Y la columna seguía caminando. Estos eran los últimos honores, éste el mausoleo de aquellos mártires desconocidos, cuyo nombre no pasará a la posteridad, cuya suerte ignoran tal vez sus mismas familias, y cuyos huesos, blanqueados por las tempestades de la selva, yacen entre la hojarasca seca de los desiertos bosques del Sur de Michoacán.

Los franceses y las fuerzas del imperio lo invadían todo, y todos los pueblos que forman la entrada de la Tierra Caliente, desde el Estado de México hasta el de Jalisco, estaban ocupados por fuertes guarniciones; de manera que los restos del ejército republicano estaban cercados por todas partes, y reducidos al departamento de Huétamo, pobre y esquilmado, como centro de operaciones.

Cuando una columna salía de allí con objeto de procurarse recursos u hostilizar al enemigo, puede decirse que se arrojaba en medio de un océano de peligros: apenas se sabía su aproximación, apenas atravesaba las frontreas del enemigo, cuando todas las guarniciones imperiales o francesas se ponían en movimiento; las guardias civiles levantadas y sostenidas por los hacendados ricos, enemigos todos de la Libertad y de la República, salían de su natural apatía.

Los correos y los exploradores se cruzaban en todas direcciones, ya mandados por las autoridades y los jefes militares, ya enviados por oficiosos partidarios del imperio; y ricos hubo entonces que invirtieron grandes sumas en procurarse noticias de los bandidos, como ellos llamaban a los republicanos, con objeto de dar oportunos avisos a los franceses; y muchos de éstos, sin embargo, los hemos visto también figurar al lado del gobierno republicano, pocos días después del triunfo de la Independencia.

Comenzaba entonces una especie de batida de fieras sobre aquella pequeña columna de mexicanos, que unas veces volvía llena de orgullo a su cuartel general, burlando el encarnizamiento de sus enemigos, y otras se dispersaba, dejando a sus jefes en los cadalsos que se levantaban por los invasores, en el mismo lugar en que eran tomados prisioneros.

En aquella campaña no había distinciones entre el día y la noche, no había hora destinada para el descanso, no había hora destinada para la comida. Se hacía alto cuando se conseguía un pequeño triunfo, cuando se lograba, ya por la buena dirección de un guía, ya por la astucia de un jefe, ganar algunas horas de ventaja al enemigo. Entonces el soldado podía dormir un momento, pero sin soltar el arma de las manos, sin descargar las pocas mulas que llevaba la columna, sin desembridar siquiera los caballos. Sonaba el clarín, y la tropa, que no había perdido ni su formación de columna de viaje, volvía a emprender la marcha.

Siempre el enemigo al alcance, siempre tiroteando a la retaguardia, siempre nuevas columnas, procurando salir por los flancos.

¡Ay del soldado o del oficial que, rendido por el hambre, por la fatiga, o por el sueño, se desviara de la columna! ¡Ay del que se extraviara entre las sombras de la noche! Era casi seguro que caía en las manos de los enemigos; era seguro que en ese mismo lugar encontraría su muerte; y colgado del cuello en una viga o en la rama de un árbol, po-

dían contemplarle los viajeros dos horas después de haber sido hecho prisionero.

Así, compactos, sin separarse, sin descansar, como si fueran un solo hombre y como si éste fuera de hierro, aquella pequeña columna expedicionaria avanzaba, retrocedía, atacaba, se defendía, se ocultaba, volvía a aparecer; y siempre en actividad, y siempre llena de fe, y siempre poniendo en alarma, vencedora o vencida, a fuerzas superiores a ella.

Esta actividad y esta audacia fueron sin duda la causa de la salvación de aquellos restos del Ejército Republicano.

México agonizaba; pero como los gladiadores romanos, habría caído a la hora de su muerte en una postura tan noble y en una actitud tan digna, como la de una estatua griega.

Pero no murió, porque los hombres que sostenían el pabellón de la Independencia, habían dicho como aquel semidios de Homero; "Me salvaré a pesar de los dioses."

Apenas los republicanos, de los cañones de los órganos de alguna iglesia, de los tubos de cañería de las haciendas de caña, de las letras de alguna imprenta, o de la montera de un alambique, de aguardiente, lograban reunir alguna cantidad de plomo, y fabricar cinco o seis cajas de parque obteniendo la pólvora a costa de mil sacrificios, y buscando el salitre para elaborarla en las cavernas de las montañas, cuando inmediatamente se disponía y se efectuaba una expedición.

Las armas, el enemigo las tenía; de allí era preciso quitarlas; era el único medio de obtener el armamento, y se obtenía. No hay un ejemplo solo de que el Ejército Republicano, que hizo la guerra en el Sur de Michoacán, apesar del largo tiempo que estuvo en campaña, del gran número de combates que sostuvo y del alto número de fuerzas en que llegó a verse, no hay un ejemplo solo de que haya llegado a invertir una partida de trescientos pesos siquiera en compra de armamento.

Parece fabuloso, y sin embargo, nada es más cierto.

Y una división quedaba destruída en una batalla; y un mes después el mismo jefe entraba al combate con otra nueva división que había brotado como la yerba de nuestros prados, después de que un incendio pasa su lengua de fuego sobre aquella tierra.

Y la nueva división se desvanecía, tal vez como el humo, al primer combate; pero el desaliento no arraigaba en los corazones, y nuevos soldados venían a agruparse alrededor de la bandera; y nuevas luchas, y nuevos sacrificios, volvían a enriquecer la historia de México, y a convencer

a Napoleón, y a Maximiliano, y a la Francia, y al mundo, de que un pueblo que así luchaba por su Independencia, era un pueblo invencible, era un pueblo digno de ser libre.

II.

MURILLO.

Se preparaba en Huétamo una de aquellas expediciones. Los soldados salían de sus cuarteles a formar en la plaza; los oficiales atravesaban al galope las calles de la población, buscando ya los bagajes, ya las dispersas prendas de su reducido equipaje, ya algunos de sus subordinados que tardaban en presentarse en el lugar de reunión.

Las mujeres que siempre acompañan a los soldados en traje de campaña, hacían sus últimos preparativos: cubiertas con sus anchos sombreros de petate, con sus enaguas formadas de cien piezas de distinto género y colores, cargadas con todo un mobiliario, llevando en el hombro un perico y seguidas de uno o dos perros, entraban y salían a las tiendas, hablaban con los soldados, sostenían disputas o diálogos acalorados con las mujeres del pueblo, reñían a los muchachos; en fin, introducían en la plaza ese exceso de movimiento que se llama desorden.

Tristes y cabizbajos los caballos de los oficiales, esperaban el momento en que debía volver a comenzar su martirio. Flacos, enjaezados con viejas sillas, muchas de las cuales tenían los estribos sostenidos por viejos mecates, algunos sin freno y cargados con inmensos maletones que no contenían más que ropas casi fuera del uso, aquellos animales parecían una protesta semiviva contra la expedición, y formaban con su taciturna gravedad el contraste más gracioso con la animación y el entusiasmo de sus amos.

—¿A dónde vamos por fin, mi teniente?—decía un sargento.

—A Zitácuaro.—contestaba el otro.

—A Zitácuaro—repetía el sargento a su compañía, con una fisonomía en donde brillaba el gozo.

—A Zitácuaro—exclamaban alegremente los soldados, "haciendo cantar" como ellos dicen, su fusil—ahora verán lo que es canela.

No parecía sino que se trataba de un paseo militar, y que se iba a poner un ejército en marcha, provisto de todos los elementos de guerra necesarios; y no eran más que doscientos infantes y cien jinetes; pero allí estaba la fe, y la fe vale más que un ejército.

Con soldados así, un jefe puede emprender cualquier movimiento; podrá quedar vencido, pero nunca deshonrado.

Serían las seis de la mañana: se había dado ya el segundo toque de marcha, y todo estaba listo.

En una humilde fondita se desayunaba al parecer con mucho apetito, un joven, que según las apariencias acababa de llegar, porque su blusa y su sombrero estaban llenos de polvo y tenía aun las espuelas puestas.

Otros dos hombres le miraban comer con cierta satisfacción, casi con ternura, como un padre que contempla a un hijo después de una ausencia larga.

—Pues señor—decía el joven—he sido afortunado: llego, creyendo descansar unos días, y me encuentro con que ustedes están de viaje.

—¿Ya estás muy cansado, Murillo?—preguntó otro, que era nada menos que Carrillo, a quien conocimos en Zitácuaro.

—Vaya si lo estoy—contestó Murillo—a las tres de la mañana estaba ya a caballo, y anoche a las diez aun no llegaba al paraje.

—¿Pues por qué no pides permiso para quedarte dos o tres días en Huétamo?—dijo Carrillo.

—Porque ustedes van a pelear, y yo no me quedo aquí: lo que haré será acostarme a dormir dentro de un rato, y a la tardecita me pongo en marcha y los alcanzo: estoy que me caigo de sueño.

—Puede que no se logre su proyecto—dijo entrando a este tiempo un oficial trigueño, grueso, de abultados labios, vestido de lienzo y sin más armas que un revolver en la cintura.

—Mi coronel Robredo—dijo Murillo parándose a abrazar al recién llegado—¿qué hace usted?

—Poca cosa,—dijo Robredo—como ahora no tengo soldados, sirvo al general de secretario.

—¡Cuánto me alegro!—contestó Murillo, volviendo a abrazarlo.

Robredo era todo un bueno patriota: valiente, fiel, constante y lleno de inteligencia, de honradez y de abnegación, era uno de los jefes más queridos en el Ejército del Centro.

—Traigo una orden para usted—dijo Robredo.

—¿Qué orden?—preguntó Murillo.

—Ya sabe usted que sale la fuerza dentro de un momento para Zitácuaro.

—Sí.

—Pues dispone el general que salga usted en este momento para Tusantla, para que mande allí exploradores, a fin de que a nuestra llegada se tengan noticias positivas de

la fuerza enemiga, su número, sus posiciones, los jefes que mandan en Zitácuaro; en fin, todos los datos necesarios para poder formar el plan de ataque a la plaza. Nosotros haremos cinco días de camino; es fuerza que usted llegue allí mañana al medio día: aquí está su pasaporte. Para todo se pondrá usted de acuerdo con el coronel Alzati.

—Bueno,—dijo Murillo sonriendo,—bueno: ¡bonito descanso voy a tener.

—¿Y de recursos no hay nada?

—Un peso.

—Para los tiempos que corren mucho es, y me sobra: son cuarenta y tantas leguas.

—Pues váyase, y no perdamos el tiempo.

Murillo, sin replicar, abrazó a sus compañeros; y como si estuviera muy descansado ya, montó en su caballo, y media hora después trotaba por el camino que conduce a Zitácuaro, y la fuerza republicana comenzaba a desfilar en la plaza.

Murillo silbaba y cantaba algunas veces para espantar el sueño; pero el sueño es un enemigo terrible: ataca con tanta dulzura, acomete con tanto sigilo, sin alarmar, sin causar ninguna especie de disgusto, que es enemigo que vence con facilidad. Solo los que han tenido que resistirle, sólo los que han tenido que caminar llevando consigo este enemigo tan poderoso que, para ser vencido, necesita ser vencedor, los que han pasado esas eternas noches de lucha a la cabecera de un enfermo, pueden comprender lo que es el sueño; solo esos pueden comprender que no hay medio ni arbitrio para sacudirle; que nos puede rendir lo mismo en medio de un salón de baile, que en un puesto avanzado en los momentos de una acción.

Algunas veces nuestro oficial se dormía sobre su cabalgadura, y caminaba así hasta que un movimiento brusco del animal le despertaba espantado; y unas veces había perdido el camino y otras le había atravesado por un mal paso, y otras se encontraba enredado entre las ramas y los bejucos; despertaba con el firme propósito de no dejarse dormir, sacudía la cabeza, se quitaba el sombrero y volvía a caminar; pero siempre lo mismo.

—Maldito sueño,—decía:—va a parar en que me caigo o en que una rama me hace pedazos la cara.

De repente volvió a dormirse: el caballo encontró algún obstáculo, se detuvo y se puso también a dormir; y el jinete y el animal descansaban, como si el uno estuviera en un mullido lecho y el otro en la mejor cuadra de una ciudad.

La continua fatiga, las constantes desveladas y los muchos trabajos que pasaban los soldados en aquellos tiempos

hacían que estas escenas se repitiesen constantemente: los dragones se dormían sobre sus caballos; algunas veces caían, y otras veces el animal, a su arbitrio, llevaba aquellos hombres dormidos, trastornando las formaciones, hasta que despertaban llenos de asombro en medio de un cuerpo que no era el suyo, entre la infantería o al lado del mismo general y en medio del Estado Mayor.

Pero nadie los reconvenía, y por el contrario, los jefes con una solicitud paternal, andaban entre las filas despertando a los soldados con objeto de evitarles una caída.

En esos largos y estrechos desfiladeros de la Sierra, aconteció muchas veces detenerse una columna después de dos o tres noches de camino y de vigilia, y resultar, que aquella detención era provenida de que el oficial y los soldados de la vanguardia, deteniéndose un momento para apartar algún obstáculo, se habían quedado dormidos, y el resto de la columna había hecho lo mismo.

¡Cuántos se reirán de esto, tomándolo por una exageración! ¡y cuántos que lo presenciaron sentirán brotar el llanto de sus ojos, al recuerdo de aquellos días aciagos y de aquellos pobres soldados mártires!

Murillo y su animal seguían durmiendo: de repente el caballo hizo un movimiento; Murillo abrió los ojos, y vio pasar a su lado unas mujeres; eran mujeres de la tropa; alzó la cabeza, y ya cerca, muy cerca, entre una nube de polvo, se acercó la columna que había salido de Huétamo.

—¡Jesús!—exclamó espantado: me he dormido como si no tuviera que hacer; si el general me viera, estaba yo perdido; pero este maldito caballo que se paró, tiene la culpa.....

Unas alegres carcajadas le hicieron volver la cara, y al otro lado del camino vio un grupo de oficiales, entre los cuales estaba Carrillo, y los cuales reían alegremente.

—¿Han visto ustedes?—dijo Murillo, mortificado de que le hubieran sorprendido en el camino.

—Sí que hemos visto, que hace como unos diez minutos que te estamos observando.

—Pues si como son ustedes ha sido el tío el que me encuentra, a estas horas voy preso entre la infantería; pero ahí viene, y me voy antes de que me vea: y diciendo esto, salió al galope.

—¿Es Murillo ese que va ahí?—dijo el jefe llegando pocos momentos después.

—No, señor, es un explorador,—contestaron gravemente los oficiales.

Y no se habló más del negocio.

III.

LA CARIDAD EN LAS SELVAS.

Estamos en el rancho de Margarita, al pié de las torres de Cucha.

Jorge, restablecido, convaleciente ya, estaba sentado a la sombra de una ziranda. Meditaba tal vez en Alejandra, tal vez en Murillo, su hermano de armas.

El interior del rancho presentaba un aspecto triste y desgarrador.

Una mujer sentada en el suelo tenía en su regazo a un niño de dos años, que luchaba en la agonía con esas terribles calenturas de la tierra caliente, extraordinariamente pálido y flaco, con los ojos brillantes y fijos, y una respiración desigual y jadeante; el niño lanzaba de cuando en cuando un débil gemido; la madre le miraba, le estrechaba contra su seno como queriendo darle la vida con su vida, y las lágrimas de la pobre mujer caían como diamantes desprendidos de un collar, sobre el rostro abrasado de la criatura.

A poca distancia, un hombre ya viejo, vestido de chaqueta y pantalón obscuro, estaba sentado en una silla, sombrío y silencioso, apoyando su rostro entre las manos, inmóvil como la estatua del dolor.

Una niña de cinco años, pobremente vestida, jugaba indiferentemente en el cuarto.

Aquellos cuatro seres constituían una familia de chinacos, es decir, de gente que no transigía con la intervención.

Era un pobre empleado, con su mujer y sus dos hijos, que huyendo de la intervención y en medio de la más espantosa miseria, había llegado hasta allí, buscando un refugio.

El niño exhaló un gemido.

—Vázquez,—dijo la pobre madre,—nuestro hijo se muere.

El hombre se levantó penosamente, y se arrodilló al lado de su mujer: descubrió la cara del niño, y le miró con ansiedad.

La muerte se dibujaba ya sobre el rostro de aquel inocente: Vázquez le tomó una manita y la llevó a sus labios: el infeliz lloraba.

—Hijo mío, hijito de mi alma,—decía la madre llorando; —mi vida, ángel mío, no te mueras, óyeme, mira, mira cómo lloro; no te mueras, amor mío, alza tu cabecita, mírame, óyeme.

Y le besaba, y alzaba su cabeza, y le movía: la pobre mu-

jer, loca, delirando, quería espantar la muerte como espantaba el sueño de los ojos de su hijo, en otros días más tranquilos.

Pero aquel niño agonizaba, y la vida se desprendía por momentos.

De repente la niña que jugaba, lanzó un grito.

—¡Jesús!—dijo Margarita entrando a este tiempo:—a esta niña le ha picado un alacrán.

Vázquez se levantó como impulsado por un resorte, y tomó entre sus brazos a su hija, pálida y convulsa.

La madre, llevando al niño moribundo entre sus brazos, llegó allí también.

—Pronto, Margarita, pronto, por Dios, decía la infeliz: ¿qué le haremos? Estos piquetes son de muerte, yo sé que los niños se mueren.

Margarita salió corriendo.

—Hijita, ¿qué sientes?—decía Vázquez acariciándola.—¿Qué te duele?

—Papá,—contestó la niña balbutiendo las palabras;—se me duerme la lengua..... tengo unos cabellos en la garganta..... y se me suben hormigas por el cuerpo.....

—Margarita, ¡por Dios! mi hija se muere.

—Aquí estoy,—dijo Margarita entrando;—que tome esto, es agua de álcali.

Vázquez llevó el vaso a los labios de la niña, que se estremecía de repente como tocada por una máquina eléctrica.

—Toma, hija, toma, con esto sanarás.

La niña no contestaba. Vázquez quiso hacerla tomar la medicina, pero sus dientes estaban de tal manera unidos que era imposible separarlos, y de su hermosa boca se desprendía una baba espesa, fría, glutinosa y transparente.

La madre sintió estremecerse entre sus brazos al niño, a quien por un momento había olvidado; descubrió su rostro, y..... había expirado.

Aquella desgraciada lanzó un grito, miró a la niña que se retorcía entre los brazos de su padre, en espantosas convulsiones; y después de fijar en aquel cuerpo sus ojos desencajados, volvió alrededor el rostro casi sereno y lanzó una estridente carcajada, cayendo sin conocimiento en los brazos de Margarita. .....

.....

.....

Seis horas después, la niña moría víctima del veneno del alacrán, la madre estaba completamente loca, y el viejo infeliz lloraba sobre los cadáveres de sus dos hijos, alumbrados por un pequeño cabo de vela de cera.

¡Qué cuadro para los que apellidaban bandidos y sin corazón a aquellas pobres gentes!

¡Qué sacrificios más dolorosos y más santos para el altar de la patria!

Eran las cuatro de la tarde.

Jorge, silencioso, contemplaba el dolor mudo y sombrío del desgraciado Vázquez, que en un momento se había quedado solo en el mundo.

La pobre loca reía estúpidamente, y Margarita a su lado lloraba.

El llanto es la única limosna que pueden dar los pobres a los que son más desgraciados que ellos.

Se escucharon unos gritos, luego un tiro, y una mujer llegó casi ahogándose de fatiga al ranchito.

Margarita, que la vió venir, salió a su encuentro.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Señora, los enemigos, los enemigos.

—¿Pero por dónde?

—Aquí no más vienen subiendo: se han entretenido tomando unos caballos, y Carmen, el negro, les ha hecho fuego; vienen furiosos.

Entre los árboles se divisaban los uniformes azules de la caballería imperial.

—El enemigo—gritó Margarita—Jorge, Vázquez, el enemigo.

Vázquez, absorto en su dolor, nada escuchaba.

Jorge se paró y le tocó el hombro.

—El enemigo—le dijo—vámonos.

—¿Y esto?—contestó Vázquez, mostrando los cadáveres de sus hijitos,—¿Y mi esposa? Que me maten, ¡soy tan desgraciado!

—¿Y usted cree que lo abandonaré? Me quedo: que nos maten a los dos.

Vázquez le miró fijamente.

—Váyase usted—le dijo—déjeme: yo nada tengo que perder.

—No me iré—replicó Jorge sentándose a su lado—si usted no se va.

—Vamos pronto, que vienen cerca—gritó desde afuera Margarita—vamos, yo me llevo a esta señora.

—Pues vamos—dijo de repente Vázquez:—y tomó en sus brazos el cadáver del niño. Jorge hizo lo mismo con el de la niña; y siguiendo a Margarita, que casi a fuerza se llevaba a la pobre madre, se perdieron en el bosque.

Pocos momentos después los alcanzó el negro Carmen: traía en un hombro su escopeta y en el otro un mosquetón y una cartuchera.

—Don Jorge, mire usted este mosquete y esta cartuchera: se lo quité a uno de esos que vienen; le dí un balazo, y el caballo vino a tirarle junto a mí. ¿Quiere usted armas? y vamos a ver si les hacemos algo.

—Mira cómo voy—contestó Jorge—mostrando el cadáver de la niña que llevaba.

—¡Alabado! y ¡qué malo está eso! ¡pobrecita!.....

—¡Un alacrán!.....

—Jorge—dijo Vázquez—llevaré a mi pobre hijo también para que pueda usted ir con Carmen.

—Eso no—replicó Margarita—llevaré la niña yo, que para algo he de servir.

Margarita recibió el cadáver, y Jorge tomó el mosquetón y la cartuchera.

En este momento una columna de humo se alzó sobre los árboles.

—Nos queman nuestra casa—exclamó tristemente Margarita.

—¡Infames!—rugió Vázquez.

—Pronto, pronto, Carmen, vamos—gritó Jorge.

—Vamos don Jorge: no más sígame usted, y yo le llevaré adonde podamos hacer algo.

Los dos hombres se precipitaron en dirección del rancho.

Un cuarto de hora después, se escuchó un tiroteo nutrido.

—Se baten—exclamó Vázquez.

—Que Dios los acompañe—dijo Margarita—y sus labios murmuraron una oración. La loca reía.

IV.

EN EL CAMPO ENEMIGO.

—Parece—decía el capitán Márquez a varios oficiales, que se calentaban al sol en la plaza de Zitácuaro—que los chinacos no volverán a asomar por aquí las narices.

—Así lo creo, y que perdieron para siempre a Zitácuaro, —contestaba otro.

—Ese Capilla, explorador, que se nos presentó por Cuernavaca—dijo Márquez—regresó hoy de la expedición que hizo la caballería, y dice que fueron hasta cerca de los picos de Cucha, y que no hay enemigo.

—Pero trajeron algunos heridos, y dicen también que hubo algunas bajas de muertos.

—Bien, pero no fué el enemigo; los soldados se divertían en quemar un rancho que les dijeron que era de una vieja chinaca, y seguramente sus hijos, o sus parientes, hicieron

fuego de entre las peñas, pero se les ahuyentó a poca costa, y eso es todo.

—Pues entonces podemos estar tranquilos y seguros.

—Como en un baúl.

—En fin, señores, vuelvo dentro de un momento—dijo Márquez retirándose—hasta luego.

—Hasta luego, capitán—contestaron los otros.

—Este capitán—dijo uno de los oficiales, cuando Márquez se hubo alejado—ha perdido la cabeza: está furiosamente apasionado de la chica, sobrina o hermana del maromero que tomamos de leva cerca de Cuernavaca.

—¿Cuál maromero?

—Diego, el que ahora es sargento de la cuarta.

—El marido de la china.

—Ah, sí, ese tan serio.

—Sí, ese; pero ¡qué buen sargento! escribe y documenta como el mejor.

—¿Con que de esa muchacha que anda siempre con la china y con otra vieja gorda?.....

—De la misma, pero ella no le hace formal.

—Como a nadie.

—Pero es que Márquez ha hecho poderíos; le ha ofrecido dinero, ropa, alhajas; nada: y según me contó la mujer del asistente, le ha ofrecido casarse con ella.

Los oficiales se soltaron riendo.

—No, no rían ustedes; es cierto, y ya verán en lo que para todo esto. Márquez es terco, y por bien o por mal, se sale con la suya; seguro que ahora la va a ver, y si no, mírenlo, ya entra en la casa, desde aquí se ve.

En efecto, el capitán Márquez había entrado en una de aquellas casas abandonadas de la población.

—Pues ahora se aprovecha, porque la muchacha debe estar sola,—dijo un oficial:—acabo de encontrar a la vieja y a la chinita que iban rumbo a la parroquia.

—Entonces el capitán no se duerme.

—Pero calle—exclamó uno—¿no es el sargento Diego el que se dirige hacia ahí?

—El mismo.

—Buena se va a armar, porque el tal sargento es alzado como un demonio, y lleva su bayoneta.

—Pero qué, ¿será capaz?.....

—Toma, y bien; además, Márquez no lleva armas.

—¿No lleva?

—No.

—Pues vamos todos; no vaya a haber algún lance, y perdemos un buen compañero y un buen sargento.

Los oficiales se dirigieron apresuradamente a la casa don-

de habían entrado primero Márquez y después Diego.....

.....

.....

Alejandra, jadeante, con la cabeza erguida, los ojos chispeantes, los dientes apretados, y extraordinariamente dilatados los poros de la nariz, que es la señal de la suprema indignación entre las mujeres de su raza, estaba apoyada contra una de las paredes de la habitación; y enfrente, a poca distancia de ella, el capitán Márquez, con una fisonomía inyectada de sangre hasta lo blanco de los ojos, con la cabeza descubierta y el pelo en desorden, parecía querer lanzarse sobre la muchacha; pero la mirada y el ademán altivo de ésta, le contenían.

—Señor capitán—dijo Alejandra—si usted se atreve a tocarme, le mataré, o me mataré yo misma.

—Alejandra, no me precipites: te amo más que a mi vida; puedo hacerte feliz, puedo sacarte del estado en que te encuentras: te haré mi mujer, me casaré contigo.....

—Retírese usted, retírese usted—repetía Alejandra—si no se va, doy voces, pido auxilio.....

—Será inútil; sosiégate. Ni Tula, ni Anita, están ahí: las casas contiguas están desiertas; estás sola; ¿lo oyes? sola.....

—Dios me protegerá.

—¡Oh! lo que es ahora no te me escapas: hablas de matarme, y no tienes ni un alfiler.

—Veremos; no se acerque usted; no me toque.

—Por última vez: ¿quieres ser mía por tu voluntad?

—Nunca.

—Pues serás por fuerza, mal que te pese.

Márquez dió un paso y asió el brazo de Alejandra, que lanzó un grito. Una especie de rugido contestó, y el oficial sintió dos manos de hierro que le tomaban por los hombros, que lo arrancaban de aquel lugar, que le arrojaban lejos de allí, rodando entre el polvo.

Se levantó rabioso y buscó su pistola; pero no la llevaba. Enfrente de él, pálido, pero sereno, estaba Diego sirviendo como de muralla a la pobre Alejandra, que temblaba como una gota de rocío en una hoja que mueve el aire.

—¡Miserable!—dijo el capitán,—¿te has atrevido a poner las manos a tu superior? puede costarte la vida.

—Como mi superior se atrevió a poner sus manos en una muchacha de mi familia, lo que también puede costarle la vida.

—¿Me amenazas?

—No, mi capitán; le advierto a usted.

—Pues mira el caso que hago de tus advertencias, osado, infame.

Y Márquez, con un movimiento rápido se lanzó sobre Diego, le arrebató la bayoneta que llevaba en el cinturón, y quiso traspasarle con ella; pero el sargento era ligero y fuerte: huyó el cuerpo y asentó un terrible puñetazo al pecho del oficial, que fué a caer de espaldas, arrojando lejos de sí el arma, de la que Diego se apoderó inmediatamente.

En este momento llegaban a la casa los demás oficiales. Márquez estaba casi privado de sentido.

—Date preso,—le dijo un capitán.

—Me doy,—contestó Diego.

—Entrega esa arma,—dijo otro acercándose.

Diego comprendió que si dejaba la bayoneta eran capaces de matarle.

—No hay necesidad,—contestó:—voy a presentarme preso a mi cuartel, de orden de mi capitán, y allí la entregaré.

Los oficiales vacilaron.

—Mi capitán,—dijo Diego, dirigiéndose al que le había intimado prisión: usted sabe que no soy capaz de faltar...

—Lo conozco,—dijo el capitán:—es de fiar: ve a presentarte preso.

Diego salió entre los oficiales, tocándose marcialmente el schacó.

Márquez fué conducido a su alojamiento por sus compañeros, uno de los cuales decía sentenciosamente.

—Era muy natural que este sargento hiciera una de estas cosas: si siempre le he visto mucho de chinaco.

Cuando Tula y Anita llegaron, Alejandra bañada en lágrimas, les contó lo ocurrido.

Una hora después Diego estaba preso, con cetinnela de vista, y un capitán, viejo y avinagrado, comenzaba el sumario, "por faltas graves a la subordinación y disciplina militar."

V.

EN COMISION.

Murillo caminó como sabían caminar los chinacos: de día y de noche, combatiendo el sueño y el hambre.

Cerca del obscurecer, el primer día de su salida de Huétamo, quiso dar agua a su atareado caballo.

Estaba en una cañada profunda y sembrada de árboles: el bosque era tan espeso, que sólo la angosta vereda que él llevaba, era practicable, y atravesándola un arroyo transparente y manso que dibujaba al través de sus aguas crista-

linas las piedrecillas de mil colores que formaban su lecho, parecía destinado a calmar la sed de los viajeros.

Murillo, con esa calma que adquieren los hombres acostumbrados a viajar mucho a caballo, se apeó, aflojó la silla y la colocó bien en su lugar: esto es lo que ellos llaman "alegrar;" después quitó el freno del caballo y le acercó al arroyo.

El animal bebía tranquilo, mientras Murillo, formando una especie de taza con una hoja de esas plantas que crecen a las orillas de los arroyos, y que llaman "lampazo a caramicua," tomaba también agua.

Repentinamente, el caballo cesó de beber, alzó pausadamente la cabeza dejando escurrir el agua que tenía en la boca, echó hacia adelante las orejas, y comenzó a olfatear haciendo un ruido semejante al de un fuelle.

—Vamos, faceto, ¿qué te pasa?—dijo Murillo.—Vamos.

Pero el animal estaba cada momento más alarmado; hasta que dando un resoplido, arrancó de las manos de su amo el lazo que le contenía, y echó a correr por la vereda.

Murillo oyó chujir los matorrales, y descubrió la cabeza de un leopardo que le miraba fijamente.

La situación era comprometida. Para caminar con más descanso, había colgado el revólver con el cuchillo, de la cabeza de la silla, y el caballo se los había llevado.

El leopardo seguía mirando sin moverse.

Murillo se agachó, levantó dos piedras, y le lanzó la primera.

Preocupado con el peligro, faltó a Murillo el tino, y la piedra pasó sin tocar a la fiera.

Lanzó la segunda, que cayó cerca de ella; y entonces, moviendo las orejas, y como quien no tiene ganas de emprender cuestión, el leopardo se metió entre la maleza; y el ruido que se alejaba, indicó al oficial que estaba libre de aquella visita.

Se echó a buscar su caballo: el animal no podía haber seguido más camino que el de la vereda: el bosque por ambos lados era impenetrable: ¿pero podría llegar a alcanzarlo? Esta era la dificultad.

Había caminado ya un gran trecho llevando en la mano el freno, cuando allá a lo lejos escuchó un grito agudo y prolongado, que repitieron los ecos de la cañada.

El corazón del oficial palpitó de gozo.

Era un grito conocido, el grito de un amigo.

En aquellas regiones, en donde es tan fácil perderse, y tan difícil volverse a encontrar los compañeros de viaje o los que buscan a alguno que va en marcha; allí donde los árboles, los bejucos y la maleza, ayudados de las sinuo-

sidades del terreno, impiden a dos hombres el verse, aunque esté a pocos pasos de distancia, en donde los caminos son accidentes tan pasajeros en la tierra, que la grama que crece en la primavera basta para hacerlos desaparecer, los hombres necesitan tener un grito como los animales, para llamarse y reconocerse.

Pero como todos los hombres tienen una fisonomía diferente, así allí cada uno tiene su grito particular, que lanza a los aires, y que llevado por los ecos, hace exclamar a los que lo escuchan:

—Ese es Fulano.

Y no es tan fácil gritar así; y uno de nuestros elegantes de la ciudad, lo mismo que uno de nuestros más célebres cantantes, o uno de los rancheros del bajío o tierra adentro, se encontrarían allí con que sus pulmones no podrían arrojar un grito que se oyera ni a doscientos pasos, cuando aquellos se escuchan a distancias fabulosas.

Murillo llevó las manos a la boca, y formando con ella una vocina, contestó el grito, y siguió cominando.

A poco escuchó otro grito más cerca, y contestó también.

Poco a poco los gritos fueron siendo más cerca, hasta que en un recodo descubrió un hombre que venía con una mula, y traía también el caballo fugitivo.

—Mi coronel Alzati,—exclamó Murillo.

—Amigo Murillo,—contestó el otro inclinándose de la mula para abrazarle:—aquí está el caballo, y monte usted.

El oficial puso al caballo el freno que traía en la mano, y montó.

—¿A dónde va usted, mi coronel?

—A Huétamo, a ver al general.

—Pues no vaya usted, porque viene en marcha para acá con la fuerza; piensa atacar a Zitácuaro, y vengo en comisión para que de acuerdo con usted, mande exploradores y disponga lo necesario.

—Entonces me vuelvo a Tusantla con usted; pero lo único que siento, es que mi mula ya no puede: de aquí a allá está muy lejos.

—Pues mi caballo tampoco: ha caminado cinco días, y está mal comido.

—Nos haremos de otros; por este monte hay caballada mansa de los ranchos.

—¿Pero cómo alcanzarlos en éstos que traemos tan cansados?

—Pierda usted cuidado, que ya mañana vamos muy bien montados. Esta noche no podemos seguir adelante: oigo ladrar un perro; cerca debe estar algún rancho: mañana madrugaremos.

Alzati, siempre alegre y siempre fuerte en los trabajos, echó a andar seguido de Murillo y cantando una de esas monótonas canciones de aquellos rumbos.

Yo me llamo Juan García,
Por sobrenombre Becerra,
Y llevo por derechera,
El cerro de Apapasindan:
Soy alegre, soy galán,
Sé cargar mi larga cuera,
Mi botita rodillera,
Mi calzón blanco de fuera;
Mi china se me enojó
Porque le bordé la anquera.

Alzati era un hombre tan popular como útil en el Ejército del Centro; bajo de cuerpo, delgado, buen ginete, conocedor del terreno como nadie, Alzati era una presea en la guerra de montaña. Le bastaba haber pasado una sola vez por un camino, para no olvidarle jamás, nadie como él seguía un rastro, ni podía decir, inclinándose un poco sobre su caballo, con más seguridad: "por aquí pasó uno a caballo o en una mula, al paso, al trote o al galope."

Infatigable y valiente, no tenía precio para las comisiones difíciles o peligrosas.

Y Alzati no es un personaje de novela: ha muerto pocos días después del triunfo de la República.

Los dos viajeros llegaron hasta un rancho: se miraba dentro la luz del fogón; y como era natural, los perros salieron a recibirle ladrando como unos rabiosos.

—Buenas noches, señora—dijo Alzati.

—Buenas noches—contestaron un hombre y una mujer que estaban sentados cerca de la lumbre, cubriendo sus ojos con la mano abierta, para que el resplandor de la hoguera no les impidiese ver a los que llegaban, en la obscuridad.

—¿No nos dá usted licencia para quedarnos aquí esta noche?

—Pasen ustedes, señores.

Los de afuera se apearon, y comenzaron a desensillar sin ceremonias.

Así se entiende por allí la hospitalidad. Amarraron los caballos con largas reatas, después de darles agua, y entraron al rancho.

Poco había que comer, pero de eso poco comieron.

Se tendieron después en el suelo, y comenzaban a dormirse, cuando los perros empezaron a ladrar y vinieron a refugiarse en la casa: los caballos hicieron ruido.

—¿Qué sucede?—dijo Murillo incorporándose.

—No tengan ustedes cuidado—dijo la mujer; es el tigre que anda pujando: ya va el hombre a espantarle.

El hombre salió con un gran palo, seguido de los perros, que se pusieron a ladrar, y volvió a entrar a poco rato.

—¿Qué hubo?

—Ya se fué.

Los perros siguieron ladrando, pero un cuarto de hora después, todo el mundo dormía; la lumbre del fogón iba expirando.

A media noche, los viajeros se levantaron, ensillaron los caballos, y volvieron a emprender su viaje tiritando de frío.

En la tierra caliente en el invierno, a la madrugada, hace un frío horrible.

—¿Vamos a buscar la caballada?—dijo Alzati—El hombre de la casa me dijo que duerme en un potrero aquí cerca, arroyo arriba.

—Vamos.

Siguieron algún tiempo el arroyo hasta llegar a una meseta. Allí entre la obscuridad y la escasa luz de las estrellas, se advertían unos bultos negros, eran los caballos: cada uno de los dos sacó su reata.

Apenas sintieron los caballos la presencia de los hombres, huyeron como despavoridos; hubiera sido imposible alcanzar uno.

—¿Ya lo ve usted?—dijo Murillo,—sin esperanza.

—Calma, calma, usted no conoce la costumbre de los animales: estése usted aquí sin moverse.

Murillo obedeció, y Alzati se perdió entre las sombras.

Seis minutos después los caballos, en fuerza de carrera, volvieron al mismo lugar.

Murillo no se movía por no espantarlos.

El coronel llegó a poco.

—¿Qué hace usted? ¿por qué no toma uno?

—Por no espantarlos otra vez.

—¡Qué! ya no se espantan, mire usted.—En efecto, llegó y lazó uno, sin que los demás se asustaran: Murillo hizo lo mismo.

—Los caballos mansos, cuando duermen en el campo,—dijo Alzati,—al ver al hombre se espantan y corren y van a pararse a otro lugar cerca: si allí se les asusta, vuelven al primero, y entonces puede uno llegar a ellos con confianza, que no se irán.

—Bueno es saberlo,—contestó Murillo.

Los dos ensillaron sus nuevas cabalgaduras, y dejando allí las que llevaban echaron a trotar alegremente.

VI.

EL CAMPAMENTO REPUBLICANO.

Los pocos vecinos de la pequeña aldea de Tusantla andaban como agitados e inquietos.

Era que las fuerzas republicanas estaban a cinco leguas, entre el monte al pie de los picos de Cucha, en el arroyo de los Pintos.

Era necesario que los imperiales no lo supieran, y estaban por el rumbo opuesto a cinco leguas, en la hacienda de la Florida.

Cualquiera indiscreción podría descubrir o indicar la presencia de los republicanos, y eran perdidos: el enemigo tenía triple número de hombres, mejor equipados y armados.

Pero el secreto se conservó.

El arroyo de los Pinos se desliza en el interior del bosque: allí no había habitaciones ni ranchos, ni nada en que tuviera parte el hombre: Dios y la naturaleza.

Allí estaba la pequeña fuerza de los liberales.

La marcha había sido penosa, muchos soldados habían muerto de hambre y de fatiga; otros, sedientos, se habían arrojado a beber agua fatigados, y habían quedado sin vida al tomar los primeros tragos.

Pero esto era cuestión de cada día.

Allí se acampó, y allí era preciso permanecer ocultos algunos días, acechando un momento oportuno para dar una sorpresa a Zitácuaro.

Murillo había ido disfrazado hasta cerca de la ciudad, con objeto de dar avisos.

La infantería estaba incapaz de caminar, y menos de pelear, y fué preciso enviarla al pueblo de Casácuaro, con parte de la caballería.

No quedaron, pues, allí más que cien dragones de Jalisco, y con esto era necesario emprender y triunfar, para poder así levantar la moral de la tropa que de día en día se iba perdiendo.

Triste situación.

Allí no había más alimento que carne asada, sin pan, sin tortillas y hasta sin sal.

Y sin embargo, todos estaban contentos: era que el fanatismo patriótico si se puede llamar así al santo amor exagerado de la patria, ardía en el corazón de aquellos pobres soldados.

Cerca del campamento, a la sombra de un árbol, se veían cuatro personas sentadas silenciosamente.

Dos hombres y dos mujeres, algunos trastos de barro y

unas piedras cubiertas de ceniza, indicaban que aquellas gentes vivían bajo aquel árbol.

Un oficial se acercó a ellos, y al ver a uno de aquellos hombres, exclamó.

—¡Jorge!, ¿tú aquí?

—Yo, Carrillito—dijo Jorge sin levantarse—estaba muy aliviado de mi herida, el enemigo llegó al rancho donde me curaba; lo incendió, lo arrasó todo, y hemos tenido que vivir bajo este árbol: la inflamación vino como un rayo y apenas puedo moverme.

—¡Pobre Jorge!—dijo Carrillo estrechando su mano,—y luego agregó dirigiéndose a las otras personas:—Buenas tardes.

—Buenas tardes—contestaron Margarita y Vázquez; pues el lector supondrá son ellos.

—A mí no me pican los alacranes—dijo la loca, y se puso a reir.

—No haga usted caso,—dijo Vázquez:—mi pobre mujer tiene trastornado el juicio desde la muerte de mis hijos.

—¿Murieron?—preguntó Carrillo que los había conocido en Zitácuaro.

—Allí los enterré para poderlos mirar desde aquí,—dijo Vázquez; y señaló a Carrillo dos pequeños promontorios de tierra regados con flores del monte, entre las cuales estaban plantadas dos cruces hechas con ramas.

—Ahí guardó Vázquez a mis hijitos, para sacarlos cuando vayamos a Toluca, y tengan su ropita nueva,—dijo tiernamente la loca: ¡pobres angelitos míos!, tendrán frío...

No hubo uno allí que no llorara oyendo a la pobre madre.

En breves palabras, Carrillo quedó instruído de todo lo acontecido en la familia de Vázquez, y a su turno él le contó el objeto de la expedición.

En aquellos lugares, entre aquellas gentes identificadas por sus desgracias, por sus intereses y por su patriotismo, la reserva era excusada: jamás ni la indiscreción, ni la mala fe hicieron traición a los soldados de la República.

—Si usted que conoce tanto estos terrenos y puede caminar sin infundir sospechas, quisiera ayudarnos....—dijo Carrillo a Margarita.

—En todo,—contestó Margarita con entusiasmo.

—¿Se atrevería usted a ir a Zitácuaro con pretexto de vender alguna cosa, para darnos noticias más seguras, ya que Murillo se ha avanzado hasta la hacienda de la Encarnación?

—Yo iría con gusto; pero esta pobre señora....

—¡Ah! por eso no tenga usted pena,—dijo Vázquez con

resignación:—mi pobre mujer tiene una demencia tan tranquila....

—Pero dejarlos a ustedes.....

—Vaya usted, Margarita; es un servicio que hace usted a la patria; es un nuevo sufrimiento que yo le ofrezco. Los que combaten con las armas en la mano, dan a la República su sangre; y nosotros, los que no somos soldados, nuestras lágrimas y nuestras penas.

—¡Oh!—exclamó Jorge,—si todos hubieran hecho lo mismo.

—¿Vamos a ver al general?—dijo Carrillo.

—Vamos,—contestó Margarita.

Esa misma noche salió Margarita para Zitácuaro.

Un correo de Marilio llegó anunciando que el enemigo no había sentido el movimiento, y que el coronel Ugalde, con cincuenta caballos estaba oculto también por la Barranca honda, al Oriente de la plaza.

Se dió la orden para salir al día siguiente a la madrugada, caminar todo el día, caer en la noche sobre un destacamento de caballería que estaba en la hacienda de la Florida, y amanecer en Zitácuaro.

El movimiento era expuesto: los imperiales tenían triple número de fuerza que los republicanos, tenían infantería que éstos no llevaban, y estaban en posiciones.

Iba a haber un gran triunfo, o tal vez una vergonzosa derrota.

Todos y cada uno pensaron en esto, y obedecieron, sin embargo, contentos.

Al asomar la luz del día siguiente, la columna iba ya en marcha para Zitácuaro.

VII.

LA EJECUCION

Margarita entró a Zitácuaro vendiendo unas botellas de vino de perón, que había comprado en la hacienda de la Encarnación.

Entró a todos los cuarteles y a las casas de los jefes.

En todas partes no se hablaba más que de la ejecución del sargento Diego Alva, que debía ser fusilado a las nueve de la mañana del día siguiente, por haber tratado de asesinar a un capitán.

Los soldados murmuraban, porque el oficial había faltado a la casa del sargento.

Los jefes y los oficiales decían que era preciso hacer un

ejemplar castigo; y con objeto de que lo presenciara toda la guarnición, se había de reconcentrar aquella misma noche, el destacamento que estaba en la Florida.

Margarita estaba contenta; todo parecía prepararse a medida del deseo, para el asalto que al día siguiente iban a intentar los republicanos.

—Es tarde ya,—pensó Margarita.—buscaré aquí donde quedarme observando en la noche, y a la madrugada saldré al encuentro del general, llevándole noticias frescas.

Se encaminó a una casa en donde vió luz. Llamó, le contestaron y pasó.

Tres mujeres arrodilladas lloraban y rezaban delante de una Dolorosa alumbrada por dos velas de cebo.

Un soldado viejo estaba sentado en un rincón, cubierta la cara con su capote.

—¿Qué quería usted?—dijo la mayor de las tres mujeres.

Margarita, ante aquel cuadro, no sabía qué contestar.

—¿Qué mandaba usted?—volvió a preguntar la mujer.

—Señora,—dijo Margarita tímidamente—soy de la hacienda de Laureles, se me ha hecho tarde, y venía con intenciones de pedir posada..... pero creo que ustedes no me la podrán dar.....

—En efecto, estamos muy afligidas: ¿por qué no busca usted otra casa?

—No conozco a nadie—contestó Margarita.

Una idea había brotado en su cerebro: aquella debía ser la familia del que iban a fusilar. Allí, como en ninguna parte podía tener noticias de lo que pasaba y estar segura: era preciso quedarse allí.

—Señora—dijo—deme usted amparo esta noche: será una buena obra que Dios le tendrá en cuenta, y quizá le quite ese pesar que las atormenta.

La desgracia hace preocupados a los que la sufren, y en todo ven un anuncio del cielo: todo es para ellos un agüero.

El desgraciado siempre es supersticioso.

Es que entonces la lucha entre el temor y la esperanza, entre la fe y la desesperación, es espantosa.

Y el temor y la esperanza, y la fe y la desesperación, sienten en todo un auxiliar o un enemigo.

Se teme el mal, porque se padece, porque el día de la desgracia alumbra, y se considera eterno.

Se espera el bien, porque se padece, porque el día de la desgracia alumbra, y el mal no puede ser eterno.

Lucha de sentimientos que nadie comprende, que nadie explica.

El que sufre, porque no reflexiona y el que reflexiona, porque no sufre.

Anita oyó las últimas palabras de aquella mujer que pedía asilo, como una profesía, como una esperanza, o como una amenaza.

—Madre,—dijo,—que entre esa señora; que se quede aquí: tal vez una buena obra....

No pudo continuar, los sollozos la ahogaban.

Margarita entró silenciosamente: las tres mujeres siguieron rezando.

Tula volvió una vez la cabeza para ver lo que hacía.

Margarita, arrodillada, rezaba y lloraba también.

Entonces sintió un gran consuelo. ¡Es tan dulce que alguien llore con nosotros!

Tula, conmovida, se levantó y salió, volviendo a poco trayendo a Margarita una pobre cena.

—Cene usted, señora.

—No, señora; ¿quién piensa en eso, viendo el estado que ustedes guardan?

—Es usted una buena mujer,—dijo Tula abrazándola.

—Señora, ¿el sargento que van a fusilar mañana, es pariente de usted?

—Es marido de mi hija,—contestó Tula:—vea usted a mi marido cómo está.

El pobre payaso, con su uniforme militar y la cara cubierta con el capote, no se movía.

—¿Y no hay esperanza?

—Ninguna, hemos rogado, hemos llorado: casi todo el día hemos pasado de rodillas delante de los jefes... y nada...

—¿Pero por qué es tanto rigor?....

—Porque dicen que Diego es chinaco.

—¡Cómo! ¿pues no se presentó voluntariamente?

—No, señora; le cogieron de leva como a mi marido: ¡oh! y nosotros todos con razón no quisimos nunca al imperio; el corazón nos avisaba.

—¿Pero por qué no se fué con los liberales?

—No hubo nunca ocasión....

—Tula,—dijo el soldado Rito,—no seas imprudente.

—¡Imprudente!.... ¿y ahora qué perdemos? que nos maten a todos.....

En este momento tocaban a silencio en los cuarteles.

Ese toque grave y melancólico conmueve aun en medio de la paz, entristece aun en medio de la diversión.

Es el toque del sueño y del silencio: es decir, de la imagen de la muerte.

Alejandra estaba profundamente silenciosa.

Anita lanzó un gemido.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué pronto se va la noche! ¿Qué sentirá mi pobre Diego, qué dolor traspasará su alma al pen-

sar que ya no vuelve a ver a su hijo? Hijo mío, exclamó precipitándose a una camita en donde dormía el niño:—hijo mío, esta es la última noche que tienes padre; mañana ya serás huérfano.... pero tú no entiendes, no sabes lo que te pasa, ángel mío: mañana..... mañana....

No se atrevió a decir "fusilan a tu padre."

Hay cosas que es peor decirlas, pensarlas, que sufrirlas.

Margarita no pudo contenerse; el corazón la ahogaba, el llanto anudaba su garganta.

—Señora, señora, consuélese usted,—dijo al fin con entereza:—creo que no sucederá esa desgracia; lo espero.

—¿Pero usted qué sabe?—dijo espantada Anita.

—Oigan ustedes lo que voy a contarles: es muy grave, quizá me costaría la vida si se supiera; pero el dolor de ustedes es superior a mi resolución. ¿Estamos solos?

—Solos,—contestó Tula;—puede usted hablar.

Todos rodearon a aquella mujer; hasta Rito dejó su actitud triste y se acercó a ella.

—¿A qué hora debe ser la ejecución?

—A las nueve.

—Pues bien, no será, porque a la madrugada los liberales deben atacar Zitácuaro: lo sé porque vine a explorar.

Como una cortina que se descorre, dejando ver la luz del sol en un recinto sombrío; como una flor que se abre de repente, así cambió la faz de aquella escena.

Rito y las tres mujeres se arrodillaron delante de Margarita, como si ella les trajera la salvación, y entonces comenzaron a llorar de placer.

Las pisadas de un hombre que se acercaba, resonaron en el silencio que envolvía la ciudad.

Tula atrancó rápidamente la puerta, en el mismo momento en que alguien empujaba para entrar.

—¿Quién es?—preguntó Tula con entereza.

—Abra usted: soy el capitán Márquez,—contestó una voz.

—Abrir, ¿y para qué? Por desgracia ha entrado usted aquí algunas veces. ¡Cuántos males nos ha causado! pero ahora ni nunca volverá usted a entrar.....

—Abran, que tal vez les tenga cuenta lo que vengo a proponerles.

—¿Abrimos?—preguntó Tula vacilando.

Rito por toda respuesta señaló a Margarita.

—Nunca,—contestó Tula.—Señor capitán, ya que nos ha causado usted tantos males, siquiera no venga a insultarnos.

—¿Abren?

—No.

—Ya les pesará.

—No hay tiempo que perder,—dijo Margarita cuando el

eco de los pasos se perdió completamente: había yo pensado quedarme aquí esta noche, pero en este momento me marcho. Voy a encontrar a la fuerza que debe estar cerca, y a decirles que se apresuren, que se trata de salvar a un hombre, y verá usted cómo lo hacen....

—Yo acompaño a usted,—dijo Rito.

—Muy bien,—exclamó Tula;—disfrázate.

En un momento se despojó Rito del uniforme, se puso un sombrero, se ciñó su bayoneta, y se envolvió en su sarape.

—¿Vamos?—dijo.

—Vamos,—contestó Margarita;—yo conozco las veredas y nada nos sucederá.

Los dos se escurrieron para la calle, y las tres mujeres volvieron a arrodillarse delante de la Dolorosa.

La noche pasaba, y entonces ya parecía eterna para aquellas mujeres.

Empezó a amanecer, y empezó para ellas el verdadero tormento.

Cada ruido que escuchaban, cada hombre que pasaba por la calle, cada soldado que cruzaba frente a la casa, todo les parecía un anuncio; pero nada.

El sol comenzaba a nacer: ya principiaban a formar los cuerpos en los cuarteles para salir a la ejecución; ya sonaban los toques..... y nada; ni alarma ni movimiento.....

Empezaron a figurarse que aquella mujer las había engañado, que las había burlado, que los liberales habían mudado de plan, habían diferido el ataque, habían tenido miedo.....

Comenzaron a culparse de no haber abierto al capitán Márquez.

¿Qué sucedería? No se atrevían a salir, no tenían valor de estar en la casa.

Por fin, la tropa comenzó a salir a la plaza: toda esperanza se había deshecho; el cuadro estaba ya formado.

Las tres mujeres se abrazaron formando un grupo: era el momento, iban a sacar al reo.

En este instante, un ginete a toda rienda penetró en la ciudad gritando: 'El enemigo, el enemigo''.—La alarma fué espantosa, la confusión aumentó el desorden.

El jefe que mandaba la caballería, formó su cuerpo y se dirigió al encuentro del enemigo.

La infantería se dispuso para pelear. Pero era inútil: el coronel Ugalde, a la cabeza de cincuenta ginetes, se precipitó como un torrente, como un huracán, sobre la caballería imperial, y la dispersó.

La infantería formó en batalla; pero a poco se desbandó también.

Y como para quitarles toda esperanza, por el lado opuesto al que trajo Ugalde, los cien dragones de Jalisco, que venían desde Huétamo, se lanzaron al camino para completar la derrota.

Los pueblos que rodean a Zitácuaro, se levantaron como un solo hombre, y formaron instantáneamente como un anillo de hombres, para evitar la fuga de los imperiales vencidos.

Toda la guarnición cayó prisionera; solo el jefe, que se llamaba el comandante Rivero, con tres o cuatro oficiales, logró salvarse.

El triunfo había sido espléndido, y Diego salía de la prisión en los brazos de su familia.

Se había salvado de la muerte: comenzaba a vivir de nuevo desde aquel día de gloria para Zitácuaro.

VIII.

DESPUES DEL TRIUNFO.

Había en Zitácuaro una grande animación.

De todas partes habían ido casi instantáneamente tantas personas, que una inmensa muchedumbre invadía la plaza y las calles, pasando casi indiferente al lado de los cadáveres que habían quedado como la huella del combate.

Los vencidos se habían dispersado buscando la salvación en la fuga; pero todos, unos en pos de otros, iban cayendo en manos de los indígenas de los pueblos vecinos, que exploraban sin descanso los alrededores, y que durante todo el día estuvieron estregando prisioneros en Zitácuaro.

La derrota había sido tan completa, que exceptuando los muertos, las listas de revista de los imperiales podían servir para llamar a los prisioneros.

En los primeros momentos de la acción, Capilla se presentó en las filas republicanas, abandonando su bandera; y a la hora del triunfo, era naturalmente el que con más ahinco pedía la muerte y el suplicio para los oficiales prisioneros; pero el desprecio fué lo único que alcanzó.

Diego, rodeado de Tula, de Alejandra, de Anita y del viejo Rito, teniendo a su hijito en los brazos hablaba con entusiasmo de todo lo que había ocurrido.

Las mujeres le contemplaban con arrobamiento.

—Lo que más me atormentaba,—decía,—no era que yo iba a morir, sino que Anita y este pobre niño se quedaban sin amparo, y que después de todo, Alejandra se quedaba a merced de ese infame capitán Márquez.....

—¿Y qué habrá sido de él?—dijo Anita.

—Le han de haber matado—contestó Rito.

—Dios le haya perdonado—dijo Tula.

—Dios lo haga—añadió Diego,—porque quizá si le encontrara, no podría contenerme, y haría una mala acción.

—¿Pero qué ruido es ese?

En efecto, se oía en la calle un gran rumor: gritos, carreras, golpes.

Diego corrió a la puerta y los demás le siguieron.

Cuatro hombres armados de garrotes conducían prisioneros a dos oficiales, y el sargento Capilla completamente borracho, los había detenido, insultando a los prisioneros en unión de otros dos o tres que le acompañaban.

—Ahora sí, traidores, hasta que la pagaron; ahora sí los fusilarán, y si no, yo mismo los despacharé, afrancesados.

—Capilla—dijo uno de los oficiales—hace dos horas que estaba usted con nosotros.

—Calle usted, traidor; estaba, pero ya no estoy.

—Pero señor, esto es infame—exclamó Diego queriendo lanzarse sobre Capilla—este hombre que esta mañana servía al imperio, ahora insulta a los prisioneros.

—Detente, Diego—dijo Anita—todavía tienes el uniforme de policía, y van a desconocerte, y más defendiendo así a.....

Había hablado tan alto Anita, que los prisioneros volvieron el rostro, y Diego y todos los que lo acompañaban exclamaron a un tiempo:

—¡El capitán Márquez!

Márquez se inmutó al reconocer a Diego y a su familia, de una manera espantosa, y se quedó parado.

Entonces uno de los que le conducían, le empujó a tiempo que Capilla daba un paso adelante; los dos chocaron, y el sombrero de Capilla cayó al suelo; el sargento levantó la mano, y descargó sobre la cara del prisionero un bofetón.

La afrenta y el dolor le cegaron, y quiso lanzarse sobre Capilla; pero éste retrocedió dos pasos, sacando la espada antes que nadie pudiera impedírselo, le hendió el cráneo de un machetazo.

Márquez abrió los brazos, azotó el viento con las manos, y cayó boca abajo.

Esto fué como una señal, porque los otros que acompañaban a Capilla, se apoderaron del otro oficial, y Capilla le atravesó con su espada.

Se formó un tumulto; Diego quiso ocurrir a la defensa de aquellos hombres, pero las mujeres y Rito le abrazaron, metiéndole dentro de la casa y cerrando la puerta.

Capilla se complacía en repetir sus golpes sobre aquellos

desgraciados, de lo cual como muchas veces sucede, todos estaban horrorizados, pero nadie se atrevía a decirle nada, hasta que hendiendo la multitud, se presentó un oficial.

Era Jorge, que herido y débil, no había querido quedarse lejos de las fuerzas, y había venido a tomar parte en el combate.

Uno que corría, le refirió lo ocurrido con Capilla y los prisioneros, y venía creyendo evitar el mal.

La cólera y la indignación se reflejaban en su rostro.

—¡Infame!—gritó—¿qué significa esto?

—¿Y a usted qué le importa?—contestó Capilla.

—¿Por qué has asesinado a esos hombres?

—Por traidores, y por eso le va a pasar a usted lo mismo; y se arrojó sobre Jorge con la espada levantada.

Jorge le vió venir con serenidad, tendió su pistola e hizo fuego.

El asesino dió un grito, y cayó rodando sobre la sangre de sus víctimas.

—¡Que viva!—gritaron todos.

—Y ahora a esos otros dos,—dijo señalando a los compañeros de Capilla, que vayan presos: el general sabrá lo que hace con ellos.

Jorge se perdió entre la multitud, y no quedaron allí más que algunos curiosos, y los que estaban encargados de recoger los cadáveres.

—Te buscaba,—dijo Murillo deteniendo a Jorge.

—¿Qué quieres?

—En este momento salimos.

—¿Todos?

—No, tú y yo.

—¿Y para dónde?

—Para México: llevo cartas e instrucciones del general, para trabajar en la ciudad, con el fin de salvar al Coronel Romero.

—¿Pero yo qué?.....

—El general dispone que te vayas conmigo para que te cures en México: porque aquí no hay médicos ni medicinas, ni nada; y además, ya dicen que viene sobre nosotros una columna francesa; y como este es negocio de nunca acabar, ahora que triunfamos, es cuando la persecución va a ser más terrible..... Conque a ensillar. Debemos salir luego, antes que la noticia de lo que ha pasado aquí llegue a Toluca, y se establezca la vigilancia en los caminos.

—Siquiera me despediré de Margarita; la debo mucho....

—Es inútil: marcha también mañana para México: se ha comprometido a sacarnos de allí cápsulas que voy a com-

prar; pero como ahora no corre el riesgo que nosotros, no necesita precipitar su marcha.

—Pues vámonos.

El caballo de Jorge estaba listo: se quitó la blusa, dejó sus armas y transformado en un ranchero, salió de Zitácuaro, siguiendo a Murillo.

Alejandra estaba casualmente parada en la ventana de su casa, cuando los dos viajeros pasaron al galope y sin ver a Alejandra: conoció a Jorge; la emoción le impidió por el momento hacer ninguna demostración, pero después se puso a gritar:

—Jorge, Jorge.....

Apenas entre el ruido de los caballos Jorge oyó los gritos y quiso detenerse.

—¿Qué es eso?—dijo Murillo.

—Oí que me gritaban.....

—Deja, si vas a hacer caso.....

—Pero es que me pareció voz de mujer.

—¿Y qué, conoces a alguna?

—No.

—Sería un muchacho.

—Puede ser.

Y siguieron al galope el camino.

—¿Qué te pasa?—dijo Anita llegando a la ventana.

—Ay, Anita, que he visto a Jorge.

—¡Cuánto me alegro! ¿te habló?

—No me ha visto, aunque le grité.

—Bien; pero si está aquí pronto le encontraremos.

Alejandra no cabía en sí de gozo, esa misma tarde esperaba abrazar a Jorge.

Al otro día por la mañana, Alejandra, Anita y Tula, salían para Tacámbaro, siguiendo a Diego que se había dado de alta en un escuadrón de las fuerzas republicanas.

Margarita, que había estado bajo el mismo techo que su hija, y a su lado, sin conocerla, se despedía de ellas en la plaza de Zitácuaro, prefiriendo en sus caricias a Anita, con quien la unía el vínculo de un gran beneficio.

Para Alejandra tuvo sólo un saludo de simple conocida.

Sólo en las novelas antiguas la sangre hablaba y descubría secretos.

IX.

ALGO DE HISTORIA.

El triunfo de Zitácuaro había sido brillante; pero en aquellos días un triunfo era casi una ilusión; ningún resultado

definitivo se obtenía, y sólo se aventajaba levantar el ánimo de los soldados, hacerse de algunos elementos de guerra y dar señales de vida, para que el Imperio no se creyese ya completamente establecido. Estos combates, estériles generalmente en sus resultados, eran la protesta de la nación contra el proyecto de esclavizarla; eran la honra de México, que no sucumbía sin combatir; eran la prueba de su desgracia, pero no de su degradación.

Cuando un pueblo que lucha por su Independencia, no se acobarda ni cede, viendo sus ejércitos derrotados, sus principales caudillos muertos o prisioneros, sus elementos de guerra destruídos; cuando la pérdida de sus grandes ciudades no le desalientan y sigue luchando, y encuentra jefes, y caudillos, y generales, en todos los que siguen con lealtad y constancia sus banderas, entonces este pueblo saldrá victorioso, aunque esté oprimido y vencido; será libre, aunque esté esclavizado; llegará a sentarse en el Tabor, aunque sangrado y adolorido, sienta prolongarse por muchos días su Calvario.

Las naciones, como Jesucristo, tienen su Tabor y su Calvario.

Solo que el Hombre Dios pasó primero por la transfiguración y después por la Cruz, y en las naciones casi siempre es lo contrario.

Porque las naciones se componen de hombres.

Y es necesario el espíritu de un Dios para soportar un Calvario después de pisar el Tabor.

La fortuna había tenido una sonrisa para México. Casi en los mismos días en que pasaban los acontecimientos que hemos referido, el general Salazar volvía de su expedición por el Sur de Jalisco, y llegaba al pueblo de los Reyes, al Oeste de Michoacán: allí una columna mixta de imperiales y franceses le sorprende en los momentos en que su caballería estaba a más de tres leguas de distancia; los asaltantes llegan hasta la plaza: Carlos Salazar, en medio de sus soldados, con su elevada talla, su voz de trueno, y su energía casi salvaje, se arroja sobre el enemigo, le arrolla, le vence, coge prisionero al jefe, y consigue, aunque por pocos días, verse libre de toda persecución.

El general Pueblita atraviesa rápidamente las líneas enemigas, y se arroja sobre la guarnición de Quiroga, ciudad que dista diez leguas de Morelia, un día se resisten los defensores de la plaza; pero en la noche salen de allí furtivamente, y Pueblita entra vencedor.

Pero todos comprendían la necesidad de reunirse y buscar una organización y un plan general de operaciones, para de esta manera poder obrar todos de acuerdo, siguiendo

las inspiraciones de una sola cabeza, de una sola inteligencia: y es admirable como todos los jefes, como por una inspiración, concibieron el mismo pensamiento y resolvieron, sin ponerse de acuerdo, sin haber mediado entre ellos ni una carta, ni un simple recado, dirigirse a Tacámbaro, como lugar de reunión.

Los franceses que guarnecían esta plaza, la desocuparon al tener noticia de los movimientos de las fuerzas republicanas, y ocho días después de la toma de Zitácuaro, todos los jefes y todas las fuerzas que componían el ejército republicano, estaban en Tacámbaro recibiendo una organización y un plan de campaña, que a pesar de las diversas peripecias y de los grandes golpes que tuvo que sufrir el ejército, debió subsistir con pocas diferencias, hasta el completo triunfo de la República.

Providenciales ciertamente fueron estos hechos que dieron vigor y esperanza a un ejército que estaba a punto de sucumbir.

Libro Quinto

EN MEXICO

I.

MEXICO.

Allí está México..... Dejad que hable mi corazón.

¡México! El ensueño, la ilusión, la esperanza de los pobres chinacos, que sin pan y sin abrigo, vagaban en los bosques, perseguidos y despreciados, delirando con la idea de plantar su estandarte sobre los palacios de Moctezuma y de Cortés.

Allí está México.

¡Cuánto hechizo encierra ese nombre para el proscrito, que antes que sentir en su frente la sombra del pabellón invasor, prefiere comer el amargo pan de la miseria, y ser extranjero donde debe serlo!

Allí está México.

Allí están esos seres queridos que lloran en la soledad la dura ausencia del hijo, del padre, del esposo; de allí salen entre el misterio y el peligro esas cartas, frágiles hojas de papel, que llevan a los soldados del pueblo, palabras de consuelo para el dolor, frases de entusiasmo para el combate, alientos de constancia para el sufrimiento.

Pliegos que abre el soldado trémulo por la emoción, entre el temblor y la esperanza; cartas en que adivina cada día menos firme el pulso del anciano padre que vacila como un tronco carcomido sin el arrimo de su hijo, y más segura la mano del niño que crece como un rosal abandonado sin la bienhechora sombra del padre.

Allí está México.

En medio de sus sombrías arboledas, se asoman sus casas, y sus Iglesias, y sus palacios, blancos y brillantes, como una bandada de cisnes que se mira en el cristal de un lago, a la sombra de las juncias y las espadañas.

Azules sus aguas como su cielo, el alma duda si es el cielo el que se retrata en el lago, o es el lago el que se refleja en el espacio.

México, hermosa sultana, tres veces cautiva y tres veces libre, ha sentido hasta el fondo de su corazón, el lúgubre sonido del asta-bandera de sus enemigos al clavarse en su suelo; y cantando al son de sus cadenas, ha vuelto sus ojos velados por el llanto para buscar entre las selvas esa chispa, que convertida en un incendio, alumbrara la última noche de su martirio. extinguiéndose ante la blanca aurora de la paz y de la libertad.

El humo de los cañones nubla el horizonte; los gritos del combate llegan entre los gemidos del viento; los patíbulos proyectan en las calles y las plazas sus sombras fatídicas a la rojiza luz del sol de la esclavitud, que se opaca entre los vapores de la sangre.

Pero México esperó, porque México ha nacido al calor de una águila y en medio de una roca aislada entre las aguas, y se ha extendido de día en día, sembrando gigantes edificios en donde antes apenas podría sostenerse la flotante linfa.

Y México esperó y venció, y la mancha que el aliento de los invasores arrojó sobre el paves brillante de sus armas, se disipó ligera al impulso del viento agitado por las alas del águila triunfante.

México es el país de los buenos corazones: los grandes malvados son aquí un fruto que solo se conoce en las novelas o en las leyendas.

El tipo de don Celso, tal como le hemos descrito, tiene quizá un colorido que aparecerá exagerado y que sólo podrá pasar como un personaje de novela.

La familia, y sobre todo, la mujer, son en México, modelos verdaderamente evangélicos y tiernos.

Cada hogar es un idilio.

Un crimen cualquiera, por poco notables que sean los accidentes que le caractericen, conmueve a esta sociedad.

Apenas el poeta, registrando mil anales domésticos, encontraría materia para escribir un drama.

Meditándolo bien, se siente orgullo en pertenecer a un pueblo en que la caridad no es una planta exótica, y en que la igualdad, la libertad y la fraternidad, a pesar de nuestras constantes luchas, no son una quimera.

Nuestras guerras han sido la operación dolorosa y sangrienta del cirujano que corta el miembro gangrenado por amor al enfermo, y no la herida del asesino que busca el exterminio de su víctima.

Europa nos condena sin comprendernos.

América nos comprende sin condenarnos.

Dios, la historia y el porvenir, nos darán el triunfo.

II.

LA FAMILIA DE MURILLO.

Don Bartolo del Murillo era un español, viejo, rico y honrado, que vivía tranquilamente en México desde el año del Señor de 1825, y ocupaba una magnífica habitación en la calle de Cadena.

La familia de don Bartolo se componía de su mujer doña Guadalupe, mexicana, criada con las costumbres de los tiempos coloniales, que no abandonaba nunca; de su hijo mayor Eduardo Murillo, a quien hemos visto pasando trabajos por Zitácuaro; y de una preciosa muchacha llamada Elena, que era la joya y la adoración de la familia.

La casa de Murillo, presentaba, pues, por razón de los personajes, una graciosa mezcla de tipos, de costumbres, y de gustos, que se hacía notar desde el traje de los criados hasta las alhajas de las señoras.

Todo aquello en que Eduardo o su hermanita habían podido influir, tenía el carácter de moderna civilización, y todo lo que era a gusto de los honrados viejos, llevaba el sello de las modas de los dichosos tiempos de Apodaca y O'Donojú.

La damita de honor, permítasenos dar este nombre a la criada de confianza de Elena, tenía chaqueta zuava, y castaña y botines, y casi se advertía cola en su vestido.

El ama de llaves de la señora doña Guadalupe, usaba armador y enaguas negras redondas y altas, y babuchas, y molote, y peinetas de carey, y delantal azul con bolsas, y llevaba a la cintura, como distintivo de su oficio, un gran manojo de llaves.

El lacayo, que se colocó por influjo de Eduardo, se abría

raya en el pelo y traía chaleco, y corbata, y sombrero bordado con toquilla, y zapatos que rechinaban al andar, y hasta anillo: y el cochero, antiguo criado de don Bartolo, ni usaba corbata, ni chaleco, ni se abría raya en el pelo, y usaba pantalón azul de piel de tusa, chaqueta de bayetón del mismo color, y sombrero forrado de hule verde, con la falda angosta y la copa alta, salvo en los días en que los "niños," como él decía a los hijos de su patrón, le obligaban, mal de su grado, a plantarse la librea.

Los muebles de la casa iban también así, así.

Si por un lado se veía un elegante reclinatorio con un cojín de terciopelo, que servía a Elena para rezar, por otro se presentaba un baldoquín de damasco encarnado, con un cuadro de la virgen de Guadalupe, y en el suelo, delante de él, un petatito de Puebla, en donde la madre se arrodillaba para hacer oración.

Los viejos muebles de la sala fueron arrinconados, pero no proscritos; y como la moda es tan caprichosa, las restauraciones se pusieron a la orden del día, y aquellos muebles se vengaron del abandono, volviendo a presentarse en escena más orgullosos que antes.

Así va el mundo.

Entre nosotros, ni en moda, ni en política, puede nadie decir de nadie, ni de nada, que ha terminado definitivamente su carrera.

Pero entremos a ver a la familia.

En una asistencia pequeña, alumbrada por una bujía de esperma, y amueblada con sillones y sillas de caoba tapizados de cerda negra, conversaban tranquilamente don Bartolo y doña Guadalupe, mientras Elena dormitaba en un sillón.

Son ya las diez,—decía don Bartolo:—me parece que puedes decir que nos sirvan la cena, para que nos vayamos a la cama.

—Otro día que se ha pasado sin que tengamos noticia de Eduardo; estoy con mucho sobresalto.

—Dios le cuidará.....

—Algunas veces me pesa de haberle dejado ir.....

—No era posible detenerle: su obligación como mexicano, le llama allí, y debe cumplir con sus deberes.

—Con razón nunca me ha gustado que se meta en política.....

—Esto no es meterse en política, señora; yo no le habría nunca aconsejado que tomara las armas, porque al fin soy su padre, y siempre habría querido verle a mi lado; pero me siento orgulloso al ver que ha comprendido su obligación: yo en mi país y en su caso, habría hecho lo mismo.

Dios no permitirá que le suceda una desgracia; pero si así no fuese, me quedaría el consuelo de que había cumplido con su obligación. Con que no llores, y despierta a Elenita y pide la cena.

Dos fuertes golpes dados en el aldabón de bronce, sonaron en el zaguán.

—Tocan,—dijo don Bartolo.

—¿Visitas a esta hora?—dijo Elena despertando.

Se oyó el ruído de la cadena del zaguán, que se desprendía; rechinaron los goznes, sonó la puerta al volverse a cerrar, y los pasos de dos hombres se escucharon en el patio.

Doña Guadalupe alzó la cortinilla del balcón para ver quiénes eran.

Dos hombres pasaban bajo la luz del farol, y uno de ellos alzó la cara.

—¡Mi hijo!—gritó doña Guadalupe, lanzándose al corredor..

—¡Eduardo!—gritó Elena siguiéndola.

—¡Dios mío, Dios mío!—dijo el viejo—que no venga indultado.

III.

EL HOGAR PATERNO.

La señora Murillo cayó casi desmayada de emoción en los brazos de su hijo: besos, lágrimas, suspiros y ni una palabra, Don Bartolo y Elena por un lado, y Jorge por otro contemplaban también llorando aquella escena.

Por fin el hijo se desprendió de la madre para caer en los brazos de su padre y de la hermana; y así enlazados, los tres penetraron a la asistencia, seguidos de doña Guadalupe y Jorge, en quien apenas habían reparado.

Todos los criados, atraídos por la novedad, se agrupaban en las puertas, y el ama de llaves, más atrevida, vino a abrazar a Eduardo llorando también, y todos los demás la imitaron.

Para todos en la casa, el niño, como le decían a Eduardo, volvía de un viaje a los Estados Unidos: solo la familia estaba en el secreto.

—Padre—dijo Eduardo cuando todos los criados salieron —le presento a usted a mi amigo Jorge: él ha sido para mí un hermano, un compañero inseparable: mamá, véale usted; háblale, Elena: él las conoce a ustedes, porque siempre le hablaba yo de ustedes, ¡es tan bueno!

Don Bartolo estrechó cariñosamente la mano de Jorge;

Doña Guadalupe hizo lo mismo, y Elena alargó tímidamente la suya.

—Viene muy enfermo—agregó Murillo.

—¡Cómo! ¿pues qué tiene usted?—preguntó precipitadamente doña Guadalupe.

—Es cualquier cosa—respondió Jorge, desplegando sus labios por la primera vez.

—Sí, cualquier cosa—dijo Murillo—no le crea usted, mamá, tiene un sablazo en la cabeza que casi le dividió el cráneo.

—¡Jesús!—exclamó Elena palideciendo.

—¡Ave María!—dijo doña Guadalupe.—¿Pero cómo no nos avisaste luego, Eduardo? Siéntese usted, señor: ahora mismo enviaremos por un médico.

—No tenga usted cuidado, señora—contestó Jorge—le he recibido hace mucho tiempo, y casi estoy sano.

—Como que yo le hice la primera curación—dijo Murillo.

—Así saldría ella,—agregó don Bartolo.

—Pero nosotros tenemos hambre: ¿es verdad Jorge?

Jorge no contestó.

—Hija, que pongan la cena—dijo don Bartolo.

—Ya está; vamos.

—Pues vamos.

Y Eduardo, como un niño, se dirigió al comedor, colgado casi del cuello de doña Guadalupe.

—Vamos, señor—dijo a Jorge don Bartolo.

—Cuando usted lo disponga.

Y los dos, precedidos por Elena, siguieron a la madre y al hijo.

La cena fué quizá de las más alegres de aquella familia. Los criados servían con una diligencia inusitada.

Jorge comenzaba a tener confianza, y tomaba parte activa en la conversación.

Entre tanto, el ama de llaves iba de aquí para allá, preparando las camas de los huéspedes.

Terminó, y fué a dar parte en voz baja a doña Guadalupe.

—Señora, he puesto dos camas en la recámara de allá arriba.

—¿Hay aguamanil y todo lo necesario?

—Sí, señora.

—Pues ponga usted ya la luz, porque deben venir cansados y querrán acostarse.

—Jorge en mi misma pieza—dijo Eduardo adivinando de lo que se trataba.

—Así está—contestó la madre.

Apesar de todo, la sobremesa se prolongó demasiado, ya

hablando de negocios de familia, ya de los conocidos de la casa, ya de la herida de Jorge.

Llegó el momento de separarse, y se convino en que debía ir un médico al día siguiente, para comenzar la curación, y que se diría que los dos jóvenes, regresando de los Estados Unidos por el rumbo de Acapulco, habían sido asaltados por unos ladrones que habían herido a Jorge.

Además, temprano los sastres se pondrían en campaña para vestir a los recién llegados.

Eduardo besó la mano de su padre, y la frente de su mamá y de su hermana, y se retiró a su habitación conduciendo a Jorge.

En esta noche Murillo no olvidó que era el enfermero de su amigo: le ayudó a desnudarse, y luego que le vió ya acostado, se sentó en la orilla de la cama.

—¡Qué diferencia entre esta noche y las que hemos pasado y volveremos a pasar en la campaña!—dijo Murillo.

—Parece un sueño—contestó Jorge—increíble se me figura que hace tan poco tiempo hayamos estado tan lejos de aquí y en una situación tan espantosa.

—¿Te acuerdas de la noche de la cañada de Papasindan?

—Y de nuestro camino hasta los picos de Cucha

—¿Y del negro Carmen que nos salvó?

—¿Y de la buena Margarita?

—Parece imposible que estemos aquí en medio del Imperio, recordando esas cosas.....

Dos golpes se oyeron en la puerta.

—Adentro—dijo Eduardo.

—¿Aun no se duerme aquí?.....—dijo don Bartolo entrando.

—No, señor,—contestaron los dos jóvenes.

—Recordábamos, padre, nuestros trabajos....

—A propósito de eso vengo—interrumpió don Bartolo, algo embarazado.—Quiero preguntarte si vienes ya a vivir a tu casa tranquilamente.

Murillo se puso encendido de vergüenza.

—Padre mío—contestó humildemente—¿usted puede creer que un hijo suyo abandone sus banderas?....

No pudo concluir: los brazos del honrado viejo estrechaban su cuello.

—Bien, bien—decía enternecido—ya me lo esperaba yo, ya me lo esperaba.... fuí un tonto al pensar.....

—Padre, vengo a una comisión importante: el general...

—Nada me digas, guarda tu secreto: son cosas del servicio, y tú eres un hombre, un soldado. No quería yo saber más: hasta mañana, hasta mañana: que Dios te haga feliz.

Y el viejo salió precipitadamente, ocultando una lágrima que rodaba por su rostro.

—¡Qué bueno es mi padre!—dijo Eduardo—metiéndose en la cama..... ¡Oh! ¡y qué noche vamos a pasar tan tranquila! Sin alarmas, sin jefe de día..... ¡Pobres de nuestros compañeros! ¿Qué estarán haciendo? Hasta mañana, Jorge.

—Hasta mañana.

Un momento después los dos dormían soñando en sus amigos.

Por supuesto, que muy entrado ya el día siguiente, todavía se prolongaba aquel sueño.

Pero a las doce, los dos amigos bajaron al comedor completamente transformados: no eran ya los chinacos que conocimos de blusa encarnada y pantaloneras grises.

Elegantes trajes habían sustituído a sus pobres ropas de camino, y cada uno de ellos era un guapo mozo.

Jorge había sufrido su primera curación de mano de un médico, y no llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo: su pelo rizado y sedoso cubría la herida, y su rostro pálido hacía resaltar sus negros y brillantes ojos, y su atusado bigote había tomado una elegante curva: aquella fisonomía era lo que verdaderamente se llama interesante.

La familia de Eduardo, que le había visto en la noche, y con el traje de campaña, esperaba al verle salir, sentir esa especie de disgusto que nos causa contemplar a un buen amigo, a un hombre honrado, con un traje que le hace ridículo; pero al llegar al comedor en donde estaban los dos jóvenes, casi le desconocieron.

Jorge había hecho sus estudios en un colegio de los Estados Unidos, y tenía esas maneras corteses y despejadas, tan naturales en los hombres que han viajado, por diversos países.

A Elena le pareció tan bien, que no pudo quitarle la vista en toda la comida; y casi se arrepintió de no haberle hecho caso la víspera.

—Es un hombre de sociedad tu amigo—dijo a Eduardo.

—Vaya si lo es; y tan instruído como valiente.

—¿Es mexicano?

—Mexicano; pero anda como yo en campaña, sin ser soldado: solo por amor a la patria.

Jorge no advirtió que Elena le miraba, ni que hablaba de él: estaba distraído.

—¡Qué simpático!—pensó Elena; y luego dijo a su hermano:—tu amigo parece triste.

—Sí: está enamorado.

—No pensaré más en él,—pensó Elena,—y ya no le vió.
Jorge tampoco observó que ya no le miraba.
Acabó la comida, y los dos amigos salieron a la calle.
Elena los vió por el balcón.
—Está enamorado,—se dijo—ya no pensaré en él.
Y sin embargo, pensaba.
La pobre niña comenzaba a enfermar.
La desgracia, el valor y el talento, son tres cualidades que cautivan a una mujer de corazón.
Elena era una mujer de corazón.
Jorge tenía talento y valor, y era desgraciado.
¡Pobre Elena!
Jorge soñaba aún en Alejandra.
¡Pobre Alejandra!
Elena pensaba ya en Jorge.
¡Qué alma de mujeres tan semejante, qué suerte tan diversa!
La una envuelta en seda y encajes, tenía, a su pesar, a Jorge como una esperanza.
La otra, pobre, caminando a pié por el Sur de Michoacán, llevaba por único consuelo, el pensamiento de Jorge como un recuerdo.
¿Jorge podría llamarse un hombre afortunado?
Las fuerzas iguales y contrarias se destruyen.
Lo mismo puede decirse en amores.
Cualquiera de estos dos amores podía hacer la felicidad de Jorge.
Los dos labrarían su desgracia.

IV.

DON JUAN DE CARALMURO.

Murillo y Jorge se dirigieron audazmente con ese valor que dan la juventud y la conciencia de una buena causa, por las calles principales, hasta llegar a la primera de San Francisco.
Algunas veces encontraban soldados y oficiales franceses o imperialistas, y al principio sentían una extraña mezcla de indignación y de temor, pero nada podían allí contra ellos, y esto templaba su cólera; y ellos estaban tan cambiados que no podían ser reconocidos, y esto disipaba su temor.
Llegaron por fin a la calle de San Francisco, y Murillo entró resueltamente en una hermosa casa, que casi tenía la apariencia de un palacio.
Una elegantísima berlina con dos magníficos caballos prie-

tos, ricamente enjaezados, estaba al pie de la escalera; varios lacayos con severas libreas azules, cruzaban por el patio, y alrededor de él, atados de las argollas que pendían de las paredes, se veían soberbios caballos de tiro y de silla.

Eduardo se dirigió al viejo portero que sentado al sol en una especie de silla sin respaldo, leía un periódico con el auxilio de unos lentes redondos, montados en hoja de lata, y que cabalgaban sobre sus narices, comprimiéndolas hasta volver gangoso al individuo.

—¿Vive aquí el señor don Juan de Caralmuro?

—Sí, señor,—dijo el portero sin dignarse apartar la vista de su periódico.

—¿Estará en casa?

—Suba usted.

Esta no es una respuesta, pero así dicen los porteros, para evitar el que a su contestación afirmativa, siga la pregunta que ellos suponen casi segura: ¿podré hablarle?

Los porteros de las casas opulentas economizan palabras y cumplidos.

Son como los bulldogs, capaces de desconocer a su mismo amo, si le ven con un traje distinto.

Eduardo y Jorge conocían que aquel permiso del portero era el todo.

Hay en todas las plazas fuertes un punto del que se dice: "tomado tal punto, está tomada la plaza."

En las casas de los grandes, o en los ministerios, tomado el portero, está tomada la casa; el portero da el exequatur.

Los dos amigos comenzaron a subir lentamente la escalera, y el viejo portero, sin dejar por supuesto su lectura, alargó con negligencia la mano, y tiró del cordón de una campanilla, que produjo un ligero repique: aquel repique anunciaba las visitas, y marcaba el "hasta aquí" de la responsabilidad porteril.

Un criado salió al corredor, y se acercó sin hablar.

—¿El señor Caralmuro?—dijo Murillo.

—Pasen ustedes a la sala, voy a avisarle.

—Eduardo Murillo,—dijo Eduardo; y siguió por el corredor y entró a la sala con su amigo.

Todo en aquella casa anunciaba, no solo la opulencia, sino el gusto y la elegancia: magníficos muebles, ricas alfombras, colgaduras y tapices de seda: mármoles, bronces, espejos, pinturas; todo esto combinado de la manera más artística y graciosa.

Y sin embargo, se notaba que en aquella casa faltaba la vida: No se escuchaba más ruido que el de los caballos que

piafaban en el patio, y el que hacían abajo los criados hablando o silbando alguna canción popular.

—Aquí no debe haber señoras,—dijo Jorge.

—En efecto,—contestó Murillo:—Caralmuro no tiene familia, y le sirven solo criados varones. ¿Pero en qué lo conoces?

—¡Vaya! en mil cosas: en primer lugar nota, que habiendo aquí tanto lujo, no hay un piano; tampoco hemos visto en el corredor pájaros de ninguna especie; las macetas míralas tan severamente arregladas, que denuncian la mano de un jardinero, y no la dirección de una señora: Además, nota en el mármol de las mesas y en el dorado de esos marcos, polvo; y las señoras no se llevan con el polvo, mientras los hombres, por muy delicados que sean en el aseo de sus casas, hacen de esto poco aprecio.

—Tienes razón.

Una de las puertas se abrió sin hacer el menor ruido, y el dueño de la casa se presentó: los dos amigos se pusieron en pie, y Eduardo se adelantó a saludarle.

Don Juan de Caralmuro era un hombre como de cincuenta años de edad, con una hermosa y despejada frente, completamente resurado: tenía una blanquísima dentadura que mostraba a menudo en su benévola sonrisa, y alumbraban su rostro dos ojos grandes, negros y penetrantes.

—¡Eduardito!—dijo abrazando cariñosamente a Murillo, —¡cuánto gusto tengo de verle! ¿Cómo ha ido de trabajos? ¿cómo ha encontrado usted a su padre y a la familia?

—Muy bien, señor, muchas gracias,—contestó Eduardo: —tengo el gusto de presentarle a usted a mi amigo Jorge Ruiz.

—Servidor de usted,—dijo Jorge.

—Mucho gusto tengo en conocerle,—contestó Caralmuro, estrechando la mano de Jorge; ya los esperaba yo.

—¿Nos esperaba usted?—exclamó Murillo.

—Sí, anoche recibí un papelito del general, en que me anunciaba a ustedes y me avisaba la toma de Zitácuaro.

—¿Pero cómo tan pronto, si nosotros no hemos perdido ni un día? ¿por qué conducto?.....

—Deje usted, que esos son secretos de su general,—dijo graciosamente Caralmuro: ya sé cuál es el objeto de ustedes al venir a México, y hablaremos algo hoy, porque un amigo me espera en el comedor.

—Entonces volveremos a otra hora,—dijo Murillo.

—No hay necesidad: aprovecharemos el tiempo; en primer lugar, tengo orden de proporcionar a don Jorge lo que necesite para su curación, y él podrá decirme.....

—Señor,—interrumpió Murillo,—Jorge viene conmigo, y

en mi casa tendrá cuanto necesite, nosotros conocemos la escasez de fondos de nuestro ejército, y no le gravaremos, porque no es necesario.

—Dice bien Eduardo, señor, yo tedría remordimiento si tomara algo para mí cuando nuestros soldados están tan infelices.

—Muy bien, jóvenes, muy bien; con patriotas como ustedes, es preciso que triunfe una causa tan santa..... Vamos a otra cosa: he mandado buscar ya las cápsulas, y dentro de dos o tres semanas podremos remitir con la señora que viene para llevarlas, una gran cantidad. ¿Usted ha de ver a esa señora?

—Tan pronto como llegue.

—Bien; usted me tendrá al tanto: ahora a lo que importa más: ¿ha pensado usted algo respecto de Romero?

—No, señor, acabo de llegar, y no sé qué habrá.

—Su causa va muy mal; hay gran empeño de fusilarle de parte de los franceses, y tanto, que creo que por ese lado toda esperanza está perdida: no nos queda más recurso que trabajar con Maximiliano para obtener el indulto; en el caso más que probable de que salga sentenciado a muerte; pero para esto es necesario conseguir certificados e informes que le favorezcan, sobre todo, respecto al ataque de Metepec.

—Señor, si hay hombres honrados que no teman decir la verdad, tendremos esos informes, porque todo el mundo ha visto al coronel procurando dar garantías, contener a la tropa, y atenuar, en cuanto ha sido posible, los males de la guerra.

Bueno; pues enviaremos a buscar estos informes: esta tarde me traerá usted una lista de las personas de quienes debemos valernos en Toluca, Tenango, Ixtlahuaca y Metepec.

Está muy bien.

—Ahora vamos por el comedor a que tomen ustedes una taza de café, en compañía de uno de mis mejores amigos.

Caralmuro se levantó y condujo a Jorge y a Murillo hasta el comedor atravesando varias piezas, en las que se notaba el mismo lujo y la misma elegancia que en la que ya habían visto.

Un hombre de la misma edad casi que Caralmuro, esperaba en el comedor, fumando un magnífico puro habano. Delante de él, encima de la mesa, un gracioso servicio de café, cuyas piezas tenían formas caprichosas, fantásticas verdaderamente, esperaba a los convidados.

Al entrar Jorge y Murillo, el hombre se puso en pie.

—El señor don Felipe Mondragón,—dijo Caralmuro, presentándole:—Don Jorge Ruiz, don Eduardo Murillo.

Los tres se estrecharon ceremoniosamente las manos, y se sentaron alrededor de la mesa.

Una hora después, todavía tomaban café y platicaban como si todos fueran antiguos conocidos.

V.

LOS CERTIFICADOS.

Sonó la campanilla del portero, y un criado entró anunciando a don Celso Valdespino.

—Que pase a la sala,—dijo Caralmuro.—Señores, dentro de un instante estaré con ustedes: este sujeto que me busca, me trae noticias que me importan demasiado: supongo que ustedes tendrán la bondad de esperarme.

—Vaya usted con confianza,—dijo Murillo.

Caralmuro salió del comedor, y se dirigió a donde le esperaba Valdespino.

Don Celso, a quien ya conocemos demasiado, estaba severamente vestido de negro, y jugaba distraídamente con una gruesa caña con empuñadura de oro, que le servía de bastón.

Al ver a Caralmuro, se arrojó en sus brazos, y los dos se estrecharon con efusión.

—Amigo don Celso, ¡cuánto gusto tengo en verle!

—Cuénteme usted, que estoy impaciente, y usted comprenderá que tengo motivo para ello.

—¡Oh! sí, señor; y tanto que usted ve que no he vacilado para servirle, en emprender mi peregrinación a la costa, de donde afortunadamente he vuelto con salud.

—Gracias.

—Pues señor, para no tener a usted por mucho tiempo en la incertidumbre, voy a referirle en compendio cuánto he podido averiguar, sin ocultar nada, aun cuando haya cosas que lastimen su corazón.

—Hable usted, hable usted.

—Llegué a Acapulco, y comencé a preguntar por todas partes a los más ancianos de la población, por el paradero de Margarita y de su hija, pero nada. Ya comenzaba a desesperarme porque los meses se pasaban sin obtener la menor noticia, cuando un día una vieja pordiosera me pidió limosna, y a la que pregunté también siguiendo siempre el propósito de tomar informes de todo el mundo, me indicó que Margarita, poco tiempo después de la muerte o desaparición de su marido, se había ido a vivir al pueblo de San

Luis, en donde pude saber que al poco tiempo de su llegada a aquel pueblo, Margarita había muerto, y la niña de cuatro años de edad, había sido recogida por una familia de México que casualmente estaba allí, y que por esos días regresó para esta capital. Aquí tiene usted un certificado con la firma del padre cura del pueblo, don Antonio Ruiz, de la partida de entierro de Margarita, que consta en los libros del Cuadrante de la Parroquia.

—¡Pobre Margarita!—dijo Caralmuro—y cubriendo su rostro con ambas manos, quedó sumergido en una profunda melancolía.

—Este otro documento,—continuó don Celso sin darse por entendido del dolor de Caralmuro, es la relación de su enfermedad y de la salida de la niña para México con la familia de que le he hablado a usted, y está firmado por un honrado herrero del pueblo, antiguo vecino, que se llama don Ladislao Pamplona.

—¿Es decir, que la niña se ha perdido, y tal vez para siempre?

—¡Ah! no, señor,—contestó don Celso, sonriendo con aire de satisfacción—de ninguna manera: he seguido su huella, y vive, y está aquí en México.

—¿En México, don Celso? ¡En México! ¡Oh! vamos, vamos a verla: los caballos están enganchados.....

—Paciencia, señor don Juan, paciencia, que no se ganó Zamora en una hora; usted la verá, y lo que es más, muy pronto la tendrá usted a su lado; pero antes es necesario ver a la persona que la tiene, y no podrá ser hasta mañana en la noche que yo vendré por usted.

—Oh, gracias; gracias: ¡cuánto le debo a usted!....

—Ya lo sé, ya lo sé; y comprendo el inmenso deseo que usted debe tener de volverla a ver; pero mañana en la noche la conocerá usted, y muy pronto podrá traerla a su casa. Por ahora me retiro: le dejo a usted esos certificados, y nos veremos mañana en la noche a las ocho; conque adiós, señor don Juan.

—Señor don Celso, ¿se va usted, y nada me dice de los gastos de su viaje, etc.?

—Será más tarde; hasta mañana.

—Pues cuando usted guste; hasta mañana.

Don Celso bajó la escalera radiante de satisfacción, y Caralmuro volvió al lado de sus visitas, pálido y con los ojos encarnados y llorosos.

—¿Qué hubo?—preguntó Mondragón, como quien conoce el negocio de que se ha tratado—¿qué tales noticias?

—Muy malas y muy buenas.

—Más vale así.

—Señores,—dijo dirigiéndose Caralmuro a Jorge y a Murillo, que se habían levantado y tomaban sus sombreros para retirarse—dispensen ustedes esta pregunta, que tal vez sea indiscreta: ¿en sus expediciones, alguno de ustedes no ha tenido ocasión de pasar por un pueblo que está cerca de Acapulco, y que se llama San Luis?

—No,—indicó Murillo con la cabeza.

—Yo sí,—dijo alegremente Jorge.

—¿Y conoce usted allí al cura don..... don.....—dijo Caralmuro buscando la firma en el documento.

—¿Antonio Ruiz?

—Sí; eso es,—dijo precipitadamente Caralmuro, eso es, Antonio Ruiz.

—Tanto le conozco,—agregó Jorge,—que le miro como a mi padre: él me ha educado, y me ha dado hasta su mismo apellido, apesar de que no somos ni aun parientes.....

—¿Y será usted capaz de decirme si esta firma....

—Oh, es la suya,—dijo Jorge besando la firma en un arrebato de ternura.

—Es el certificado de una partida del cuadrante—dijo Caralmuro, para satisfacer la curiosidad que adivinaba en el semblante de Jorge.

—¿Hace poco que llegó?—preguntó el joven.

—Me parece que ayer: de manera que usted debe estar tranquilo por su salud, además, yo me informaré.....

—Mil gramias: será para mí un gran favor; pero no más que no entienda nadie que yo quiero saberlo, porque tal vez sea motivo para que descubran nuestra venida a México...

—Pierda usted cuidado; yo me encargo de ello, y pasado mañana espero a ustedes.

—Muy bien.

Los dos amigos se despidieron; y apenas habían salido de la habitación, Caralmuro tomó la mano de Mondragón, y sacudiéndola convulsivamente, le dijo con una voz trémula de emoción:

—Margarita ha muerto, pero mi hija vive, vive: está en México, y mañana mismo debo estrecharla contra mi corazón.

Mondragón alzó los ojos al cielo.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó oprimiendo la mano de Caralmuro entre las sayas;—él aún puede ser feliz; pero yo ni una esperanza siquiera sobre la tierra.

Una lágrima corrió por sus mejillas hasta perderse en su tupida barba.

Y el padre de Alejandra y el marido de la "Guacha" se abrazaron llorando.

VI.

LOS PLANES DE DON CELSO.

Don Celso vivía en la calle de Montealegre, y para allá se dirigió al salir de la habitación de Caralmuro.

La casa del santo varón era exactamente una casa de principios del siglo.

La puerta de la calle estaba siempre cerrada, y solo se abría un postigo que daba entrada a un patio triste y oscuro; las paredes pintadas, figuraban grandes tableros azules y amarillos, deslavados por el tiempo y por la lluvia; el piso enlosado, brotaba yerba en sus junturas, y un tronco viejo de higuera, con un cerco de mampostería casi destruído constituía su único adorno.

En el descanso de la escalera había un inmenso cuadro con la imagen de la virgen de Guadalupe mexicana, y en él aparecían colgados con listones de colores y como piezas justificativas de milagrosas curaciones, brazos, piernas, ojos y cabezas de plata.

La sala tenía por muebles un largo canapé, forrado de damasco amarillo; algunas sillas de tule pintadas de negro con manzanitas y flores doradas, una mesa redonda en el centro, y cuatro rinconeras semejantes a las sillas; un petate angosto de los que se llaman de Puebla, blanco, con cuadros color de café, rodeaba toda la estancia; por delante del canapé y de las sillas y en las cuatro mesas de los rincones, había ridículas esculturas de santos, adornadas con flores de listón, y cubiertas con capelos ordinarios de vidrio. Por supuesto, que no faltaban cuadros de santos en las paredes, ni una lamparilla ardiendo delante de la Santísima Trinidad, ni un braserito para encender los cigarros sobre una mesa, ni un platito de loza de China con una baraja y unos granos de maíz para jugar al tresillo o la malilla.

La servidumbre se componía de la vieja Pilar, a quien vimos en el rapto de Alejandra y a quien conocimos en la historia de la "Guacha," y que era, como si dijéramos, el ministro universal; de una cocinera y de un zapatero viejo, que servía de portero, y algunas veces de criado, sin más recompensa que el camaranchón que se formaba debajo de la escalera, por habitación y una pobre vela de a tlaco todas las noches para alumbrarse.

Don Celso tenía reputación de muy caritativo, y todas las mañana, los sábados, más de treinta mendigos entre los que había hombres, mujeres y niños, se presentaban y se reunían frente a su casa, cubiertos de harapos sucios, y casi repugnantes: permanecían allí dos, tres hasta cuatro horas,

impidiendo el paso a los transeuntes y causando unas veces asco y otras lástima, pero llamando siempre la atención sobre sí, hasta que se les daba "**su caridad**" que consistía en una torta de pan de menos valor que un centavo, y que repartía ostentosamente Pilar, no sin reñirlos de paso porque estaban arruinando a su señor; y toda aquella munificencia casi nunca ascendía a tres reales.

Cuando don Celso llegó a su casa, Pilar estaba en conversación con una mujer ya anciana también.

—Buenas tardes,—dijo don Celso.

—Buenas tardes, señor—contestó Pilar:—aquí está la señora que fuí a buscar.

—Muy bien; ¿es usted.....?

—Sí, señor.

—Pues pase usted a la sala.—Pilar: ve a abrir.....

—Está abierta.....

Don Celso se sentó en el canapé, y la recién venida a su lado.

—Supongo, señora,—le dijo don Celso—que Pilar habrá dicho a usted cuál es mi deseo.

—Sí, señor;—contestó la vieja,—y estoy conforme en ayudarle a usted. Yo, como usted sabe, tengo una niña que no es hija mía, y que debe tener muy cerca de diez y seis años; digo que esos debe tener, porque hace cerca de doce que me la dieron muy pequeñita, y desde entonces se ha criado a mi lado.

—¿Cómo se llama?

—Leonor la llamo yo.

—¿Y es bonita?

—Señor, ¿qué le puedo decir a usted, si la veo como hija?

—Vamos, señora, la verdad, que se trata de negocio: ¿qué señas tiene? veamos.

—Pues señor, es alta, blanca, de pelo negro algo quebrado, ojos negros muy grandes, la nariz ni aguileña ni roma, la boca muy fresca, muy bonitos dientes; no es gorda, pero no es delgada.... garbosa como una reina.....

—Bueno, me hago el cargo... ¿y está bien educada?...

—¡Ah! sí, señor: sabe leer, escribir, contar las cuatro reglas, sabe tejer de gancho y con agujas, cose muy bien en blanco, hace unas marcas muy bonitas.....

—Y de educación social, esto es, de trato de gente, ¿qué tal?

—Algo, no mucho; como yo tengo pocas visitas, y no vamos a bailes, ni a diversiones.....

—¿Y no tiene novio?

Ni tiene ni ha tenido, porque la he cuidado como a la niña de mis ojos; nadie la ve, y ella casi a nadie conoce.

—Todo está muy bueno, me conviene: ahora vamos al negocio; voy a proponerle a usted mi plan: se trata de que esa niña tenga una colocación muy brillante en la sociedad, y por consiguiente, usted también como su madre adoptiva: van ustedes a ser muy ricas.

La vieja abrió los ojos desmesuradamente.

Don Celso continuó.

—Pilar me ha dicho que usted es una mujer de confianza y de secreto, y por ella conozco a usted y sé su nombre.

—Salvadora Gómez, para servir a usted.

—Ya lo sé, ya lo sé, vamos adelante; en primer lugar, es necesario decir a esa muchacha, que ha encontrado usted a su padre; ¿sabe ella que es huérfana?

—Sí, señor.

—Pues bien, que ha encontrado usted a su padre, que es un señor muy rico, y que irá a verla mañana en la noche, y prepararla para que le reciba bien, contarle que nació en Acapulco, que se llama Alejandra, y que su madre, que se llamaba Margarita, murió en el pueblo de San Luis, en la costa, donde estaba usted casualmente con su familia, y en donde la recogió usted y se la trajo para México, hará doce años. Esto mismo debe usted sostener al padre, a quien debo llevar mañana a la casa de usted.

—Pero si yo no conozco la costa, ni he estado nunca en ese San Luis, ni nada: puede cogerme en mentira.....

—No hay cuidado: mañana muy temprano viene usted acá en donde estará esperándola un herrero de San Luis con su mujer, que se han venido conmigo: ellos le contarán a usted cosas de por allá que puede usted repetir, y creerán todos que ha estado por la costa, y si algo se le pasa, usted puede decir: "ya no me acuerdo: hace ya tanto tiempo... estuve allí pocos días," y..... otras mil cosas.

—Vaya, así puede que pase.... y luego.....

—Luego yo iré diciendo a usted lo que ha de hacer; lo que importa es que nada haga sin avisarme o consultarme: cuando no pueda usted personalmente, por medio de Pilar.

—Muy bien.

—¿Y cuándo podré ver a Leonor?

—Cuando usted quiera.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

—A las ocho estaré en su casa de usted: ¿qué calle es?

—En la calle de la Merced, en la casa del Pueblo: no más pregunta usted a la casera por doña Salvadora, la de la velación, que así me dicen, porque siempre he tenido a mi cargo la velación de la iglesia de Loreto, y le llevarán a usted a mi cuarto.

—Vaya una casualidad; estamos de buenas: allí mismo vive con su familia el herrero de quien le hablé a usted.

—Ah, entonces ya caigo; serán dos viejos que están siempre muy abrigados, y se pasan el día en el sol.....

—Los mismos.

—Que tienen dos hijos y un huérfano que le dicen Cacomixtle.....

—Los mismos.

—Pues entonces la cosa es mejor, y no necesito venir aquí para que me cuenten: en la casa será más fácil.

—Sí; esta noche que vaya, lo arreglaré.

—Muy bien. Pues me retiro, porque comienza a pardear la tarde y voy a llegar noche a mi casa: con que le espero a usted a las ocho.

—Allá estaré.

—Bueno; hasta luego.

—Hasta luego, señora.

La vieja salió de la sala, y al pasar frente a una de las piezas, gritó:

—Hasta mañana, Pilarito.

—Hasta mañana, doña Salvadorita,—contestó Pilar; y corrió a llevar el chocolate a don Celso, que había quedado solo.

Don Celso se estuvo escribiendo hasta que oyó sonar en el reloj de la catedral las siete y media.

Entonces llamó a Pilar, le pidió su capa y su montera; se puso ambas cosas, y echándose cuatro o cinco onzas en el bolsillo, salió a la calle, encargando mucho al portero que cuidara bien la casa, que no abriera a nadie, y que no se fuera a dormir cuando él volviese.

VII.

UNA AZUCENA ENTRE CARDOS.

México sentía la mano de hierro de los franceses.

Durante el día, el movimiento de las tropas, la afluencia de gentes que tenían necesidad de ir a sus negocios, el concurso de indiferentistas de ambos sexos que atraían a los paseos y a las plazas las músicas que con este objeto colocaban allí los conquistadores, comunicaba a la ciudad una especie de alegría ficticia, que hubiera muy bien podido tomarse por indicio de bienestar, de tranquilidad y de contento.

Durante el día, la ciudad, como una mujer víctima de

secretos pesares, ocultaba como ella su dolor, y tenía sonrisas para la sociedad y para su tirano.

La ciudad tenía para el sol la careta de seda y su traje de gala.

Entonces los franceses se creían no solo temidos, sino amados; soñaban entonces con la perpetuidad de su poder y con la eterna posesión de su conquista.

Soñaban a la luz del sol, porque el sol es tan bello, y sobre todo en México, que si no disipa, ahoga los remordimientos.

Pero llegaba la noche.

La noche es la conciencia del malvado, porque le trae, entre sus sombras y sus misterios, la claridad y la verdad de sus crímenes, y en su silencio, los gritos de sus víctimas.

La noche es el descanso del que sufre; bajo su negro manto pueden correr tranquilas sus lágrimas, pueden ahogarse sus sollozos.....

México reía a la luz del sol con sus verdugos y con sus malos hijos, pero lloraba en la noche con sus leales y con las sombras de sus mártires.

Apenas obscurecía, las calles comenzaban a quedarse desiertas; y a las ocho de la noche, apenas en un silencio pavoroso se escuchaban las pisadas de uno que otro vecino que se retiraba temblando de encontrar al gendarme francés que se paseaba por la calle con su fusil, deteniendo y examinando a todos, y mandando presos al vivac a cuantos a su doble posición de gendarme y de conquistador, consideraba sospechosos.

A veces por los balcones de una elegante casa, se veía salir un río de luz, y se escuchaba una música melodiosa que ejecutaba alegres danzas. Allí había un baile, y aquella luz y aquella música, que se derramaban sobre una calle pavorosa y triste, era la ironía más sangrienta.

Aquellas parejas bailaban alegremente toda la noche, y salían del sarao tranquilas y satisfechas, casi siempre a la misma hora que salían para la plazuela de Mixcalco, todos los días sin excepción, multitud de hombres condenados a sufrir la última pena, por el horrendo crimen de amar la Independencia de su país. Iban a morir por haber querido dar patria libre a los hijos de aquellos mismos que bailaban cuando ellos caminaban al suplicio. Y los últimos acordes de la música y el ruido de las descargas de la ejecución, se confundían en un solo eco.

México de día era la Mesalina de los franceses.

México de noche era la madre de los republicanos proscritos y perseguidos.

Vamos a nuestra historia.

Don Celso llegó hasta la casa que le indicó doña Salvadora, y se dirigió a un cuarto que tenía sobre la puerta un gran letrero que decía "Casera."

—Señora, buenas noches.

—Buenas noches,—contestó una mujer:—¿qué mandaba usted?

—Señora, ¿no me hace usted el favor de que me enseñen dónde vive doña Salvadora, la de las velaciones?

—Sí, señor; ya van. Tío Nicho, enséñele usted al señor dónde vive doña Salvadorita.

—Vamos, señor,—dijo saliendo del cuarto de la casera un aguador viejecito y pequeño de cuerpo;—por aquí.

Don Celso le siguió atravesando por delante muchos cuartos y viviendas.

En unos había hombres y mujeres trabajando, en otros grupos que conversaban, que jugaban, que tocaban vihuelas y cantaban, en otros, rezaban, lloraban, comían.

Aquella era una Babel: al lado de un cuarto en que estaba tendido un muerto, tres muchachas perdidas reían y retozaban con dos hombres; y más adelante un viejo artesano encorvado por el trabajo, acababa una obra de zapatería, a la vacilante luz de un mechero de aceite que expiraba.

Subieron una escalerita en el segundo patio, y el aguador indicó a don Celso, con la mano, una puerta en el fondo de un corredor escasamente alumbrado.

Don Celso le dió una moneda, y se dirigió a aquella puerta, que se abrió antes de que él llamara.

La cabeza de doña Salvadora destacó su silueta en el claro de la habitación alumbrada por dentro.

Sonaba en este momento la plegaria de las ocho.

—Eso es, así me gusta, puntualito,—dijo la vieja:—pase usted, don Celso; buenas noches.

—Buenas noches,—dijo don Celso entrando.

—Siéntese usted.

—¿Y Leonor?

—Voy a llamarla: se estaba vistiendo para recibir a usted: ya le dije .....—La vieja guiñó el ojo.

—¿Y qué dice?

—Muy contenta, todo lo ha creído, voy a llamarla.

—Vaya usted.

La vieja se entró a la pieza interior, y don Celso pudo ver la salita muy pobre pero muy aseada: en las rinconeras había unos vasos con amapolas y otras flores, y en una de ellas había un libro; don Celso vió el título: "Los Miserables."

Don Celso movió la cabeza como diciendo:—¿qué tal? ¿qué le parece a usted?

—Señor don Celso, aquí tiene usted a Leonor,—dijo doña Salvadora presentándose en el aposento.

Don Celso volvió la cara al oir la voz de la vieja, y casi quedó deslumbrado de la belleza de Leonor.

Aquello era más de lo que él se prometía; era más de lo que podía haberse imaginado.

Leonor era tal como la había descrito doña Salvadora, y sin embargo, no hubiera podido nadie formarse una completa idea de su hermosura.

Un cutis blanco y transparente dejaba percibir en medio de un fondo suavemente rosado, los purísimos trazos de azuladas venas; los ojos grandes y negros tenían esa especie de somnolencia melancólica que distingue a la mujer de las razas meridionales; sus labios un poco gruesos y su boca un tanto grande, hubiera parecido defectuosa a un maestro de pintura, y adorable, encantadora, a un poeta y a un hombre de gusto.

—Señorita, a los pies de usted,—dijo don Celso, tan cortado como un estudiante que se encuentra por primera vez con la señora de sus pensamientos.

—Buenas noches,—contestó Leonor haciendo oír el timbre de voz más melodioso que había llegado a herir los oídos de Valdespino.

—El señor don Celso,—dijo doña Salvadora dirigiéndose a Leonor,—viene a hacerte una visita en nombre de tu padre, a quien tendremos el gusto de ver aquí mañana.

—¡Mi padre!—dijo Leonor:—¡qué extraño se me hace oír esta palabra!

—Sí, su padre de usted, señorita, que la llora perdida hace tantos años.

—Pero yo deseara comprender este misterio. ¿Por qué me separaron de su lado? ¿por qué no estaba al lado de mi madre a la hora de su muerte? En fin, necesito que se descorra este velo que oculta la historia de mi vida.....

—Esos son secretos de su padre de usted, señorita, que mañana él tendrá el placer de aclararlos; yo no soy más que un enviado suyo.

—Pero ¿por qué no ha venido él mismo esta noche?

—Era preciso prepararte, hija mía,—dijo doña Salvadora, —porque tal vez la sorpresa te hubiera hecho mal.

—O tal vez,—añadió don Celso,—usted no le hubiera reconocido inmediatamente, y todas las explicaciones que ahora se han hecho ya a usted, hubieran tenido que hacérselas delante de su padre, y usted comprenderá que su posición sería cruel y embarazosa.

—¡Oh!—exclamó Leonor,—¡qué deseos tengo de conocerle!

—Y quedará usted tan contenta de ello, como él satisfecho de la hija que el cielo le devuelve.

—¿Es muy bueno mi padre?—dijo Leonor acentuando tiernamente esta palabra.

—Tan bueno, tan rico y tan considerado, como usted lo merece.

—Tráigale usted, señor, tráigale usted.

—Mañana a las ocho de la noche,—dijo don Celso levantándose:—mañana.

—¿Se va usted?

—Señorita, tengo que hacer.

—¿Tan pronto nos deja?

—Mañana volveré, y trayéndole a usted a su padre tierno y amoroso.

—Dios lo haga.

—Lo hará. Hasta mañana.

—Buenas noches.

Y don Celso estrechó la mano de Leonor, blanca y suave como un copo de algodón.

—Le alumbraré a usted hasta la escalera,—dijo doña Salvadora, tomando una palmatoria con una luz.—No salgas, niña, que hace frío; quédate.

Leonor cerró la puerta y se sentó en una silla.

Pensaba, pensaba, porque apesar del deseo de conocer a su padre, no se sentía emocionada, y esto le parecía un delito: se acusaba de ser una hija desnaturalizada, pero todo aquello era tan extraño, tan misterioso, había tanta frialdad, tan poca efusión en los personajes que habían intervenido en los preparativos de aquel reconocimiento, que ella no se sentía bien.

—Dios me guiará—dijo entre sí—quizá sea verdaderamente mi padre, y quizá no tenga el alma como estas gentes.... pero si quisieran burlarse de mí, sacrificarme, explotar mi orfandad..... Dios me guiará.

Mañana temprano, había dicho don Celso a doña Salvadora al despedirse—vendrá aquí el herrero; y como para contar a Leonor algo de su niñez, y de su país natal, hablará de todo eso, procure usted aprender bien la lección.

—Está corriente.

—Voy a verle. ¿Dónde vive?

—Aquí, en el cuarto número 13; pero ya se habrá acostado.

Las gentes de Tierra Caliente se acuestan muy tarde.—Hasta mañana; y le deslizó dos onzas de oro al despedirse.

—Buenas noches, y mil gracias—dijo la vieja guardando su dinero.

Don Celso llamó en el cuarto número 13.

—Adentro—contestó una voz conocida.

Don Celso empujando la puerta, penetró en la habitación: los muchachos dormían, y solo Cacomixtle estaba en un rincón despierto.

—Señor don Celso—dijeron Lalo y Ramona levantándose ¿qué milagro?

—Lalo, te necesito: es preciso que mañana temprano vayas con Ramona a visitar a la señora doña Salvadora que vive allá arriba, en el fondo del corredor: allí hay una muchacha muy bonita, y a quien vas a platicarle de la tierra que es la suya.

—¡Qué! ¿es de la costa?

—No; pero es fuerza hacerle creer que es de allá; ya sabes que es Alejandra, que vino acá muy niña.

—Ah, ya caigo: ¿esta es la que hemos de hacerle tragar por hija al otro?

—Cabal.

—Pues iré; adiós: toma—y le alargó la mano con dos duros.

—Gracias.

Don Celso salió. Lalo cerró tras él la puerta, y abriendo su mano, mostró silenciosamente a Ramona las dos manedas blancas y brillantes.

—¡Qué hombres más malos!—pensó el Cacomixtle: ya tienen entre manos "obrita." ¡Qué falta me hace el señor cura, aunque el pobrecito se dejó dormir....

VIII.

LA CORTE MARCIAL.

Nicolás Romero y sus desgraciados compañeros habían sido conducidos a México para ser juzgados por la Corte Marcial.

¿Quién no ha oído hablar de las Cortes Marciales francesas?

Tribunales espantosos y sanguinarios si es que puede darse el nombre de tribunales a esa reunión de hombres destinados a dirigir y organizar asesinatos.

En las Cortes Marciales no había defensa posible: casi siempre la simple denuncia bastaba para fundar una sentencia de muerte, que se ejecutaba sin dilación: ninguna garantía, ninguna esperanza, ninguna salvación para el acusado.

Los vocales de esas juntas, ávidos de sangre, atropellaban las fórmulas más comunes y aceptadas en los juicios, y

su solo objeto, su única misión, era procurar diariamente ocupación a los verdugos que, como el tigre que acecha la presa, esperaban todas las noches la lista de los que al día siguiente debían dejar de existir.

La Inquisición tenía más aparato para el suplicio, quizá más crueldad en los tratamientos que hacía sufrir a sus víctimas; pero más deseo de sangre y más constancia en el asesinato, no.

Las Cortes Marciales, en poco más de tres años que duraron establecidas en México, hicieron morir por lo menos triple número de individuos que la Inquisición en casi tres siglos.

Sólo la famosa ley de 3 de octubre publicada por el Imperio, excedió en crueldad a las Cortes Marciales.

México estaba sobrecogido de espanto: la espada de Damocles pendía en cada hogar sobre la cabeza de cada miembro de familia.

Todo el mundo esperaba un sangriento término en el juicio de Nicolás Romero y de sus oficiales, y nadie, a excepción de algunos hombres de corazón de hiena, estaba contento.

Le hacían a Romero cargos que, por ridículos, formaban un espantoso contraste con el valor que les daba la Corte Marcial.

Se le reprochaba como un crimen haber hecho requisición de caballos para montar a sus soldados, sin recordar que Bonaparte, el primer cónsul, había hecho en París lo mismo para reorganizar las caballerías del Ejército del Rhin.

Se le presentaba como prueba de las calumnias de que era víctima, una carta de su general, en que le aconsejaba el mayor orden y moralidad en la tropa, como si un consejo o un mandato en este sentido, probara otra cosa, que la nimia escrupulosidad que tenían los jefes republicanos para guardar y cuidar de las garantías sociales.

El fiscal o relator Lafontaine emplazaba orgullosamente a todos los jefes republicanos para el banquillo de la Corte Marcial, y pedía siempre con más o menos entusiasmo, la muerte para Romero y sus oficiales.

Vana fué la defensa, vanos e inútiles los esfuerzos de todos los hombres de bien.

La Corte recibió mil informes favorables a Romero.

Los testigos todos declararon su buen comportamiento, y solo dos soldados franceses, que debían la vida a la generosidad del coronel republicano, declararon en su contra.

¡Pero no! Aún hubo otro, otro que por vergüenza de México, es mexicano; otro que mostró en sus declaraciones una especie de rabia encarnizada, acusando a Nicolás Ro-

mero de haberle robado hacía algunos años, su caballo, y a pesar de los empeños y de los ruegos de varias personas, no quiso callar ni retirar su declaración, que fué en la que casi se apoyó la sentencia de muerte: este hombre se llamó Manuel Echávarri.

La familia Murillo estaba en aquella estancia misma en que la conocimos; pero ésta vez Elena no dormía, aunque también eran más de las diez de la noche. La joven estaba inquieta, y cada vez que oía tocar al zaguán, se levantaba a ver por el balcón que daba al patio, quién llegaba.

—Esta ansiedad es mortal—dijo doña Guadalupe.

—Horrible—contestó don Bartolo.

—¿Qué habrá sucedido?

—Yo tengo esperanza—decía don Bartolo—de que no le condenen a muerte; se han presentado buenos informes, y todos los testigos han declarado bien.

—Sí; pero ese Echávarri ha declarado: de manera que eso será bastante para que el pobre Romero vaya al cadalso.

—Pero qué, ¿no le hablaron? ¿no le suplicaron?

—Sí, pero todo fué en vano.

—Dios se lo perdone.

—Dios se lo perdone,—repitió don Bartolo.

En este momento sonó el zaguán.

—Ahí están,—dijo Elena.

—¿Qué habrá sucedido?—dijo doña Guadalupe.

Se oían los pasos de Jorge y de Eduardo que iban subiendo la escalera; el silencio en la estancia era completo; don Bartolo, su mujer y su hija no se atrevían ni a hablar; casi contaban los pasos que se venían acercando poco a poco: por fin empujaron la vidriera.

—Abre,—dijo a Elena doña Guadalupe.

Elena abrió: los dos jóvenes entraron sombríos y silenciosos.

—¿Qué hay?—dijo con ansiedad doña Guadalupe.

—Todo se ha perdido,—contestó Jorge.

—No hay ya esperanza; están sentenciados a muerte, —agregó Eduardo.

—Ese hombre muere porque los franceses le tienen miedo—dijo el viejo don Bartolo.

Todos volvieron a quedar en silencio.

Eduardo besó la frente de doña Guadalupe, y se sentó.

Jorge entrechó la mano del viejo y se sentó también.

Elena no se atrevía ni aun a mirarlos.

La muchacha sentía crecer cada día su simpatía por Jorge, y en medio de su candor y su inocencia, no dejaba de dirigirle de cuando en cuando miradas incendiarias.

Estaba en su derecho, y esto en ella era casi tan justo como la defensa de la propia conservación, irreprochable y de derecho natural.

Pero aquella noche había de por medio un negocio tan grave, que Elena tuvo vergüenza de pensar siquiera en otra cosa.

—¿Y no habrá esperanza en el indulto?—preguntó doña Guadalupe.

—Creo que no, madre,—contestó Eduardo.

—Pero el emperador se lo ha prometido al licenciado don Pedro Escudero y Echanove, diciéndole que le avise violentamente si sale condenado Romero.

—Ojalá—dijo Jorge;—pero temo mucho que nada consigan, porque cada día me convenzo más de que no es Maximiliano el que manda, sino los franceses.

—En fin, haremos otro esfuerzo—dijo don Bartolo—aunque ustedes ya saben que yo tengo pocas relaciones, y sobre todo, con las gentes que figuran; pero haremos, haremos lo que se pueda. ¿Crees que aún habrá tiempo, Eduardo?

—Yo creo que sí, padre; casi a las diez se ha concluído la audiencia, y supongo que no será mañana la ejecución.

—Bueno,—contestó don Bartolo,—pero por sí o por no, siempre lo más prudente será comenzar a trabajar esta noche. Mira, dí que pongan el coche, y tú, Guadalupe, dame mi capa y mi sombrero.

—¿Vas a salir?—dijo doña Guadalupe.

—Voy a ver a Caralmuro, a ver si podemos hacer algo en favor de Romero.

Eduardo salió a mandar poner el carruaje, y doña Guadalupe entró por el sombrero y la capa de su marido.

En la mayor parte de las familias de México, se observa que aun cuando están en el mayor grado de prosperidad, las mujeres tienen costumbre de servir y cuidar personalmente a sus maridos, sobre todo en estas pequeñeces. Hermosa y santa costumbre, que hace siempre del hogar, el hogar, y de la familia, la familia; que no permite a las riquezas ser el sepulcro de esas benditas obligaciones de la esposa, y que conserva en toda su pureza y en todo su vigor, esas delicadas atenciones del hombre con la compañera de su vida.

Entre nosotros la esposa, la mujer, es la mitad de nosotros mismos, y no se considera solo, como en otras partes, respecto al marido, como el socio industrial para ganar el sustento o padecer entre los pobres el socio capitalista para negociar o derrochar entre los ricos.

—Aquí está la capa—dijo doña Guadalupe:—¿te vas sin cenar?

—Sí.

—Tome usted algo, papá—dijo Elena.

—No, hija: en la casa de Caralmuro tomaré algo si me da hambre; al fin, es hombre solo, y yo tengo con él bastante confianza: lo que importa es no perder el tiempa; ea, a ver mi capa.

Don Bartolo se puso su sombrero, y luego se volvió de espaldas para que doña Guadalupe le pusiera la capa.

—Muy bien.

—Ya está el coche,—dijo Eduardo entrando.

—Pues vamos. Ya vuelvo, Guadalupe.

—¿Acompañamos a usted?—dijo Jorge.

—No; es mejor que se queden con la familia, porque tal vez vuelva yo tarde, y no estaría tranquilo si todos los hombres nos fuésemos.

Don Bartolo bajó la escalera, y poco después se oyó el ruido sordo del coche, rodando en el patio, y luego el ruido más sonoro que hacía en la calle, y que se fué perdiendo rápidamente en dirección al centro de la ciudad.

IX.

UNA GOTA DE ACIBAR EN UNA COPA DE MIEL.

Daban las once de la noche en el reloj del palacio imperial, cuando el carruaje de don Bartolo se detenía en la puerta de la casa de Caralmuro.

—Ya estará don Juan durmiendo el segundo sueño, pensó Murillo; si no fuera porque la cosa urge y es tan importante, no llamaba; los porteros estarán durmiendo ya; va a ser necesario alborotar la casa.

Don Bartolo llamó con dos golpes furiosos, y cuando esperaba que tardarían mucho en abrirle, y que sería necesario volver a llamar, vió que la puerta se abría inmediatamente.

—¿Está aún despierto Caralmuro?—preguntó.

—Sí, señor; suba su merced—contestó un lacayito que había abierto el zaguán.

—Bueno,—pensó don Bartolo;—esto me quita algo la mortificación.

Y comenzó a subir la escalera, tosiendo de cuando en cuando como todos los viejos.

Al llegar al corredor, observó mucha luz en la sala, y oyó voces de señoras que hablaban y reían en ella.

—¡Calle!—dijo deteniéndose:—¿qué es esto? ¿si habré equivocado la casa? Pero no; si el lacayo me dijo que Ca-

ralmuro estaba aún levantado: ¿Se habrá casado este hombre?

—¿Qué mandaba usted?—dijo una criada que salió al corredor.

—¿Criadas?—dijo entre sí don Bartolo:—si aquí no había más que hombres.

—¿Buscaba usted al señor?—insistió la criada viendo que no respondía.

—Sí, al señor don Juan de Caralmuro,—contestó don Bartolo, esperando con esta contestación sacar algo en limpio.

—Pues pase usted a la sala, allí está con la niña,—dijo la criada, y volvió a entrarse a las piezas.

—¿Con la niña? pues ahora sí que no lo entiendo; pero vamos a ver: y se dirigió resueltamente a la sala.

En un sofá, Caralmuro y Mondragón conversaban alegremente con Leonor y doña Salvadora, que estaban con ese aire de confianza que tiene una mujer en su casa, sentadas en dos sillones al lado del sofá.

Leonor estaba encantadora: sus mejillas coloreadas por el placer y sus ojos brillantes por la satisfacción, la hacían más bella que nunca: una elegante bata de muselina vaporosa y transparente, había substituído a su pobre vestido de percal blanco con listas cafés; y sin más alhajas que unos sencillos pendientes de coral y un fino bejuquito de oro en el cuello, estaba verdaderamente ideal.

Caralmuro la contemplaba con delicia y la muchacha le hablaba con esa gracia y esa ligereza que son el ámbar que exhala el alma virgen de una mujer a los diez y seis años.

—Vamos, hijita,—decía Caralmuro;—¿de nada te acuerdas? ¿ni del mar, ni de las palmas, ni de nada?

—De nada, papasito,—contestaba la muchacha tomándole una mano: no recuerdo más mar que el que hay pintado en un cuadro de Robinson en mi casa de la Merced, ni más palmas que las del domingo de ramos.

Caralmuro reía.

—Salió tan niñita de la costa,—decía la vieja Salvadora, —que es imposible: si yo, como le digo a usted, apenas recuerdo, pues ella.....

—Buenas noches,—dijo en la puerta don Bartolo.

—¡Oh, amigo don Bartolo!—dijo Caralmuro:—cuánto bueno por esta casa. Pase usted, pase usted, que no podía llegar en mejor ocasión: estoy de enhorabuena, soy verdaderamente feliz en esta noche; voy a presentarle a mi hija, a mi Alejandra, a quien yo creía ya perdida para siempre: mírela usted. Alejandra, te presento a mi buen amigo el señor don Bartolo de Murillo, un hombre muy honrado, padre de una muchacha muy bonita y de un joven muy simpático. ¿Es

verdad don Bartolo, que es muy bonita mi hija? ¿Es verdad que no me ciega el amor de padre? Diga usted que tiene tan buen gusto.

—En efecto, esta señorita es muy hermosa,—contestó don Bartolo, atarantado con aquel diluvio de palabras, con aquella locuacidad tan extraña en el carácter reposado de Caralmuro.

Un gran dolor o un gran placer cambian el carácter de un hombre, vuelven tonto al más hábil y al más avisado; y don Bartolo comprendió que allí pasaba una cosa muy extraordinaria, porque jamás recordaba haber visto de esa manera a su amigo; y así es que después de saludar a Mondragón y a doña Salvadora, se determinó a esperar la explicación de aquel enigma, y la oportunidad para hablar de su negocio. Conocía que no había llegado en buena hora, pero también sabía que no había otra.

—¡Oh! pues oiga usted,—continuó Caralmuro:—hace catorce años por lo menos, que perdí a mi hijita, y hasta hoy me la vuelve Dios, pero ¡qué hermosa y qué buena, porque ahí donde usted la ve, tiene un corazón de ángel. ¡Oh! usted sabe lo que se quiere a una hija; figúrese usted lo que sentiría si se perdiera su Elena.....

—¡Eh!—dijo don Bartolo,—que ante esta idea olvidó hasta el negocio que llevaba.

—Que se perdiera su Elenita y que la llorara usted por muerta trece o catorce años, y sin saber de ella.....

—¡Jesús! ¡Dios me libre!

—¿Y qué sentiría usted el día que volviera a encontrarla?

—¡Ah! ya lo creo.

—Pero soy un loco,—dijo de repente Caralmuro; usted debe tener algo importante que decirme, donde ha salido de su casa a esta hora; pero estoy tan contento, soy tan feliz, que de todo me olvido hoy.

—Sí, en efecto, tengo algo que decir a usted,—contestó don Bartolo.

—Pues pase usted por acá—dijo Caralmuro levantándose y dirigiéndose a un gabinete inmediato.

—Vamos, con permiso de las señoritas.

—¿Qué tiene usted, amigo?—preguntó Caralmuro, luego que se hubieron sentado.

—Señor don Juan, malas noticias: Nicolás Romero ha sido sentenciado a muerte.

—¡Cómo!.....

—Como usted lo oye; a las diez, poco más o menos, se ha pronunciado la sentencia.

—Pero eso es inícuo, infame; eso no tiene nombre.

—Será lo que usted quiera; pero así ha pasado.

—¿Y cuándo debe ejecutarse la sentencia?

—No se sabe; pero creo que no debemos perder tiempo.

—Tiene usted razón, no debemos perder tiempo, y los momentos son preciosos: el Emperador ha prometido el indulto y es necesario obtenerlo esta misma noche, voy a decir que enganchen.....

—No hay necesidad: mi carruaje está a la puerta y puede usted disponer.

—Muy bien: pase usted a la sala mientras vuelvo: voy a ver a Escudero.

Caralmuro besó la frente a Leonor, ésta le besó la mano, y sin más despedida, salió de la sala y bajó las escaleras.

Leonor y las visitas quedaron en silencio, y se oyó en la calle, distintamente, la voz de Caralmuro, que decía al cochero: calle de Medinas número 5, y el carruaje echó a andar.

—Si logro salvar a Romero,—decía Caralmuro, arrellenándose cómodamente en un rincón del carruaje, es este el día más feliz de mi vida. Encontrar a mi hija, y librar de la muerte a un buen patriota.

Media hora después el coche volvía de la calle de Medinas, y Caralmuro pensaba:

—¡Qué desgracia en un día tan feliz para mí! Una gota de acíbar en una copa de miel.

X.

UN CALVARIO.

La familia de Murillo esperaba la vuelta de don Bartolo, y era ya más de media noche.....

A cada ruido de coche que se oía por la calle, decía Elena: ahí viene, y se asomaba al balcón. Jorge y Eduardo estaban anonadados; les parecía imposible que se atrevieran a fusilar a Romero; tan valiente, tan generoso, tan desinteresado, tan patriota.

Por fin se oyó venir un carruaje que se detuvo frente a la casa, y se escuchó ese silbidillo que sirve a los cocheros en la noche para anunciar su llegada y que se les abra sin necesidad de llamar al zaguán.

La puerta se abrió, y el coche penetró en el patio, que comenzaba a estar a obscuras.

Don Bartolo llegó al lado de la familia.

—No hay esperanza,—dijo,—para ahorrarles la pena de preguntar.

Todos callaron.

—¿Quieres cenar?—preguntó un cuarto de hora después doña Guadalupe.

—No,—contestó don Bartolo.

—Ni yo, ni yo,—dijeron todos unos después de otros.

—Pues vamos a nuestras habitaciones. Y cada uno se retiró silenciosamente.

Es inútil decir que nadie pudo conciliar el sueño....

Serían las cuatro de la mañana, y Jorge se incorporó en el lecho.

—¿Qué tienes?—preguntó Eduardo.

—No he podido dormir un solo instante.

—Ni yo: he contado las horas unas tras otras.

—¿Vas a vestirte?

—Sí, me es imposible estar en la cama más tiempo, y quizá me atreva a salir para ver por última vez al coronel.

—Pero eso sería horrible.

—Más horrible sería no volverle a ver siquiera por última vez. ¿Qué diremos a los compañeros y al general, cuando nos pregunten si acompañamos al coronel en el último trance?

—Dices bien; vamos.

Se vistieron y procuraron salir sin hacer ruido.

Al pasar cerca de la recámara de doña Guadalupe, vieron luz por dentro y se acercaron; la madre y la hija rezaban.

—Buenos días, madre,—dijo besándola Eduardo.

—¿A dónde vas?—preguntó la madre.

—Por ahí,—contestó Eduardo algo embarazado.

—Elena,—decía Jorge por otro lado,—usted ha llorado mucho.

—Jorge,—contestó Elena,—el que va a morir, es un hombre, es un patriota es..... su coronel de usted.

¡Cuánto quería decir con esto! Jorge lo comprendió, se sintió tentado de hacerla una declaración amorosa, de esas que por estar ya casi preparadas, se explican y se entienden con una frase, con una palabra, con una seña; pero se contuvo. ¡Qué iba a hacer! Comprometido con Alejandra solemnemente y amándola tanto, ¿cómo podía decir amores a la hija de una familia que le había recibido en su seno y a la hermana del hombre que tenía como a un hermano? Y apesar de todo, Jorge empezaba ya a amar a Elena, sin perder por eso su pasión por Alejandra.

Lo que prueba que se puede amar a dos mujeres a la vez. (Y perdonen nuestros lectores; pero escribimos novela con todos los visos de verdad.)

—Vamos, Jorge,—dijo Murillo.

Jorge le siguió, sintiendo aun fijas en su frente las miradas dulces de Elena.

—Vamos,—pensó; pues ¿no estoy haciendo el papel del casto José?

—¿A dónde será mejor dirigirnos?—preguntó Eduardo.

—Creo que a la plazuela de Mixcalco.

—Pues vamos.

De la calle de la Cadena a la plazuela de Mixcalco, donde tenían lugar las ejecuciones, había una muy larga distancia, que podían haber atravesado en carruaje, pero que prefirieron cruzar a pie para no llamar la atención: ¿qué era para ellos, hombres avezados a la fatiga, una media legua de camino?

Cuando llegaron a Mixcalco, estaba allí mucha gente esperando la llegada de los sentenciados, y fué preciso a los dos amigos abrirse paso casi a fuerza, hasta llegar al cuadro.

En los primeros días de su dominación en México, los franceses eligieron por teatro de sus ejecuciones la plazuela de Santo Domingo que está casi en el centro de la población, y que tiene por límites al Sur, edificios particulares, al Norte la antigua iglesia de los Dominicos, que da su nombre a la plazuela, por el Oriente el edificio de la Aduana, y por el Poniente una portalería que sirve de asilo a los escribientes y poetas pobres, que se llaman en México vulgarmente "Evangelistas," y que sentados en un pequeño taburete, delante de un miserable pupitre, ganan escasamente su vida, escribiendo y redactando versos y cartas de todas clases, para los criados domésticos, para los aguadores y para los amantes pobres que no saben escribir; escritores que son la primera grada de esa inmensa escalera, en cuyo último peldaño se disputan un lugar Milton y Shakespeare, Cervantes y Quintana, Víctor Hugo y Lamartine, el Dante y el Petrarca.

Aquella plazuela está verdaderamente empapada en sangre. Allí han sido sacrificadas tantas nobles víctimas, que si un laurel o una palma brotara en memoria de cada mártir, ese lugar sería el bosque más impenetrable de la tierra.

Pero hay modas hasta en el asesinato, y Santo Domingo cayó de la gracia de los civilizadores de México, y la plazuela de Mixcalco pasó a la categoría de favorita de los franceses.

Mixcalco está al Oriente de la ciudad, cerca de la garita de San Lázaro.

En otro tiempo había sido el lugar de la ejecución de los criminales; por eso tal vez causaba cierto pavor a los habitantes de la ciudad, y por eso casi siempre estaba desierta.

Absurdas consejas corrían sobre aquella plazuela; quién

contaba que un hombre ahorcado, allí, por haberse robado unos vasos sagrados, paseaba de noche envuelto en un sudario; quién refería que la cabeza de un reo muerto impenitente, aparecía en las altas horas también de la noche, pidiendo "confesión;" quién decía haber oído un grito agudísimo y desgarrador que lanzaba una mujer vestida de blanco y con el pelo suelto, y que era nada menos que una madre infanticida, muerta allí mismo por manos de la justicia.

Sea por esto, o lo que es más probable, por la escasez de agua de aquel barrio, las casas que forman la plazuela, se fueron quedando vacías y arruinando; de modo, que en la época en que los franceses ocuparon la capital, sólo vivían por allí pobres carboneros, que durante el día salían a expender su mercancía.

En aquel lugar triste y apartado, debía tener su desenlace ese drama que hemos visto comenzar en Papazindan.

Se oyó un rumor en la multitud; el movimiento uniforme y simultáneo de las armas de los franceses, produjo con la naciente luz del sol, un relámpago siniestro que cruzó por encima del agrupado pueblo; y Nicolás Romero, sereno y animoso, casi indiferente, penetró en el cuadro en unión de otros dos oficiales que iban a sufrir su misma suerte.

Infinitas precauciones había tomado la plaza para llevar a efecto la sentencia: la popularidad de Romero y la notoria injusticia del procedimiento, hacían temer una sublevación popular. Se había adelantado la hora: la guarnición estaba sobre las armas, la artillería lista, las patrullas y la gendarmería en movimiento, y sobre todo, la policía secreta, esa víbora que brota como la yerba venenosa de los pantanos, del seno de los gobiernos impopulares, en una actividad espantosa.

Romero fumaba desdeñosamente un puro. Los dos oficiales que le acompañaban y que también debían morir, eran: un subteniente que había sido el mariscal de un escuadrón de la brigada de Romero, y el comandante Higinio Alvarez, jefe de los exploradores de la misma brigada. Romero iba envuelto en la misma capa que usaba en campaña, y Alvarez en un sarape tricolor que imitaba la bandera de la República.

¿Para qué referir la ejecución? Los tres murieron con tanta sangre fría y con orgulloso desdén, como si no fueran a morir.

El sargento francés dió a Romero el golpe de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero a su última morada, hizo un movimiento tan fuerte,

que rompió el miserable ataúd en que le conducían sus verdugos.

El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo.

—¡Oh!—dijo Jorge;—es necesario marcharnos cuanto antes, libertar a la patria, o morir como el coronel.

—Mañana mismo,—exclamó Murillo.

A las diez de la mañana de ese día, la tierra había bebido ya la sangre de aquellos mártires, y el sol había secado otra parte, y los vientos habían borrado con su polvo los últimos rastros.

Los carboneros, indiferentes, hacían su comercio como la víspera, sin ocuparse apenas de lo que acababa de pasar allí.

XI.

OTRA FAZ DE DON CELSO.

Entre las personas que volvían de la ejecución, caminaba un hombre que por su traje parecía recién venido de la Tierra Caliente.

A poca distancia, y sin perderle de vista, le seguían otros dos, uno de ellos con el mismo aspecto y su compañero de levita y sombrero negro, con apariencia de un hombre acomodado.

—¿Estás seguro de no equivocarte,—decía a su compañero el hombre de la levita negra.

—No, señor; no me he equivocado, don Roque es, como yo hijo de mi madre.

—Veremos,—dijo el otro.

—Lo verá usted.

Un coche que pasaba, hizo detener al hombre que era objeto de aquella disputa, y los de atrás pudieron acercarse a él sin ser vistos.

—En efecto, es él.

—¿Vé usted, señor don Celso, como yo tenía razón?

—Sí tenías, pero ahora es fuerza que no se nos escape.

—¿Y cómo hacer?

—Mira, ¿conoces a los gendarmes?

—Sí, señor.

—Pues te vas detrás de don Roque; tan pronto como encuentres alguno, le pides auxilio para prenderle, y que le conduzcan a la "plaza francesa."

—¿Pero si él me conoce?

—¿Qué importa? ¿Tú crees que tendrá tiempo de contar el cuento? Ya sabes, tío Lalo, que yo nunca te comprometo:

con que anda, y mientras, voy a que le preparen alojamiento.

Don Celso subió en un coche de sitio, y tío Lalo siguió las pisadas de don Roque, que tan tranquilo como inocente, se iba deteniendo a cada paso, ya para contemplar una guerra pintada en el fondo de una pulquería, ya para comprar un muñeco de barro en una velería, ya para extasiarse delante de un almacén de modas o de una mercería.

Don Celso llegó a la Diputación, y se dirigió directamente, sin vacilar ni preguntar a nadie, y como hombre que conoce bien el terreno, hasta el despacho del Prefecto Político.

Los empleados y la gente de policía le saludaban como a un conocido de confianza. El ordenanza abrió la puerta, y don Celso penetró en el despacho.

El Prefecto firmaba: el secretario, de pié a su lado, leía el extracto de las comunicaciones que iban despachando, y un empleado, con un diligente servilismo, recogía los pliegos firmados, les echaba arenilla para que no se borrasen, y los colocaba uno sobre otro cuidadosamente.

El Prefecto no tenía ni el trabajo de quiar el pliego de encima para escribir en el que seguía; el empleado era un proteo en esto de evitarle molestias.

Don Celso entró sin hablar por no interrumpir el trabajo, y se paró junto a la mesa; el secretario le entrechó silenciosamente la mano, y siguió leyendo.

"Orden a los periodistas para que no se hable de lo que ocurre por Zitácuaro."

El prefecto firmó, y al mojar la pluma alzó la cabeza casualmente.

—¡Hola! señor Valdespino,—dijo sin dejar de escribir; —¿qué hay de nuevo?

—Nada, señor, venía yo a hablar con usted.

—Siéntese por ahí.

"Segunda advertencia al periódico llamado "La Orquesta,"—dijo el secretario.

Era el último pliego.

—¿No hay más?—preguntó el Prefecto.

—No, señor.

—Muy bien: que salga luego luego el despacho.

—Vamos, señor Valdespino; ¿qué nos dice usted de bueno? venga usted por acá.

Don Celso se sentó humildemente al lado del Prefecto.

—Pues señor, en la ejecución de Romero no hubo novedad.

—¿Ya terminó eso?

—Sí, señor.

—Vaya, bendito sea Dios; enemigo menos.

—Andaba por allí un hombre que ha sido de los soldados de Romero, y a quien conocí en mi último viaje a la costa: le llaman Roque el sacristán de la Iglesia del pueblo de San Luis: es hombre malo, ladrón famoso, enemigo del imperio, y temible; porque además de ser astuto y valeroso, tiene un gran prestigio en la Tierra Caliente.

—¡Hola! ¿eh? ¿y qué hace aquí?

—No sé; pero no ha de haber venido a nada bueno; él estaba hablando con varios hombres del pueblo, y creo que solo las precauciones tomadas, pudieron impedir que hubiera hecho una intentona en favor de su antiguo coronel.

—¿Pero dónde está? ¿usted no averiguó dónde vive?

—No, señor.

—¡Qué lástima!

—Pero he enviado tras él a un hombre que le conoce de cara y mañas, tan bien como yo, y a esta hora el tal Roque debe estar preso.

—Es usted una alhaja, señor Valdespino,—dijo el Prefecto golpeando una pierna de don Celso suavemente: yo le prometo a usted que S. M. no olvidará sus servicios, y sabrá premiarlos dignamente.

—Señor, no lo hago por ese interés.

El ordenanza abrió la puerta y entregó un pliego al prefecto, que lo abrió y lo leyó.

—¡Magnífico!—dijo:—me dan parte de haber sido aprehendido Roque Marín (alias) el sacristán, a pedimento de don Ladislao Pamplona. ¿Es el mismo?

—El mismo.

El prefecto agitó la campanilla.

—Que venga el señor secretario,—dijo al ordenanza.

El secretario se presentó.

—Hágame usted el favor,—dijo el Prefecto de que con inserción de este oficio, se remita al reo de que se trata, a disposición de la Corte Marcial, agregando que tanto el aprehensor como el señor Valdespino, pueden dar antecedentes de su conducta.

—Pues ya no le quito a usted el tiempo, y me retiro—dijo don Celso.

—Un momento, señor Valdespino; hágame usted un favor.

—Mándeme usted, señor.

—El coronel Van-der-Smisen, jefe de la Legión belga, y que hace la guerra en Michoacán, desea un hombre inteligente y de toda confianza, conocedor del terreno, etc., etc., para que le sirva de explorador, pero no explorador común, una comisión selecta.

—Tengo uno.

—¿No le digo a usted? si usted es una alhaja.

—¿Y cuándo podemos contar con él? porque mañana o pasado sale un convoy para Morelia, y sería bueno que siquiera le alcanzara por Toluca. Estará muy bien pagado.

—Puede usted contar con él hoy mismo.

—Y ¿cómo se llama?

—Ladislao Pamplona, el mismo que prendió a Roque.

—Magnífico: esta tarde a las cuatro le espero.

—Yo mismo le traeré; hasta la tarde, señor.

—Hasta la tarde, señor Valdespino.

Don Celso salió, diciendo entre sí: el tío Lalo tendrá un buen empleo, y lo mejor es que le ahorcarán los chinacos en un descuido; así como así, me alegro, me sirve: pero sabe de mí más de lo que me conviene.

—He aquí, pensaba el Prefecto, cuando salió don Celso, un hombre honrado y de provecho: merece una cruz, y yo se la conseguiré.

El padre Antonio, la señora Joaquina y don Roque, habían llegado la víspera a México, con motivo de la próxima erección del obispado de Chilapa, al cual pertenecía San Luis.

Como la gente de los pueblos cuando viene a México, habían procurado traerse a todos los conocidos, y así pudieron arrastrar a don Plácido convaleciente y a la "Guacha."

En todo el día no pareció don Roque, que había salido temprano a ver la ejecución de Romero. El cura y su hermana comenzaron a apurarse en la noche. México para los que vienen así, es una especie de Babilonia llena de precipicios.

El cura salió a buscarle; pero no conocía a nadie, ni nadie conocía a Roque.

El pobre cura no debía volver a ver a su honrado sacristán; las cosas iban muy ligeras en la Corte Marcial.

El día siguiente al de la ejecución de Romero, y en el mismo lugar, con las declaraciones de don Celso y del tío Lalo, don Roque, juzgado por la Corte Marcial, sufría la última pena, y su cadáver era arrojado en la fosa común, cuando el padre Antonio decía alegremente a la señora Joaquina:

—¡Qué contento se va a poner Roque ahora que vuelva, cuando le enseñe estos pantalones de pana negra que le he comprado!

XII.

UNA GOTA DE MIEL EN UNA COPA DE ACIBAR.

"Señor don Bartolomé de Murillo: Querido y buen amigo:
"He respetado los nueve días del duelo que supongo habrán
"tenido usted y Eduardo, por la catástrofe de Nicolás: hoy
"reclamo algo para mí. Espero a usted, a Eduardo y a Jor-
"ge, a comer conmigo esta noche a las siete. Suyo.
Juan de Caralmuro."

—Eduardo—decía don Bartolo, después de leer en voz alta este billete—supongo que tú y Jorge no tendréis inconveniente.....

—Ninguno—contestaron los dos jóvenes.

—Entonces a las seis y media aquí; pero sin falta, militarmente; aunque sea dicho en confianza y aquí "inter nos," tengo la pícara idea de que ustedes conocen poco de eso que se llama Ordenanza.

—No, señor;—dijo Jorge.

—Ya veremos, ya veremos.

Don Bartolo se equivocó, porque a las seis y media en punto los dos muchachos estaban listos, y a las siete aquella trinidad se hacía anunciar en la casa de Caralmuro.

No había más convidados fuera de ellos, que Mondragón, el constante compañero de Caralmuro: siempre amable, pero siempre melancólico.

Leonor hacía los honores de la mesa; doña Salvadora no se presentaba en estas reuniones. Si no hubiera contado ella que Leonor no era su hija, de seguro que siempre se habría conocido: ella la había educado; ella había sido el único modelo vivo que la muchacha había tenido siempre a la vista; y sin embargo, Leonor era tan amable, tenía para la sociedad un tacto tan exquisito, que parecía que había sido siempre una gran señora.

Esa delicadeza, ese tacto, que un hombre de educación no conseguiría tener en diez años de observación y estudio, una mujer, puede adquirirlo en un mes. Puede si se quiere adivinarlo, inventarlo, sin más ayuda que unos cuantos libros, que a nosotros no servirían ni de pasatiempo: ayudada y guiada de esa exquisita sensibilidad y de esa maravillosa intuición que Dios ha concedido a las mujeres en cambio de las dotes viriles que les ha negado.

Las mujeres son como esas aves que cantan o enmudecen anunciando la calma o la tormenta, cuando el hombre y los otros animales más fuertes que ellas ni aun presienten el lejano cambio de la atmósfera.

Eduardo no conocía, como era natural, a Leonor, y Leonor no conocía a Eduardo: allí fueron presentados el uno al otro. ¿Había algo de violento en que simpatizaran? ¿Era increíble que dos jóvenes libres, interesantes, y sobre todo, de distinto sexo, y que no estaban enamorados, era creíble que dejaran de enamorarse?

Leonor "hizo tilín" a Eduardo, como dicen los españoles. Eduardo no le pareció a Leonor tercio de paja, como decimos los mexicanos.

Las pasiones y los amores no nacen, como cuentan los novelistas, en el momento de conocerse, o antes, como aseguran los más exagerados; pero la verdad es que la primera impresión decide casi siempre del porvenir; y si los amantes tienen que rondar a la dama y dar mil pruebas de constancia antes de obtener el "sí" feliz, esto no depende de que la dama no haya formado desde el principio la firme resolución de corresponderle, sino de que hay, en el inédito código de amor femenil, la terminante disposición de que para estos casos se inventó el refrán de "no se ganó Zamora en una hora;" y esto se lleva a efecto por honor del sexo, aunque allá en el fondo, más de cuatro reniegan de esa tiranía y de ese respeto a la legalidad.

Aunque, "por casualidad," las miradas de Leonor y de Eduardo se encontraron muchas veces durante la comida, y hubo algunas preferencias casuales también en el giro de la conversación, como por ejemplo, escuchar ella cuando él hablaba, con gran atención, y distraerse cuando otro tenía la palabra, contestar él a las preguntas de ella siempre, aunque fueran hechas en general.

Sólo Jorge notó estos pormenores, que al fin era hombre y joven, y aunque estaba enamorado, no por eso dejó de decir, como lo hubiera hecho cualquiera en su edad y en sus circunstancias, delante de una muchacha tan bonita: "veamos por dónde sopla aquí el viento:" notó lo que pasaba, y se puso a comer tranquilamente: "no tenía vela en aquel entierro," como reza el antiguo refrán.

Se tomaba el café, la conversación era acalorada y franca, los diálogos se animaban, y las miradas aquellas eran más frecuentes y más fijas.

—Señor,—dijo don Juan,—voy a dar a ustedes una prueba de confianza y de cariño.

—Veamos,—contestó don Bartolo.

—Supongo, y con justicia, que ustedes, como mis verdaderos amigos, tendrán, si no empeño, sí deseo de saber cómo me separé de mi hija, a quien felizmente he vuelto a ver.

—Por supuesto,—exclamó Eduardo con entusiasmo, y lan-

zando a Leonor una mirada más incendiaria que esas camisas embreadas de que nos cuentan los artilleros de principios del siglo.

—Y yo también,—dijo Leonor contestando a aquella mirada con otra que hablaba tanto en tan cortos instantes, que hubiera avergonzado a la taquígrafa y al telégrafo.

—Pues señores, aunque corta, es casi una novela, y si me prometen no enfadarse.....

—No, señor,—contestaron todos.

—Pues al grano.

Todos se acomodaron perfectamente disponiéndose para escuchar; se llenaron de nuevo las tazas de café, y los que fumaban encendieron sus tabacos.

Eduardo dirigió una miradilla que le fué bien contestada, y se colocó de manera que pudiera, sin llamar la atención, estar contemplando a Leonor durante el relato de Caralmuro, que él rogaba a Dios que fuera largo, muy largo.

En ese momento olvidó sus penas, sus compromisos, el porvenir que le aguardaba en el campo republicano, todo, todo; sentía en medio de tantos dolores, un placer puro, inmenso, desconocido.

Era la gota de miel que caía en la copa de acíbar.

Era nada para aquel pasado, aquel presente y aquel porvenir, tan sombríos y amenazadores.

Era mucho para aquel corazón ardiente, juvenil y entusiasta.

Los criados se retiraron, y Caralmuro comenzó su relación.

"Hace catorce años era yo tan pobre, que necesitaba ganar el pan con mi trabajo corporal; y tan ignorante, que leía **Carlos usted**, donde decía Carlos V.

"Escribía **Ogtuvre** con g, y contaba con los dedos en la venta de tres melones a dos reales cada uno.

Al oir esta franca relación, los convidados de Caralmuro se miraron entre sí con esa mirada que indica la ternura y el respeto que inspira siempre una confesión de esta clase en boca de un hombre de honradez, y que se encuentra en una posición elevada.

"Vivía yo en Acapulco con mi mujer y mi hijita, muy tranquilo y muy feliz.

"Un accidente inexplicable, y que no es del caso referir, me hizo separarme violentamente de mi familia, y tomar el rumbo de la Tierra Caliente de Michoacán.

"Práctico en aquellos terrenos, y cortando la sierra, como decimos por allá nosotros, llegué hasta un pueblo que está a la orilla del río de las Balsas, y que se llama Coyuca.

"Sin conocer a nadie, pero fiado en la Providencia, me en-

tré resueltamente en la población, hasta llegar a la iglesia, que estaba abierta, y me senté a la puerta a refrescarme en la sombra que el edificio proyectaba en el cementerio.

"¿Qué hacía? Yo no sé si rezaba pensando o pensaba rezando, pero yo pensaba y rezaba al mismo tiempo.

"Oí ruido, y vi pararse en la puerta de la iglesia a un hombre, que conocí inmediatamente que era el cura. Buscaba por todas partes con la vista, y esperó un largo rato; por fin se dirigió a mí y me dijo.

"Oye, tú; porque en los pueblos, los curas tienen el derecho de hablar de tú a todos los pobres.

—"Mande usted, señor cura,—contesté levantándome con el sombrero en la mano.

—"Ayúdame a cerrar la iglesia; después saldrás por el curato.

"Me entré al templo, puse mi sombrero en el suelo, y cerré aquellas puertas tan llenas de cerrojos y trancas, como si fueran las de un palacio encantado, y que sin embargo, no guardaban más que unas cuantas imágenes, unos ornamentos viejos, un cáliz, un copón, y una custodia de plata, y algunos candeleros, atriles y ciriales de madera dorada.

"Al estar cerrando, me dijo el cura:

—"Tú eres forastero, ¿es verdad?

—"Sí, señor; soy de Acapulco.

—"¿Y qué andas haciendo?

—"Señor, vengo a buscar mi vida.

—"¿Tienes familia?

—"Aquí, no, señor.

—"¿Pues quieres quedarte de sacristán conmigo? que ahora no tengo.

—"¿Pues cómo no?

—"Pues mira; te daré casa, comida, y doce reales cada mes. Tus obligaciones son: tener listas todas las cosas de la iglesia; no barrer, porque eso lo harán los semaneros, ni ayudar las misas, porque eso es obligación del maestro de la escuela; pero tocar el alba, las doce, las tres y las ocho, yo te diré a qué horas.

"¿Te conviene?

—"Sí, señor.

—"Me sirves la mesa, vas por agua para el gasto de la casa, rajas la leña para la cocina de humo, matas cada cuatro días el corderito que se ha de comer en el curato; barres el corredor del curato y el cuadrante; ¿lo entiendes?

—"Sí, señor.

—"Y cuando salga yo a dar misas o a confesiones, me acompañas a pié, o llevarme la bolsa con la sontana, y cui-

dar mi caballo en donde lleguemos, y esto es todo: ¿te conviene?

—"Sí, señor.

"Al señor cura le parecía todavía poco el trabajo; pero en fin, nos arreglamos, y yo quedé de sacristán en toda forma.

"Como por allí no hay ladrones, de nadie se desconfía; así es, que no hubo necesidad de fianzas ni de conocimientos, y comencé al momento a ejercer mi nuevo empleo.

XIII.

UN CLAVO DE ORO EN LA RUEDA DE LA FORTUNA.

"Tres años pasé,—continuó don Juan,—al lado de aquel buen cura, que además de ser honrado, era hombre de conocimientos poco comunes, inteligente en las ciencias naturales, y dividía su tiempo entre el ejercicio de su ministerio y el estudio.

"Al principio, sólo le acompañaba yo en sus excursiones científicas como un criado; pero poco a poco, y viendo mi afición, comenzó a considerarme como un discípulo, y después como un colaborador.

"Yo me dediqué a la lectura y al estudio, y pronto conocí que había aprendido más de lo que esperaba.

"Un día convidaron al cura a una fiesta que se celebraba en el pueblo de Pungarabato, que estaba a pocas leguas de la orilla opuesta del río, le acompañé como de costumbre, y pasamos la noche en aquel pueblo.

"La mañana siguiente quiso el cura que regresásemos a la parroquia, y muy temprano nos pusimos en marcha; a las diez del día llegamos a la margen derecha del río.

"Durante la noche había caído una tormenta en la Sierra, y el río venía extraordinariamente crecido.

"Era un espectáculo imponente; yo me había criado en la orilla del mar, y sin embargo, aquella mole inmensa de aguas turbias y cenagosas, arrastrando entre sus ondas árboles seculares arrancados de raíz, casas enteras, toros, caballos, borregos, cerdos, gallinas; alzando de cuando en cuando oscuros penachos de espuma, chocando, retrocediendo, avanzando, arremolinándose, y sin ruido, sin estrépito, como si se deslizara en un acueducto de mármol bruñido, como si no existiera realmente, me sobrecogió, me asombró.

"Creí que nadie se atrevería a pasar al otro lado, pero me engañé: pocos momentos después de llegar, se presen-

taron dos hombres enteramente desnudos, ofreciendo su balsa para cruzar el río.

"La balsa es un tejido de mimbres o de carrizos, que tendrá vara y media en cuadro, y que se mantiene flotando sobre las aguas, merced a multitud de calabazos secos y vacíos que llaman bules o balsas, que se adhieren con cuerdas delgadas a la parte inferior: es imposible arrojarse al agua en más frágil embarcación; una tabla sería más segura.

"No tiene bordes, es un trozo de estera que flota; el peso solo de un hombre la sumerge, hasta hacer brotar el agua entre sus mal unidas piezas; y durante la navegación las ondas pasan sobre ella empapando siempre a los viajeros: los nadadores la impulsan y la dirigen.

"El cura estaba muy acostumbrado a pasar en la balsa, y sin embargo, ese día preguntó:

—"¿Qué tal va el río?

—"No está peor,—contestó el balsero.

—"¿No nos llevará?

—"Cuándo.

"El cura entró primero y se sentó, porque solo sentado se puede estar en la balsa; yo le seguí y me acomodé a su lado. Uno de los hombres comenzó a entrar al río estirándonos, y otro por detrás impulsando suavemente. Mientras iban haciendo pié en el fondo, caminamos perfectamente; pero faltó tierra, y comenzaron a nadar: el movimiento era horrible, impulsos y sacudidas violentas que nos hacían vacilar; choques contra las maderas flotantes, que nos ponían en inminente riesgo; olas que pasan sobre nosotros cubriéndonos completamente. Yo estaba mareado; aquel movimiento del agua me desvanecía, a pesar de estar acostumbrado al mar.

"Caminamos mucho tiempo, y yo observaba que las dos orillas estaban siempre a la misma distancia de nósotros, a pesar de que nuestro movimiento se iba haciendo cada vez más acelerado: alcé la cara a ver al cura, estaba pálido y rezaba en voz baja.

"Entonces comprendí lo que pasaba; los balseros no tenían fuerzas para atravesar y la corriente nos arrebataba; el hombre que impulsaba la balsa, se quedó muy lejos, sin poder alcanzarnos, el otro luchaba con el agua como un desesperado; era nuestra única esperanza, quizá podía salvarnos. Un madero que flotaba, chocó en su cabeza, el hombre soltó la balsa, se hundió y el torrente nos arrebató en el momento.

"Casi me es imposible describir lo que sentí y lo que sucedió entonces: la corriente nos arrastraba como una plu-

ma; el movimiento y la velocidad eran espantosos; los árboles de la orilla parecían correr en dirección opuesta; pero pasaban tan rápidos, tan vagos, que semejaban una carrera infernal de fantasmas; las montañas perdían sus formas a nuestra vista, y el aire que íbamos rompiendo, nos hacía oír ruido y voces desconocidas y extrañas, y todo se envolvía en una especie de nube.

"No sé qué tiempo anduvimos así; a mí me pareció muy largo y muy corto; de repente sentí crugir la balsa, y me encontré envuelto en una masa de agua, al través de la cual descubría la luz; sentí un peso inmenso sobre todo mi cuerpo, y un rumor sordo y atronador; perdí el conocimiento. Habíamos caído en una pequeña catarata.....

"Abrí los ojos y me encontré en la margen derecha, enredado entre ramas, yerbas y troncos que el río había depositado allí en una presa natural formada por vieja palma caída al pié de una ziranda colosal. El agua se había retirado, y yo estaba salvado.

"Me levanté casi maquinalmente, busqué por todas partes a mi protector, o al menos su cadáver, y nada: las ondas le habían llevado hasta el Océano, o durante mi desmayo había servido de pasto a los caimanes.

"Por algún tiempo permanecí en la orilla mirando el agua, sin saber qué partido tomar, ni a dónde dirigirme: estaba yo en un lugar completamente desconocido para mí; habíamos caminado, arrastrados por la corriente, mucho tiempo y con una velocidad increíble, que calculaba en más de veinte leguas por hora; habían pasado a nuestro lado pueblos y rancherías; pero ni las había visto nunca, porque nunca había yo bajado el río ni me hubiera sido fácil reconocerlos, en la disposición de ánimo que yo llevaba.

"Entonces me senté en el tronco de la palmera derribada por el torrente, y apoyé en mis manos la cabeza; estaba yo desnudo, porque es una propiedad de los ríos desnudar en poco tiempo a los que arrebata.

"Meditaba mirando al suelo, y me pareció que entre las yerbas brillaba algo; me acerqué, y era una moneda de oro."

Don Bartolo y los demás que escuchaban la relación, se miraron entre sí como asombrados.

"Me agaché a tomarla, y ya supondréis cuál sería mi asombro al encontrar cerca de ella otra, y otra, y muchas.

Comencé a cavar con las manos y luego con una rama, y ahondando siempre y siempre encontrando dinero.

"Había allí una cantidad muy grande, más de lo que yo había imaginado tener nunca, más de lo que yo, hombre

pobre y humilde, había pensado que podía ver reunido nunca en el mundo.

"Yo pensé durante mi tarea, que aquel dinero debía haber sido enterrado allí durante la guerra de Independencia, porque todos aquellos lugares están sembrados de tradiciones más o menos fantásticas, acerca de tesoros ocultos por los insurgentes, y casi no hay un solo individuo por allí, que no tenga una de estas historias que llaman **relaciones.**

"Yo estaba lelo; era una dicha superior a mi razón, y si el viento de la tarde, evaporando el agua que empapaba mis cabellos, no hubiera refrescado mi cabeza, creo que me habría vuelto loco con los acontecimientos de aquel día.

"Aquel tesoro era mi porvenir y mi felicidad: yo no podía volver a Acapulco, pero podía radicarme en cualquier otra parte, enviar en busca de mi mujer y de mi hijita, y traerlas a mi lado, ya no a padecer, sino a verlas muy felices.

"Pero por el momento no veía yo modo de trasportar mi tesoro, ni lugar adonde llevarle; le acababa de adquirir, y ya tenía la zozobra de perderle; entonces determiné volverle a esconder, para venir en su busca cuando me fuera posible.

"Volví a enterrarlo en el mismo lugar, y como ya sabía yo que el río lo había descubierto una vez, para impedirlo la segunda, que hubiera sido más fácil por estar la tierra recién removida, emprendí colocar sobre aquel lugar una gran piedra que estaba cerca.

"Debía tener aquella piedra muchos años de estar en aquel lugar, porque estaba profundamente adherida; allí seguramente había crecido, porque, digan lo que quieran los sabios y los naturalistas, nosotros los que hemos vivido muchos años en los bosques y que conocemos las piedras y los árboles de nuestras montañas, como a unos amigos viejos, podemos asegurar que las piedras crecen hasta convertirse en jigas, en grandes peñas, o disminuyen hasta tornarse en arenas.

"A costa de mil esfuerzos llevé aquel peñasco, valiéndome del auxilio de una palanca improvisada, y le coloqué en el lugar de mi tesoro; le acuñé con otras piedras pequeñas, y me puse a pensar los medios de salir de aquella situación.

"Tomé todas las señales del lugar en que dejaba mi dinero: había una vieja ziranda, a la derecha una palma, en pié, y a la izquierda una palma derribada por el torrente; no había temor de olvidar ni de equivocar el sitio.

"Entonces me puse a caminar poco a poco, por la orilla, en contra de la corriente, no sin volver continuamente la cara para descubrir la palma y la ziranda. Caminé así algún

tiempo, hasta que ví venir por el río, que estaba ya tranquilo, una canoa con cuatro hombres; les hice seña y se acercaron adonde yo estaba.

—"Amigos—les dije—¿no me hacen el favor de llevarme?

—"Vaya—contestó uno de los hombres enfadado—que nos haya llamado para eso, amigo; yo creí que era otra cosa: busque quien le pase, que nosotros vamos ocupados; vamos a ver si encontramos una balsa que se llevó el agua esta mañana con el señor cura de Coyuca y otro cristiano.

—"Pero óigame—le dije viendo que volvía a remar para alejarse—si yo soy el que venía con el señor cura.

—"¿De veras? ¿a ver?—contestó saltando a tierra.

"Contéle cuanto había pasado, y me recibieron en la pequeña canoa, que era un tronco enorme de parota, ahuecado por medio del fuego.

—"Siempre iremos más adelante, a ver si sabemos algo del señor cura.

—"Oh, sí,—contesté yo.

"Pasamos otra vez al lado de la palma y de la ziranda: el corazón me latía; se me figuraba que iban a descubrir lo que yo había ocultado allí.

"Abordamos cerca de una ranchería; se quedó allí la canoa, y pié a tierra nos volvimos por la margen izquierda, llegando en la noche al pueblo de Zirándaro.

"La gente de aquel pueblo tan pequeño y tan retirado, puede servir de modelo por su caridad, su franqueza y su honradez: jamás un desvalido quedará allí sin amparo, y jamás un viajero dejará de recibir una hospitalidad tan generosa y desinteresada como la de los tiempos bíblicos.

"Todos se empeñaron en socorrerme: me dieron ropa, me alimentaron y me señalaron una buena casa por alojamiento, en donde una familia prodigó a mi desgracia las más dulces atenciones.

"¡Bendito sea ese pueblo noble y hospitalario! Si los votos de la gratitud llegan al cielo, Zirándaro debe tener un porvenir de felicidad."

XIV.

EL CERRO DE BARRABAS.

A poco tiempo de estar en Zirándaro, hice relaciones con un mozo soltero, sin familia, emprendedor, audaz, gran cazador de tigres y nadador célebre en los contornos.

"Se contaban de él casos maravillosos. Amaba a una mu-

jer, y ésta manifestó deseos de conocer un tigre vivo: Torralva, que así se apellidaba, no contestó nada; al día siguiente tomó su escopeta, y seguido de sus perros se internó en el bosque; nadie supo lo que pasó, pero el domingo siguiente, todo el pueblo, espantado, pudo ver frente a la casa de la novia de Torralva, dentro de la formidable jaula de madera, con toscas ruedas y tirada por dos borricos, un hermoso tigre que venía sin la más leve herida.

"Torralva salía algunas mañanas a cazar patos a la orilla del río: una vez, una mujer que lavaba, dejó acercar mucho al agua a su hijo; el niño resbaló y cayó al río; y cuando la madre ocurrió, un caimán le arrebató con sus enormes mandíbulas. Torralva tiró la escopeta y se arrojó al agua con su puñal; no era ya posible salvar a la criatura, porque el monstruo la había devorado, pero era preciso matar al caimán, porque si estos animales llegan alguna vez a probar la carne del hombre después se vuelven terribles y peligrosos, porque ya no gustan de otro alimento, y atacan las canoas, y salen hasta las orillas de los pueblos y de las rancherías a comerse a los muchachos y a las mujeres.

Torralva nadaba como un pez, y trabó con el caimán un combate horroroso: el monstruo se defendía sumergiéndose, dando colazos espantosos, sonando los dientes de una manera que hacía estremecer, y lanzando gritos aterradores, semejantes a los de un toro que huele la sangre del matadero. Torralva, procurando estar siempre debajo del animal y esquivar un golpe, le abrió el vientre con su puñal, y el caimán, herido, salió como hacen todos ellos a morir en la ribera.

"Con este hombre llegué a tener una estrecha amistad.

"Yo no olvidaba mi tesoro: y un día, para ver si alguien tenía noticia de él, hice recaer la conversación sobre "dinero enterrado," como se dice allí.

—"Yo conozco un lugar en donde hay mucho dinero enterrado,—díjome Torralva,—y un día hemos de ir a ver si sacamos algo.

—"¿En dónde?—pregunté sobresaltado.

—"Mire usted,—me dijo mostrándome hacia el Sur:—¿ve usted ese cerro tan alto y tan aislado? pues ese se llama el cerro de Barrabás: allí durante mucho tiempo tuvo su campo el general Guerrero, y teniendo que abandonarle y no pudiendo llevar una gran cantidad de dinero, lo arrojaron en unas grietas muy profundas que hay allí.

—"¿Pero será verdad?

—"Oiga usted; cuando el sol está derecho, por esas grietas se ve brillar el dinero en el fondo.

—"¿Y cómo no lo han sacado ya?

—"Eso yo no sé; será porque los mexicanos somos así; pregunte usted también ¿por qué no volvió el general Guerrero a buscar las minas de diamantes que todos estamos seguros de que encontró, y que sabía dónde estaban?

"Yo no supe qué contestar.

—"Pero ahora no se quedará así: mañana mismo convido a dos amigos, y vamos los cuatro a ver qué sacamos: no se necesita más que unas reatas largas.

—"¿Está lejos?

—"No; en un día vamos y en otro volvemos; eso sí, andando recio.

—"Muy bien, iremos.

"Estaba yo de fortuna, y nada me parecía imposible.

"Amaneció el día siguiente, llegaron los dos amigos, y nos pusimos en camino llevando nuestro itacate, que consistía en carne seca, tortillas gordas hechas con manteca, y esa harina de maíz preparada con dulce, que se llama "pinole."

"Todo el día caminamos, y al caer de la tarde llegamos a la cima del monte.

"—Aquí dormimos,—dijo Torralva,—y mañana emprendemos la obra.

"Encendimos fogatas para librarnos de las fieras y de las víboras, cenamos alegremente, y nos dormimos tranquilos, fiados en la vigilancia de los sagaces perros de Torralva, que se pusieron como centinelas avanzados cerca de la lumbre.

"Antes de que el sol saliera, estábamos en pié, y nuestro guía nos condujo a la grieta deseada.

"Enmedio de aquel cerro había una especie de barranca profundísima, pero estrecha, estrecha, casi hasta no permitir en algunos puntos la entrada de algún hombre, y cortada perpendicularmente a pico, como si el cerro se hubiera dividido, como puede dividirse una esfera de cristal.

"Todos se comprometían a entrar: echamos suerte, y le tocó a Torralva: se ató la cuerda en la cintura, hizo la señal de la cruz sobre su rostro, y comenzó a bajar.

"Se deslizaba rápidamente apoyándose en las paredes de la grieta, y nosotros sosteníamos las reatas por precaución. Así siguió bajando: apenas le distinguíamos, tan estrecha y obscura era la entrada de aquel precipicio.

"De repente sentimos un brusco movimiento, y luego nada.

—"Torralva, Torralva—gritamos espantados,—¿ha sucedido algo?

—Nada—contestó él desde abajo—me iba a caer; pero me he quedado atorado, y no puedo ni subir ni bajar más.

"Había entrado en un lugar más estrecho, como una cuña, y no podía moverse: por las oscilaciones de la cuerda, conocimos que hacía grandes esfuerzos.

—"¿Tiramos de la cuerda?—le grité.

—"Sí,—contestó.

"Y nos pusimos a tirar como desesperados.

—"Te vamos a lastimar—gritó uno de sus amigos.

—"No importa: estiren, que si no, me quedo aquí.

—"Volvimos a tirar entonces con más fuerza, y la cuerda se reventó.

"La cosa se iba poniendo seria; volvimos a anudar otra reata y bajamos la punta a Torralva.

—"Amárrate esa punta—grité.

"Y sentí que la tiraban del fondo.

—"¿Ya?—pregunté.

—"Ya—contestó Torralva.

—"Volvió a suceder lo mismo, y en vano se repitió la operación.

"Estábamos espantados: ¿qué hacer?

"Aquel hombre no podía salir de allí, y humanamente no era posible auxiliarle; no le podíamos tampoco abandonar.

"La situación de Torralva, así como incrustado vivo en una peña y a una profundidad tan grande, donde no podía llegarle socorro alguno, era espantosa.

"Se determinó que fuese uno al pueblo a pedir socorro, pero en esto se perdían dos días; aquello era horrible.

"Comenzamos a descolgarle algo de comer en una servilleta, pero él lo rehusó, y nada quiso tomar; pasamos así el día y la noche hablándole para consolarlo, pero él nos contestaba:

—"Si ustedes vieran de qué manera estoy, no guardarían esperanza.

"A la mañana siguiente, nos gritó pidiéndonos su escopeta para matarse, y se la negamos.

"Le ofrecimos alimento, y se negó también a tomarlo.

—"No conseguiré sino prolongar mi agonía: ¿puedo yo vivir aquí?

"Llegaron en la tarde los del pueblo, con reatas, escaleras, luces, pero todo fué inútil; nadie pudo llegar a donde él estaba, y todos los esfuerzos para sacarle fueron vanos.

"¡Ah qué corazones tienen!—gritó:—si ven que es imposible sacarme, ¿por qué me niegan mi escopeta? para verme morir desesperado.

"Aquello nos partió el corazón; uno de sus amigos amarró la escopeta en una reata, y le gritó:

—"Ahí va la escopeta; pégate bien en la frente, no vayas a quedar herido.

"—Gracias,—contestó Torralva,—y se escuchó la detonación.

"Todo había terminado.

"Los perros de aquel desgraciado aullaban dolorosamente agitándose en el borde de la grieta y mirando al fondo.

"Todos dimos la vuelta al pueblo cabizbajos y sin hablar una palabra; a los perros fué imposible quitarles de allí: pocos días después, algunos curiosos fueron a ver el lugar de la desgracia, y aquellos fieles animales andaban en el cerro: acostumbrados a la caza, no les faltaba alimento, y al fin llegaron a ser tan completamente montaraces, que como unas fieras infundían miedo e impedían la entrada en aquellos lugares.

XV.

EL INCENDIO.

Pasaban los días, y yo necesitaba salir de aquella situación, sacar mi dinero para poder emplearlo, y sobre todo, para estar tranquilo.

"Con pretexto de pasear y cazar a los caimanes que salen todos los días a dormir a la orilla del río a la hora en que es más fuerte el calor del sol, me hacía pasar del otro lado y llegaba hasta el lugar de mi tesoro, determinado a sacar algún dinero para comprar mulas y sacos en que transportarlo; pero siempre en el momento de emprender la operación, me parecía que alguien me miraba, que me habían seguido, y lo dejaba para otro día.

"Por fin me decidí, y pretextando un viaje de pocos días, atravesé el río, en la tarde me embosqué cerca de la ziranda misteriosa, y ya muy avanzada la noche cavé la tierra por un lado de la roca, saqué un poco de dinero, volví a cubrirlo y me dirigí a Huétamo, adonde llegué amaneciendo: compré allí seis mulas aparejadas, y en la tarde salí calculando el tiempo para llegar a media noche al río.

"Todo salió como lo había meditado; eché el dinero en unos sacos, cargué las mulas, las "mancorné" como se dice por allá, unas con otras para que no se extraviara alguna, y eché a caminar buscando el rumbo de México, adonde no había yo venido nunca, pero adonde era preciso llegar.

"El dinero estaba colocado de tal modo en los aparejos, que parecía que nada iba en las mulas.

"Tres días llevaba yo de camino, y tomando guías en los ranchos iba perfectamente.

"Al cuarto día por la mañana había caminado ya cinco leguas, y estaba en un bosque de espinos y de chaparros; la yerba y la maleza estaban completamente secas con los ardores del sol, y eran tan espesas que podían ocultar a un hombre.

"Iba yo absorto en mis meditaciones, cuando sentí pasar como una sombra sobre mi cabeza; era humo.

—"Muchacho,—dije al guía:—¿hay por aquí algún rancho?

—"No.

—"¿Pues y este humo?

—"Será alguna roza.

"Llaman allí roza al terreno en que para sembrar se desmonta y se quema la maleza.

"Seguíamos caminando, pero el humo se iba haciendo más denso.

—"Se está quemando el monte,—dijo el guía.

—"¿Pues qué hacemos?

—"Nos iremos yendo más aprisa: no nos vaya a alcanzar.

"Trotamos, pero el viento nos seguía y con él las llamas que avanzaban con una velocidad increíble.

"Galopando atravesamos una barranquilla.

—"Aquí no pasa la lumbre,—dijo el muchacho.

"En efecto, a poco llegó a la orilla, y se detuvo: yo estaba ya tranquilo.

—"Ahora sí pasa, gritó de repente el guía.

—"¿Y por qué?—pregunté yo.

—"Mire usted a los cuervos y a los zopilotes que ya están ahí.

—"¿Pero eso qué importa?

—"Mírelos usted.

Entonces vi lo que no hubiera creído: los cuervos y los zopilotes llegaban al lugar del incendio, tomaban brasas ardiendo en el pico y las pasaban del otro lado; las arrojaban entre la yerba seca, y agitando las alas, soplaban el fuego, hasta que brotando la llama, el incendio se propagaba. Comprendí entonces por qué duran tanto aquellos incendios en la Tierra Caliente.

—"¿Y por qué harán eso?—pregunté al guía.

—"Porque así salen los animales de la yerba, como los conejos, las víboras, las higuanas, y ellos tienen qué comer sin trabajo.

"En efecto, de aquel mar de fuego, salían, espantados, multitud de animales de todas clases: los toros y las vacas bufando furiosos; los venados, los lobos, los coyotes, las

víboras, las higuanas, todos revueltos, en confusión: sin atacarse, sin mirarse siquiera; el humo formaba una densa nube, y una inmensa cantidad de aves de rapiña se cernían sobre el lugar de la catástrofe.

—"Ahora sí nos alcanza el fuego—dije al guía.

—"Puede que sí—contestó.

—"¿Qué hacemos?

—"¿Tiene usted lumbre?

—"Sí, tengo unos cerillos.

—"Pues deme usted unos.

"Le dí la cajita, él encendió dos o tres cerillos juntos, y comenzó a incendiar también alrededor nuestro la yerba en varios puntos.

—"Pero ¿qué haces bárbaro?—le dije.

—"Ya verá usted.

"Las llamas se alzaron amenazadoras en nuestro alrededor; pero luego, buscando alimento, se inclinaron y comenzaron a correr en todas direcciones como un círculo que se ensancha rápidamente, como esas olas que forma la superficie de un lago al caer en ella una piedra.

"Pocos minutos después nos encontramos en medio de un terreno seguro del fuego, porque todo el combustible había desaparecido, y a lo lejos, las llamas que iban y las que venían avanzando, se encontraban, se estrechaban, se retorcían como dos serpientes que luchan y se extinguían.

"Permanecimos allí un poco para dejar enfriar el piso de la vereda, y después continuamos nuestro camino.

"A los diez días de viaje, llegué a México, tomé un cuarto bajo de un mesón, enterré mi dinero, en mi mismo cuarto debajo del viejo entarimado, y vendí mis mulas.

"Con el precio de ellas determiné mantenerme para ir poco a poco entrando en negocios; la suerte siguió siéndome favorable, y de uno en otro contrato y de una en otra relación, empleando prudentemente mi dinero, al cabo de pocos años, llegué a la situación en que ustedes me ven.

"Por supuesto que no descuidé mandar en busca de mi mujer y de mi hija: varias veces fueron por mi cuenta a la costa, y nunca pude tener más noticias sino que habían desaparecido de Acapulco.

"Por fin mis negocios me hicieron contraer relaciones con el señor don Felipe Mondragón; tuvimos una amistad íntima, y conociendo parte de mis desgracias, me aconsejó que me valiese de un amigo nuestro, don Celso Valdespino, el cual generosamente se ofreció a ir en busca de mi familia.

"Algunos meses ha pasado por la costa, escribiéndome

a veces cartas que me llenaban de esperanza, y a veces noticias que me causaban el más profundo desconsuelo.

"Volvió por último a México; y con los buenos datos que adquirió y ayudado de sus rectas intenciones y de su clara inteligencia, encontró a esa hija que tantos años lloré perdida.

"Esta es, señores, mi historia: en cuanto a don Celso, aunque esta clase de servicios con nada se pagan, hoy para mostrarle mi gratitud, le he enviado los títulos de propiedad de una casa en la calle de Mesones, que puede producirle una renta de trescientos pesos cada mes."

FIN DEL LIBRO QUINTO
Y DEL TOMO I.

INDICE DEL TOMO I.

Págs.

Dos palabras, por Ignacio M. Altamirano 5

LIBRO PRIMERO.

La Flor de la Costa.

I.—Alejandra. 7
II.—Don Plácido. 11
III.—El delito de un veterano 13
IV.—El delito de un veterano (continuña) 15
V.—El delito de un veterano (concluye) 18
VI.—Tío Lalo 20
VII.—El testigo oculto 24
VIII.—La vuelta del explorador 27
IX.—El secreto de la tía Ursula 29
X.—El viaje y el encuentro 32

Págs.

LIBRO SEGUNDO.

El Nido de las Aguilas.

I.—Zitácuaro 35
II.—El alojamiento 37
III.—Nicolás 39
IV.—La sorpresa 41
V.—La caza del gallo 43
VI.—El herido 45
VII.—Misterios de los bosques 47
VIII.—Una antigua conocida 50

LIBRO TERCERO.

El Lobo y el Pastor.

I.—El fandango 55
II.—El buen Pastor 57
III.—Malas noticias 60
IV.—Celso Valdespino 64
V.—La persecución 66
VI.—El abandono 69
VII.—Corazones de oro 72
VIII.—Nueva vida 76
IX.—Ya al caer.... 80
X.—La leva 84
XI.—De la Zeca a la Meca 89
XII.—La víbora en el seno 94
XIII.—Hasta el abismo 98
XIV.—La casa del crimen 101

LIBRO CUARTO.

Penas.

I.—La voz de la Historia 109
II.—Murillo 113
III.—La caridad en las selvas 117
IV.—En el campo enemigo 120
V.—En comisión 123
VI.—El campamento republicano 128
VII.—La ejecución 130
VIII.—Después del triunfo 135
IX.—Algo de Historia 138

Págs.

LIBRO QUINTO.

En México.

I.—México 141
II.—La familia de Murillo 143
III.—El hogar paterno 148
IV.—Don Juan de Caralmuro 149
V.—Los certificados 153
VI.—Los planes de Don Celso 156
VII.—Una azucena entre cardos 159
VIII.—La corte marcial 164
IX.—Una gota de acíbar en una copa de miel 168
X.—Un calvario 171
XI.—Otra faz de don Celso 175
XII.—Una gota de miel en una copa de acíbar 179
XIII.—Un clavo de oro en la rueda de la fortuna 183
XIV.—El cerro de Barrabás 187
XV.—El incendio 191

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA
EN LA IMPRENTA DE M. LEON
SANCHEZ, EN LA CIUDAD
DE MEXICO, A 2 DE
AGOSTO DE
1923.

Ediciones
León Sánchez
MEXICO, D. F.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028706240